VERÓNICA SANZ



GENTE BIEN

Esta novela es para mujeres que saben que detrás de cada familia perfecta hay un secreto a punto de estallar.

Planeta

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

PARTE I

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20

21
22
23

PARTE 2

24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54

Agradecimientos

Créditos

Verónica Sanz



Gente bien

Planeta

A mis hijas y mi marido, por ser el impulso que me levanta.
A mi hermana y mis padres, por ser la brújula en mi travesía.
A les meves nenetes, per no dubtar mai.

Vuestra confianza es mi mayor éxito.

Para quienes ambicionan el poder, no existe una vía media entre la cumbre y el precipicio.

TÁCITO

PARTE I

1

14 de octubre de 2021,
domicilio de Elena Villa-Arnaiz, Pozuelo de Alarcón

Los jueves son los días más pesados para Elena Villa-Arnaiz. En cambio, siempre le han gustado los lunes, los inicios de semana, de mes o de año, porque son una página en blanco que su imaginación llena enseguida de fabulosos planes que la levantan como un resorte, aunque nunca acaban saliendo como desea.

Elena sueña con viajes en familia para el fin de semana, que el trabajo de Javier acaba impidiendo; o con encontrar por fin el local soñado —y propio— para su empresa de cáterin, pero las reuniones y los eventos acaban aplazando esa búsqueda. Ideas que nacen cada lunes y no sobreviven al jueves. Y por esa razón, en esta mañana otoñal con tantas cosas que hacer, ha decidido que se está mucho mejor entre sus sábanas de cuatrocientos hilos de algodón egipcio, las estira hasta taparse con ellas la frente, que plantando cara a una estresante jornada. Ha dormido tan a gusto que ni siquiera se ha percatado del momento en que su marido, Javier, se ha levantado para irse al aeropuerto y emprender un viaje de trabajo. Hace unos años, que él partiera sin darle un beso de despedida la hubiera tenido todo el día pensando en que algo no funcionaba entre ellos, incluso que podía haber otra mujer. La angustia la perseguiría hasta el primer mensaje o llamada, en la que le preguntaría el porqué de una marcha tan silente. Sin embargo, cuatro lustros de matrimonio han creado callo sobre las inseguridades de la joven que fue. Consciente de que ella, una sílfide sin curvas que nunca levantó miradas por la calle, se casó con

el chico que las traía locas; la mujer que es hoy Elena ha recorrido en silencio un camino espinado por la desconfianza en la vida en común. Javier no solo estaba —y está— dotado de un notorio atractivo físico: pelo moreno, ojos verdes, cuerpo atlético y buena estatura; sino que resulta irresistible por su capacidad de seducción a través de un don de gentes innato, sofisticado con los años. Sin embargo, tres hijos, una casa y miles de noches juntos han conseguido adormecer esa sensación constante de duda, su relación hace mucho que no es como ir montada en una montaña rusa.

«Qué pereza», piensa. Y repara en las tres reuniones para eventos navideños sin brillo alguno que tiene agendadas para hoy, la comida con su padre, de esas de las que siempre sale de mal humor —tienen formas distintas de entender los negocios—, y la tarde con viaje a la hípica incluido para las clases de equitación de Jimena. Le gustaría tener más tiempo para sí misma, ir más de compras o incluso al gimnasio como hacen muchas de sus amigas, las que no trabajan, claro. Pero sabe que este es el precio del sueño que ha empezado a cumplir.

Por ahora, los encargos se limitan a fiestas pequeñas de su círculo de amistades, sobre todo de otras madres del colegio de sus hijos, pero también ha comenzado a tener predicamento como organizadora de eventos entre las conocidas y saludadas de su madre. Todas ellas son mujeres acomodadas, la mayoría sin ocupación laboral. Las hay de gusto refinado, con ellas Elena trabaja cómoda, pero también las hay tan horteras que piensan que si no va todo *esferificado*, el menú no luce. Estas últimas la ponen de los nervios. En especial, porque suelen ser, además, las que solo se celebran a sí mismas: los cuarenta, los cincuenta, los sesenta y, por supuesto, los divorcios; la nueva fiesta de moda para la que piden tartaletas con formas fálicas, como si de las peores despedidas de soltera se tratara. Esto es lo que hay, por ahora. Sin embargo, Elena sabe que llegarán las grandes y elegantes galas, las inauguraciones importantes cuyo menú le sea confiado. Está segura. Todo es cuestión de seguir trabajando.

El papel pintado adamascado de la pared refleja una luz blanquecina que procede del iPhone de Elena en medio de la

oscuridad que aún llena la estancia. Las persianas están programadas para elevarse de forma automática a las ocho de la mañana, coincidiendo con su alarma despertador. Faltan todavía unos minutos para que se descubran los enormes ventanales de la habitación de matrimonio con vistas a la dehesa de Pozuelo. Elena prefiere acostumbrar los ojos a la luz de forma gradual para evitar jaquecas, así que, antes de alcanzar su teléfono, activa la iluminación de ambiente y, tras un suave clic, la tira de leds de luz cálida que recorre el perímetro del espacio, semioculta bajo un falso techo, simula un amanecer exclusivo para la estancia, esbozando apenas las formas que la habitan. La primera imagen que percibe le genera disgusto: un burro lleno de ropa de verano por guardar. Toca cambiar el vestuario de temporada. Es curioso, medita, que haya familias enteras que viven en treinta metros cuadrados y que ella a duras penas se apañe para organizar su ropa en los treinta y cinco que mide su suite, baño aparte. Cuando dirige la mirada al tresillo barroco que hizo traer de Francia, el sofá y los dos sillones de madera tallada tapizados en seda burdeos cuya silueta se recorta ahora en la penumbra, es consciente de que roba algo de espacio. Elena recuerda, entonces, las quejas que emitió su marido por lo poco útiles que, afirmaba, le resultaban esos muebles. A ella eso la irritó, la utilidad no define los elementos que decoran su vida. Sin embargo, el bulto que ahora forma la ropa colgada en medio de la habitación rompe tanto la armonía que Elena decide dejar de mirarlo para centrar la atención en ese último aviso de mensaje que ha emitido su móvil.

«Chicas, ¿salimos de cenita hoy?», ha escrito hace apenas unos segundos su amiga Irina en el chat que comparten con otras dos, Minerva y su hermana Elisabeth. Irina fue quien creó el grupo, «Mamis ricas», porque ese fue el apelativo que usó para ellas, hará un par de años, un cubano muy guapo pero algo pesado que conocieron en Fabulous, un restaurante de moda en Madrid. Irina les explicó después de aquella noche que, si le pagaban lo acordado, el chico les haría maravillas con la lengua y que movería la cadera de forma espectacular. La simple idea de contratar sus servicios era absolutamente escandalosa para Elena, pero las bromas al respecto

hicieron que las cuatro amigas se divirtieran mucho. Irina, por supuesto, repitió con el cubano.

«Me apunto, necesito una noche de chicas. Ya». Minerva se anima, es la primera en contestar, y de paso consigue que Elena se desperece y salga de su cama. Observa entonces que la bata de seda color maquillaje sigue donde la dejó anoche, sobre el sillón de su tocador, al otro lado de la zona ocupada por el tresillo barroco. Al ir a cogerla, el espejo le recuerda, a través de los surcos junto a su boca y las bolsas hinchadas bajo sus ojos, que ya cumplió cuarenta y cinco. Hoy le preguntará a Betty, la hermana de Minerva, que es dermatóloga y médica estética, qué puede hacer para mejorar su aspecto. Se recoge el pelo, que ya le toca los hombros y que pronto requerirá un corte, con una pinza de nácar mientras sigue escudriñando en su reflejo cualquier atisbo de arrugas o manchas. «De verdad, menuda mierda», piensa sobre el efecto del paso del tiempo. Por suerte, las canas no se aprecian entre tanta mecha; ¿de qué color era su pelo antes? Ya no lo recuerda. El cinturón de la bata le ciñe el cuerpo y, al menos, notar que su cintura sigue siendo estrecha, a pesar de los partos y de su nulo tono muscular, le infunde cierta confianza. La temida perspectiva de tener que verse sudando en un gimnasio para seguir entrando en su ropa puede esperar un día más. Y ahora sí, da comienzo su jornada.

Apenas son las 7:50 cuando Elena recorre el largo pasillo que separa la habitación de matrimonio de la de los niños y entra saludando con alegría. Allí ya están en marcha desde hace algunos minutos.

—¡Buenos días, pequeños!

El benjamín de la familia, Jacobo, está sentado con las piernas cruzadas sobre la cama. Sus rizos castaños están, como siempre, alborotados. Lleva puesta una camiseta interior, un bóxer de superhéroes y un par de calcetines. Le acompaña un aire de resignación que enseguida comparte con su madre.

—Mami, estas dos me tienen harto —lamenta.

Elena coge la carita de Jacobo entre las manos y lo besa. Es un saco de mimos y ocurrencias que pronto cumplirá cinco años.

—Oh, ¿y eso? ¿Qué pasa, cielo?

La madre advierte el mohín de su boquita, con el labio inferior atrapando al superior. El niño gira la cabeza hacia el otro lado del enorme cuarto, señalando a su hermana Jimena y la asistenta ecuatoriana, Wendy.

—Mamá, ex-plí-ca-le a Wendy que no pienso ponerme la falda del uniforme. ¡Nunca entiende nada!

A sus ocho años, Jimena aprieta los puños y resopla de indignación como una auténtica diva. Solo lleva puesto el polo verde del uniforme y las braguitas. De pie, sobre la alfombra que cubre el suelo, es casi tan alta como la empleada del hogar que se esfuerza en evitar, aterrorizada, la mirada de Elena desde detrás de la niña. Y pese a que solo está intentando cumplir con su encargo de tener preparados a los niños a las 8:30, lleva diez minutos enredada con la negativa de la pequeña a ponerse la falda, por lo que Elena interviene en la trifulca:

—Wendy, la niña también puede llevar el pantalón de uniforme. —Elena habla poco a poco, alarga las vocales, segura de que es la única forma de que la muchacha la entienda, aunque es consciente de que hablan el mismo idioma. Además, gritar no es elegante—. La falda no es obligatoria, y por la tarde monta a caballo, ¿lo entiendes?

Como respuesta, la empleada mestiza se limita a asentir moviendo la cabeza como si tuviera un muelle, y el moño que corona su cabeza, negro muy negro, acompaña cada una de sus rápidas sacudidas de cráneo. Está nerviosa; lo más importante para ella es cumplir esa orden, localizar el pantalón en el armario de la niña porque, cuando Wendy abre los ojos cada mañana en el cuarto de servicio de la casa de Elena y Javier, limpio y seguro, aún no puede creerse que lo haga lejos de La Colmena, en el centro de Quito, bajo aquel techo que amenazaba con aplastarla y una miseria que ya lo hacía. No puede perder este empleo.

Elena Villa-Arnaiz abraza y besa a su pequeña Jimena mientras la empleada va finalmente a por el pantalón.

—¿Ves, tesoro? Todo arreglado. Hay que tener paciencia con Wendy...

Ver cómo visten a sus hijos suele ser uno de los momentos favoritos de su día, pero solo si quien lo hace actúa con diligencia. No es el caso de Wendy, que solo lleva tres semanas en casa. «Siempre sucede con las nuevas», reconoce. Elena está convencida de que su familia tiene un papel civilizador con esas muchachas casi salvajes, que apenas saben leer y escribir, pero poco más, cuando llegan a España. La mujer suele referirse al trabajo que ofrece a sus internas como su «pequeña ONG», complacida de todo lo que, cree, aporta a esas muchachas.

Pero lo cierto es que, trabajando como interna en casa de Elena, Wendy no tiene horario. Si un niño llora de noche, va ella. Si la familia viaja, irá también. Todo por ochocientos euros al mes y sin contrato. Elena está segura de que le hacen un favor, porque la mujer aún no tiene papeles. Claro que, para obtenerlos, requeriría un contrato que, por ahora, ellos no están dispuestos a formalizar: exige pagar Seguridad Social, sube demasiado. La empleada solo dispone de una mañana libre, la del domingo —siempre y cuando la familia no esté de viaje—, pero en estas primeras tres semanas ni siquiera ha salido de casa en sus ratos de asueto. Como no se atreve a coger el tren ligero para ir de Pozuelo de Alarcón a Madrid, pasa el tiempo metida en el cuarto de servicio, una habitación de poco más de tres metros cuadrados, sin ventana, pegada al cuartito-lavandería.

A las 8:30, el desayuno ya está dispuesto en la isla de la cocina, cubierta por una encimera de piedra de tres metros de largo. Sobre la cerámica, que imita mármol, hay leche entera para los niños servida en sus tazas favoritas, cruasanes recién horneados y fruta fresca pelada y cortada, que resplandece gracias a los primeros rayos de sol que atraviesan el ventanal y que impiden, a su vez, que el día sea demasiado frío. A Javier le pareció absurdo, en su momento, que la piedra porcelánica que imitaba al mármol fuera más cara que el auténtico. Pero Elena lo tuvo clarísimo: es mucho más resistente que la piedra natural y la carta de colores permitía combinarlo a la perfección con los muebles en lacado blanco brillante con detalles en madera de nogal. La cocina es tan amplia y luminosa que Elena a menudo usa gafas de sol cuando sorbe su café

con leche, sentada en uno de los cinco taburetes de diseño: estructura metálica en formas circulares y tapicería en terciopelo beis.

Mientras Wendy acababa de preparar a los niños, Elena ha tenido tiempo de asearse y vestirse. En perfecto estado de revista, repasa la agenda en su móvil y toma notas en su cuaderno forrado de piel con sus iniciales grabadas. Comprueba satisfecha que nada interfiere en su asistencia a la quedada de jueves con sus amigas que Irina ha propuesto hace un rato. «*I am in!*», contesta por fin en el grupo de las chicas, y una sonrisa levanta las comisuras de sus labios ante la expectativa de una noche de risas y desahogo con ellas. Puede que no se conozcan de toda la vida, pero han alcanzado un grado de confianza cuando están juntas que les permite liberar todo tipo de tensiones, compartir los pequeños —o no tan pequeños— dramas del día a día y mojarlos en Moët hasta que se reblandecen y se tragan con mayor facilidad. Esta cita en su agenda es la que más le apetece hoy. Más tarde decidirá qué se pone para la noche, pero, para esta mañana, ha elegido un cómodo pantalón de cinco bolsillos de Armani y una camisa de seda blanca que deja ver sobre el escote el último regalo de Javier: el colgante de Suarez modelo Grace con la forma de su inicial cuajada de diamantes. El pelo, liso, recogido en una coleta y la cara, limpia, apenas tocada por un *blush* en las mejillas para romper con el blanco porcelana que domina su rostro y una leve pasada de máscara de pestañas para resaltar sus grandes ojos marrones.

—Mami, ¿cuándo vuelve papá? —El bigote blanco de leche es más grande que la boca de Jimena. Wendy se lo limpia de inmediato, sin dar tiempo a que la niña lo intente por sí misma. La pequeña reacciona con una mueca de hastío.

—Síííí, ¡quiero que vuelva papiiii!

Jacobo se suma, dejando claro cuánto añoran a su padre. Solo lleva unas horas fuera, pero las mañanas son mucho más aburridas sin él, sus juegos y sus historias disparatadas. Con mamá, en cambio, reina el orden, la calma y cierto aburrimiento.

—Muy pronto, tesoros. Yo también le echo de menos. —Elena responde sin mirarlos, mientras apunta una última cosa en su

cuaderno—. Venga, peques, ¡nos vamos!

Se levanta y se dispone a rodear la inmensa isla por el lado en que desayunan los pequeños.

—Ponemos zapatos, lavamos dientes, cogemos mochilas... —enumera canturreando mientras camina y reparte besos sobre las mejillas calientes de Jimena y Jacobo—, y os espero en el coche.

Como un soldado entrenado, Wendy se tensa al entender que ese aviso de Elena significa que dispone de dos minutos exactos para que los niños estén calzados y se hayan lavado los dientes. Ella ha preparado ya las mochilas, incluyendo el *snack* saludable para la media mañana de los niños. Son las 8:40 y El Colegio Británico no admite alumnos después de las 8:55, ya que la puntualidad está por encima de los mil ochocientos euros mensuales que cobran por alumno. Mientras, en el garaje, la puerta automática se eleva hasta vislumbrar la carrocería Gris Daytona de un flamante Audi Q8.

Wendy se esmera en perseguir a los pequeños para que lleguen a tiempo, la carrera de obstáculos de cada mañana tiene un esforzado final. Su metro y medio, cargado de mochilas y con un par de zapatos escolares en cada mano, resulta casi cómico. Pero es eficaz y consigue tenerlos sentados en el coche y con el cinturón puesto a las 8:45. Elena le dedica una última mirada desde el asiento del conductor de su enorme coche, ve a una muchacha resoplando agotada y piensa que aún es jueves por la mañana. Le gustaría que Wendy se quedara mucho tiempo con ellos porque intuye un buen fondo en la chica, pero cree que le falta espabilar. Desea no equivocarse respecto a la bonhomía de la joven, porque el resto se puede moldear, aunque le da mucha pereza tener que ser ella la única que explica a las chicas lo que tienen que hacer y cómo; Javier no toma partido en esta labor. Elena piensa que encargarse del personal de casa —seleccionarlo, adiestrarlo, controlarlo y despedirlo cuando es menester— es un trabajo muy duro y poco reconocido. Sueña con que alguna dure más de un año, pero hasta ahora la que no era una vaga era muy sucia, no sabía cocinar o les robó dinero. Cada empleada nueva le supone varias semanas de estrés añadido.

—Mami, ¿si te olvidas a un hijo te ponen una multa? —pregunta Jacobo desde el asiento trasero.

—Depende de dónde te lo olvides, corazón. —A Elena le hacen gracia las ocurrencias de su hijo; lo mira por el espejo interior del coche para ver su carita antes de terminar de enviar un mensaje de móvil a Javier. Por la hora que es, debe de acabar de subirse al avión, camino de una importante reunión en Bilbao.

—Si alguna vez sucede en el cole, os quedáis en la *library* hasta que llegue alguien. No pasa nada.

Elena piensa que es un buen momento para aprovechar y ofrecer esa indicación, podría ser útil en caso de que por alguna circunstancia no pudieran recogerlos del colegio. Pero Jacobo no iba por ahí:

—Pues nos estamos olvidando a Gonzalo.

En ese momento, el mayor de los Jiménez Villa-Arnaiz abre la puerta del copiloto y se arroja sobre el asiento tapizado en piel color topo sin mediar palabra. Lleva puestos los auriculares inalámbricos en los oídos y el desdén adolescente en la cara. Su madre lo mira con perplejidad durante un par de segundos.

—¡Hombre! ¡El rey de la casa!

Sin conseguir su atención, Elena planta un beso en la mejilla a su hijo mayor, de doce años, antes de arrancar el coche para partir hacia el colegio. Era cierto. Se había olvidado de él.

2

Poco después,
14 de octubre de 2021,
El Colegio Británico, Pozuelo de Alarcón

Cada mañana, la avenida que discurre frente al colegio parece un encuentro del G7: hileras de vehículos oscuros tipo berlina o enormes todoterrenos con vidrios tintados que desfilan liberando a sus ocupantes, que no son ministros ni jefes de Estado con maletines sino, en algún caso, sus hijos con mochila.

La primera vez que Elisabeth asistió a ese espectáculo quedó fascinada. «¿Cómo es que hay más coches que niños?», le había preguntado a su hermana Minerva, a quien acompañaba a dejar a los gemelos. «Todos los coches de los que no baja nadie son escoltas policiales, seguridad privada o los puñeteros *paparazzi*», le había contestado ella. Ahora que ese famoso futbolista argentino que lleva a sus hijos al colegio ha anunciado su compromiso con su nueva novia, que ha generado gran expectación por ser una chica española, la presión de los fotógrafos en esta puerta ha disminuido. Las imágenes se vendían mejor cuando él aún estaba con una modelo brasileña y se empezó a especular con que había otra mujer a la que habría conocido en la noche madrileña. Los rumores hablaban de una bailarina exótica, término que los comentaristas de corazón utilizaban con cierto tono de sorna, dando espacio a la idea de que podría tratarse de una profesional del sexo. Poco después, el jugador de fútbol y la chica comparecieron en una entrevista en exclusiva para un canal de televisión en la que relataron, ayudados por las preguntas del presentador, que su amor «a primera vista» se

había fraguado en una tienda de lujo en donde ella trabajaba. Era cierto que ella había sido contratada como vendedora en el local de la calle Serrano de una de las firmas preferidas de los futbolistas, aunque lo que no contaban era que eso había ocurrido semanas después de su primer encuentro en el reservado de un *night club*.

Después de aquel episodio, el centro prohibió a los periodistas situarse en la acera de acceso a la escuela por las quejas de muchos de los padres y madres. Entre ellos figuraba la propia Minerva, estrella de la televisión en horas bajas y daño colateral de aquel pequeño revuelo mediático. En medio del maremágnum de informaciones sobre el futbolista, se había topado con una foto suya en medios digitales acompañada de un pie que rezaba:

> La vida lejos de los focos ha hecho mella en el aspecto de la ex televisiva Minerva Morientes.

La crueldad que rezumaban tanto la foto elegida como el comentario adjunto enfureció a la periodista, aunque lo que más le dolió fue el espejo que le brindó la imagen: en ella se veía gruesa, dejada y le hizo sentir pena de sí misma. Su hermana Betty le aseguró, para consolarla, que la foto estaba distorsionada por la lente angular que usan los *paparazzi* y que había sido fruto de un mal día. El caso es que, ahora, los fotógrafos ya solo pueden tomar imágenes desde el otro lado de la avenida. El espacio público no es censurable, todo el mundo puede ser fotografiado en la calle, pero, al menos, el centro consiguió que el acceso principal quedara libre para quienes llegan caminando, que en su mayoría son niños y niñas acompañados por empleadas del hogar de la *pequeña ONU* de Pozuelo: ecuatorianas, peruanas y filipinas.

Hace un lustro, Elisabeth, Betty como la llaman, era adjunta al Servicio de Dermatología en el Hospital Universitario La Paz y su sueldo sin guardias no cubría la cuota del colegio de un niño y, mucho menos, del segundo que esperaba. Pero este jueves de principio de otoño, uno de esos días que invitan a vivir, Betty acaba de dejar a su hijo Nacho, de doce años, y a la pequeña Berta, de cuatro, en sus respectivos pabellones del centro más elitista de

Madrid. Emerge de él caminando ligera, sintiendo que pertenece ya a lo que antes intuía como una tribu, un grupo selecto de seres capaces de ofrecer lo mejor, o al menos lo más caro, a sus hijos. Otra sensación acompaña el paso de Betty y su hermana Minerva mientras abandonan las cuidadas instalaciones del colegio: el peso de las miradas sobre ellas. Minerva, que forma parte del grupo de madres desocupadas que sueltan a los críos y se van a satisfacer sus intereses, está acostumbrada. Para llevar al colegio a sus gemelos de cinco años suele elegir una especie de uniforme de camuflaje: gafas de sol grandes, gorra de béisbol y un conjunto de punto gris que, si no fuera de cachemir, parecería inequívocamente un chándal. Las zapatillas también parecen de deporte, pero los cristales de Swarovski y el terciopelo en vez de lona las hacen poco aptas. Los kilos del embarazo se quedaron sobre ella y hace tiempo que la talla 40 es tan solo un recuerdo para Minerva. Betty se ha dado cuenta e imagina que, rondando su hermana los cincuenta años, los cambios hormonales que provoca la menopausia le dificultan el control de peso. Aunque hoy su definición menos misericorde pueda ser la de mamá cincuentona desocupada y en baja forma, Minerva ayer fue estrella de la televisión y una de las mujeres más envidiadas en España por su éxito, inteligencia y belleza. Su hermana Elisabeth Morientes nunca fue tan llamativa como ella, pero es seis años más joven y, ahora, la diferencia se hace notar. Las hermanas captan la atención de otras madres, algunas saludan con la mano, otras solo miran, otras comentan con la de al lado. Betty está segura de que, aunque la famosa es Minerva, muchas de las miradas son exclusivamente para ella. Orgullosa, la dermatóloga es consciente de que se ha convertido en foco de interés desde que se ha corrido la voz de que su aguja obra milagros contra el paso del tiempo. Gracias a esa fama, y a que su hermana Minerva le sirvió de carta reputacional, Elisabeth ha conseguido meter a sus hijos en el colegio y por fin se ha subido al tren de la élite, aunque sea, eso sí, pagando el billete a treinta años y con intereses. Sabe, porque ha hecho los números, que su proyecto de montar una clínica de estética la va a hipotecar en sentido literal, aunque también familiar, ya que su marido no la apoya. Pero no importa, la medicina estética

le ha cambiado la vida, y el bolso de firma que se ha comprado con los ingresos de unos pocos tratamientos con bótox que suministra en la clínica de otro doctor le confirma que estar curando hongos en los pies a pensionistas en La Paz no ofrecía ningún futuro. Tras la apertura de su propia clínica vendrá el chalé en el mismo vecindario que su hermana, y el resto...

Minerva interrumpe sus ensoñaciones.

—Betty, entonces, ¿llamo al Fabulous para hoy?

—Ay, eso sería perfecto, *sister*.

—Pediré que nos pongan en el *chill out* de la terraza. —A Minerva le apetece comentar los detalles de la cita de chicas de la noche, pero su hermana sigue enredada en sus asuntos profesionales.

—¿Has visto a Elena? Me iba a presentar a unas amigas que estaban interesadas en hacerse algún tratamiento.

Elena, que primero fue amiga de Minerva y después de Betty a partir del ingreso de sus hijos en el colegio, suele acercar a sus niños casi cada mañana. Forma parte de ese grupo de familias en las que ambos trabajan y podrían pagarse un chófer o mandar a la niñera, pero prefiere pasar ese rato con sus hijos. Eso está uno o dos escalones por encima de la situación de Elisabeth, que no tiene alternativa a llevarlos ella misma. Antes de contestar, Minerva se ajusta la gorra de béisbol beis, decorada con el logotipo de Prada, con el único ánimo de hacer que su hermana espere un poco la respuesta.

—Jacobo ya estaba en clase cuando he dejado a los gemelos, pero a ella no la he visto. —A Minerva le da un poco de pereza esa ansia viva de su hermana pequeña por conseguir más y más clientas—. Tranquila, Betty, sin ti, las patas de gallo de esas amigas solo pueden empeorar. Mañana te las presenta y estarán felices de pasar por tus manos y tus agujas.

—Vale, es que me tengo que ir pitando a la consulta. Hoy tengo ocho *total faces*, ¡y eso solo por la mañana!

La velocidad con que habla y se mueve la dermatóloga es la de quien tiene todo por hacer, un Kilimanjaro que escalar y conquistar. Contrasta con la tranquila prestancia de Minerva, que ya hizo suyo el pico y todo Tanzania, si me apuras, hace tiempo. El problema es que

los reinados en televisión son efímeros y tortuosos, y hace cinco años que ya no la esperan en ningún plató. Así que el nervioso ajetreo de su hermana le genera cierto rechazo. Minerva siente que ella ya no es capaz de ser productiva, que su carrera se interrumpió y la doble —y tardía— maternidad acabó de volar todos los puentes con la exitosa periodista que se despertaba en plena madrugada para leer la prensa y llegar la primera a la redacción, dispuesta a marcar la agenda nacional.

—¡Madre mía, qué éxito! Pues anda, ve corriendo, nos vemos luego en Fabulous.

Elisabeth sonríe ante el comentario de su hermana. Minerva y Elena son sus principales proveedoras de clientas, su enlace a ese ecosistema de lujo y estatus habitado por mujeres dispuestas a gastarse más de dos mil euros en una hora en el centro de estética sin más preocupación que evitar que queden marcas visibles. Ante la apretada agenda de hoy, Betty se dirige al coche tan rápido como le permiten sus zapatos de tacón de Zara. Porque, a diferencia de su hermana, ella sí tiene que salir de casa de punta en blanco. Es decir, peinada, maquillada, vestida a la moda y hasta con tacón, ya que las clientas se fijan en todo, incluso por debajo de la bata. Maldice los tacones cada mañana cuando tiene que ir, apresurada, a recuperar su Renault, porque lo suele dejar lejos de la entrada, pero no le queda otro remedio. Nacho, su hijo mayor, no quiere bajar de él frente a sus compañeros, le da vergüenza. En vez de ceder ante la exigencia de su hijo adolescente, ella podría haberle aleccionado en la aceptación de que no todo el mundo tiene las mismas posibilidades, que ir a ese colegio ya supone un esfuerzo enorme para su familia y que lo material no debe condicionarle. Pero, en el fondo, Elisabeth tampoco quiere ser vista usando ese viejo trasto: cree que la imagen que uno ofrece es su primer anuncio de venta, y ella vende belleza, juventud y éxito. Tres palabras que representaría mucho mejor luciendo un Lamborghini deportivo rojo que con su Renault Scenic verdoso, con abolladuras y más años que un bosque. Así que, escondiéndolo, alimenta la angustia por la carencia de estatus que sufre su hijo. Contraindicaciones de pulsar el botón hacia el ático en el ascensor social, piensa Elisabeth. Y además, es

temporal, porque en cuanto pueda se hará con un Audi o un Mercedes de *renting*, algo más realista con sus ingresos, pero que no desentone tanto a la entrada del colegio. Metida en esos cálculos, llega hasta su humilde pero leal Renault. Arranca el motor y deshace el camino por delante del colegio. Por el espejo, ve que su hermana Minerva mira el móvil de pie frente a su BMW. Hace algo más de un lustro, a esta hora, Minerva llevaría despierta desde las cuatro, en directo desde las ocho, concentrada bajo los focos en las noticias que contar, la tertulia que dominar y una audiencia que seducir. Si lo que pretende es que nadie recuerde a la poderosa periodista, Elisabeth piensa que sí, que, aunque sea de cachemir, ese chándal gris funciona.

3

Mientras tanto,
14 de octubre de 2021,
aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas

Javier Jiménez Toledano es el único pasajero vestido de traje en la zona *business* del avión destino Ibiza y con salida de Madrid prevista a las 9:05. Apura los minutos hasta el cierre de puertas hablando por teléfono en un tono que rápidamente va alcanzando el del cabreo que muestra su ceño fruncido. Al otro lado, un técnico municipal de Urbanismo de Madrid, nuevo, se empeña en ganarse el cargo.

—Pero ¿qué aval ni qué mierdas? Tío, ¿tú sabes que acabamos de entregar la última fase de veinte mil viviendas en Valdebebas? —Amaga con que le importa la respuesta hasta que interrumpe—: ¡Que no, hostias! ¡Que no vamos a pararlo ahora todo por un papel que no me pedían desde el año de la tos! Cuando te enteres de la película, me vuelves a llamar.

Y cuelga.

La oreja tras el teléfono refulge como un farolillo chino encendido. El contraste es mayor por las canas que pueblan la zona sobre los huesos temporales. Cuando el gerente del Grupo Villa-Arnaiz, GVA, tiene que llamar personalmente a un técnico es que las cosas no están funcionando como deberían, y eso, claro está, va en contra de los planes inmediatos de Javier: pasar un par de días tranquilo en Ibiza. Con el Desarrollo Sureste a punto de concluir la fase preparatoria y el presidente del grupo presionando, en este momento está a punto de arrepentirse de haber subido a ese avión.

«Y qué calor, joder». Se desabrocha un par de botones de la camisa y afloja la corbata. Se tira con las manos de la cabeza hacia delante y a ambos lados para liberar las cervicales, pero la tensión que constriñe su cuerpo no cede. Ya lleva tres cafés, así que pide un Macallan a la auxiliar de vuelo. Dos minutos más tarde, ella le lleva un Cardhu junto con una servilleta de cóctel y una bolsa de cacahuetes. Sí, en *business* todavía existen. «No hay Macallan», le ha dicho. Javier reprime las ganas de lanzar el vaso contra la puerta de la cabina. Prefiere bebérselo, aunque le parezca una porquería.

El Desarrollo Sureste es el mayor proyecto urbanístico acometido en la Comunidad de Madrid: cientos de miles de viviendas con sus dotaciones, como colegios, parques u hospitales, entre Villaverde y Vallecas. El plan está aprobado y ellos listos para construir, la carrera de las licitaciones ha empezado. Toneladas de dinero en juego y una máxima: aplastar al contrario, quedarse con todo. Si lo consigue, ya puede ir buscando un paraíso fiscal donde meter tanta pasta como la que va a ganar en bonus. Si no, el que se esconderá del presidente de GVA tendrá que ser él. Ha sido un error irse de viaje, lo sabe por cómo aprieta el nudo en la base del estómago.

A las 8:55, la señal de cinturón abrochado se enciende y emite un sonido a la vez que una mano con las uñas lacadas en rojo pasión empieza a pasear por encima del pantalón de traje de Javier y va, inequívocamente, encaminada a su entrepierna. Tres filas por delante, la auxiliar que no tenía Macallan finaliza otra absurda demostración de seguridad a la que nadie atiende. Él no aparta la mano, pero baja la tapa del MacBook y lo mete en la funda, como acaba de solicitar la tripulante de cabina. Desde el interior de su uniforme azul y bajo una coleta de caballo con doble de gomina, la mujer se alegra de que el pasajero que hace unos minutos les gritaba a ella y a quien escuchara a través del móvil luzca ahora un rostro mucho más relajado. Incluso esbozando una sonrisa boba.

A las 9:03, los altavoces acaban con la espera: «Tripulación de cabina: armar rampas y *cross check*». Podría ser el comandante o el hombre de hojalata quien da la señal, el sonido es pésimo. Pero lo que importa es que la azafata desaparece tras las cortinas y el avión se pone en movimiento. Ya no hay marcha atrás para Javier; cuando

mira hacia abajo ve la cabellera negra de su acompañante subiendo y bajando. Solo tiene que controlar la respiración para que los otros únicos ocupantes de la zona reservada a *business*, una pareja de jubilados extranjeros dos filas por delante de ellos, no se percaten de su placer.

La joven solo necesita un par de minutos para dejar a Javier rendido contra el cristal de la ventana, a punto para dormir el resto del trayecto. *Tissues*, chicles de menta y el Rouge de Chanel como kit básico en su minibolso de firma.

—Eres la mejor, hostia.

—Me encanta complacerle, papi. —Su voz melosa con acento dominicano hace el resto para que Javier esté ahora oficialmente relajado. La cabeza reclinada hacia atrás, la barbilla apuntando hacia arriba y mostrando su afeitado perfecto sobre una mandíbula que ha olvidado la tensión de hace tan solo unos minutos.

A las 10:25 el tren de aterrizaje toma contacto con la pista insular. «La temperatura en Sant Antoni es de veintitrés grados centígrados y luce el sol. Gracias por viajar con nosotros y disfruten de su estancia en Ibiza». El cambio de latitud ha ayudado, pero el servicio privado a bordo ha sido lo más determinante para mejorar su jueves. El avión se detiene en la pista y Javier escudriña curioso el exterior a través de la ventana. El azul del cielo en Ibiza es de otro Pantone. Recuerda la humedad que sentirá al salir por las escaleras, le va a sobrar la chaqueta. Resopla, enciende el móvil. El primer mensaje es de Elena, lo ha mandado hace una hora y media:

> Nos vamos al cole. Suerte en la reunión con los de Bilbao, cielo. Los niños y yo te echamos de menos.

Para su fastidio, no hay un botón de pausa en los matrimonios que te permita escaparte a por un poco de diversión sin tener que reportar como fiel esposo. Aunque lo tiene controlado: Elena se quedará tranquila con una respuesta cariñosa en la que le anuncie la cantidad de trabajo y reuniones que aún tiene por delante.

4

Mientras tanto,
14 de octubre de 2021,
domicilio de Irina Martín, Pozuelo de Alarcón

Esta mañana, Irina siente la cabeza a punto de estallar. La noche anterior, como en cada cena, se tomó tres copas de vino y, antes de dormir, pronto, un Orfidal doble. Las benzodiacepinas suelen ayudarla a no inmutarse con el trasiego matutino que se organiza cuando las cuidadoras de su marido lo llevan al baño todos los días a las seis de la mañana. Pero esta mañana ha escuchado cada movimiento, cada apertura de puertas, cada aullido del viejo inválido. Puede que tenga que subir la dosis a dos comprimidos y medio. No ha vuelto a conciliar el sueño hasta pasadas las ocho y solo lo ha conseguido después de asegurarse una nueva noche de jueves de fiesta con las chicas. En cuanto Elena y Minerva han contestado a la propuesta que les ha hecho en el grupo de chat, ha puesto el móvil en silencio. Si había un nuevo pitido, le reventarían las sienes.

El ruido es la excusa que le puso a Tony para irse a dormir a otra habitación hace cosa de un año, pero el verdadero motivo es que yacer a su lado le repugna. Además, así no siente ninguna presión por levantarse a la misma hora que él, aunque haya que llevar al niño al colegio. Como siempre hay dos cuidadoras, en turnos de doce horas, si la pareja de guardia ve que la señora no sale de su habitación antes de las ocho, una de ellas se encarga de despertar al niño, darle el desayuno y llevarlo. Andando, son veinte minutos. Antes lo hacía Irina, caminando si hacía buena mañana o en coche si

llovía. Ese rato con Sergio era precioso. La vida lo era hasta el ictus de Tony. Cuando tu marido te saca veinticinco años, más vale que tenga mucho dinero para pagar los cuidados en caso de quedarse postrado tras un jamacuco. Esto no lo habría dicho Irina a sus treinta años, cuando conoció a Tony, empresario de cincuenta y cinco. Su compañía contrató al bufete en que trabajaba Irina como abogada. De eso hace ya quince años. La frase es, en realidad, de su amiga Minerva. Un poco desalmada pero cierta. Al menos, más útil que las que viene escuchando del neurólogo: «La tensión arterial estaba disparada, demasiado estrés en el trabajo, demasiado alcohol y comidas inadecuadas». Nadie te avisa de esto cuando te lanzas en brazos de un poderoso empresario, maduro, claro.

¿Qué hora debe de ser? La oscuridad total de la habitación le impide orientarse, la última vez que ha mirado el móvil eran las ocho de la mañana, pero es incapaz de calcular cuánto hace de aquello. Entre las pastillas, la mala noche, los ruidos y la tenaza cada vez más prieta sobre su frente, Irina empieza a sentir náuseas. Ha naufragado en un océano de pensamientos en espiral que la acechan y atacan en cuanto cierra los ojos. Ve a su hijo sin ella una mañana más. Náusea. Ve a su marido, abajo en el sillón, como cada mañana haciendo que alguna cuidadora le sujete la tableta electrónica para leer la prensa porque él no puede. Náusea. Ve a los abogados, a la exmujer de Tony, a los hijos de su anterior matrimonio. Náusea triple.

Al menos es jueves, lo que significa que es noche de chicas. Salir con sus amigas ayuda a Irina a escapar de la tortura que supone su casa, el olor a enfermo que desprende el hombre que la habita, que además es su marido. Soportar a un viejo inválido de forma tan injusta, tan súbita, tan fuera de sus planes, es un yugo para ella. Vamos a ver, ¿quién no tiene la puta tensión alta? Nadie te explica que una de esas subidas repentinas convierte tu vida y la de quienes tengas alrededor en un infierno. Tanto quería presumir de su vitalidad, de una juventud recobrada tras conocer a Irina y ser padre de nuevo pasados los sesenta, que Tony había ocultado los mareos, los dolores de cabeza y hasta el tratamiento en pastillas para mantener la tensión por debajo de quince. El día del ictus, la presión

sistólica estaba en veintidós. Accidente cerebral, lo llaman. Pero es más bien una hecatombe, un tsunami que arrastra brutalmente cada aspecto de la vida del agraciado hacia un sumidero que engulle sueños, proyectos y recuerdos. ¿Qué evento interesante le queda por delante a un hombre con medio cuerpo inmóvil, incapaz de caminar, asearse, comer por sí mismo o hablar más que en balbuceos? La muerte. Es lo que piensa Irina por las noches, que la muerte es la única solución para su marido. O la menos humillante, teniendo en cuenta que hace tres veranos Tony capitaneaba un yate de cala en cala por Menorca y ahora es incapaz hasta de tomarse un cortado sin derramar la mitad. Que el que fuera uno de los empresarios del ladrillo más activos del país dejara de respirar en plena noche también sería una buena solución para ella, claro. Eso sí, entonces llegarán las peleas con la exmujer y el resto de los hijos por la herencia. El dolor de cabeza se vuelve más punzante justo ahí, en el hemisferio donde está registrada la vetusta aristócrata despechada, la mujer a la que Tony abandonó por ella. Desde el *accidente*, Irina la siente orbitar junto a sus hijos, vigilantes, pendientes de un desenlace de muchos ceros y que requerirá horas y horas de caros despachos de abogados expertos en herencias. Mientras tanto, la vieja va diciendo a quien quiera escuchar que Tony está así por culpa de la meretriz por la que la dejó. No sabe cómo de encantada se lo devolvería ahora. Ya que fue ella quien llenó la casa de carísimos e inútiles muebles, podría quedarse también a su ya improductivo exesposo.

—¿Me permite el paso, señora? —La asistenta habla en un susurro y tras golpear la puerta suavemente con los nudillos.

Irina se da la vuelta con dificultad, está enrollada en las sábanas como un gusano en su capullo, pero estira el brazo para alcanzar su móvil. El reloj marca las once. Igual que en un hotel, en su casa esa es la hora a la que las habitaciones se arreglan, pase lo que pase. Habrá que moverse.

—Dame cinco minutos, Manuela, anda —responde irritada por la premura de la limpiadora.

Quedan todavía muchas horas hasta la cita con las chicas, pero, si se organiza bien, entre desperezarse a base de cafés, ir al salón de

belleza a recibir algún tratamiento, gimnasio, ducha y encerrarse en el vestidor hasta dar con un modelazo... el día de Irina está ya hecho.

5

Por la noche,
14 de octubre de 2021,
Fabulous, hotel Four Seasons, Madrid

Irina, Elena y Minerva están ya sentadas en los sofás exteriores, tapizados con tela de yate en color verde oscuro, alrededor de una mesa baja de vidrio en la terraza del ático del hotel Four Seasons, en los aledaños de plaza Canalejas. El restaurante se llama Fabulous, hace algunos meses que se ha convertido en el favorito del grupo de mujeres. Las han recibido con una copa del champán *rosé* de Moët & Chandon que siempre piden. Solo falta por llegar Elisabeth, que se ha quedado rezagada atendiendo a más clientas en la clínica donde, por ahora, pasa consulta.

—¡Cómo necesitaba esto, chicas! —Elena eleva la copa para brindar con sus amigas. Está feliz de compartir ese rato, después de una semana de mucho trabajo, y no todo fructífero—. ¡Por nosotras!

—¡Por las mamis ricas! —Chocan sus copas y, al pronunciar aquellas palabras, las mujeres se parten de risa recordando quién y por qué acuñó el nombre de su grupo de WhatsApp.

—Uy, uy, chicas, ¡tengo que contaros las novedades! —Irina casi se atraganta con el *rosé* al arrancar a hablar, y todas vuelven a reír —. ¿Sabéis el socorrista de la piscina de Sergio del que os hablé?

—¡Cómo olvidarlo! La semana pasada nos describiste al detalle cada montículo de su fibrado abdomen, sus abultados pectorales —Minerva hace la forma de un torso con las manos mientras lo describe—, el tatuaje en su hombro... ¿Me dejo algo?

—¡Sí! —interviene Elena—. ¡Que es menor de edad! —La carcajada general estalla de nuevo ante tal apreciación.

—Hala, ¡exagerada! —Irina toma la palabra sacudiendo la mano derecha a modo de cariñosa reprobación del comentario de sus amigas—. Primero, tiene veintitrés años, ¿vale?

—Perfecto, entonces *solo* —Minerva pone énfasis en esa palabra— le sacas veintidós.

—¡Un momento, un momento!, que nadie cuente nada más hasta que yo esté sentada y con una copa. —Betty irrumpe en la terraza, llega tan acelerada que provoca cierto revuelo alrededor, asiendo con fuerza su nuevo bolso Neverfull de Louis Vuitton. Ella tampoco entiende cómo un bolso sin cremallera, del que se escapa todo al primer trote, es tan caro, pero sentía que hacerse con él era imprescindible—. Hermana, tú eres la periodista, ¡dame un titular! —dice mientras reparte un par de besos fugaces a cada una de las amigas.

—Última hora. —Minerva entona como si estuviera en televisión mientras su hermana se instala en la silla, coloca el bolso y recupera el resuello—. No sabemos qué ha pasado exactamente, pero nuestra amiga Irina tiene *algo* que contarnos respecto a un muchacho del que podría ser su madre, pero, atención, y esto son buenas noticias, ¡no abuela! —El comentario de Minerva vuelve a provocar la risa, esta vez de las cuatro amigas, ya todas juntas.

Llega el camarero con otra botella de Moët y unas crudités de verduras con hummus fresco que coloca en el centro de la mesa con esfuerzo, ya que le cuesta hacerse sitio entre los móviles de las mujeres y en concreto la agenda Loewe de cuero grabado de Elena, que ha dejado delante de ella porque de cuando en cuando la consulta y anota ideas o gestiones pendientes. La mujer desplaza su lujoso cuaderno para hacer sitio a las viandas; la primera botella solo les ha servido para mojar los labios, hay que empezar a colocar algo en el estómago o la cosa acabará mal. La terraza las reúne casi cada jueves, no sin cierto esfuerzo en ajustar sus respectivos calendarios, para ofrecerse las risas y el desahogo de sus encuentros. Les gusta la comida que se sirve, pero también los cócteles y el ambiente. Buen nivel, formado por grupos de ejecutivos, gente con clase,

mujeres bien vestidas y de edad parecida a la suya. Minerva ha inventado un ranquin para referirse a los locales de Madrid que ha ido visitando. Se llama *putómetro* y describe, como su nombre indica, la cantidad, a su juicio, de profesionales del sexo —mujeres u hombres, como aquel cubano— que hay entre la clientela del lugar. Cuanto más sube el indicador, menos cómoda se siente y menos probabilidades tiene el local en cuestión de formar parte de sus favoritos. Pero esa terraza del hotel Four Seasons sigue pasando el corte de clase que tanto Minerva como Elena, las más selectas, consideran adecuado. El lenguaje que ellas usen o el contenido de sus conversaciones es otra cuestión, pero eso les atañe solo y exclusivamente a ellas.

—¡Serás putón! —Elena se dirige a Irina—. Anda, cuéntanos qué has estado haciendo con ese chico.

—Digamos que me hice la encontradiza en el vestuario que hay junto a la piscina... tres veces... hasta que el chico acabó entendiendo que no me había equivocado al meterme en la sauna de los hombres. En fin, juventud... —Irina mira al cielo, condescendiente y seductora.

—¡No! ¿En la sauna, *really*? ¡Qué morbazo, nena! —Betty está emocionada con la historia de su amiga.

En lo que respecta a hombres, escuchar a Irina es para ellas casi como ver porno. Algunas llevan con sus respectivas parejas más de diez años, incluso veinte en el caso de Elena, y eso hace que las historias de su amiga sean una auténtica fantasía erótica para el resto. No hay lugar para reproches en ese foro por el hecho de que Irina esté casada. Nada menos que con Tony Muñoz, que, de no ser porque está casi postrado, sería capaz de asesinar con sus propias manos a quien mirase lascivamente a su Irina. Hace solo dos años era pura fuerza, un empresario temido y respetado, de formas rudas, pero con la inteligencia necesaria para convertirse en un coloso desde casi la nada. Pero Tony está impedido y no es consciente, por lo que Irina se siente libre de contar a sus amigas cómo salpica de aventuras unos días que se han vuelto grises en casa desde que el estado de salud de su marido inunda cada rincón de su vida. Lo que no saben es que, mientras hace como que se

divierte, su amiga asesina la culpa a golpe de tranquilizantes y alcohol.

Minerva, víctima de los primeros sofocos premenopáusicos, se bebe de un golpe lo que queda de *rosé* en su copa, aún fresco, y saca un abanico de su *clutch* metálico con incrustaciones brillantes. Quizá un poco excesivo para una quedada de jueves con amigas, pero es lo más excitante de la semana, así que se ha ido con todo. En el salón de belleza la han maquillado y peinado como para ir a una alfombra roja. Se ha puesto un vestido negro de Dior que juega con los volúmenes y los drapeados para generar la sensación de que está más delgada, y sandalias de tacón que la estilizan. Mierda de kilos. No puede evitar estar pendiente de las miradas, ¿alguien se da cuenta de quién es? Antes, cuando salía todas las mañanas en televisión, llegaba a ser agobiante sentirse siempre el centro de atención allá a donde fuera, recibir visitas de admiradores en su mesa o hacerse fotos. Ahora, cinco años después de dejar los platós, es realmente extraño que alguien le diga algo, ni bueno ni malo. Se siente invisible hasta para los *haters*. Da vértigo caer en la desaparición social. Se fija en su hermana Betty, está radiante. Es más joven, pero aquí pasa algo más.

—Betty, ¿probando tratamientos? Te veo un brillo en la piel..., no sé, ¿te has pinchado algo nuevo?

—Bueno, bueno —la dermatóloga irradia excitación—, tengo un nuevo cóctel de vitaminas y ácido supernatural, ¡maravilloso! —Las mira a todas, abriendo mucho los ojos y moviendo la cara para ofrecer diferentes perfiles de su tez—. He estado justo hoy en un seminario de la empresa que los fabrica y, cuando abra mi clínica, los voy a comprar.

Es el sueño dorado de Elisabeth y todo indica que, en breve, lo va a conseguir. A ojos de las demás, su proyecto, y eventual éxito, es tan inevitable como la subida de la marea en el Atlántico. Elisabeth lleva meses haciendo acopio de energías e ideas para abrir su propia clínica de estética, preferiblemente en Pozuelo, que es donde está ahora su núcleo de influencia gracias a su hermana, Minerva, y las amigas de esta. Está buscando local, permisos, financiación para arrancar... En fin, todo lo necesario para meterse en un buen lío. Eso

sí, la recompensa interesa. Si todo sale como espera, se va a forrar. Nunca pertenecerá a grandes familias, como Elena o Irina, pero podrá vivir casi como ellas, traspasar el umbral hacia una vida reservada a las élites.

—¿Lo está llevando mejor Cristóbal? —Elena se interesa por el marido de Betty, también médico, pero poco convencido del volantazo que Betty ha dado a su carrera.

—No está siendo fácil. —El gesto de Elisabeth se torna sombrío al pensar en el conflicto recurrente que atormenta su hogar—. Para él, es casi una deshonra que yo ande pinchando ácido hialurónico después de haber estudiado cinco años de Medicina y cuatro de especialidad —suspira—. Así que, en casa, mucho apoyo no tengo. ¡Menos mal que estáis vosotras! —Elisabeth busca con las manos las de sus amigas y su hermana de forma cariñosa.

Se produce un momento de silencio cómplice; las cuatro mujeres, manos entrelazadas, se miran y sonríen. Betty ve en ellas una tribu, un camino. Si hay riesgo en su proyecto, piensa, ellas serán su red.

—Y tú, Elena, ¿cómo llevas el cáterin? —Minerva sigue dirigiendo la conversación, incapaz de evitar el tic de conductora de la comunicación, herencia de sus años como presentadora. Se dirige ahora a la otra emprendedora del grupo, su mejor amiga, Elena.

—Bufff..., estoy a-go-ta-da. Os juro que no imaginaba que sería todo taaaan complicado. —Elena frunce el ceño y cambia el gesto divertido que había mantenido durante la conversación sobre los ligues de Irina—. Las autorizaciones, encontrar personal, hacer entender a los clientes que no todo lo que se imaginan en sus distinguidas mentes —ironía modo *on*— es realizable.

Elena se concentra para hacer entender a sus amigas cuáles son los desvelos de una aspirante a empresaria del cáterin para eventos y fiestas. Es algo completamente externo al negocio de su familia, la construcción de viviendas e infraestructuras que lidera el Grupo Villa-Arnaiz, y eso hace que carezca de referentes; todo es nuevo, excitante, y un desafío para alguien que hasta la fecha no había trabajado nunca. Había estudiado Administración de empresas y, como única heredera de la empresa de su padre, todo el mundo daba por hecho que se incorporaría a ella tarde o temprano. Sin

embargo, el sector de la construcción está muy lejos de los intereses de Elena. Le horrorizan las obras, los camiones de cemento, la burocracia infinita y, sobre todo, las reuniones de trabajo de —solo— hombres, poco proclives a escuchar a una mujer si no es para que les ofrezca café. Lo ha visto desde pequeña, en los inicios de su padre en el negocio, y nunca le ha interesado entrar en la empresa. La crianza de sus hijos sirvió de excusa para no hacerlo, además, su marido, Javier, se convirtió en el heredero tácito, el hijo político perfecto a falta de varón de sangre. Hoy en día es gerente del grupo.

Una fiesta donde cada detalle sea perfecto, eso sí desvela a Elena. Ella es la mejor anfitriona, la que sabe lo que necesitan los invitados en cada evento, la que mejores cumpleaños monta. Su sueño es profesionalizar ese don y, ahora que sus hijos ya comen, caminan y hacen pis solos, ha visto el momento de iniciar el proyecto. Nunca es tarde, si tienes dinero, y ella dispone de lo que necesite para arrancar.

Elena pasa la mano por el lomo de cuero de su agenda Loewe, dentro está su vivero de ideas, y el tacto agradable del material la empuja a compartir una de las anécdotas que la aventura empresarial le está dejando.

—¿Sabéis lo que me ha pedido una exmodelo mexicana, casada con el marqués de Casa Fuerte, para la celebración de puesta de largo de su hija? —Elena las mira a todas buscando una respuesta que sabe imposible, por excéntrica—: Pastelitos con la forma del oso de Tous y personalizados con la foto de cada uno de los invitados. ¡Es lo más hortera que he visto nunca! Aun así, le haces el diseño, el presupuesto..., todo. Y al final, ¡dice que no le gusta!

—Poco a poco, Elena. Acabas de empezar, como quien dice. —Minerva trata de infundirle ánimo, aunque sabe que Elena está más que motivada—. Pero, hija, no me das nada de envidia metida en semejante lío. Yo solo con pensar en perseguir a gente, como cuando antes tenía que ir detrás de comisarios, jueces o políticos para conseguir información y exclusivas... ¡Menuda pereza! —Minerva resopla forzando un falso hastío. Amaba su profesión y no fue ella quien la dejó, sino al revés. No ha vuelto a trabajar desde su

despido, hace unos seis años, aunque de ese evento catastrófico de su carrera nunca se habla en estas reuniones, es casi un tabú. Solo su hermana, Elisabeth, la ha visto en su faceta de animal televisivo, al resto las conoció al mudarse a Pozuelo, una vez que había decidido que la misión de su vida postelevisiva sería ser madre. Su trayectoria sufrió un giro tan inesperado y brusco que solo entonces, ante el vértigo de un vacío que amenazaba con apoderarse de su vida, accedió a cumplir el anhelo de su marido, Daniel: formar una familia. Él es más joven que ella, un periodista deportivo de raza, pura vocación. Se enamoró de Minerva la primera vez que se cruzaron en el pasillo de la cadena donde ella trabajaba y a la que él acudía como colaborador. Captó su atención con una audaz provocación.

—Lo siento, Morientes, traigo en esta carpeta el mayor escándalo sexual en el seno de la selección española de fútbol, pero como no me invitas a tu programa...

Ella frenó el paso, sorprendida ante el atrevimiento de aquel locutor deportivo al que solo había visto de refilón. Vio la carpeta que señalaba Daniel, en pocos minutos descubriría su nombre, aunque lo que captó su atención fue el cuerpo fuerte y atlético del joven; su sonrisa perfecta y una mirada que invitaba a la aventura.

—Perdona, ¿nos conocemos?

Había despertado su curiosidad, y aquel encuentro casual derivó en una invitación a un cortado en la cafetería de la cadena. La conquista no fue fácil, Morientes era caza mayor. Pero la frescura, el verbo rápido y simpático del dicharachero locutor —y un físico envidiable esculpido a base de su afición al triatlón— obraron el milagro. Daniel siempre pensó que conseguiría convencer a Minerva de traer a algún pequeño delantero centro al mundo, juntos. Si había conseguido atraer su mirada, nada se le iba a resistir. Y ese acuerdo llegó en el momento más bajo de la periodista, cuando su vida perdió el rumbo tras ser relegada de su puesto. Daniel estuvo con ella y para ella, y la convenció de lanzarse a por críos. Ya había sobrepasado los cuarenta años, cuarenta y cuatro, nada menos, y por el estado de su reserva ovárica le recomendaron probar con una fecundación *in vitro*. Aferrada a esa nueva misión vital, Minerva fue

con todo: se sometió a varios ciclos de gestación asistida, estimulación hormonal incluida. Tardó once meses, pero consiguió quedarse embarazada, y encima de gemelos. Fue una opción que les habían ofrecido, implantar dos embriones para no tener que volver a buscar un embarazo. Así fue como se convirtió en «madre añosa», una etiqueta horrible para las mujeres que gestan por encima de los treinta y cinco, y «de riesgo» por el carácter múltiple de la gestación. Sin embargo, se sentía embebida de una nueva y salvaje energía que la empujó a través del resto de los cambios relacionados con su nueva vida: mudanza a un entorno más tranquilo, peregrinaje por centros hasta encontrar el colegio perfecto... Todo lo que había jurado que nunca haría sirvió para ocupar su tiempo y su mente cuando el mundo laboral le dio la espalda. «Son cosas que pasan, pero mira qué bien te ha venido», escuchó infinidad de veces. Le hervía la sangre ante tal condescendencia de quien no tiene ni idea de lo que a ella le parece bien o mal, de dónde queda la profesional detrás de la parafernalia de la madre. Sin embargo, con la dedicación en tiempo y trabajo que exige ser madre de dos niños a la vez, a pesar de tener ayuda contratada, Minerva fue entrando en un flujo distinto. Cuando la pantalla de su casa empezó a transmitir solo canales que mostraban a alegres cerditas o bebés rodeados de elefantes y patos, la mujer dejó de ver televisión con ansiedad y nostalgia y abrazó sus nuevas preocupaciones —el color de las cacas y los mocos— como el nuevo centro de su vida. Ahora que los pequeños van al colegio y empiezan a ser algo autónomos, Minerva es consciente de que enterrar sus ilusiones en pañales no ha resultado efectivo del todo. En lo más profundo, late una profesional reprimida, un animal sediento de influencia y poder, dispuesto a volver a la selva. Sus amigas saben que está amargada por lo que ha dejado atrás. Que la vida de mami rica no es para Minerva Morientes aunque se haya apoltronado como la que más. Está obligada porque nadie la llama. Así que ninguna de ellas pregunta por la tele, por las expectativas de Minerva. Ponerla de mal humor no es una opción inteligente, como saben bien en su casa toda su familia y los que han trabajado con ella.

Piden más Moët *rosé* y vuelven al tema picante: Irina y sus ligues.

6

Al día siguiente,
15 de octubre de 2021,
despacho de José Luis Villa-Arnaiz,
paseo de la Castellana, Madrid

Llamarlo despacho es quedarse un poco corto; lo de José Luis Villa-Arnaiz, capo del Grupo Villa-Arnaiz, es prácticamente una planta entera de la Torre Emperador de la avenida Castellana de Madrid. Seiscientos metros cuadrados para él y sus tres secretarias, la sala de reuniones vip de la empresa, con más botellas de *bourbon* y whisky que sillas y un gimnasio equipado por completo que nunca se ha usado más que para ser mostrado. Los muebles de roble, a pesar de haber costado una fortuna, desentonan ya, por anticuados, con las cristaleras ovaladas de la planta treinta y dos, la última antes del ático, cuyo perímetro reproduce la curva que matemáticamente representa la función coseno. Pero «lo clásico nunca pasa», le suele decir a Elena cada vez que su hija se queja de esa imagen tan antigua del despacho de su padre.

En esta mañana de viernes, otoñal y despejada, quien mira a través de esos cientos de metros cuadrados de cristal posee un panorama del norte de Madrid al completo. En una ciudad con solo cuatro rascacielos contados, un despacho desde lo alto de uno de ellos permite una vista que alcanza varios kilómetros de radio en un día claro. El de don José Luis da a la Castellana, así que se conoce casi de memoria los listones dispuestos en la explanada que precede a la estación de Chamartín, son las innumerables vías por las que suele ver llegar trenes, como si fueran de juguete. Su empresa

construyó parte de la ampliación de esa estación y de los muelles de entrega de mercancías. Villa-Arnaiz los siente como si fueran posesiones suyas. Su constructora, cotizada en el IBEX 35, es de las que mayor volumen de negocio mueven en España. Es así gracias a un equilibrio entre contratación pública y promoción privada de viviendas, naves industriales, edificios para equipamientos y centros comerciales. Durante décadas, el gran logro de los presidentes de las tres principales compañías constructoras ha sido aprender a convivir en el mercado sin morderse, había suficientes peces como para que todos engordaran a gusto. Pero mantener a raya a todo un sector no es fácil, ni relajado. Y menos con la inestabilidad política que domina el país.

José Luis no siente que ha desayunado hasta que un primer whisky enciende el fuego por el camino desde el vaso hasta el esófago. El septuagenario recurre a su Macallan Red Collection, cuarenta años de añejamiento en barrica de jerez de la que solo se hicieron seis botellas. El chupito de diez mililitros sale a dos mil euros. Cuando deja el vaso de nuevo sobre la mesa ha consumido, en un solo sorbo y a las 8:30, el doble del salario mínimo mensual en España. Es la clase de chute que le pone cachondo de buena mañana, ataviado con su habitual traje azul marino; hoy la corbata es gris plata a juego con su pelo. No volverá a comer nada hasta el almuerzo, el hambre le vuelve creativo, le infunde el extra de mala hostia por el que todos le conocen y, de paso, le mantiene a raya el peso.

La primera secretaria le avisa, mediante una fugaz aparición tras llamar a la puerta de las estancias de presidencia, de que Javier ha llegado. Los despachos privados con el gerente de la empresa son habitualmente semanales y tienen lugar los martes, más allá del contacto telefónico o los encuentros que compartan con otros. Pero anoche, jueves, José Luis mandó un mensaje que sorprendió a Javier, que además es su yerno, en el que le requería a la mañana siguiente. No preguntó dónde estaba ni si le venía bien acudir, jamás haría algo así.

—Buenos días, jefe. —Javier se hace visible al atravesar el umbral moviendo la puerta maciza de roble. Lleva cara de haber dormido

poco y bebido mucho.

—No me gusta nada cómo estás llevando el asunto del Desarrollo Sureste. —José Luis le suelta el reproche como una bofetada a primera hora. Parece que la llevara guardada en el bolsillo de la chaqueta, preparada para despertar a Javier de una vez por todas.

—Es ese gilipollas nuevo de Urbanismo que... —Javier arranca su defensa, pero lo hace flojo, contra las cuerdas, tras el recibimiento de su suegro.

—Cállate, ¡joder! —Cuando el jefe grita, el mundo calla. Y eso hace Javier, obediente—. No has hecho bien tu trabajo y me vienes con que tenemos que presentar un aval en una fase preparatoria de proyecto, algo que solo se le pediría a una empresa nueva en el mercado. ¡Pero ¿a GVA?! ¿Qué mierda es esta?

—El funcionario dice que el procedimiento ha cambiado, que el nuevo gobierno municipal ha puesto en marcha una serie de normas. —Javier responde cabizbajo, sin valor para mirar a su suegro a la cara—. Un nuevo protocolo que afecta a la contratación para grandes proyectos.

—¡La burocracia de mierda! Estoy hasta los cojones de leyes de transparencia, códigos de buenas prácticas, ¡la madre que los parió! ¡Pero si cumplimos todos los putos estándares! ¿Cuál es la excusa ahora?

—Lo que me pide el tío nuevo de Urbanismo es un aval bancario, con la entidad con la que ellos trabajan, para garantizar la solidez de nuestra oferta.

—Solidez, ¡la de mis cojones! —José Luis zanja la conversación, a su estilo, con las glándulas genitales anunciando el punto final—. Esto lo arreglas. El proyecto es nuestro ya, o lo perdemos. Y si GVA no está en el Desarrollo Sureste, Javier Jiménez no está en GVA, ¡¿lo entiendes?!

—Por supuesto, José Luis.

Javier no tiene energía ni para desafiar con la mirada a su suegro, sus ojos están fijos en la alfombra persa que cubre la tarima de madera noble. La batalla está perdida ahí, solo le queda obedecer y cumplir. Seguir peleando. Anoche estaba en Ibiza, dejándose llevar por el hechizo latino de su acompañante, alcanzando durante unos

minutos un olimpo que solo la distancia de Madrid y la joven piel de la dominicana que le envolvía pueden ofrecerle. Le jode la pasta que se ha dejado en la escapada a Ibiza para nada: el vuelo en *business* para él y la chica, todo el fin de semana pagado en el Bless Hotel de Cala Nova, los honorarios de ella, la comisión de la agencia y tener que cambiar su billete de vuelta a toda prisa para que su jefe le escupa a la cara. Aquello, desde luego, no estaba entre sus planes. Pero se yergue, se estira el traje y murmura una despedida sumisa con intención de abandonar la sala.

—¿A dónde vas? No he acabado —le espeta Villa-Arnaiz.

Javier se frena y se prepara para otro chorreo. El viejo hijo de puta no ha tenido suficiente, piensa mientras trata de disimular el disgusto en la cara, las ganas de propinarle un puñetazo que le dejara seco, en el sitio.

—Te veo atontado, Javier. Me preocupas. Un hombre tiene que dar la talla, tanto en su trabajo como en su hogar. Dime, ¿estás a la altura de mi hija, Javier? ¿De ser el padre de mis nietos?

La pregunta es una cuchillada untada en crueldad. Uno de los ataques que el viejo usa en momentos críticos, en realidad, una brutal forma de motivación. Javier sabe que debe modular su respuesta, aunque las entrañas le pidan llenar el despacho de sangre. Toma aire y articula una contestación que parece sacada de un manual de autocontrol.

—Son lo más importante de mi vida, José Luis, ya lo sabes. Y por eso voy a poner a la empresa en lo más alto con el Desarrollo Sureste, para que tengan todo lo que precisen y se sientan orgullosos de nosotros.

—Más te vale. Anda, a trabajar un poco.

José Luis Villa-Arnaiz observa a su yerno mientras abandona el despacho arrastrando su dignidad por el suelo de tarima barnizada; está empezando a sentir dudas sobre su papel en la familia. El problema principal no es que le pierdan las jovencitas, sabe perfectamente dónde y con quién estaba anoche. Su hija o lo tolera, o no se entera. Ambas posibilidades le parecen correctas, porque José Luis está convencido de que los hombres necesitan sus válvulas de escape y, a su lado, mujeres que lo entiendan. Pero una cosa es

irse de putas, en el sector muchos contratos se han firmado apoyando la carpeta sobre la piel desnuda de mujeres que amenizan las reuniones, y otra muy distinta desviarse de los objetivos. Y lo que espera el gran capo de su yerno —Javier fue el número uno de la promoción de ICADE, la mejor escuela de negocios de Madrid— es que sepa estar para todo, no solo para las putas. No le importó que no perteneciera a ninguna buena familia —recuerda haberle preguntado con sorna «¿Jiménez y ya está?», el día en que lo conoció, lo que provocó el sonrojo de su hija—, porque intuyó que el hambre de dinero e influencia que llevaba escrito en la cara le iba a elevar por la ladera de la élite. Casado con la heredera de GVA, gerente de la empresa a los treinta y siete años, decenas de contratos millonarios defendidos con uñas y dientes..., todo ha marchado bien en la última década. Sin embargo, no le ve en forma frente al desafío que supone el Desarrollo Sureste. Quizá sea solo una mala racha, piensa, en un atisbo de compasión. Del primer cajón de su escritorio saca un teléfono móvil de prepago y marca un número.

—Rojo, tengo un asunto... Un comunista de mierda está tocando los cojones en el Ayuntamiento... Sí, el equipo nuevo. Eso es, ¿tienes a alguien dentro? Vale, pues pon a tu friki a trabajar. Quiero neutralizarlo... ¡Ya sabes! —Una risa ahogada, de años de fumador, retumba en su pecho—. Sí, sí, ¡eso!... —Una expresión divertida en su rostro indica que su interlocutor ha ofrecido una idea del agrado de Villa-Arnaiz—. Y si el tío es más casto que la Virgen de Montserrat, le pagas a la mismísima Moreneta para que baje y se la chupe mientras grabas. A ver si tiene ganas de que su familia vea la última peli porno casera que pongamos en circulación.

7

Mientras tanto,
15 de octubre de 2021,
Bless Hotel, Ibiza

Se ha quedado sola en Ibiza, en un hotel de lujo y cobrando íntegros sus honorarios por una escapada de tres días, tres mil euros descontado lo que se lleva la agencia. ¿No es este el mejor trabajo del mundo entero? Conoció la agencia a través de Instagram. Resulta que una marca de cosméticos había usado el nombre clave *«Sugar daddy»* para una línea de maquillaje que promocionaban voluptuosas jóvenes, pero la firma se vio obligada a retirar la línea por presión de asociaciones feministas. Daisy no tiene ni idea de qué es el efecto Streisand, de hecho, no sabe ni quién es ni ha escuchado nunca cantar a Barbra. Pero a un solo clic desde su móvil, ha sido capaz de saltar de un *post* en que se denunciaba la supuesta apología de la prostitución del concepto *«sugar daddy»* directamente a la web que le ha facilitado este fantástico trabajo. De prostitución, nada, piensa. Ella es algo mucho más sofisticado, una *sugar baby*. El empleo que cambia de una vez por todas su maldita suerte.

Estirada en una cama balinesa frente a la *infinity pool* del hotel, bajo el cielo de Ibiza, el lamido de la brisa a su piel le recuerda a la lengua de Javier por su cuerpo, hace tan solo unas horas. Evocar a ese hombre, sediento de ella, la estremece de placer. Ojalá pudiera seguir allí con ella, verla, perfecta en su bikini blanco, y acabar de pasar juntos el fin de semana en la isla bonita. Aunque sola, con la única compañía de un mojito y los fornidos camareros del Bless

Hotel, que casi está ya en temporada baja, Daisy piensa que tampoco se está tan mal.

Nada mal.

Lleva en España seis meses y hasta ahora ha ido enlazando trabajos que le han parecido una mierda. Como limpiadora en un colegio, a través de una subcontrata de empleo temporal, cobraba una miseria; como camarera en una terraza del centro, las propinas animaban el salario, pero las jornadas de doce horas portando bandejas eran extenuantes; como repartidora de comida, el horario era más flexible, pero ir por todo el barrio en bicicleta en pleno verano madrileño fue demoledor. No podía evitar las horas de más calor porque, junto a la previa a la cena, la hora del almuerzo era la de mayor demanda y solo aprovechando esas franjas le daba para pagar la habitación donde vive en Usera, en piso compartido, y poder mandar algo de dinero a su madre, en República Dominicana. Fue su progenitora, en una videollamada a través de Skype, quien la animó a acercarse a un gimnasio y aprovechar su excelente forma física, fruto de su juventud pero también de una genética prodigiosa, para ofrecerse como entrenadora. La idea era perfecta; el cuerpo joven, esbelto, hipnótico, de Daisy no podía ser mejor reclamo para los clientes de un gimnasio de franquicia que había visto cerca de su calle, en una zona industrial. El encargado que la recibió la miró, y la fichó de inmediato. Solo hicieron falta dos días de formación para que pudiera empezar a impartir clases dirigidas de baile aeróbico, zumba, su toque latino les entusiasmó. El centro ofrecía un horario de veinticuatro horas, así que Daisy empezó con las de madrugada y pudo combinarlo con el trabajo de reparto. Acababa exhausta, pero, al menos, entre ambas ocupaciones podía reunir unos cuatrocientos euros por semana. Esos primeros ingresos compraron el billete de su hermano Rafael, de dieciséis años, que también voló a Madrid en busca de mejor fortuna que la que les esperaba en Higüey, el municipio interior, al este de la isla y cercano a Bávaro, que los había visto nacer. Su madre, tras criarlos sola, entendió que para deslomarse trabajando en una obra o como camareros en la isla, podían hacer lo mismo en Madrid por mucho más dinero. De ese

modo, pensaba, evitaría que su hija acabara vendiéndose a turistas, como tantas otras niñas y mujeres de familias pobres en su país.

Una sombra de inquietud cruza su mente al recordar lo feliz que se mostraba su madre cuando ella le contaba la buena marcha de su carrera como entrenadora. El del gimnasio fue el trabajo que más tiempo mantuvo —dos meses— y el más agradable, llegó a pensar que ese podía ser su lugar. Las alumnas de zumba, todas mujeres, la adoraban, y además podía usar la sala para ejercitar el cuerpo. Pero hace un mes que lo dejó, tras firmar el contrato como *sugar baby*, y aún no se lo ha contado. Le pesan los remilgos que su madre le ha mostrado siempre respecto a la actividad de las mujeres que acompañaban a hombres adinerados en los hoteles de lujo en su país. Pero aquellas mujeres eran inmediatamente abandonadas por sus clientes en cuanto volvían a sus países de origen, recuerda la joven. Y con Javier ella comparte nada menos que un contrato.

Sugar baby, la palabra retumba en su mente mientras se observa a través de la pantalla del teléfono móvil, con la cámara puesta en modo autofoto. Su piel, bronceada de forma natural, solo necesita un amanecer soleado para refulgir en un tono cobrizo. Se sabe irresistible, desde debajo de las gafas oscuras de marca que Javier le compró en el aeropuerto de Barajas ve cómo el resto de los turistas que llegan hasta la terraza de la piscina no pueden evitar escudriñar su cuerpo. Se siente deliciosa.

Hasta hace un mes, no podía ni pensar en comprarse ropa bonita. Solo las nuevas gafas Dolce & Gabbana cuestan más que todo lo que ella había adquirido en mercadillos desde que llegó a España. Pero ahora, al haber firmado contrato con un cliente, cobra dos mil euros fijos al mes, viajes aparte. La tarifa para desplazamientos, como el actual a Ibiza, son mil euros extra al día. No son sus tarifas, son las de la agencia, que carga un 50 % más por los servicios, aunque eso, ella, lo ignora. Solo le importa que, para seguir ganando ese dinero, lo único que debe hacer es acompañar al cliente a donde él quiera. Estar para lo que desee. Y, además, como la avisaron, si le hacía la vida agradable al cliente, este correspondería con regalos buenísimos.

Percibe el tacto perlado de su nuevo iPhone, primer regalo de Javier, en la mano, y un pensamiento se activa: podría hacer una videollamada con su madre y enseñarle el lugar tan maravilloso en el que se halla gracias a su nuevo trabajo. Podría describirle lo cómoda que resulta la cama balinesa en la que se encuentra acostada, se mostraría tan bella y relajada como está ahora mismo. Pero desiste de la idea. «No lo entendería», piensa mientras aleja el teléfono móvil de sí. Quizá, fantasea, pronto triunfe en algún *casting* para un anuncio o, mejor, una serie de televisión, y pueda darle una alegría a mamá.

Daisy no ha cumplido los dieciocho, le faltan seis meses, pero nadie le pidió el documento que acredita la mayoría de edad en la agencia. Se presentó allí tras una llamada y el envío de una foto a la dirección y teléfono que figuraban en la página web. Mide solo un metro sesenta de altura, lo que no impide que provoque contracturas cervicales allá a donde va. Melena lisa y morena, ojos verdes, labios sensuales y prominentes. Aunque por lo general la cara es lo último que ve la gente: sus jóvenes pechos son demasiado grandes para estar tan firmes. Y, sin embargo, ahí están. La curva de su cintura se adentra armoniosamente dibujando un vientre fino y sugerente que le gusta mostrar con camisetas cortas. Y el deporte se nota en sus glúteos, con el volumen y la forma justos para enloquecer tras cualquier falda, no digamos atrapando un minúsculo tanga. Tras hacerle algunas fotos en ropa interior, en la agencia le dijeron que «había pasado el *casting*» y que entraba en plantilla. Solo tuvo que hacerse una analítica y comprometerse a repetirla de forma periódica para poder asegurar a los clientes que está libre de enfermedades de transmisión sexual y firmar un contrato en el que, entre otras cosas, pone que su servicio no incluye sexo. Es un tema legal. Ya le explicaron que eso depende del cliente, que lo del contrato es una formalidad, y que además tenían una petición que encajaba perfectamente con su perfil. Un tío rico y bastante aparente buscaba la compañía de una chica como ella. Él sería su *sugar daddy*, su protector, y ella, su *sugar baby*, quien le complacería. Le encantó el nombre. Durante las primeras citas en Madrid, solo supo que se llamaba Javier. Y si no llega a mirar por

encima de su hombro al entregar las tarjetas de embarque ayer antes de subir al avión, no sabría que se apellida Jiménez Toledano. Respecto al sexo..., nada más recogerla en su primera cita, con un impresionante BMW negro, cristales tintados, asientos de cuero beis, supo cómo le ponía al notar su mirada sobre su escote. A ella, Javier le parece guapísimo y un auténtico señor. Complacerle es tan fácil como dar un caramelo a un niño, y está tan estresado, el pobre. Daisy cree que no es feliz con su vida, sobre todo con su matrimonio. Recuerda la noticia en que asociaciones feministas denunciaban que el concepto de *«sugar baby»* era una dulcificación de la venta del cuerpo femenino para fines sexuales. Pero no está de acuerdo, lo que ella hace no tiene nada que ver con lo de esas pobres chicas, las putas, la mayoría subsaharianas o de Europa del Este, que se tienen que pasar el día en la calle e irse con cualquiera. Eso sí que no.

Desde luego, piensa, nadie se lleva a una vulgar prostituta a Ibiza, a un hotel de lujo como el Bless, de cuya terraza está disfrutando. Siente que vive un sueño: Javier es un caballero que la trata como a una reina, no como los chicos que se le acercaban en el gimnasio o en el barrio. No le ha preguntado cuántos años tiene, pero calcula que cerca de cincuenta, lo que son más de treinta de diferencia. Nada que objetar, a Daisy le encanta él, con sus canas, su experiencia y su poder; y también la isla de Ibiza. Las playas en su tierra también son bellas, pero nunca había entrado en un hotel como este. En República Dominicana es difícil acceder a los hoteles si no trabajas en ellos. Lleva todo el día haciéndose fotos para su cuenta de Instagram. Algunas son en formato *selfie*, pero siempre hay hombres dispuestos a hacerle algunas en otras poses. No les hace demasiado caso, lo justo para conseguir buenas instantáneas o alguna bebida gratis. Pero nada más, su contrato es en exclusiva con Javier, ella se siente comprometida con ese vínculo. Piensa que el hecho de que Javier la quiera solo para él significa mucho y está dispuesta a darlo todo para estar a la altura de ese hombre.

Las fotos están quedando increíbles, las repasa en su nuevo iPhone. Luego podrá ir colgándolas en redes sociales durante el invierno. Cuanto más sexi, más seguidores, más posibilidades de que

la contacten para anunciar algún producto a cambio de una tarifa, primer paso antes de ser una cara conocida en España. Eso es lo que realmente quiere hacer. ¿Acaso no hay actrices dominicanas trabajando en este país? Bueno, seguro que hay algo para ella. Por fin, tras unos meses de lucha en la ajetreada Madrid, que parecía ofrecer solo trabajos de esclavitud, ha encontrado el camino.

Madrid. Sus ensoñaciones se estrellan y se desparraman como un plato de loza lleno de sopa contra el suelo cuando el vívido recuerdo de lo que es su vida actual en la capital española irrumpe en su mente. En Madrid le espera un piso sucio y lleno de chavales borrachos. Los amigos de su hermano, a quien alquiló una habitación en el mismo apartamento que ya compartía con otra pareja de colombianos, se han convertido en inquilinos gratuitos del salón de su casa, casi desde el momento en que Rafael aterrizó en Barajas; por lo visto se conocían a través de redes sociales. Él se pasa el día en la calle o tirado en el sofá con ellos, bebiendo y pavoneándose. Para Daisy, su hermano Rafael está siendo un incordio, no ayuda en nada más que en vaciar la caja. No parece tener ningún plan de trabajar ni de formarse, y ella tampoco pretende ejercer de madre de ese estúpido mocoso que se gasta buena parte de su jornal. Pero esto se va a acabar, piensa. Este nuevo trabajo le va a permitir alejarse de Usera, de su hermano y de la miseria que destila su bloque, lleno de inmigrantes compartiendo habitaciones.

8

Un mes después,
mediodía del 15 de noviembre de 2021,
despacho de Javier Jiménez Toledano,
paseo de la Castellana, Madrid

El viento fresco matutino que pide taparse el cuerpo silba contra los ventanales del gerente de GVA, recordándole que el otoño ya está instalado en Madrid. A Javier le parece mentira que hace solo cuatro semanas pudiera estar gozando de los últimos días de calor del verano meteorológico, que en Ibiza se sigue disfrutando hasta bien entrado octubre. Repetir un plan así con Daisy, que fue cortado de forma abrupta por su jefe, le será difícil hasta la primavera.

Tonos tostados, rojos y naranjas decoran ya las ramas de los plátanos de sombra, el árbol más común en la ciudad de Madrid, suavizando el frío asfalto de Castellana Norte. El tamaño del ventanal del despacho de Javier, situado en la planta inmediatamente inferior a la del gran jefe, hace que el paso de las estaciones sea el principal elemento decorativo. «Minimalismo cálido» fueron las palabras que empleó su mujer, Elena, para trasladarle la esencia del proyecto de decoración que resolvió el estudio que ella contrató para él cuando ascendió a gerente y accedió a ese despacho. La mesa de escritorio, visualmente ligera con tablero de vidrio sobre patas de madera de roble natural, cede la atención del observador a la gran ventana; el sofá, situado en el extremo derecho de la sala, en tonos naturales, beis y marrones claros, aporta calidez y delicadeza visual a la escena.

Mientras se deja abrazar por la templanza que el equilibrio de colores suaves y materiales naturales genera a su alrededor, Javier piensa en las máximas de Elena. Ser elegante desde la discreción; acompañar la escena sin estridencias; los colores, neutros. El criterio estético de su esposa explica muy bien su personalidad, piensa Javier. Puede que uno nunca se canse de una estancia carente de estímulos demasiado potentes, pero es lógico, se excusa, que los busque fuera de esa sala. En su mente, este símil esclarece lo que él requiere de mujeres como Daisy, ajenas al entorno previsible de su matrimonio: exuberancia, imprudencia, gritos durante el sexo. Nunca dejaría a Elena —inteligente, serena, madre de sus hijos y... millonaria— por una aventura con una muchacha descerebrada como Daisy, por mucho que disfrute del sexo con ella.

En breve llamará a su secretaria para que le lleven el almuerzo, pero más vale que antes se concentre un rato, se siente despistado esta mañana. Baja la vista hacia el primer diario del conjunto dispuesto en abanico que tiene sobre la mesa; el titular de las páginas de economía reza:

LUCHA ENCARNIZADA ENTRE LAS PRINCIPALES CONSTRUCTORAS POR EL DESARROLLO SURESTE, LA MAYOR EXPANSIÓN URBANÍSTICA DE LOS ÚLTIMOS AÑOS.

La imagen con que se ilustra la pieza, su suegro en actitud jocosa con los otros gerifaltes del sector, es de archivo. Lo cierto es que tiene a la competencia comiéndole terreno y a José Luis muy cabreado por las trabas burocráticas que GVA parece estar encarando peor que el resto de las grandes, representadas en esa imagen por otros dos tipos de la edad de su suegro y con un aire siniestro similar; parece que compartan sastre. De repente, Javier cae en la cuenta de que en los últimos días no ha tenido noticia del técnico de Urbanismo del Ayuntamiento de Madrid que semanas atrás parecía un muro infranqueable a la hora de aprobar la parte preliminar de la oferta de su empresa. No son malas noticias del todo. *«No news, good news»*, piensa. El funcionario todavía no había rechazado *de facto* el proceso, simplemente amenazaba con

ello. Javier solo necesita que no impugne esa primera parte acogiéndose a un nuevo protocolo de transparencia que exigiría la presentación de un importante aval para continuar con el proyecto. Algo a lo que José Luis no accede, por principios.

Javier está sentado frente a su portátil, su mirada atrapada por la visión de un pequeño carrito camarera de madera dotado de jarra de agua, vasos de vidrio de diseño y un bol con piezas enteras de fruta de temporada: manzanas verdes y rojas. Las curvas brillantes que dan forma a las manzanas, su tersura, le evocan la joven piel de la dominicana, un placer que no disfruta desde hace demasiados días. Daisy lleva a su servicio sexual desde hace un par de meses y, por ahora, está cumpliendo con la expectativa. Javier había pedido joven, voluptuosa, cariñosa, extranjera y, en concreto, que llevara poco tiempo en España. Prefiere chicas que conozcan entre poco y nada la sociedad española y madrileña. En concreto, a la familia de su mujer. El Grupo Villa-Arnaiz, bajo las siglas GVA, suele aparecer en la prensa económica todas las semanas, aunque hay que leer el cuerpo de la noticia para encontrar el apellido de su jefe y el de su mujer: Villa-Arnaiz. A la prensa le gustan los cuchicheos de la élite, y un escarceo del yerno de don José Luis sería carnaza. Pertenecer a la familia, por contrato civil y laboral, supone adherirse a sus normas. Y la primera de ellas es la discreción. Para Javier, el hecho de que los padres de su mujer lleven años viviendo separados, pero jamás se haya hablado de divorcio, se llama hipocresía, más que discreción. Elena lo defiende, repitiendo el dogma familiar de la elegancia de lo silencioso, el aplomo de la tradición. A él se le exige lo mismo, que no dé que hablar. No se ofrecen entrevistas a medios, ni se interviene en foros del sector más que lo imprescindible. «Preservar el poder pasa por ocultarlo, aunque en tu caso tendrás que pretender que ocultas algo», le dijo una vez su suegro a través de una media sonrisa, en un alarde de maestría en liderazgo que solo pretendía humillarle. Es el mayor tiburón de su industria, alguien de quien aprender, pero también un hijo de puta tóxico capaz de minar la moral de cualquiera. No la de Javier, se reafirma, no va a ser él quien falle a la familia.

«Cuanto más ignorante sea la chica, menos problemas», piensa. Si no ha abierto un periódico en su vida, mejor todavía, ya que no sentirá el vértigo de la posición del gerente de GVA, ni la tentación de ir a un programa de corazón con la historia de su idilio. La última *escort* que le había mandado la agencia antes de ella, Zlata, había resultado un tanto decepcionante. No en el terreno sexual, aquella belleza eslava de veintiún años en busca de una vida de lujo era una fiera en la cama. La candidata perfecta para ser una válvula de escape para él si no hubiera empezado a abusar de su confianza y hacerle preguntas sobre su vida. Pero lo fabuloso del intermediario, la agencia, es que permite elegir a la carta y cancelar la relación, si es necesario. Javier recuerda la primera vez que oyó hablar de este sistema para acceder a cuerpos jóvenes sin complicaciones, fue en una fiesta de la empresa con sus proveedores.

—*¿«Sugar baby»?* Joder, Mariano, menuda cursilada.

—Jiménez, es una locura lo buena que está. Mira, mira...

Tras unos cuantos tragos, Mariano Calabés, director de ventas de la principal cementera española, tenía dificultades para sujetar su vaso de tubo conteniendo ron añejo y refresco de cola y, a la vez, mantener vertical la pantalla de su teléfono móvil para que su interlocutor viera la imagen que brillaba en ella. Juntó su cabeza a la de Javier para seguir comentando su gran hazaña y de paso impregnarle con el pegajoso vaho de su aliento.

—Hace todo lo que le pido, ¿me sigues? —Tras buscar la mirada de Javier, Mariano arqueó las cejas de forma exagerada mientras una sonrisa muy boba, de borracho excitado, deformaba su cara ya bastante hinchada por los kilos de más.

La música del local donde se estaba celebrando la fiesta dificultaba oír bien sus palabras, pero la elocuencia de la imagen atrapó a Javier. La foto que Mariano tenía en su móvil pertenecía a la red social Instagram. Era el perfil de una chica joven, una tal @Cassandra19, que mostraba su vida a través de fotos y vídeos, aunque la mayoría de las imágenes eran de ella en bikini. En una, la joven sonreía de forma pícara a la cámara mientras escalaba, mojada, por la escalera metálica de una piscina; el ángulo de la foto mostraba unos enormes pechos cuyo pezón se transparentaba

ligeramente a través de un bañador amarillo. En otra, posaba de espaldas, apoyadas las rodillas sobre la arena de la playa para que su redondo trasero, nada oculto por un minúsculo tanga, captara toda la atención. Y lo hacía tanto que Javier tardó en reparar en el rostro de la joven en esta última foto. Cuando lo hizo, descubrió que también buscaba la cámara, girando el cuello oculto tras una melena rubia, para sacar la lengua en un gesto travieso entre unos labios gruesos y sugerentes.

—Macho, pero si parece una actriz porno. ¿De dónde la has sacado?

Calabés, cincuenta y tres años, tenía la figura que uno puede esperar de quien cada día trata de convencer a sus clientes a través de copiosas comidas regadas con vino y licores. Una barriga prominente pugnaba por reventar los botones de su camisa, la corbata apenas conseguía disimularlo. La barba, sin embargo, hacía mejor papel a la hora de esconder su papada. En todo caso, no era la definición de un adonis, ni de alguien capaz de seducir a una belleza como la de las fotos.

—¡Ya te lo he dicho! —Mariano se hizo el ofendido antes de repetir el nombre, que acompañó de un gesto levantando los dedos que no aprisionaban el vaso de tubo—. Sshhhu-gar-beeeeii-bi...

Ambos rieron ante la pronunciación, que pretendía ser sugerente, pero se quedó en etílica y algo patética, que Mariano hizo de la categoría de su amante.

—Pero es una puta, ¿no? —inquirió Javier suspicaz—. Venga, que esa tía no se te acerca a ti, si no es por pasta, ni con un palo, Mariano.

Javier nunca bebe en las fiestas de la empresa, así que tenía intacta su capacidad de análisis, y había empezado a interesarse por la chica.

—Es una puta, en esencia. Pero, como dicen los maricas de marketing, «un nuevo concepto». —Mariano soltó una carcajada —. Está todo por contrato: lo que le pagas, sus servicios, si quieres exclusividad o no... Y si no te gusta —Calabés vació el vaso de tubo de un trago y exhaló de forma sonora—, ¡te la cambian, como en El Corte Inglés!

—¿Y ese contrato no es un riesgo para ti?

Mariano abrió mucho los ojos antes de negar con la cabeza con energía, convencido.

—Para nada. Todo confidencial. Se hace a través de una agencia, ellos son el intermediario y tu nombre nunca figura junto al de la chica. Además, no pone nada sexual, ¿eh? Es más bien un servicio de acompañamiento, tú firmas que la vas a ayudar en su proyección personal, como un mecenas.

—Pero te la follas.

—Hombre, claro, donde quiero y cuando quiero. A ver si me voy a gastar cuatro mil euros al mes más viajes y regalos solo para que la chica aprenda peluquería y estética. La clave es encontrar una que te guste. Si haces números, no es más dinero del que te gastarías en putas en un club, ¿eh? Y además no te pegan nada, que en la agencia se aseguran de que estén limpias.

Javier palmeó el cachete de su proveedor, en un gesto más de camaradería que de reprobación.

—Qué cerdo eres, Calabés.

Las conversaciones sobre mujeres eran habituales en ese entorno, cuando los negocios estaban cerrados y la concentración de alcohol en sangre subía, a base de copazos. Muchas veces llamaban a profesionales para poner colofón a esas fiestas, en el sector apenas trabajan mujeres —las que lo hacen se van nada más acabar el cóctel— así que era un éxito asegurado. Pero, como había apuntado Calabés, el dispendio en *escorts* de lujo era elevado y el riesgo de contraer ETS, también.

—¿Yo? En absoluto. ¡Esto es lo que hacen todos ahora, Jiménez! Parece que el capo Villa-Arnaiz te tiene secuestrado y no te deja ni divertirte, ¿eh?

—Anda, anda, Mariano, qué va. Ya sabes que yo voy a lo mío.

Cuando la noche tomó rumbo hacia la madrugada y la barra libre había convertido a los invitados en un grupo al que una tribu de orangutanes podría dejar en evidencia, una furgoneta negra con vidrios tintados descargó a cinco bailarinas de *striptease* en la puerta de servicio del local, situado en la zona centro de Madrid. Ellas amenizaron el final de fiesta al estilo que los invitados esperaban,

algunos de ellos pactaron con ellas pases privados para continuar la velada en hoteles contiguos. Nada que llamara la atención de Javier, si no hubiera visto a su proveedor de cemento desaparecer por la puerta a las dos de la mañana dedicándole un último gesto: mientras le mostraba la pantalla encendida del móvil, con la otra mano dibujó el volumen de unos enormes pechos sobre el suyo para indicarle que había quedado con la joven *escort*. Si hasta Mariano se había modernizado, él no podía ser menos. Al día siguiente buscó en internet *«Sugar baby»*.

Una punzada de hambre le arranca de su erótica contemplación de las manzanas. Javier aleja el diario de sí y abre el portátil. Podría leer la prensa en formato digital, pero le gusta más ver todas las portadas de un simple vistazo para entender cómo fluye la información del día. La pantalla del MacBook ilumina una enorme hoja de cálculo con el plan de la ejecución del Desarrollo Sureste. Es mediodía, aún pronto para salir a comer. Responde un par de correos: citaciones para reuniones, autorizaciones para contratos... Pero no se concentra del todo, piensa en la dominicana. Abre el navegador y teclea «www.sugardaddies.com». La imagen que devuelve el sitio web es la de un tipo maduro, pelo gris, bien plantado y en forma, al frente de un velero junto a una bella y muy joven acompañante que le mira embelesada.

Introduce sus datos de usuario.

Bendito Mariano Calabés, piensa. Ciertamente, la agencia es el mejor sistema que ha encontrado para alternar con chicas ajenas a su entorno, familia, oficina o amigos. Cualquier historia dentro de esos ámbitos provoca infinidad de problemas y malos rollos, lo sabe por experiencia. Una amiga de su mujer con la que tuvo un lío —para Javier, una auténtica tontería, un calentón— estuvo cerca de dejar a su marido por él. «Menuda loca», piensa Javier, mientras no puede evitar recordar con cierto cariño la piel blanca y perfecta de Elisabeth. No le fue fácil encauzar la situación sin que se enterara Elena. Javier es consciente de que la culpa es suya por liarse con la hermana pequeña de Minerva, la mejor amiga de su mujer. Desde luego, un bache así en su matrimonio hubiera sido desastroso para su estatus en la empresa. Así que ser un *sugar daddy*, es decir, el

supuesto protector de una chavala con hambre de lujo y regalos caros, le permite divertirse sin complicaciones. El nombre le sonaba a chiste, pero el servicio es de lo más práctico. Ni siquiera tiene que pagar en efectivo: hay un tanto fijo al mes que ha colocado en el presupuesto de la Gerencia de GVA bajo el epígrafe «Mecenazgo». Con un par. Además, también se acepta el pago de servicios especiales a través de regalos o viajes. La chica que contratas se convierte en una especie de protegida, una niña de papá. Alguien a quien ayudar económicamente y guiar en la vida de forma temporal a cambio de su compañía y, por supuesto, su cuerpo. Son chicas que no han gozado de oportunidades en sus lugares de origen, pero que tienen ambición, quieren prosperar. Incluso estudiar, algunas le han asegurado que desean ser abogadas o médicas. Así que Javier se aprovecha, convencido de que hace algo bueno por esas chicas.

Accede a su zona personal de la web, donde dos avatares representan a las mujeres que ha contratado a través de la agencia, aunque solo el de Daisy está activo.

Siente tensión en la entrepierna solo con recordar su último día juntos en Ibiza, hace un mes, hasta que el cabrón de José Luis le envió aquel mensaje requiriendo su regreso. Una mamada en el avión hacia la isla, tres polvos en el Bless Hotel... La dominicana mueve las caderas sobre él como las bailarinas que aparecen en los videoclips de reguetón que su hijo Gonzalo suele ver en YouTube. A Javier le enloquece su energía, el olor de su piel tostada y tersa, sus enormes pechos botando frente a su cara. La juventud de Daisy, en el contrato pone que tiene diecinueve, le llena de vigor. Y a sus cuarenta y cinco, vuelve a follar como cuando era joven. Está pletórico y le duelen los huevos. Necesita más.

Hoy a las 16:00. Recogida en plaza Castilla.

Manda el mensaje al buzón electrónico de la agencia, un correo al que se accede desde el área privada de clientes, esperando que para esa hora todavía no haya empezado a llover. Varios nubarrones negros perfectamente visibles a través de su imponente cristalera indican que llega lluvia. Los cuatro mil euros al mes incluyen

exclusividad de la chica y disponibilidad total. Lo que él diga, cuando él diga. Ni se pregunta ni se negocia. Él es el *daddy* y ya empieza a gustarle referirse a sí mismo en ese término.

Él manda.

9

Poco después,
15 de noviembre de 2021,
El Colegio Británico, Pozuelo de Alarcón

A Elisabeth le sudan las manos, respira acelerada y le pican las axilas de los puros nervios que le ha supuesto la llamada recibida de El Colegio Británico de Madrid, al que acuden sus hijos. Ha tenido que dejar la jeringuilla llena de bótox que estaba a punto de descargar en el entrecejo de una clienta —encima, una nueva—, quitarse los guantes a toda prisa y subir al coche para atravesar el tercio noroeste de la ciudad hasta Pozuelo de Alarcón. Nada que se haga en cinco minutos. Pero lo que la ha estresado más si cabe es la urgencia que ha impreso el docente a sus palabras. Llamar a Cristóbal no era una opción. El marido de Betty y padre de los niños es cirujano torácico, esa tarde tiene quirófano y, aunque hubiera acabado, no es de los que miran regularmente el móvil. Betty tampoco quiere molestarle: «Él salva vidas y ella rellena arrugas». La discusión se zanja siempre así, y más si tiene que ver con las cosas del colegio «pijo y pretencioso», según sus palabras, al que desde hace dos cursos van sus hijos. A ella le tocan las tutorías, la búsqueda de materiales y uniformes y, por supuesto, las reuniones de padres.

Aparca su Renault casi sin maniobrar en una plaza libre frente a la puerta del centro escolar. Lo nunca visto si vas a la hora de entrada o salida. Pero el director del colegio la ha llamado a las 15:50 para avisar de que Nacho, su hijo mayor, y Gonzalo, el mayor de Elena, que van a clase juntos, se han peleado durante el recreo después de

la comida. «Ha habido hasta sangre», le ha adelantado. Eso sí que no se lo esperaba.

El aire fresco en la cara que nota al salir es un bálsamo contra el calor que ha incubado su tensión desde la llamada. El final de mes está resultando más frío de lo habitual y esta tarde parece que el cielo caerá sobre Madrid en cualquier momento en forma de aguacero. Al acceder al recinto se cruza con Elena. Está muy seria. Lleva a Gonzalo junto a ella, cabizbajo, sin heridas visibles. Con un brazo le dirige el paso empujando su hombro todavía de niño, y del otro, doblado, cuelga a la altura del codo un bolso Hermès modelo Birkin; hay que ser alguien para que te lo vendan y disponer de unos cuantos miles de euros para pagarlo. No parece que Elena le dé importancia alguna a ese hecho, mientras con la mano libre parece estar escribiendo un mensaje en su móvil.

—Elena, pero ¿qué ha pasado?

Elena piensa que Elisabeth suena inelegantemente desesperada.

—El director te contará los detalles, Elisabeth. Descuida, Gonzalo irá a vuestra casa a presentar sus disculpas a Ignacio y a vuestra familia. —Cuando habla como la hija de una de las familias más ricas de Madrid, educada entre las monjas del Nuestra Señora de Loreto, una enigmática frialdad se apodera de Elena.

Ni siquiera ha detenido el paso para hablar. A Elisabeth suele impresionarle la doble cara de Elena, capaz de hablar a aristócratas y camareros con la misma gracia y elegancia y de aparcar la delicadeza en cuanto se siente cómoda. Pero hoy, con un hijo sangrando, que a la vista de lo entero que está Gonzalo debe de ser el suyo, la que se supone su amiga tiene que haber percibido su nerviosismo y, sin embargo, no le ha dedicado ni un segundo al consuelo. No hay empatía alguna en sus palabras, y las dos son madres, al fin y al cabo. Pero ahora, Betty no tiene tiempo para ofenderse. Y además, su respeto por Elena va más allá de la amistad, huele a culpa. La dermatóloga sigue su camino.

El despacho del director del centro es una pecera abierta. La decoración es menos británica de lo que indicaría el nombre del centro, más bien escandinava. Madera en colores claros y mucho blanco, sensación de paz. No para ella, su cabeza es una olla exprés

que llega a la ebullición justo al ver a Nacho en el interior del despacho con un ojo morado y un hilillo de sangre seca bajo la nariz.

—Tranquilícese, señora Morientes, la expulsión es solo de tres días. —El señor Cockney, pronunciando con ese acento más *british* que el del Palacio de Windsor, no se debe de haber percatado de que la madre de un buen estudiante no entra como un fenómeno de la naturaleza, sudada y exhausta, en el despacho del director pensando en el posible castigo. Elisabeth necesitaba ver a su hijo en pie. Y en pie está, aunque magullado. Al menos, el docente ha tenido la decencia de dirigirse a ella con ese primer titular telegráfico en castellano, algo prohibido en las tutorías—. Gonzalo y él han tenido un *fight* en el tiempo de recreo, *he is giving you the details right now.* —Shakespeare empieza a tomar ventaja sobre Cervantes.

Elisabeth Morientes mira a su hijo con urgencia. No puede esperar más.

—¿Alguien me va a contar lo que ha pasado? —pregunta alzando la voz.

—Mamá, lo siento mucho. Gonzalo... ha empezado a decir mierdas... —El director carraspea, Nacho comienza de nuevo—: Gonzalo se estaba metiendo conmigo, contigo y con papá. Decía que yo «no pinto nada en este colegio»; que su padre dice que somos «unos muertos de hambre» y que... —El niño no aguanta el relato de la humillación sufrida y rompe a llorar.

—Tesoro..., es horrible todo lo que te ha dicho. —Betty siente que su corazón se hiela viendo a su hijo así. Se acerca para abrazarlo y el niño recupera el aliento y el relato.

—Que su abuelo tiene un Maserati, dos Porsches y cinco Mercedes; su padre un BMW Serie 8 y su madre un Audi, mientras que papá y tú compartís un Renault cutre sacado de Wallapop... —A Nacho le duele cada palabra lanzada por su compañero contra su honor de hijo de clase media.

—Vale. Es suficiente. —Betty no necesita escuchar la enumeración que describe el abismo entre ellos y la saga Villa-Arnaiz. Es evidente que pertenecen a universos distintos, pero nunca imaginó que

torturarían a su hijo por eso. Le mira a los ojos, que encuentra húmedos, y uno de ellos amoratado—. ¿Quién ha pegado primero?

—Si me permite, señora Morientes, *that doesn't matter.* —La voz del director le recuerda a la de Michael Robinson—. Es cierto que Nacho ha salido peor parado de la pelea, pero los dos chicos se han golpeado. El *punishment* será para ambos, no importa el motivo que los ha llevado a usar la violencia. *It's simply intolerable*. *Besides*, el castigo supondrá trabajo extra en el huerto de nuestras instalaciones durante las horas de recreo de las próximas dos semanas.

Se trata de «un bonito y bien cuidado invernadero más algunas decenas de bancales donde los alumnos cultivan frutas y hortalizas como parte de un proyecto ecológico y constructor de dinámicas de equipo», según reza el folleto del colegio. A Cristóbal, escandalizado porque un colegio que pone a sus alumnos a cultivar tomates te cobre una cuota de mil ochocientos euros por alumno, Betty tuvo que insistirle en que, además de bilingüe en inglés y con muy buenos resultados, en ese centro sus hijos también aprenderían a hablar chino y a tocar el violín. Contarle ahora el ataque que había sufrido su hijo por razón de la nómina de sus padres iba a ser un auténtico problema. Y no el único.

De camino a casa, con el pequeño Nacho herido en su orgullo y su nariz, ocupando el asiento del copiloto del *cutre* Renault, Elisabeth barrunta el alcance de la situación.

—Nachete..., ¿estás bien? ¿Te duele?

Mientras conduce, Betty extiende la mano hacia la derecha para acariciar con ternura la cara de su hijo, aunque casi no puede verle sin apartar la mirada de la carretera.

—Nada, mami. Ese capullo no me haría daño ni con un puño de acero.

Aliviada al escucharle más entero, ya sin llanto, a la madre le da la sensación de que el chico conserva agudos los sentidos.

—Estoy segura de que no lo haces..., pero te lo voy a pedir, por si acaso. Hazme un favor, ¿vale? No entres en su juego. ¡Pasa de él! No se puede ser amigo de todo el mundo, y aún queda mucho curso por delante. A los pijos idiotas, ni caso, ¿de acuerdo?

Nacho apenas emite un gruñido como respuesta, insuficiente para Elisabeth, que exige con seriedad:

—Me lo tienes que prometer.

—Vaaaaaale...

Su niño pequeño ya no lo es tanto, y cómo duele. Elisabeth sufre por lo que ha pasado, han insultado y pegado a su hijo, por el hecho de ser su hijo. Reflexiona, afligida, que si lo fuera de cualquier otra familia del colegio, esto no habría ocurrido. Cristóbal siempre se ha opuesto a meter a los niños en ese centro tan elitista, puede que él tuviera razón y ella no supiera calibrar las posibles consecuencias. Elisabeth niega moviendo la cabeza mientras coge aire, concentrada en alejar ese pensamiento. Exhala, buscando paz. Sí, sigue pensando que ese tipo de entorno acabará siendo positivo para el futuro de sus hijos. También para el suyo, por supuesto. Además de mamis ricas y dispuestas a pasar por su consulta, el centro tiene mucho prestigio. Reconoce que el planteamiento fue inicialmente al revés, eligió el colegio por su propio beneficio, por las clientas potenciales para su futura clínica, pero el hecho de tener a sus primos como compañeros es positivo, se ponga como se ponga Cristóbal. Eso sí, ahora que ve que su hijo está bien, se da cuenta de que tanto esfuerzo servirá de poco si, a causa de este conflicto, Elena la aparta de su círculo.

Aunque poco a poco se han vuelto cercanas, Elena no es exactamente una amiga de Elisabeth. En realidad, lo es de su hermana Minerva, quien las presentó. Y también es una de las madres más activas y populares de entre todos los alumnos del British: organiza fiestas, conoce a todas las —y a las mejores— familias y, hasta la fecha, es quien más clientas le ha proporcionado entre las madres del colegio para ir engordando su cartera como dermatóloga estética.

Por supuesto, también es la esposa de Javier. Aunque cuando ella y él tuvieron aquel... *affaire*, apenas la conocía. Elisabeth contempla los *flashes* que le vienen a la mente, son algunos de los momentos que vivió con Javier. Por unos instantes, duda sobre si su hijo podría llegar a darse cuenta de que está pensando en un hombre que no es su padre. En cómo le gustaba su piel en contacto con sus muslos...

Y pone la radio, como si sus recuerdos fueran a ser audibles y delatarla, pero lo cierto es que el niño está a lo suyo, entretenido viendo vídeos en su móvil.

Conoció a Elena y Javier en una fiesta de cumpleaños a la que su hermana Minerva le pidió que la acompañara poco después de comprarse la casa en Pozuelo, la idea era presentarle a algunos de sus nuevos vecinos en el barrio. Recuerda lo fascinante que le pareció charlar con Javier aquella primera vez, tan divertido y seductor. Recuerda pensar en la suerte que tenía Elena, una rica heredera casada con ese tipo audaz, diligente, emprendedor, sociable, atractivo. Desde luego, una descripción que no coincidía, ni coincide, con la de su marido Cristóbal: un cirujano taciturno, progresista en constante indignación, *dosmileurista* resignado, sin ambición y, por si fuera poco, calvo desde los treinta y cinco. A Elisabeth, en realidad, siempre le ha dado igual el asunto de la falta de pelo. Sabe, además, que su marido jamás se haría injertos para resolverlo, pero recuerda sus manos enredadas en el denso y abundante cabello negro de Javier y siente un escalofrío.

Pasó hace cuatro años, Minerva acababa de mudarse al barrio y enseguida se había hecho un nuevo círculo. Elisabeth suele intentar no volver a ese lugar de su mente, pero no siempre lo consigue. A raíz de la conversación casual en aquella fiesta a la que la llevó su hermana, él le preguntó si le importaba que le hiciera una consulta sobre un lunar en la espalda. A ella, eso la hizo sentir importante. Intercambiaron teléfonos móviles y, en cuanto volvió a su consulta, removió Roma con Santiago para poder colarle en su agenda del Servicio de Dermatología de La Paz sin pasar por la lista de espera. Recuerda los nervios que sintió cuando llegó el día de la visita, y que se le hizo largo. Él había pedido que se produjera a última hora de la tarde, por su trabajo. Ella pasó la jornada entera sintiendo la anticipación de un gran momento, incluso se sorprendió mirándose a un espejito y retocando el brillo en sus labios. El minifrasco de perfume que usó para darse un toque justo antes de la hora de la última cita médica del día no había llegado a su bolso por casualidad. Javier la atraía.

Tras la exploración en un tono cordial y profesional, el lunar no resultó ser nada más que un inofensivo nevus. Como celebración de que no era un melanoma, él la invitó a una cerveza, y a ella le hizo gracia, jamás un paciente le había propuesto celebrar un diagnóstico de ese modo. Ni tampoco ella lo hubiera aceptado. Recuerda lo que sintió al entrar con un hombre guapo y trajeado en aquel bistró cerca de plaza Castilla, elegido por él. Juntos llamaban la atención por las risas con que llenaban el espacio, y las miradas que Elisabeth percibía que atraían le infligían cierta culpa. Pero con la segunda cerveza se le olvidaron la culpa, las miradas, y hasta Cristóbal.

Sobre el salto entre esas cañas y la primera vez que entraron juntos en un hotel por horas, pocos días después, Elisabeth hoy solo podría decir que se sintió embrujada por Javier. Pero no ha podido decirlo, porque nunca se lo ha contado a nadie. Ni siquiera cuando, durante un doloroso lapso, ella lo hubiera dado todo por seguir un camino distinto al suyo, un camino junto a Javier. Aunque, claro está, él no pensaba igual, y se acabó la historia.

No es que se arrepienta, esas cosas ocurren. Pasado el tiempo, Elisabeth se alegra de que aquella historia muriera antes de aflorar. Elena, una hija predilecta de la élite, vale mucho más como aliada que su marido como amante.

Como baquetas golpeando un tambor, cientos de gruesas gotas de agua han comenzado a retumbar en su choque contra el techo y la luna frontal del Renault. Betty y su hijo se miran durante un segundo, los ojos bien abiertos por la sorpresa de esa tormenta otoñal sobrevenida, y sonríen.

Definitivamente, piensa ella, no le interesa recrearse en la afrenta entre los dos adolescentes, sino todo lo contrario. Nacho perdonará a Gonzalo, y tan amigos ellos y sus madres. Durante el breve tramo de la A-6, ya mojado, que recorre para regresar a casa a dejar a Nacho, Betty ya ha decidido que esta noche le mandará un mensaje cariñoso a Elena, para rebajar tensión.

10

Poco antes,
15 de noviembre de 2021,
barrio de Usera, Madrid

Si no acabara de recibir un mensaje de la agencia citándola con Javier para al cabo de un par de horas, el cabreo de Daisy sería destructor como una tormenta tropical. Su hermano Rafael y sus amigos han dejado el salón hecho un auténtico asco después de juntarse para ver el arranque de temporada de «la pelota», el béisbol. Así que en vez de enloquecer ante la multitud de latas de cerveza vacías aplastadas contra el suelo, las colillas rebosando el pequeño cenicero de resina que simula la panza de un bulldog con cara de drogado y el reguero de migas de patatas fritas sabor barbacoa que impregnan la tapicería y los cojines, Daisy les lanza un ultimátum desde el pasillo que une el salón con la cocina y la salida del pequeño piso.

—¡Rafael! ¡Me lo recoges todito o se acabaron las sesiones de pelota en esta casa!

Su hermano se gira desde el sofá y le ofrece una impostada cara de pena.

—Mami, ¡mejor lo haces tú! Estamos cansados...

—¡Siempre igual! ¡Estoy harta, Rafael!

Ella es consciente de que a su hermano y a sus amigos ni siquiera se les pasa por la cabeza limpiar lo que han ensuciado, y menos teniéndola en casa. Rafael pasó de tener a su madre a tener a su hermana como asistenta; su madre era más cariñosa y se quejaba menos, pero el chico se divierte más en Madrid que en su ciudad

natal, así que le da igual. Para Daisy, sin embargo, la llegada de su hermano ha sido un lastre. Le genera demasiado trabajo atenderle y aunque no se siente en la obligación de hacerlo, hasta la fecha no ha sido capaz de dejarle por su cuenta. Piensa que, al fin y al cabo, es solo un niño.

Un niño molesto, eso desde luego.

—Este es un mensaje para todos: ¡recojan la basura que dejan!

El barullo que emite el grupo de chicos, unos nueve, que comentan el partido sin dejar de reproducir música a través de un altavoz inalámbrico, impide que oigan a la muchacha. Ella, ataviada con las mallas cortas y top deportivo que usa para estar por casa, los observa, acomodados entre el raído sofá y el descascarillado suelo de gres, alrededor del aparato de televisión, y niega con la cabeza, asqueada.

Sebastián, de veinte años, es el mayor del grupo de amigos de su hermano, y el único que repara en ella y se levanta. Con el pie, empuja una caja vacía de pizza hacia el lado para despejar su camino hacia Daisy. A cada paso que da se crece como un depredador al acecho de su presa.

—Mami, no te enojes con los chicos. —Sebastián coloca la mano abierta bajo la mandíbula de Daisy, enmarcando su belleza—. Con lo bella que tú eres, no quiero verte tan seria, mi amor.

El chico ejerce como macho alfa del grupo: el resto le siguen a donde él vaya, pegan a quien él señale, aceptan solo a quien Sebastián apruebe. Ninguno de ellos repara en cómo se acerca a Daisy y pasa a envolver su cintura con los brazos, tatuados hasta el nanómetro, aunque tampoco se atreverían a frenarle. La camisa de lino abierta de Sebastián permite ver sus abultados y fuertes músculos pectorales, entre los que reposa un colgante de oro en forma de cruz. Su metro setenta y cinco le convierte en bastante más alto que Daisy, que trata de zafarse de esa invasión con poco éxito.

—Déjame, Sebastián, tengo que marcharme a trabajar...

Pero Sebastián no la suelta, sino que la acerca más a su pelvis para que ella note su erección. Mientras ejerce su fuerza masculina

sobre el cuerpo de ella, acerca la boca, rodeada de una perilla negra, al oído derecho de Daisy y le susurra.

—Princesa, tú no tienes que trabajar. —El aliento le hiede a cerveza y tabaco, su cercanía desagrada a la chica—. Tú te vienes conmigo, te lo voy a dar todo.

Mientras habla, Sebastián acciona la cadera en movimientos circulares hacia el vientre de Daisy. Ella siente la dureza de su miembro y trata de apartar de sí el cuerpo caliente de Sebastián, que suda de ansia y deseo.

—¡Ay, ya! ¡Aparta! —grita.

De entre las ocho cabezas que siguen amontonadas viendo el final del primer partido de la Liga de Béisbol Profesional de la República Dominicana, la de Rafael se levanta ligeramente al oír el tono más elevado de su hermana, que intenta de forma inútil librarse del acoso de Sebastián. El joven observa la escena sonriente, atontado por las cinco latas de cerveza que se ha bebido mientras comían patatas y ganchitos. Que el líder de su pandilla se fije en su hermana le da puntos para consolidar y mejorar su estatus. Al fin y al cabo, acaba de llegar al barrio. Rafael espera que ella acceda a tener relación con él, ya que negarle cualquier cosa a Sebastián sería un problema para todos. Así que levanta la última lata que ha cogido, arrugada y caliente dentro de su mano, hacia su hermana y le guiña el ojo.

—De verdad, son todos unos pendejos.

Hastiada de la escena, Daisy se mueve rápido, lleva hacia atrás la cadera para perder el contacto con el cuerpo de Sebastián y se deshace de su abrazo. Pero, cuando quiere darle la espalda y abandonar el salón, el joven consigue atraparla por el pelo. Dolorida, Daisy permanece inmóvil mientras el muchacho, los ojos encendidos de rabia y alcohol, vuelve a acercarse, a impregnarla del vaho infecto que brota de su boca.

—No pienses que vas a ser siempre la reina del baile, nena. Yo te quiero para mí solo, ¿lo entiendes?

La joven se percata de que no está en disposición de discutir, y asiente.

—Muuucho mejor. —Sebastián afloja la presión sobre la cabellera atrapada de Daisy—. Además, nadie te va a proteger como yo, mamita, que en el barrio hay mucho loco, ¿sí?

El muchacho da un paso atrás para abrir un espacio entre Daisy y él y, mientras habla, aparta el faldón derecho de su camisa para dejar visible el bolsillo del pantalón vaquero. Lo lleva ligeramente caído, la goma elástica del bóxer a la vista. Con los dedos índice y corazón, da algunos toques rítmicos por encima del bolsillo lateral para atraer la mirada de la joven sobre lo que contiene. Ella identifica el mango de cuero de la navaja que sobresale de la tela vaquera.

Daisy descifra la amenaza y siente la garganta seca. Todo a su alrededor comienza a suceder más despacio, se siente confusa y presa en su propia casa. Busca con la mirada a su hermano por encima del hombro de Sebastián, pero lo encuentra riendo con sus amigos, ajeno o permisivo con la actitud de su colega hacia ella. No sabe cómo responder a Sebastián sin provocarle. Él no le quita la vista de encima, su cabeza ladeada vuelve más siniestra la sonrisa triunfal que exhibe, consciente de que está consiguiendo domar a la bestia salvaje más bella del barrio. Ella necesita resolver la situación, ir a arreglarse para Javier y, en todo caso, mantenerse lejos de ese bruto y de esa pocilga. Es entonces cuando recuerda las palabras de su madre: «Los hombres son más fáciles de conducir por la vanidad que por la razón», y halla la respuesta. Se retira el pelo con los dedos de la cara y mira a los ojos del amigo de su hermano.

—Ay, la verdad es que me da gusto saber que la tienes tan grande, papi.

El rostro de Sebastián se tensa, sorprendido por el cambio de actitud de la joven. Ella, al verlo, ríe y refuerza la sensualidad en su tono, consciente de la baza que está jugando.

—La navaja, claro, papi. —Daisy se lleva un dedo al labio inferior, se lo acaricia, mientras mira y sonríe al chico—. Me encanta saber que la tienes ahí para mí, tan dura, tan preparada para protegerme.

La muchacha es consciente de que el juego es peligroso. Por un lado, infunde falsas esperanzas en el tipo que hace un momento la estaba acosando. Un matón de barrio, con un futuro tan aciago

como el de Rafael, que no despierta el más mínimo interés en ella. Pero, por otro, ahora le tiene absolutamente desarmado. Daisy ve cómo el tipo afloja el gesto y la mira embelesado.

—Dime una cosa, nomás, papi. —Daisy se acerca a él, quiere echar el resto ahora que ha tomado el control de la situación—. Yo quiero que además de cuidarme a mí cuides también de mi hermanito. —Con la mirada, señala a Rafael, que sigue hablando y riendo con el resto a pocos metros de ellos—. Y cuando yo vea que Rafael prospera, busca trabajo, se hace responsable y todo eso, tú y yo hablamos, a solas. ¿Me entiendes?

—Mami, lo que tú pidas. Me tienes loco.

Sebastián, infundido de un nuevo objetivo vital, toma la mano de Daisy y la besa mientras flexiona la rodilla delantera, imitando de forma torpe la reverencia que se haría ante un miembro de la nobleza. Después, el chico, satisfecho de su incursión cazadora, vuelve con los demás, atraído por el grito que corean, el nombre del equipo de béisbol que apoyan.

—¡Tigres, tigres, tigres!

Solo son las dos y cuarto de la tarde, pero la luz que entra en el salón es azulada como una noche polar. La vivienda es interior, solo recibe los rayos que se cuelan en el estrecho patio de luces y sobreviven a las pantallas formadas por decenas de sábanas, toallas y otras prendas extendidas desde las diferentes ventanas. No hay corriente para aligerar el aire que la manada de nueve machos ha viciado con su juerga y su humo. Viéndolos refocilarse en su propia suciedad, cómodos entre muebles roñosos, Daisy siente asco de su estirpe. Anhela la elegancia, la limpieza y la educación de Javier y se promete a sí misma que pronto abandonará ese cuchitril, ese barrio, esa vida.

Dispone del tiempo justo para arreglarse y llegar, usando transporte público, hasta el punto de recogida: «plaza Castilla, 16:00». El mensaje de la agencia no da más detalles, por confidencialidad, pero ella sabe que ese será el momento y el lugar en que volver a entregarse al apuesto Javier. Se apresura, recoge algunas latas y una caja de pizza del suelo antes de abandonar el salón hacia la cocina para deshacerse de la basura. Mientras lo hace,

percibe el peso de la mirada vigilante de Sebastián. Sus ojos parecen rogar por su atención; su tensión en la mandíbula le recuerda la fuerza que está dispuesto a ejercer para poseerla.

Ella se deshace de esa mirada acechante imprimiendo ritmo a sus pasos hacia su cuarto, en el lado opuesto del pasillo a la cocina. Espera sacar algo de provecho del violento enamoramiento del amigo de su hermano, si de verdad el chico pone empeño en ayudar a Rafael como ella le ha pedido. Daisy sabe sin embargo que, si no consigue escapar pronto del barrio, Sebastián puede convertirse en un serio problema para ella.

11

Más tarde,
15 de noviembre de 2021,
domicilio de Elena Villa-Arnaiz, Pozuelo de Alarcón

Elena sigue entre confusa e iracunda. Tiene que controlarse, porque el estruendo que ha provocado al dejar las llaves del coche sobre el aparador de cristal de Murano delata en exceso su malestar. Su primogénito, ¿haciendo ostentación de la fortuna familiar? No da crédito. La base del estómago le arde como un jalapeño atrapado a medio camino del tubo gástrico. Y más cuando ve que el chico, expulsado tres días por su comportamiento, se tumba en el sofá de la sala que da al jardín entregado a su móvil y ajeno a todo.

—Cuando llegue tu padre vamos a tener una conversación los tres. Tu comportamiento de hoy ha sido inaceptable. —Elena repite las palabras del señor Cockney como una coletilla y se da cuenta de lo poco que le importa a su hijo, que ni se gira, lo dicho hasta el momento—. Y hasta nueva orden, te quedas sin móvil ni *tablet.* —Ahí, sí.

—¡Mamá, no! —El chico inicia una queja que pronto se ve interrumpida por su madre.

—¡No quiero oírte! Fin de la conversación hasta que llegue tu padre. —Elena extiende la mano hasta que Gonzalo deposita sobre ella, de mala gana, su iPhone último modelo.

Tantos manuales de gurús de la educación leídos, tanto empeño en hablarle sobre el valor del mérito y el esfuerzo... para esto. Recuerda haber dudado el día en que Javier apareció con la caja blanca con una manzanita destinada a Gonzalo: ¡su primer móvil! No

supo hasta al cabo de unos días que el dispositivo costaba dos mil trescientos euros. Pero Javier, tan o más ilusionado con el tesoro que recibía el niño al iniciar la educación secundaria, la convenció de que ese caro dispositivo no generaba distinción con el resto de los chavales, sino todo lo contrario. Todos llevaban el mismo, y no hacerlo podría provocar incomodidad en su hijo.

Elena enfurece por minutos. ¿Por qué narices no contesta Javier a sus llamadas?

> Gonzalo, expulsado tres días del colegio por pegarse con el hijo de Betty y Cristóbal. ¡Los ha llamado muertos de hambre! ¿Puedes creértelo?

Le ha mandado este mensaje avanzando la gravedad de la situación para que lo pueda leer y entender la insistencia de sus llamadas si es que está reunido. Pero hace más de dos horas de eso.

Ya no queda ni rastro del bonito cielo otoñal que la iluminaba a través de la ventana de su oficina provisional en la calle Serrano, un despacho que su padre le ha cedido para que pueda atender a los clientes de su cáterin. Allí estaba cuando ha recibido la llamada del colegio y ha tenido que dejarlo todo pendiente.

El cielo que los envuelve ahora, ya en su chalé en Pozuelo, se ha oscurecido por nubarrones y lluvia que no hacen sino más pesada la espera. En su cabeza también hay tormenta. Hoy ha tenido que cancelar la elección del menú cóctel para la fiesta de jubilación de una amiga de toda la vida de su madre, Marieta, aunque confía en que la señora, que en realidad se retira únicamente de la labor de organizar mercadillos solidarios, nunca ha cotizado a la Seguridad Social, podrá esperar unos días más.

Si la tarde estuviera despejada, a través de los ventanales que atraviesan los muros de su casa podrían verse las torres del escaso *skyline* madrileño. En una de ellas tiene las oficinas GVA, por lo que, cuando se distinguen, le hacen pensar en su padre y en su marido. Esta tarde, el cielo turbio contribuye a la ofuscación de Elena, incapaz de obtener una sola pista sobre su marido, ni siquiera puede ver el edificio. Si aún viviera en el barrio de Salamanca, saldría a pasear por sus calles, seguro que entrando en alguna tienda

encontraría cómo calmarse. Allí ha pasado la mayor parte de su vida, se conoce cada esquina; y allí sigue su casa familiar, aunque en ella ya solo vive su madre. Pero Elena abandonó el distrito más distinguido de la ciudad para irse a Pozuelo de Alarcón. En ese extrarradio de lujo buscaba un entorno más ligero, menos aristocrático que la zona donde creció, para criar a sus hijos. A Javier, sin embargo, le gustaba mucho el barrio, tan limpio y ordenado, tan rico y distinto a Alcorcón, donde él creció. Eso no impidió que estuviera de acuerdo con Elena en ofrecer otro ambiente a sus hijos, evitar que se convirtieran en esos niños y niñas pijos y mimados, casi todos vecinos de Elena, de los que, juntos, se reían y a quienes despreciaban en la universidad. Ella, que se enamoró del chico becado, del más humilde aunque más encantador del campus, siempre se ha sentido ajena al hábito de la ostentación que imperaba en su entorno. Hasta ofreció cierta resistencia cuando su padre le regaló el exclusivo bolso Birkin de Hermès por sus cuarenta años. Recuerda la cara de hastío que puso Javier cuando presenció su recelo ante ese regalo tan exclusivo. Más tarde y lejos de miradas y oídos ajenos, ella le inquirió al respecto.

—¿Se puede saber a qué venía ese gesto cuando me he quejado de lo pretencioso que es el Birkin?

A Javier pareció sorprenderle la pregunta, pero no tardó en dar su opinión.

—Buf, Elena, es que a veces te vuelves un poco ridícula con estas cosas, solo es un bolso.

—¿Sabes que *ese* bolso solo lo pueden adquirir aquellos a quienes la marca se lo ofrece? Tienes que haberte gastado más de veinte mil euros en la tienda para que te permitan comprarlo...

Javier la interrumpió.

—¿Y qué tiene de malo? De verdad que no te entiendo. Tu padre es José Luis Villa-Arnaiz, eres la heredera de GVA. ¡Sois millonarios! ¡Es normal que tengas objetos de valor!

A Elena la indignación le empezaba a producir rojeces en el cuello.

—No es el ejemplo que quiero dar a nuestros hijos, Javier. Y me gustaría mucho que me apoyaras. En esta familia vivimos de nuestro esfuerzo, no del dinero del abuelo. ¿O qué quieres? ¿Que Jimena

lleve bolsos de dos mil euros al colegio cuando tenga doce años? Eso solo les llena la cabeza de idioteces. ¡Tenemos que estar por encima! Y me sorprende que, precisamente tú...

La mujer se autocensuró, consciente de que el final de la frase podía herir. Javier, que sabía que tras veinte años juntos seguía existiendo un abismo social entre ambos, evitó el golpe, pero marcó su postura con frialdad.

—¿Yo? Yo me dejo la piel trabajando para tu padre. Y ese bolso también lo ha pagado con mi esfuerzo en la empresa, te recuerdo que soy el gerente. No es el jefe más dulce, como ya sabes, así que con el dinero que gano déjame al menos disfrutar.

La fortuna es para Elena una constante, para Javier un anhelo. Ambas actitudes hacia el dinero se han forjado desde la cuna, y la pareja choca a la hora de tomar ciertas decisiones. Elena, promotora de discreción y poco inclinada a la ostentación, siempre intenta refrenar a Javier, que disfruta cambiando de coche y regalándole joyas o colmando a los niños de caprichos. Hoy siente que el comportamiento de Gonzalo podría estar influenciado por esa querencia de su padre hacia la riqueza.

Te necesito en casa. YA. ¿Dónde narices estás?

Es el último mensaje desesperado que le ha enviado a Javier.

Decide volver a llamar.

Un tono..., dos tonos..., tres tonos...

12

Mientras tanto,
15 de noviembre de 2021,
hotel Silence, autovía A-2, km 35

Cuatro tonos..., cinco tonos..., seis tonos...

En la posición en la que está Javier, es imposible que se percate ni de la vibración ni de la pantalla iluminada de su teléfono, que sigue en el bolsillo de su pantalón. Y es que su pantalón está a cinco metros, y él, desnudo y enredado bajo el cuerpo de Daisy. Completamente atrapado por el embrujo, la melena en movimiento frenético, el olor y las piernas de la joven, que se mueve muy rápido combinando círculos, ascendiendo y descendiendo sobre su pelvis mientras aúlla como una loba. Javier está al borde del éxtasis, por tercera vez esta tarde.

Hasta llegar a esa concatenación de orgasmos, el encuentro ha sido preparado de forma metódica. Javier ha enviado la petición a la agencia a mediodía, según la cual, la chica le ha esperado puntual a las 16:00 en plaza Castilla, punto pactado con la agencia y estratégico para la recogida. Demasiado concurrido como para llamar la atención de nadie y, a la vez, cercano a la oficina del ilustre cliente. Ella ha reconocido enseguida el coche, que siempre elogia, y no ha transcurrido ni un minuto desde que se ha subido en él hasta que ha puesto la mano sobre el pantalón de Javier, justo en el punto en que su rigidez genital provoca tirantez en la tela del traje.

—Me encanta lo contento que estás siempre al verme, papi —le ha susurrado al oído mientras le acariciaba la entrepierna—. ¿A dónde me llevas ahorita?

—A un sitio nuevo, te va a gustar.

Javier ha respondido clavando sus ojos sedientos en los de la muchacha y ha metido la primera marcha pensando en cómo le iba a meter otra cosa. La chica está en lo cierto: nada más distinguir su silueta en la apagada tarde, al hombre se le ha acelerado el pulso. Ha conducido hasta un hotel *de parejas*, situado junto a la autovía A-2, fuera de la ciudad de Madrid. Un trayecto de veintitrés kilómetros más difícil que una etapa del Dakar, con la muchacha sin parar de excitarle, abriéndole la bragueta, buscando su miembro para jugar con él y regalándole el oído de cumplidos: «Mi papi, cómo me pones»; «Te voy a hacer cosas que nunca te han hecho»; «Me vuelves loca, mi *daddy*». Javier a duras penas se contiene para seguir las líneas de la autovía.

Por suerte para él, el hotel en cuestión no tiene recepción. A través de una aplicación que permite reservar con antelación, ofrece un código para acceder a un aparcamiento subterráneo con acceso directo a la habitación por ascensor privado. Así que nadie ha visto al gerente de GVA llegar sudoroso y descamisado junto a una mujer, extremadamente joven con los pechos al aire, moviéndolos al son de la música latina que sonaba en el coche. Era la lista de canciones que escucha su hijo Gonzalo.

El primer polvo ha sido muy rápido. No podía soportar la presión en sus testículos tras una mañana entera pensando en encontrarse con ella y el trayecto tan excitante que ha tenido hasta allí. Entrar en la habitación, levantar la falda de la muchacha con la urgencia de un incendio, apartar la estrecha tela del tanga y penetrarla, todo en menos de diez segundos. El análisis de sangre periódico que realiza la agencia le garantiza que no hay riesgo al hacerlo sin condón; la vasectomía, tras haber traído tres retoños sanos al mundo, que no habrá sustos. ¡Bum! Descarga completada.

Desde ese momento han pasado tres horas, una felación y otro coito. Todavía está recuperando el resuello cuando nota la lengua de Daisy en su oreja.

—Oh, nena. Me vuelves loco, te lo juro. ¡Pero estoy agotado! —Toma la barbilla de la joven con una mano hasta separarla lo

suficiente como para observar su rostro. Es bellísima hasta con el maquillaje corrido—. Hoy estás siendo demasiado traviesa, *baby.*

Lo cierto es que la chica se esmera. Javier piensa que sus servicios valen cada euro de la mensualidad que paga, pero esta tarde, además, se va a llevar un regalo especial.

—Venga, dime qué bolso te gusta y te lo haré llegar a la agencia, ¡el que tú quieras!

—Ay, ¡mi papi lindo! ¡Muchas gracias! —Su rostro se ilumina de alegría antes de plantar un fuerte beso sobre los labios de Javier. Ama los bolsos de lujo y está deseando tener el suyo propio. Hasta que encontró este trabajo, solo había podido permitirse imitaciones chinas que no lucen igual y que apestan a plástico.

Daisy recupera su ropa interior, su top y la minúscula falda y se los coloca dando saltitos por la estancia. La habitación es amplia y dotada de todo lo que dos amantes pueden requerir: una gran cama, una ducha vista, separada por un amplio cristal, y una puerta que da al excusado. Además, en la terraza hay un jacuzzi que no han usado porque se ha puesto a tronar. Recuerda haber escuchado la previsión de tormenta en la radio, aunque decidió ir sin medias igualmente. Así es como le gusta a él. Daisy apunta que usar el jacuzzi es suficiente motivo para volver otro día a ese sitio. Javier observa cómo se anuda el top a la espalda y tiene la impresión de que es solo un pañuelo que le cubre a duras penas los senos. Su vestimenta es demasiado tropical para la tarde plomiza que se ha quedado, pero a ella parece no inquietarla. Una vez vestida, se apoya de costado sobre la cama para consultar en su móvil los catálogos de bolsos de Gucci y Chanel.

Javier necesita un poco más de tiempo para reaccionar, pero se levanta y se mete en la ducha para quitarse el olor a fluidos y al perfume dulce y exagerado de la muchacha que impregna su piel. Una vez fresco y seco, recoge su ropa interior y sus calcetines ejecutivos para ir recuperando la imagen con la que ha salido de casa. El traje y la camisa están colgados en un galán que evita que se arruguen. Una vez vestido, repara en el peso en el bolsillo derecho de su pantalón. Mete la mano para encontrar su móvil, que estaba silenciado. Siete llamadas y decenas de mensajes de Elena.

«¿Qué hostias pasa?», piensa Javier mientras se le activa cierto sentido de alerta. Lee los wasaps y descubre la naturaleza de la urgencia: su hijo Gonzalo ha hecho valer su clase frente al hijo del pringado de Cristóbal. Expulsado tres días. «No es para tanto, joder —piensa—, menudo coñazo que da Elena por una tontería». Javier siente cierto enfado por la exageración de su mujer, aunque decide contestar mediante un mensaje para calmarla un poco. De otro modo, el berrinche que encuentre al llegar a casa puede ser monumental.

> Tesoro. Estoy en medio de algo muy gordo y aún no puedo irme ni llamar. Ya sabes cómo está tu padre de nervioso, tengo que conseguir la máxima tajada del Desarrollo Sureste o me mata. Te veo luego. Te quiero.

13

Más tarde,
15 de noviembre de 2021,
domicilio de Daisy, barrio de Usera, Madrid

La cuadrilla de Rafael, por decisión de Sebastián, ha decidido pasar la borrachera en la casa del joven hermano de Daisy, donde han visto el béisbol. La densa lluvia que ha tomado las calles es un fastidio para el grupo, que suele pasar las tardes de patrulla por el barrio, midiendo su chulería y el filo de sus machetes con los de otras bandas.

Algunos de los chicos se divierten con una videoconsola robada del centro comercial. Rafael, menor de edad, es muy útil para ese tipo de acciones. El chaval aprende rápido y es bastante hábil, pero en caso de que le pillen, el hurto apenas recibe castigo en su rango de edad. Sebastián está contento de haberle captado, hacía meses que hablaban a través de redes sociales y ahora se ha convertido en un activo para el grupo. Su prueba de membresía fue propinarle una paliza a un vagabundo; y el chaval, a pesar de ser un delgaducho, se lució. Casi mata a un viejo que se resguardaba junto a un cajero automático, con la única ayuda de un bate. Sin embargo, para el líder de esa manada urbana, el gran valor del muchacho tiene nombre de mujer.

—Tu hermanita tiene un culo para rompérselo, compadre.

Sebastián lleva desde el mediodía obsesionado por el tacto de Daisy. Hacía semanas que quería acercarse a ella, marcarla como a una perra. Está satisfecho de que el momento haya llegado. Está convencido de que ha tenido una actuación estelar, digna de un

semental. Recuerda la firmeza de su vientre cuando la ha empotrado contra su cuerpo y su pene erecto. Más tarde, ha tenido que aliviarse en el lavabo pensando en la melena larga y morena de la joven, los carnosos labios que se han rendido ante él.

A Rafael le encanta la atención que su hermana le está sirviendo, escucha a Sebastián y se siente importante.

—La boba de mi hermana no se ha visto nunca con un macho como tú, ¡tiene suerte de que la mires!

Rafael está dispuesto a lo que haga falta para agradar a Sebastián. A sus dieciséis años, solo le importa ser alguien respetado en el barrio, gozar de un poder e influencia que, con Sebastián, puede alcanzar. Le serviría a su hermana en bandeja si pudiera, pero está seguro de que al líder no le hace falta ayuda para conseguirla.

—Y va a ser mía. Pero, oye, escúchame, ¿sabes si se ve con alguien? ¿Tiene novio?

El joven dominicano inquiere a Rafael sin disimular su ansiedad. El chaval reflexiona durante unos instantes.

—No lo sé, pero últimamente se arregla mucho cuando sale. A veces desaparece días enteros, aunque a mí no me cuenta nada.

Rafael hace un gesto de aburrimiento, las cosas de su hermana no le han interesado nunca. Aunque ahora que repara en que la información sobre ella puede ser valiosa, piensa qué más puede contar. Rápido, recuerda la sorpresa que le produjo toparse con la caja de unas gafas de sol de una lujosa marca cuando rebuscaba dinero entre los bolsillos de su hermana. Localizó el modelo por internet, eran gafas de trescientos euros, el mismo precio que pagan por las habitaciones que alquilan.

—Pero, te digo algo: si tiene un novio, es uno rico.

Sebastián se levanta y comienza a caminar con rabia en círculos por el pequeño espacio que ofrece el salón. Rafael lo observa curioso, no alcanza a entender el magnetismo sexual que su hermana ejerce sobre ese hombre al que él admira y teme. Para él, su hermana es un fastidio, una pesada del calibre de su madre. No hace más que exigirle que estudie, que deje de beber o que busque una forma digna de llevar dinero a la casa.

Rafael se ha gastado en fiestas con la pandilla todo el dinero que le entregó su madre para instalarse en Madrid con su hermana y apuntarse a algún curso profesional. La mujer no pudo reunir más que quinientos euros, confiando en que el sueldo de Daisy en sus trabajos en Madrid completaría la dote, pero deberían haber servido para matricularse en algún grado medio para formarse como electricista, mecánico o fontanero. Sin embargo, Rafael desechó la idea en cuanto se reunió con «su banda». Nada le motiva más que pasear ufano junto a los matones del barrio por las calles de Usera, planificar pequeños asaltos o hartarse de cervezas con su grupo de amigos. Pero, como integrante novato de banda, no se gana dinero. Así que aprovecha cuando su hermana no está para registrar sus pertenencias y localizar sus ganancias. Ella es quien gestiona la economía familiar, paga el precio de las dos habitaciones en el piso que comparten con otros dos e incluso le da una asignación semanal de treinta euros, pero Rafael necesita más. Sebastián le ha prometido que, si sigue escalando posiciones en la banda, accederá a trabajos muy bien remunerados, así que es consciente de que debe complacerle. El líder de su banda controla el movimiento de cocaína en varios parques de la zona y, si le deja ascender a «repartidor», tiene el sustento asegurado. Pero en este momento, Sebastián parece presa de un creciente nerviosismo a causa de la supuesta relación de Daisy, de la que, realmente, no tienen más detalles.

—¡Menudo cabrón! ¡Dime quién es!

A Sebastián le hierve la sangre solo con imaginar que alguien más ponga la mano sobre Daisy. El animal que lleva dentro empieza a agitarse, recuerda que la ha visto marchar enfundada en una minifalda y un top. Se imagina enfrentándose al supuesto novio, partiéndole la cara. La chica solo puede ser suya y, mientras clava una inquisitiva mirada de asesino en Rafael, piensa que así será.

—No tengo ni idea, pero te lo averiguo. Ya sabes que yo por ti hago lo que sea, hermano.

Rafael se detiene un instante mientras elabora la idea que le ha venido a la cabeza. Sabe que debe ofrecer una respuesta rápido, ya que quien le está exigiendo esa información es alguien a quien él

personalmente ha visto rajar el cuello de otro hombre que le desafiaba al intentar ocupar un espacio de aparcamiento que Sebastián pretendía usar. Recuerda la profunda impresión que le produjo presenciar la explosión de sangre caliente hacia el exterior, humeante bajo la penumbra de un parquin; el rostro del sentenciado, bloqueado en un estertor. La adrenalina tapó el miedo, asco o repulsión que la escena pudiera causar, ya que abandonaron la zona a toda velocidad en el coche. Otro día, Sebastián los metió a todos en una brutal pelea cuchillos en mano contra otra banda del barrio porque afirmaba que uno de sus integrantes «le había mirado mal». Ese día fue el primero en que el propio Rafael se llevó un buen corte en la mano, aunque el peor saldo fue para el otro grupo, con uno de ellos tendido en el suelo tras el ataque. Rafael aún no ha matado, pero sabe que está aliado con la muerte, que en esta jungla que es la vida hay que elegir si matar o morir. Ese es el mantra que repite su líder y mentor, Sebastián. Como miembro de su grupo, también tiene que ser el suyo.

—Si quieres podemos esperarla de vuelta por aquí. Si se ha ido con el novio, la traerá a casa. La calle es estrecha...

Sebastián mira su reloj, un Rolex de oro que le pertenece por mandato de su machete. Son las ocho de la tarde, ya hace horas que la chica se ha ido. Por la ventana que da al patio interior, la fuerte lluvia dibuja líneas nerviosas sobre una oscuridad tan desquiciada como la mirada del joven matón. Sin más, Sebastián detiene su paseo en seco y se gira hacia el resto del grupo; los otros chicos dormitan la digestión bañada en cervezas, ajenos a la conversación que mantienen ellos dos. Sus poros exudan destrucción.

—Venga, niñitas. ¡Nos vamos de aquí!

14

Mientras tanto,
15 de noviembre de 2021,
camino de la M-30 madrileña

No se han mojado porque de la habitación del hotel Silence al aparcamiento del establecimiento se baja de forma directa y confidencial por el mismo ascensor por el que han subido hace unas horas. Pero el aguacero que está cayendo sobre Madrid, que ya se veía desde la ventana de su habitación, es tremendo y ahora martillea inmisericorde el techo del coche en que Javier y Daisy regresan de su encuentro. A través de la intensa cortina de agua que oculta la autovía A-2, el BMW del gerente de GVA no rebasa los ochenta kilómetros por hora a causa de la nula visibilidad.

Pese al estruendo del agua al caer, el viaje de vuelta a la capital es mucho más tranquilo que el de ida. Daisy explora ahora el catálogo de bolsos de Gucci a través de su móvil, aunque no pierde contacto con lo que ocurre fuera. El cielo se ha oscurecido por la lluvia y la caída del sol, y la chica tiene que entornar cada vez más los ojos si quiere ver más allá del morro del vehículo, lo cual la empieza a perturbar.

Javier, saciado de su apetito sexual, está más relajado que su acompañante. Su mente ha regresado a las consideraciones sobre el Desarrollo Sureste. En los últimos días, parece que la perspectiva ha mejorado y el técnico nuevo del Ayuntamiento no le ha solicitado aquel engorroso aval. Si todo va bien, conseguirán las licitaciones en el siguiente paso y, como en el lanzamiento de un cohete, ya no habrá marcha atrás. Javier piensa que su tono duro en las

conversaciones con el técnico de Urbanismo ha dado los frutos deseados. Al fin y al cabo, tiene a José Luis Villa-Arnaiz de maestro en la coacción y persuasión. Y todo se pega, dicen.

Una retención a la altura de la incorporación a la M-30 saca a Javier de su ensimismamiento laboral.

—Papi, me está dando miedo tanta lluvia. —Daisy rompe el silencio para expresar el temor que le induce la tormenta y lo hace con un lamento infantil que le sirve como preludio de una súplica—. ¿No me podrías dejar al menos en mi callecita?

Javier gira el cuello y ve cómo las tremendas gotas que rebotan furiosas en el cristal se reflejan en forma de destellos color azul noche en las dilatadas pupilas de la chica. Es la clase de mirada que no ofrece alternativa. Sin embargo, las normas de la agencia son muy claras; sobre todo respecto a cómo proceder con la recogida o retorno de las chicas tras una cita. Jamás se las deja en casa, sino en el punto acordado. Y el suyo es plaza Castilla. Es cuestión de discreción, no debería hacer falta ni recordarlo. Sería el apartado por el que comenzaría el manual de un putero que busca el extra de sofisticación del que se dota quien contrata los servicios de una agencia como Sugardaddies en vez de recoger a las mujeres de la calle. Javier lo cumple siempre.

Pero, ay, esa mirada.

—Bueno..., si no me pilla muy lejos... ¿Dónde vives?

Casi se arrepiente mientras formula la pregunta, pero la cara iluminada de la chica le impide recular.

—Ay, ¡mi papi! ¡Eres el mejor! Vivo en Usera, cerca del metro Hospital 12 de Octubre.

El hombre medita durante unos segundos cómo debería variar su itinerario para llegar hasta allí. Conoce la zona, está bien conectada con la M-30, vía por la que circulan en estos momentos. Se podría decir que, para llegar hasta Pozuelo por la circunvalación, casi le viene de paso. Será, piensa, un desvío rápido.

—Venga, te acerco. A mí tampoco me hace gracia soltarte en medio del temporal tan lejos de tu casa. Con esas sandalias no darás ni tres pasos entre tanto charco.

Javier sucumbe sin necesidad de que la chica despliegue ningún encanto más. Piensa que tampoco le supone tanto esfuerzo y, al fin y al cabo, se trata de su protegida. Quiere cuidarla en la medida de lo posible para seguir teniéndola disponible.

Eso no quita que le joda tener que invertir todavía más tiempo en finalizar la cita. Ya llevan una hora en el coche desde que ha salido y ahora, encima, parados por un choque múltiple. «¿Es imposible que llueva en Madrid y las personas no se estampen unas con otras?», se pregunta Javier, que empieza a estar agobiado por lo que puede haber pasado en el despacho durante su tarde de asueto.

—Anda, pásame la funda que hay en la guantera, guapa.

La chica abandona por un momento su incesante búsqueda del bolso elegido como premio por su buen hacer esta tarde y acciona el mecanismo que abre el departamento oculto en el salpicadero frente a ella para alcanzar una funda rígida de cuero negro. Mientras se la ofrece a Javier, se fija en las iniciales «JJT» grabadas sobre el exclusivo cuero junto al logo de Loewe. Sin duda, se trata de un regalo hecho por una fémina, el típico regalo por el día del padre o un cumpleaños que una esposa rica compraría. Daisy siente una punzada de envidia hacia la mujer que es capaz de regalar un artículo tan lujoso a su hombre. La esposa de su *daddy* tiene esa ventaja sobre ella, tan rica, tan bien situada y madre de sus hijos, pero Daisy está segura de que Javier la aborrece. En el fondo es más suyo que de la otra, reflexiona. Si no, no estaría allí con ella.

En el interior de la funda está el iPad Pro de Javier. Aprovechando que están detenidos y esperando a que se reanude la marcha, podrá por lo menos consultar el correo y las actualizaciones en la hoja de cálculo que maneja su equipo de trabajo. El repiqueteo de las gotas contra el metal que los envuelve es de nuevo el único sonido audible mientras el gerente de GVA revisa los procesos. Pocos avances, pero algunos sustanciales.

En cuanto el coche de enfrente reemprende la marcha, Javier suelta el iPad, apresurado, sobre el asiento trasero, sin devolverlo a su funda, y prosigue su avance lento por la circunvalación madrileña en sentido sur. Al rebasar la retención que había provocado el choque entre varios vehículos, aparentemente nada grave, Javier y

Daisy sienten en sus cuerpos un vaivén, fuerza residual de los golpes de viento racheado que sacuden al enorme vehículo. La tormenta sigue siendo temible. Javier está decidido a dejar a la chica en su mismo portal y ayudarla a alcanzarlo si es necesario, aunque tenga que mojarse.

Una vez tomada la salida número 12B de la M-30, Daisy ve el Hospital Universitario 12 de Octubre y por fin se sitúa y es capaz de dar alguna indicación a Javier para llegar a su domicilio.

—¡Sí! ¡Esta es la salida! Hace poco vine al hospital con mi hermanito caminando y no queda lejos.

Javier, de pronto, se siente extraño al oír hablar sobre un hermano de Daisy. De alguna manera, el papel de la joven en su vida es el de alguien que aparece y desaparece cuando él lo ordena para ayudarle a quitarse la tensión del día a día. Hasta ahora no se había planteado que la chica, sabe que es dominicana, tuviera familia en Madrid. Le incomoda en cierto modo la introducción de ese factor, los asuntos familiares de la chica no están en el contrato. Sin embargo, ella aprovecha el silencio para añadir más información no solicitada.

—Se vino a España hace unos meses, ¿sabes? Le pago una habitación en mi piso —Daisy no está identificando las señales por parte de Javier que indican que no alberga ningún interés por su vida familiar—, pero la verdad es que es un fastidio hacerme cargo de él.

—Eeeh, de acuerdo. —Javier no presta atención a la queja de Daisy, no separa los ojos de la carretera—. Ahora indícame cómo llegar a tu casa.

Ella conoce la zona del recinto hospitalario porque tuvo que acompañar a su hermano Rafael tras una pelea no hace mucho tiempo. Según le contó el chico, un miembro de otra banda de las que dominan el barrio consideró que uno de los amigos de Rafael lo había ofendido. Cuando se lo contó, Daisy enseguida pensó en el matón de Sebastián, que ahora parece tener ganas de convertirse en un problema también para ella. El relato de Rafael era breve y esquivo, pero su herida en la mano delataba gran violencia. Aunque consiguieron detener la hemorragia en casa, requirió puntos y curas.

El chaval no quería ir al hospital para evitar preguntas, sobre todo de la policía. Daisy tuvo que enfundarse el traje de hermana mayor para obligarle y fueron caminando hasta el 12 de Octubre. Era tan salvaje la cantidad de gente que había en urgencias que ningún facultativo tuvo tiempo ni capacidad de alertar a las autoridades por un chaval con una lesión como aquella, claramente de arma blanca. Nadie lo relacionó con el cuerpo que yacía sobre el asfalto a algunos cientos de metros, que más tarde abrió la sección de sucesos de los informativos. También era de un menor de edad.

—¡Es aquí! ¡A la derecha en la siguiente y estamos! —Pocas veces Daisy está tan contenta de llegar a su casa, humilde pero robusta y capaz de soportar el temporal que los apedrea desde que han salido del hotel. Solo espera encontrarla un poco más ordenada que cuando se ha ido.

La amplitud de la M-30 o de la Avenida de Andalucía desaparecen en las calles del interior del barrio de Usera. Puede que algún día esas vías gozaran de dos carriles para la circulación, pero con ambos lados de la calzada repletos de coches amontonados, no hay casi espacio para circular ni para caminar por la acera. El último giro dentro de ese laberinto no es fácil para el enorme y lujoso coche de Javier, que teme rozar con alguna de las chatarras que ocupan los exiguos chaflanes.

Se detienen como pide la chica en un portal remozado por varias capas de mortero, añadidas una tras otra conforme la humedad las ha ido corrompiendo. Hay parches a varias alturas, vete tú a saber para tapar qué. En la calle no hay un alma hasta que Javier sale del coche para abrir la puerta a Daisy y ayudarla a bajar, evitando un charco que ya tiene por lo menos diez centímetros de profundidad, entre la calzada y la acera. Desprovisto de paraguas, la fuerte lluvia lo cala al instante. No hay despedida en forma de besos ni palabras, ni Daisy tiene que pedir a Javier que la llame. Sabe que la próxima cita llegará en cuanto el cliente tenga ganas. Javier regresa corriendo a su sitio, tiene frío y está deseando irse a casa. Retoma la marcha y efectúa el giro a la izquierda obligatorio que indica la señal al final de la calle donde ha dejado a Daisy. Trata de calcular mentalmente cuántas calles estrechas como esa han cruzado hasta

llegar allí y por tanto cuánto falta para alcanzar de nuevo la M-30, pero un Seat Ibiza negro parado en la calle en la que acaba de entrar le impide proseguir. Solo alcanza a verlo cuando está cerca, pues tiene las luces apagadas y las farolas de la calle dan para poco en esa noche cerrada de lluvia.

—¿Qué cojones...? —Acciona el claxon mientras acerca la cara a la luna frontal del vehículo para tratar de ver algo más, pero solo capta el reflejo de unas luces que se acercan por detrás. Es otro coche—. Lo que faltaba, ahora ni por delante ni por detrás, ¡joder!

Más y más claxon. No percibe movimiento en el coche de delante, su nerviosismo va en aumento.

—¿Quién me mandará meterme en esta ratonera de mierda?

Pasados unos segundos, colige que, teniendo en cuenta que ya tiene el traje y los zapatos calados por ayudar a Daisy a llegar a casa, lo mejor será salir del coche y ver qué ocurre.

Abre la puerta y sale del coche, decidido o bien a movilizar al de delante, o bien al de atrás, para poder salir de esa calle. Pero no da ni un paso. Algo muy duro le golpea la cabeza desde detrás, su cuerpo rebota contra la puerta abierta del coche y cae al suelo. El contacto de su cara con el agua fría que corre por el asfalto le espabila y se yergue con toda la velocidad que el aturdimiento por el impacto le permite, pero aún no entiende nada. Solo ve sombras en movimiento y la luz de los pilotos traseros del Seat Ibiza que se encienden mientras el coche arranca a gran velocidad. El de detrás ya ni siquiera está cuando Javier se gira para buscarlo con la mirada.

—¡Hijos de puta! ¡Joder!

Proyecta su rabia sin saber hacia dónde dirigirla. Se vuelve una y otra vez en busca de una luz o una silueta que expliquen lo sucedido, pero solo encuentra oscuridad, lluvia y dolor en la parte posterior de la cabeza. Confuso, nervioso, aturdido y calado hasta los huesos, vuelve al interior del vehículo. Las llaves siguen puestas. Palpa su bolsillo con la mano y comprueba que la cartera y el móvil siguen en su sitio, no recuerda que nadie le haya tocado más allá del golpe. Se tienta el costado de la cabeza para comprobar que no hay sangre. Puede que se haya rascado el pómulo al caer, lo siente caliente. Eso será complicado de explicar en casa.

—¡Me cago en Dios!

El último grito se ahoga dentro de la nula acústica del interior del coche, pero le sirve para liberarse e intentar pensar con claridad. Lo mejor será no llamar a nadie, demasiadas explicaciones. Javier se toma unos segundos más para recuperar el tono. Su corazón sigue acelerado cuando arranca el BMW con intención de regresar a Pozuelo. Pero justo cuando lo enciende, se gira para mirar el asiento de atrás y confirmar la sospecha que le acababa de asaltar: su iPad Pro ha desaparecido.

15

Al día siguiente,
16 de noviembre de 2021,
despacho de Elena Villa-Arnaiz, barrio de Salamanca, Madrid

Esta mañana, la tempestad solo ha dado paso a la calma en la calle. En el interior del despacho de Elena, los nubarrones son sus pensamientos. No es capaz de concentrarse porque no ha descansado. La idea de su hijo de doce años convertido en una especie de abusón con tintes de clase, riéndose del coche de la madre de su amigo o de su ritmo de vida claramente inferior al de la familia Jiménez Villa-Arnaiz, le produce repulsión. También pegó a su amigo, no lo olvida. ¿Dónde puede haber aprendido a responder con el puño cuando un compañero le molesta? Está segura de que no de ella. Elena se siente mortificada por la actitud indolente de su hijo, que parece ajeno a la gravedad de la situación y a los castigos infligidos. La madre tiene la sensación de que el hijo ha aprendido a hacer como si cualquier castigo le resbalara, desarmando por completo al que pretende sancionar. ¡Está expulsado del colegio, caramba! Y aun así, lo que más le dolió al chaval, al parecer, fue la retirada de los dispositivos móviles. Desde entonces, sin señales de él. Se encerró tras un portazo en su habitación y de allí no le ha visto salir ni para desayunar.

Si al menos sintiera el apoyo de su marido en los momentos en que hace falta. Pero tras no responder a sus mensajes ni llamadas de teléfono en toda la tarde, Javier llegó a casa pasadas las once de la noche. Incapaz de decidir si era la actitud de su hijo o la de su

marido la que la mantenía en vilo, la mujer repasaba a la luz de su lámpara de mesilla de noche el catálogo de canapés que pretendía ofrecer para eventos formales cuando oyó el sonido de la puerta de su habitación común abriéndose. La cálida penumbra acentuaba el dramatismo que la ropa y pelo mojados y la cara raspada y sucia imprimían a su esposo. Entró sin decir nada, con la vana esperanza de encontrarla dormida.

—Madre mía... ¿De dónde llegas así? ¿Qué te ha pasado?

Elena se tensó al verle. Se irguió en su postura sentada, incluso dudó sobre si levantarse.

—Menuda tarde, nena. Menuda tarde. —El hombre miró a su mujer mostrando derrota en el rostro, mientras se quitaba la americana mojada—. Me ha pillado la tormenta en la M-30... Ha habido un accidente...

—¿Has tenido un accidente? ¡Pero ¿cómo no me has avisado?!

El nerviosismo de Elena iba en aumento.

—No. Espera, princesa. —Javier se esforzaba por reprimir su propia rabia ante el atraco sufrido para calmar a Elena—. *Ha habido un accidente* —repitió la frase enfatizando que el evento había sido ajeno a él—, justo enfrente de donde yo estaba. Sería a la altura de la salida de O'Donnell —había ido pensando los detalles de la coartada por el camino—, se produjo un choque múltiple. Lo he esquivado por los pelos —incide en el riesgo buscando con su mirada la compasión de su mujer—, pero no podía irme sin echar una mano. Había una señora mayor atrapada en el asiento del copiloto de un monovolumen..., no veas qué angustia.

Javier se metió en el papel de afectado rescatador a la perfección. Al fin y al cabo, le pegaba. Para Elena sería creíble que su marido decidiera parar para ayudar, en el fondo esa voluntad de cooperación era algo que siempre le había gustado de él, excepto cuando pasaba por encima de atender a su propia familia.

—¿Y tu cara? ¿Cómo te has hecho eso?

—Caía agua a raudales, estábamos una pareja y yo tirando de la puerta para separarla del coche y liberar a la mujer. He resbalado y me he ido al suelo. —Javier hizo un gesto con la mano, para restar gravedad a la lesión; en realidad lo que le dolía era lo que no se

veía, una contusión en la parte posterior del cráneo—. No es nada, apenas un rasguño. No te preocupes, cariño.

—Sí estoy preocupada, ¡claro que lo estoy! —La historia de la M-30 solo explicaba el final de la jornada, el cabreo de Elena venía de antes—. Me entero de todo esto ahora, y eso después de una tarde entera sin poder hablar contigo. ¿Tan difícil es llamarme?

—¡Te he escrito un mensaje hace un rato! Pero es que no sabes el día que me ha dado tu padre, de verdad que está insoportable con lo del Desarrollo Sureste. No he tenido ni cinco minutos de paz, en serio.

En ese punto y a la vista del rostro insatisfecho de Elena, Javier ya era consciente de que habiendo conseguido el objetivo principal de tapar el suceso que había desencadenado su aspecto, el enfado por su incomunicación se mantenía. Un daño colateral que podría resolver con los días, pensó.

—¿Ni siquiera preguntas por la expulsión de Gonzalo? Javier, en casa hemos tenido una crisis, me irrita que aún no te des cuenta de ello.

—¿Te importa si lo hablamos mañana? Estoy a-go-ta-do...

Javier tiraba de sus últimas trazas de paciencia y contención, con la esperanza de zanjar la conversación.

—¡Te da lo mismo! ¡Es que no me lo puedo creer!

Elena mostraba una energía que entraba en colisión con el agudo cansancio de Javier. La intensa sesión de sexo, la tensión y el golpe durante el ataque le iban empujando cada vez más hacia el abismo; solo quería acabar de quitarse la ropa y descansar.

—Elena, a mí me importan las cosas que importan. No podemos hacer un drama de cualquier chorrada...

Que Javier la invalidara tachando de chorrada su preocupación por la pelea de Gonzalo era lo que le faltaba a Elena. En ese punto, la mujer entendió que poco podrían avanzar esa noche. Mostró su rechazo callando y girando el cuerpo hacia el lado opuesto en que estaba Javier. Silencio por castigo, para ella. Ansiado descanso, para él.

Esta mañana, la historia del héroe bajo la lluvia aún resuena en su mente. Su familia debería ser la prioridad de su marido. *Su familia*. Pero quedar bien, ser el más simpático de las fiestas, meterse en el bolsillo a todo el mundo o incluso hacerse el valiente fuera de casa es la especialidad del esposo de Elena. Ella, mientras tanto, cada vez está más sola. Está sumida en una espiral de negatividad que le oprime el pecho como una bola de plomo y le impide concentrarse en nada más. Le parece inútil seguir revisando el correo sin saber por dónde empezar. Levanta el teléfono para realizar la única llamada que puede ayudarla a salir de ese bucle. Suenan tres tonos antes de la respuesta.

—Hola, hija. ¿Cómo estás?

—Bien, mami; ¿qué planes tienes hoy?

Una hora más tarde, las dos mujeres se encuentran en la calle Claudio Coello, a dos manzanas del despacho de Elena en el madrileño barrio de Salamanca. El día despejado permite disfrutar de sus limpias calles, amplias y arboladas. El color anaranjado de los alcornoques cuyas hojas rebotan la luz del sol de la mañana, fulgurantes tras el paquete de agua recibido el día anterior, es un bálsamo para cualquier alma. Sin embargo, la cara algo mustia de Elena no pasa desapercibida a su madre, que, tras los dos besos de rigor, le espeta, mientras le escudriña el rostro:

—¿Estás usando el sérum que te recomendé? Te veo las bolsas marcadas, hija. ¿Todo bien por casa?

—Ay, sí, mamá, el sérum va estupendo. Lo que pasa es que he pasado mala noche. Ya sabes, le doy vueltas al negocio... —Elena prefiere no ofrecer toda la información, al menos por ahora.

Tita para todos, Marta en el documento nacional de identidad, su madre es reconocida en cada tienda y cafetería entre el Retiro y la calle María de Molina. A sus setenta y cinco años, la delgadez extrema a la que lleva toda una vida condenada le da cierto porte de gallina vieja, pero ni siquiera ello oculta su belleza, castigada pero superviviente. Fue Miss Alicante en 1964, ahí conoció a su padre, aunque no guarda muchas imágenes de aquel momento de su vida. Elena piensa que es porque las cirugías a las que se ha ido sometiendo su madre han modificado tanto su cara, no siempre para

mejor, que ella pretende evitar la nostalgia. La verdad es que Tita prefiere olvidar el momento en que José Luis Villa-Arnaiz se encaprichó de ella. A partir de aquel día, ya no tuvo elección.

—¿Llamaste a los Jiménez de Pravia, como te dije? La niña hará la puesta de largo este invierno y sería maravilloso que te contrataran para la fiesta. Creo que es muy amiga del nieto de Su Majestad, ¡a ese evento no va a faltar nadie! —Tita se va animando conforme habla, sabe que es la relaciones públicas oficiosa del emergente negocio de su hija.

—¡Es cierto! Qué buena idea, mami. Tonta de mí, aún no he llamado.

Elena agradece las ideas y suele hacer caso a Tita porque las amigas de mamá son sus mejores potenciales clientas. Pero, sobre todo, le gusta ver cómo su madre se siente implicada en el proyecto. Su padre la ha apoyado logística y financieramente, pero le da la sensación de que no cree demasiado en el negocio. Él hubiera preferido que Elena se involucrara en el sector de la construcción, el asunto del cáterin le parece una cursilada.

El aire matinal ofrece el frescor justo para sentirse renovado, enérgico. La exclusiva quietud de esas vías, un oasis en la bulliciosa Madrid, consigue que la tempestad en el pecho de Elena comience a amainar. Es el barrio donde creció y el vínculo aflora, dándole paz. Ir con su madre paseando y charlando la reconforta porque le devuelve a la niña despreocupada que dejó justo allí, en el distrito más privilegiado de Madrid.

Han abandonado Claudio Coello para girar por Ortega y Gasset, se dirigen a la *boutique* de Felipe Varela donde Tita está invitada a una venta privada. Los modelos que se llevarán la próxima primavera, al alcance de la mirada de algunas pocas privilegiadas que pueden elegirlos incluso antes de la semana de la moda de Madrid. Por el camino, pasan por delante de los locales que albergan las firmas de Hermès, Dior y Chanel, pero a Tita le causa disgusto verlas tan llenas de turistas chinos, que incluso llegan a hacer cola en la calle en el caso de esta última.

—Es un auténtico desastre lo de estas tiendas. Pero ¿tú has visto la cantidad de chinos que hay ahí dentro? Me contó Carmen que el

otro día la tuvieron veinte minutos esperando unos zapatos en Dior, ¡veinte minutos! —La indignación se refleja más en la voz que en el rostro de Tita, paralizado por la toxina botulínica—. De verdad, ¡ni que los regalaran! Mira esas colas a la puerta... ¡Pero si parece que esperan para comprar churros! Menos mal que Felipe sigue teniendo deferencias con sus clientas más especiales.

A Elena le relaja escuchar las disquisiciones de su madre, aunque sean racistas, sobre el estado de las tiendas de lujo en Madrid. Sus quejas sobre lo que llama inundación asiática; los problemas de sus allegadas para hacerse con el último modelo de zapatos o bolso; o cómo ciertos diseñadores españoles, los que no tienen las tiendas atestadas de chinos mostrando artículos por videollamada, saben seguir tratándolas como es debido. Le parecen contratiempos mundanos comparados con los suyos. Mientras pone en segundo plano el discurso de Tita, piensa que su madre ha tenido las cosas más fáciles que ella: solo tuvo una hija y nunca trabajó por un salario. Aunque la matriarca diría que su trabajo en mercadillos solidarios y ayudando a las ONG de sus amigas es agotador.

—Hija, ¿estás aquí? No sé si es que no me escuchas o es que tienes la cabeza en otra parte...

—¿Eh? —Elena reacciona al notar que su madre ha dejado de caminar y se ha parado frente a ella, inquisitiva—. Oh, perdona, mami. Claro que te escucho, pero es que estoy preocupada por Gonzalo, ha tenido algunos problemas en el colegio. Y encima Javier no ayuda nada, pasa completamente, como si el tema no fuera con él.

Soltarlo así, de una vez, ha sido un alivio para Elena, consciente de que su madre se había percatado desde el principio de que algo la inquietaba.

—¿Gonzalo? Ay, mi chico, ¿qué ha pasado, se ha peleado con algún amiguito?

Tita no puede evitar sentir adoración por su nieto mayor.

—Pues sí, pero no únicamente eso. Le faltó al respeto a un amigo suyo solo porque sus padres tienen menos dinero que nosotros. Eso no es lo que le hemos enseñado, mamá. Está expulsado del colegio durante tres días y todo le da igual.

—¡Expulsado! ¡Qué barbaridad! Pobrecito, esta tarde le llamo. Seguro que fue un malentendido, hija, Gonzalo es tan dulce...

Elena duda de la idoneidad de la llamada.

—Si es para decirle que no pasa nada, no le llames. Estoy disgustada con él, y con Javier por no darle ninguna importancia, solo me falta que tú también te sumes a la cruzada de la indiferencia. La madre del chico es amiga mía, ¿sabes? Fue un asunto muy embarazoso.

—Vale, vale. No hago nada. —Tita ha captado el amago de enfado de su hija, no quiere discutir—. Y respecto a Javier... En fin, hombres. Van a lo suyo, ¡qué te voy a contar yo! Tu padre, sus negocios, sus asuntos... Me entiendes, ¿no? Que tenga alguna amiga no significa que no se preocupe por la familia...

—Mamá, pero ¿qué estás diciendo? —Elena frena en seco a su madre—. Javier no es papá, yo no he dicho nada de ninguna amiga. No es eso.

—Vale, tesoro. Yo estoy de tu lado, siempre. Seguro que todo se aclara en unos días, ya verás.

Así se zanja el tema y madre e hija entran en la *boutique* de Varela saludando al resto de las mujeres, la media de edad superando la de una partida de petanca, pero con mucha más peluquería y ropa elegante. Elena trata de sacudirse la incomodidad que le ha provocado el final de la conversación con su madre. Le enoja que todo se resuma en comparar a su marido con su padre, en suponer que los hombres siempre tienen que ser infieles. Ella ha conseguido dejar atrás sus inseguridades y abrazar la confianza en la integridad de su marido, el padre de sus hijos, ya que no le ha dado nunca motivos para lo contrario. Fue el primero de su promoción, se ganó el puesto de gerente de GVA con su valía y esfuerzo. No *gracias*, sino incluso *a pesar de* estar casado con la hija del presidente, como él siempre ha dicho. Además, ¿por qué su madre achaca a una cana al aire el hecho de que su marido no piense igual que ella respecto de la educación de Gonzalo? «Hay que ser simple para decir eso», piensa Elena tratando de espantar las dudas que revolotean como moscas alrededor de su cara. Su madre la toma de la mano, Elena cree que es un gesto de cariño, que le

pide perdón por su anterior y desacertada afirmación, pero Tita tira del brazo de su hija para acercarla a ella y poderle susurrar:

—¿Ves qué bien? Aquí, ni un solo chino.

16

Dos semanas después,
29 de noviembre de 2021,
domicilio de Daisy Hernández, barrio de Usera, Madrid

Su única ocupación como *sugar baby* es esperar a su *daddy*, a Javier, pero él lleva dos semanas sin convocarla, desde la noche lluviosa, y la joven dominicana ha alcanzado altas cotas en su nivel de ansiedad.

Cada día sin noticias crece el impulso de conocerle mejor, de saber más sobre el caballero por el que está empezando a perder la cabeza. En la agencia solo le dijeron que se llamaba Javier y que no preguntase más. Pero ella sabe que su hombre se llama Javier Jiménez Toledano. Lo ha escrito innumerables veces en su teclado del móvil en las redes sociales: Facebook, Instagram o TikTok. Nada, no tiene perfiles en ellas, no consigue localizarlo.

Preferiría estar en una cama balinesa de algún exclusivo club frente al mar, como los que ha visitado con Javier, pero, en cambio, está sobre el colchón de muelles oxidados apoyado en un somier con patas que ocupa la mayor parte de su habitación. Deja el móvil apoyado en su pecho y estira brazos y piernas de puro aburrimiento. Podría intentar ordenar su ropa, la tiene amontonada en el escueto espacio libre que deja la cama porque en la estancia no cabía un armario, pero el tetris es imposible y lo único que consigue es ponerse de peor humor. La colección de minibolsos apilados en una esquina, la mayoría imitaciones, le recuerda la promesa de Javier la última tarde que se vieron en el hotel Silence: le regalaría un bolso

de firma y lo enviaría directo a la agencia. Ha llamado cada día, y nada. Anhela su premio, pero también ver a Javier, identificar el fuego que le enciende, sentirse irresistible ante su mirada. Daisy no comprende el bajón en el ritmo de citas, estaba convencida de que el hombre bebía los vientos por ella.

Mirando al techo de su cuarto, repleto de desconchones cuyo perfil se acentúa por la insuficiente iluminación que ofrece la ventana al patio de luces, se esfuerza en recordar cada segundo del tiempo que ha pasado con él desde que comenzó su relación en septiembre. Lo tiene contabilizado: son seis citas y dos escapadas de fin de semana, aunque en la última él tuvo que abandonarla en Ibiza por culpa de su trabajo. Ni siquiera sabe a qué se dedica. Se concentra en el último encuentro, configura la fotografía de aquella tarde en que él la recogió en el punto acordado para ir al hotel: ella se había puesto el top anudado color rosa, consciente de lo poco que ocultaba, y una minifalda vaquera; él, como siempre, iba impecable con su traje, que aquella tarde era de color azul noche. Daisy piensa que los trajes que él luce tienen que ser hechos a medida. Repasa cada minuto de esa tarde que acabó en tormenta, hace un par de semanas. Esa en la que Javier la llevó en coche hasta su portal, aunque eso atentara contra las normas de la agencia. La joven está segura de que eso significa algo; Javier es un caballero, se preocupa por su *sugar baby* y no la va a abandonar.

La chica cierra los ojos y revive la escena en que Javier incluso aprovechó para trabajar un rato mientras estaban juntos en el coche, parados en un atasco. Así de cómodo estaba junto a ella, piensa. Su relación es, sin duda, especial. Ella misma le pasó el iPad Pro. De repente, el recuerdo de aquella lujosa funda de cuero que cubría el dispositivo de Javier con sus iniciales grabadas y que solo una mujer con mucho dinero habría comprado para regalar a su marido, hace que la muchacha sienta una punzada. La esposa. Seguro que es la esposa quien le tiene atado. Quizá le pilló en sus aventuras y lo apartó de ella con sus argucias. Esa mujer que Daisy imagina horrorosa y malvada, aunque con más poder que ella, se ha colocado en el centro de sus pensamientos. Por su culpa, ella no está ahora mismo junto a Javier.

Basta de hacer el vago. La súbita rabia que siente hacia la esposa de Javier, una mujer sin rostro para Daisy, ha hecho que se levante de la cama con ganas de hacer lo que sea. Coge el móvil y se dirige a la cocina a comer algo. Esta mañana ya ha limpiado el suelo del piso, pero sigue pareciendo sucio de lo gastado y golpeado que está el gres. Seguro que eso no le ocurre a ella, a la esposa de Javier. ¿Cuál será su nombre? El nombre de una mujer que seguro que cuenta con servicio en casa, cuyos suelos estarán resplandecientes. ¿Habrá matado alguna vez una cucaracha la esposa de Javier? Por supuesto que no. Daisy revive el asco que sufre cada vez que se encuentra uno de esos insectos, normalmente en la cocina. Observa bien el suelo antes de entrar, por si acaso.

En la nevera, poca cosa. Allí parece que nadie más se preocupa de la intendencia. De los cuatro inmigrantes que se reparten las tres habitaciones del piso, hay dos que trabajan y comen fuera. Daisy compra para ella y su hermano, aunque Rafael suele pasar los días fuera de la casa. Pero mejor así, piensa, porque cuando llega lo hace con esa pandilla de indeseables liderada por Sebastián. El amigo, también dominicano, de su hermano la acosa con la mirada y con el cuerpo, como un paciente cazador consciente de que llegará el momento para el disparo certero. Y desde hace una semana también la persigue a través del móvil, con mensajes constantes:

> «Cómo está la más bella». «Tú y yo estamos unidos por el destino». «Mataré a quien te haga daño». «Vas a ser mía, bebé».

Los repasa en la pantalla de su móvil, empieza a sentirse harta de su insistencia, pero recuerda la imagen de la navaja y la mirada depredadora y prefiere no desafiarle. Opta por responder lo justo para mantenerle tranquilo, y lejos de casa. Está segura de que ha sido Rafael quien le ha proporcionado su número de teléfono. Una más de su hermano, Daisy piensa que cualquier día acabará en el calabozo o bajo tierra, teniendo en cuenta los amigos con los que va.

Localiza en una esquina mugrienta de la nevera unos tostones fríos del almuerzo de ayer, aunque reblandecidos; valdrán para picar

como merienda. Al cerrarla, repara en los desconchones con bordes oxidados que luce la puerta, que debió de ser blanca algún día y no de ese color cremoso tan desagradable. No hay mesa en la cocina, así que se sienta sobre la rayada encimera de conglomerado.

Con el móvil en una mano y usando la otra para comer, decide hacer un último intento para localizar a Javier. Esa otra red social que usa su prima Laurel, que estudió algo en Miami para ser secretaria. Sí, eso, LinkedIn. Hace tiempo ella misma se creó un perfil bajo el nombre de Jennifer López —¿por qué no?—, de profesión «PT». Por «*personal trainer*», que es como se llama a los entrenadores personales, tan de moda entre la gente famosa. Fantasear con ese trabajo le hizo gracia, desde luego, se le daría bien, a la vista de su éxito en el gimnasio en el que estuvo dando clases dirigidas de baile aeróbico. Le encanta el deporte, de vez en cuando se graba vídeos practicando alguna rutina de *fitness* y los cuelga en Instagram. Suele recibir muchos comentarios y *likes*. Lo que no saben quienes alaban su cuerpo es que el componente genético tiene mucho peso en su escultural figura, pero así es como funciona la publicidad: si una joven mujer dice que con ciertos ejercicios se consigue un glúteo idéntico al suyo, habrá miles dispuestas a emularla, aunque fracasen. Fantasea con que esa clase de contenido la ayude a tener algún día millones de seguidores en la red social pendientes de cómo construir esos glúteos tan elevados, ese abdomen firme y marcado. Y gracias a esa popularidad en redes, quizá alcanzaría un trabajo como modelo o actriz. Pero, desde luego, esa casa horrible no es lugar para las fotos y vídeos que requiere su promoción a través de la plataforma. ¡Oh!, se lamenta, cómo le gustaría contarle sus planes a Javier.

Un momento, ¡ahí está! A Daisy se le acelera el corazón, toma el móvil con las dos manos sin importar que la izquierda esté grasienta por los tostones. Javier Jiménez Toledano aparece en LinkedIn como gerente del Grupo Villa-Arnaiz. No cabe duda alguna, por la foto, de que ese es *su* Javier. Llevaba tantos días sin ver su rostro que se emociona. Él nunca permite que se hagan fotos ni durante sus citas ni en sus escapadas. En la imagen que muestra su perfil profesional

va más afeitado que la última vez que le vio, pero le parece que está igual de guapo.

El nombre de la empresa no le suena, pero parece una constructora importante. Y él es nada más y nada menos que el gerente. Daisy está ahora muy nerviosa, ansiosa por descubrir cada detalle de información que pueda obtener en esa página. Vuelve a toda prisa a su habitación y se deja caer sobre la cama. Allí descubre que Javier estudió Economía y Derecho en ICADE, que es antiguo alumno de un instituto público de Alcorcón, que habla inglés y francés y «posee aptitudes para el liderazgo y la negociación». Viendo cuáles son sus contactos en la red social, aunque no conozca a ninguno, Daisy siente que entra en su vida, que consigue penetrar en su círculo de una vez por todas.

Lo mira todo con sumo detenimiento, cualquier información la acerca un poco a su papito dulce. Toca la pestaña «Instituciones de interés» en el perfil de Javier y, junto al icono del Círculo de Bellas Artes de Madrid y el del Hipódromo de la Zarzuela, descubre otra reseña que podría ser reveladora: El Colegio Británico de Madrid, en Pozuelo de Alarcón.

¿Será el colegio de sus hijos?

No piensa esperar ni un solo día más para descubrirlo.

17

Al día siguiente,
30 de noviembre de 2021,
El Colegio Británico, Pozuelo de Alarcón

El teléfono móvil de Minerva vibra de forma intermitente, indicando la recepción de varios mensajes. La mujer tiene que detener su camino de regreso desde el colegio al coche para buscarlo en el gigantesco bolso y ver qué ocurre.

Le alegra ver que son las chicas.

8:45 Betty: Chicasssss, buenos díííías, ¡tengo noticiónn!
8:46 Irina: Oh, por fin! ¿Cuántos años tiene? Jajaja
8:48 Minerva: Eso, eso, más detalles, hermana, ¿está bien dotado?
8:51 Elena: Buenos días, chicas. No entiendo nada, ¿qué estáis diciendo?
8:52 Betty: De verdad, ¡menudas mentes calenturientas, @Irina y @Minerva! Jajaja! No va por ahí la cosa. ¡Ya tengo local para la clínica de estética en Pozuelo! Inauguro antes de Semana Santa, ¡HELP, AMIGAS!
8:52 Minerva: Menudo coñazo, sister..., digo..., ¡yupi! Jajaja
8:53 Elena: ¡Es una fabulosa noticia, amiga! Cuenta con nuestro apoyo para lo que sea. Del cáterin de la fiesta me encargo yo, of course!
8:54 Irina: A mí decidme directamente el día, hora y lugar en que nos emborrachamos para inaugurar lo que sea. Llegando al cole, ¿os veo aquí?
8:56 Elena: Hoy ha llevado Javier a los niños, sorry.
8:57 Minerva: Los míos, dentro. ¿Te espero y tomamos café, Irina? ¿Sister?
8:57 Irina: OK. Te busco.
8:58 Betty: Yo imposible, ¡voy de culoooo!

Ya dentro del coche, Minerva Morientes levanta la mirada de su móvil, entorna los ojos y, sin querer, arruga la nariz mientras trata de encontrar a su amiga Irina entre la marabunta de madres y

cuidadoras que pululan por delante de la puerta del colegio a esa hora. A través de la luna lateral de su coche, aparcado de forma casi milagrosa en uno de los espacios junto a la acera de enfrente, observa la mañana fresca y luminosa en que predominan los abrigos gris oscuro del uniforme; hace pocos días que la ropa otoñal ha reaparecido. En Madrid, el fresco llega de repente. La masa de gente se va disipando, pero Minerva aún no distingue a Irina. Sin embargo, llama su atención una acalorada discusión entre el conserje y una cuidadora filipina que ha llegado para traer a dos niños tocadas las 8:55, la hora de cierre de puertas. El conserje le ha impedido el paso, toca activar el protocolo de tardones. Eso va a suponer un aviso a los empleadores de la cuidadora, los padres de los niños que esperan resignados en la puerta, así que la desesperación de la filipina, que aún intenta negociar, va en aumento y acaba pidiendo a gritos al conserje que les deje paso. Otra mujer, quizá la madre de algún niño, interviene entre la cuidadora y el conserje para rebajar el tono frente a las criaturas, pidiéndoles que no griten de ese modo tan grosero. Después se marcha, con aire indignado, sin empatizar lo más mínimo con la preocupación de la empleada. La mujer está roja como un tomate y llora avergonzada, se ha quedado detrás de los niños para evitar que la vean mientras esperan la solución para poder acceder al centro. El conserje ha cogido el móvil para llamar, alguien tiene que ir a buscar a los críos expresamente y acompañarlos a sus clases, sus padres recibirán un correo electrónico notificando el retraso. Es el protocolo, y al conserje le da igual el llanto de nadie.

Minerva ha seguido la escena sin perder ripio. Encontraba algo morboso en la forma en que la cuidadora ha enloquecido; ¿de verdad está en juego su trabajo solo por haber llegado tarde? ¿Tan miserable es su vida para rebajarse así? No puede evitar seguir buscando historias detrás de cada escena, de cada persona. Está retirada como periodista, pero el oficio aún reside en su interior.

Toc, toc. Un par de golpes en el cristal del otro lado del coche la sobresaltan.

—¡Por fin te encuentro! ¿Qué tal? —Tras abrir la puerta, Irina irrumpe en el coche sin necesidad de ser invitada y ocupa el asiento

del copiloto, ajena al susto que ha provocado a Minerva.

—¡Ah, hola! ¿Sabes para quién trabaja la filipina esa? —Minerva ni se gira para ver a su amiga, pretende sacarle información.

—Hummm..., me parece que la niña que traía va con Sergio a clase. Debo de haber coincidido con su madre en alguna fiesta de cumpleaños. Si es la que creo, una finolis de cuidado, a la filipina se le va a caer el pelo cuando se entere de que han llegado tarde. —Irina se ríe imaginando la escena—. Bueno, son pasadas las nueve; ¿café o vamos directas a por un cóctel?

—Uy, qué animada te veo, ¿has vuelto a asaltar la sauna masculina del gimnasio? —Ahora Minerva sí mira a Irina, divertida e inquisidora.

—¡Siempre que puedo!

Ambas ríen ante la respuesta de Irina.

—¿*Brunch* en El Cielo? —Minerva lanza una propuesta infalible, desayuno-comida en un local muy de moda en Pozuelo, junto al centro comercial. A estas horas, punto de reunión de muchas otras madres que no trabajan y están ociosas tras dejar a los niños en el colegio.

—¡Adjudicado!

—Venga, nos vamos. —Minerva pulsa el botón para encender el motor, que vibra suavemente al iniciarse, mira hacia el espejo retrovisor para emprender la marcha atrás, pero algo vuelve a llamar su atención—. ¡La hostia! Y esa, ¿a dónde cree que va?

Ambas mujeres se giran para mirar hacia atrás, Minerva sujeta su postura en torsión casi total abrazando el reposacabezas de suave cuero beis. La visión que comparten no es nada habitual en ese escenario: una joven bellísima apoyada en el muro exterior del colegio, al final de la manzana, justo en la esquina, parece esperar a algo o a alguien. Su melena morena y muy lisa brilla bajo el sol de la mañana, del que protege sus ojos con unas enormes gafas oscuras. Podría ser una alumna de bachillerato, pero en vez del uniforme reglamentario lleva una microfalda de falso cuero y botas camperas marrones. El maquillaje está prohibido entre los alumnos, así que todo apunta a que esa chica con el labio rojo no pertenece al centro. Además, todos han entrado ya. ¿Podría ser una madre joven a la

que no conocen? ¡Pero tendría que haber parido con quince años para que un hijo suyo comenzara educación infantil en el centro!

—¡Dios! Me acaba de saltar el *putómetro* en el lugar y momento en que menos lo esperaba.

Minerva resopla, su afinado olfato para detectar a mujeres u hombres que se ofrecen por dinero no suele fallar. Es consciente de que la llamada «profesión más antigua» ocurre en todas partes, a todas horas y en todos los barrios, pero ¿una mujer a la espera de clientes a la puerta de un colegio al que acude la prole de la élite madrileña? ¿A las nueve de la mañana? Por ahí no pasa.

—Pienso plantear una queja a la dirección, esto es una vergüenza.

Mientras expresa lo que le ocupa la mente, Minerva recupera la posición para conducir e inicia la maniobra. Irina echa un último vistazo, duda:

—Anda, ¡qué exagerada eres! Igual no es eso, mujer...

La abogada busca otra explicación para esa, por otra parte, extraña presencia por lugar y hora. Quizá es solo una comercial de inmobiliaria que ha quedado en esa esquina para enseñar un chalé de la zona. Pero lo cierto es que tanto los escasos centímetros de falda como los pechos asomando en un escote que deliberadamente ha dejado a la vista bajo la cazadora son poco apropiados para un martes por la mañana. Sin embargo, pronto pierde interés en la supuesta meretriz y se arranca con un tema infalible.

—¡No te vas a creer quién se divorcia!

Así comienza una despreocupada mañana de cotilleo y risas para Minerva e Irina, que pronto se olvidan de la mujer de aspecto sospechoso frente al colegio.

Y así finaliza una jornada, bastante exitosa, de reconocimiento del terreno para Daisy.

18

Dos días más tarde,
2 de diciembre de 2021,
despacho de José Luis Villa-Arnaiz,
paseo de la Castellana, Madrid

—El entorno es de gran incertidumbre, no podemos permitirnos ni un paso en falso. Espero que seáis conscientes...

José Luis Villa-Arnaiz preside su junta directiva como cada jueves en la sala de reuniones. Doce ejecutivos, todos hombres menos una mujer, escuchan al gran capo sentados alrededor de una magnífica mesa ovalada de roble en la que cabrían treinta personas más. Nadie apostilla ni comenta las palabras de don José Luis, que se muestra esta mañana incluso más vehemente de lo habitual. El gran sillón que preside la mesa, tapizado en fino cuero negro, está vacío. Cuando el jefe se levanta para hablar es porque está intranquilo, y hoy no para quieto.

—... de que el Desarrollo Sureste marca un hito en la industria de la construcción de la ciudad. Si no nos hacemos con la mayor parte del pastel, estamos muertos. ¡Acabados!

Javier Toledano da un pequeño respingo sobre su silla, ubicada a la derecha de la del presidente, al oírle elevar la voz y recupera, así, el contacto visual con él. Su suegro impone. Javier piensa que la charla de hoy tiene más de escenificación que de realidad, ya que, al menos en su área, el trabajo avanza.

La fase de licitaciones está a punto de concluir y el gran capo necesita motivar a su gente para que vayan a por todo. En concreto, para seguir siendo líderes por encima de todas las demás

constructoras. El objetivo de GVA es conseguir licencia para construir veinte mil viviendas, dos mil de ellas de protección oficial, con sus urbanizaciones y parques colindantes. De ser así, se allanaría el camino para obtener la licitación, la construcción de cinco escuelas y veinte equipamientos más como bibliotecas, centros de salud o centros cívicos en el arco territorial comprendido entre Villaverde y Vallecas: el plan urbanístico más ambicioso hasta la fecha en la ciudad de Madrid.

—...Y ahora, explicadme por qué me llega que Consar Construcciones está mejor posicionada que GVA para esta primera fase del proyecto.

La referencia de Villa-Arnaiz a la principal empresa competidora hiela el ambiente durante unos segundos, hasta que Ramírez de Haro, el responsable financiero, toma la palabra.

—Consar está reventando precios, no entendemos cómo. Con los salarios del convenio, la subida en los costes de materiales y...

—¡Gilipolleces!

Villa-Arnaiz golpea el tablero del mueble bar con la botella de la que está a punto de servirse un whisky. Ha elegido un Glenrothes de treinta años. La botella sale a mil quinientos euros, pero no es de sus favoritos.

El silencio que se ha apoderado de los asistentes a la reunión solo se rompe por el sonido del tapón de la botella desenroscándose, el leve roce del vaso de cristal Moser contra el tablero de acero del mueble bar, que ya acumula alguna muesca causada por los golpes de su dueño, mientras este desliza el vaso por encima para servirse un *shot* matinal. Sin hielo, claro.

—Se baja el salario un cinco o un diez por ciento. Los materiales, ¡buscad en China, joder! Lo que sea necesario, pero Consar no puede llevarse más contratos que GVA, ¿estamos?

—Pero..., don José Luis, ¡no podemos bajar salarios! Los sindicatos... —El jefe de personal interrumpe, provocando la furia del capo.

—¡Cállate! ¡No os pago los sueldazos que recibís para que me contéis vuestros problemas! ¡Menuda basura de equipo directivo! ¡A la junta se viene cagado y llorado de casa!

Doce directivos miran fijamente el barniz lacado de una mesa. Solo Javier se atreve a elevar la voz después de la bronca que les acaba de caer.

—Hablaremos con los jefes sindicales. Se les puede... *convencer* —la entonación del gerente basta para dar a entender que, por las buenas o por las malas, habrá cambios—, para una, llamémoslo, *reestructuración salarial*.

—Quiero sus nombres sobre mi mesa. Si no tenemos el compromiso de que apoyarán a la dirección, a la puta calle.

La secretaria de dirección, cincuenta y pocos, enfundada en un traje con falda gris de oficinista clásica, abre la puerta cuando han pasado treinta minutos exactos desde el inicio de la reunión. Es el tiempo justo y necesario para un pelotazo de whisky y un par de gritos, en resumen, el objetivo del presidente del Grupo Villa-Arnaiz para aquella mañana.

—Don José Luis, disculpe, tiene llamada de la Secretaría de Estado de Fomento.

Villa-Arnaiz vuelve a golpear con el vaso, ya vacío, esta vez sobre la mesa de roble. El sonido del impacto cierra inequívocamente el encuentro. Con la mano libre, hace un ademán de conformidad a su secretaria —y compinche para deshacerse de la junta—, mientras el último sorbo del elixir ámbar baja calentándole la faringe.

—La semana que viene, ¡líderes! ¡Confío en vosotros, cabrones!

El gran jefe abandona la sala, no levanta más de un metro setenta y cinco del suelo, menos estatura que su secretaria, delante de él, sobre tacones. Se siente cómodo entre mujeres altas, ¡se casó con una *miss*! Su poder se proyecta mucho más arriba que el último pelo, injertado, de su grisácea cabellera.

Una vez que está fuera el jefe, el murmullo crece entre los directivos. Las quejas que comparten se parecen a las de siempre: «Lo que pide es imposible»; «No se da cuenta de que los tiempos han cambiado»; «A ver quién le cuenta lo que ha subido el acero por culpa de la geopolítica».

Sin ganas de participar en el inútil aquelarre contra el capo, Javier ha sacado su teléfono móvil. Lleva unas dos semanas sin recurrir a Daisy para evadirse, el asalto que sufrió cuando la dejó en su portal

aquella tarde de tormenta le quitó las ganas de volver a acercarse a la muchacha por un tiempo. No solo por el valor del iPad, sino por todas las gestiones que implica que te roben un dispositivo que es la puerta de acceso a tanta información sensible en la nube. En la tienda adonde fue a hacerse con otro le aseguraron que habían bloqueado su aparato en remoto, pero que lo más seguro era que *los malos* ya hubieran restablecido los ajustes de fábrica —el equivalente a borrarlo por completo— y estuviera camino de un mercado de Marruecos para su venta. Además de todo eso, llegar sucio y mojado a casa levantó las sospechas de Elena. Su mujer ha estado más suspicaz las últimas semanas y él no ha gozado de margen para escapadas. Quizá sea momento de regalarle algo. En las notas del iPhone apunta «Llamar a Rabat para nueva joya Elena».

Y ahora, siente que sí, ya lo tiene todo atado. Envía un mensaje a través del buzón para clientes de la web Sugardaddies. Quiere a la chica a las tres de la tarde en el punto de encuentro. Está convencido de que se lo merece, conviviendo con tanto estrés laboral.

Papi ha vuelto.

19

Esa misma mañana,
2 de diciembre de 2021,
El Colegio Británico, Pozuelo de Alarcón

El primer día que Daisy se apostó en la esquina del recinto vallado de El Colegio Británico de Pozuelo de Alarcón le sirvió de poco más que de distracción visual. Se presentó allí a las 8:40, a tiempo para presenciar cómo la calle, casi desierta durante todo el fin de semana, pasaba a bullir de actividad los días en que había clase. A partir de las 8:45 llegaron los primeros vehículos; Daisy nunca había visto tanto dinero junto en forma de coches, casi ninguno de esos grandes deportivos o todoterrenos urbanos bajaba de los cien mil euros. Como en una cumbre de Estado, los vehículos formaban una fila y se iban deteniendo para permitir la bajada de cientos de niños. Otros llegaban caminando junto a empleadas del hogar, normalmente filipinas o centroamericanas. El ejercicio de coordinación y orden llamó la atención de la joven. Desde luego, pensó Daisy, aquello tenía poco que ver con la Escuela Básica Pedro Mir en la que ella había cursado primaria y secundaria, en Higüey. Allí los niños no parecían formar parte de delegaciones de diplomacia internacional, sino que corrían y jugaban en alegre caos por delante de las puertas del centro, entre remolinos de madres. Daisy no pudo evitar fijarse en la recta belleza que la uniformidad de vestuario confería a la escena: niños y niñas vestían polo blanco con el cuello ribeteado en rojo e insignia del colegio en el lado izquierdo del pecho, bajo americana de lana gris con ribete azul, rojo y blanco. Los más calurosos habían elegido tan solo una rebeca de lana gris

con las mangas en negro para cubrirse en la mañana otoñal, no tan fría para ser ya noviembre. La mayoría de las niñas llevaba la falda del uniforme, de tartán en cuadros verdes y azules con vetas rojas, con largos calcetines hasta por debajo de la rodilla y zapatos de cuero negro. También existía una versión de pantalón en el mismo tartán, pero solo lo llevaban los niños más pequeños. Los chicos de más edad, y también algunas chicas, optaban por un modelo más sencillo de pantalón de pinzas, color verde oscuro y sin cuadros.

Daisy pensó que podría contemplar ese desfile durante horas, embelesada por la homogeneidad de las figuras. Todo niños y niñas guapos, esbeltos, bien vestidos y peinados, avanzando hacia su futuro inmediato, las clases; y hacia un destino en apariencia inexorable: los cachorros de la élite son la futura élite. Pero no podía quedarse embelesada, su presencia allí tenía un objetivo: confirmar la conexión entre Javier y ese centro escolar. Muchos niños, los mayores, simplemente saltaban desde los coches que los habían acercado hasta la entrada, así que la joven se fijó en las matrículas: ninguna era la del coche con que Javier la solía recoger y que ella había memorizado. Los más pequeños entraban acompañados de adultos, la mayoría, mujeres; solo algunas, sus madres. Era fácil distinguir a las familiares de las empleadas del hogar, no solo por su indumentaria sino también por la actitud. La forma de comportarse abría igualmente la brecha entre unas mujeres y otras: las progenitoras salían charlando distendidas entre ellas, haciendo planes para el resto de su apacible mañana; mientras que las empleadas abandonaban el centro en un silencio contrito y apresuradas por volver a su labor en las respectivas casas. Solo a cierta distancia del alcance de las miradas de las otras madres se atrevían a entablar conversaciones entre ellas.

A pesar del trayecto de más de una hora entre metro y tranvía desde Usera hasta Pozuelo, Daisy volvió al colegio un segundo y un tercer día. El miércoles localizó el coche de Javier entre el resto de los grandes todoterrenos urbanos. Con el pulso acelerado y tratando de pasar inadvertida, se esforzó en memorizar el aspecto de los tres niños que descendieron del mismo vehículo en el que ella había practicado sexo con Javier. Los uniformes escolares dificultaban la

diferenciación, pero la pequeña, de unos ocho años, no llevaba falda y además portaba una gran mochila morada que ayudó a Daisy a fijarla en su retina.

Para este jueves, tercer día de vigilancia, Daisy ya se conoce de memoria el ritual de la marcha escolar. Son las 8:50 cuando la mochila morada delata la expedición de Gonzalo, Jimena y Jacobo, caminando en fila tras una mujer pequeña, muy morena y cuyo uniforme formado por bata y delantal blanco y verde marca una figura regordeta y achaparrada. A Daisy se le ilumina el rostro al ver a Wendy, calcula que no será mucho mayor que ella.

—Perdona, ¿tienes hora?

Wendy tarda en reaccionar a la pregunta de Daisy, extrañada por el hecho de que alguien se dirija a ella por la calle. La dominicana ha caminado muy rápido para llegar hasta la altura de la ecuatoriana, una vez que la ha visto abandonar el centro escolar. La falta de aire la ayuda a componer una cara de fastidio con la que elaborar su historia.

—Me he quedado sin batería en el celular y no quiero llegar tarde a la entrevista, ¡joder!

Wendy se detiene ante la ofuscación de la joven. Busca en el bolsillo de su bata de trabajo su propio teléfono móvil y mira la pantalla.

—Ay, ¡mi niña! Son las nueve horas y cinco minutos, niña; ¿llegas bien?

—Oh, gracias, cielo. Eres mi ángel de la guarda. Sí, aún tengo tiempo, es a las diez en una cafetería del centro. Es que me cuesta orientarme por aquí, calcular el tiempo de transporte...

Daisy exagera el agradecimiento, consciente de que ha captado la atención de la mujer que, sospecha, trabaja en la casa de Javier.

—Te entiendo muy bien. Yo soy de Ecuador, llevo aquí tan solo unos meses, trabajando en una casa, pero aún no me atrevo a salir del barrio en transporte público y los taxis son carísimos. Oye, ¿cómo te llamas?

Daisy se toma como una pequeña victoria la confesión de la empleada doméstica; su plan empieza a rodar y lo hace con la primera mentira.

—Me llamo Jennifer, ¿y tú?

—Yo soy Wendy, para servirte. Tengo que volver a la casa con premura, pero acompáñame un poco, dime si te puedo ayudar.

La mujer retoma la marcha apresurada, sus cortas piernas no le permiten correr mucho, pero tiene por delante veinte minutos de camino hasta el domicilio, control de acceso incluido, y poco tiempo para entretenerse si quiere dejarlo todo como la señora ordena. La casa se le antoja interminable, el trabajo de una interna nunca concluye, pero este breve intercambio de confidencias con otra, en apariencia, joven recién llegada le ha hecho sentir un atisbo de calidez entre tanto encorsetamiento.

Daisy piensa con rapidez, esa mujer podría ser una maravillosa fuente de información, quién sabe si una puerta de acceso a la parte más secreta de Javier; le conviene alargar la conversación.

—Mil gracias, la verdad es que me vendría bien que me indicaras cómo llegar rápido hasta el centro de Pozuelo. Pero dime, ¿por aquí son todas así tan... estiradas?

Mientras habla, la joven reproduce una mueca ridícula y levanta la mano derecha con el meñique estirado. Wendy no puede evitar responder con una risa nerviosa.

—Ay, amiga. Si yo te contara lo que tengo en la casa para la que trabajo..., desde la niña hasta la madre, pasando por las amigas, son todas unas huachafas.

Ambas ríen sin dejar de caminar en dirección a la urbanización Monteverde, un recinto vallado al que Wendy debe acceder. Antes de eso, deberán separarse.

—Pero ¿estás contenta trabajando allí?

—¡Sí, sí! —De pronto Wendy se siente violenta, como si el mero cuestionamiento pusiera en peligro su trabajo en un lugar limpio y ordenado, sin nadie que la acose ni la hostigue—. La familia me trata bien y mi habitación es linda. Estoy agradecida.

—Supongo que es mejor que estar repartiendo comida en bicicleta a pleno sol...

Daisy evoca sus propios recuerdos penosos para ganarse la confianza de su interlocutora. Wendy la escucha con atención; desde que llegó a Madrid desde Ecuador para trabajar en la casa de Elena,

nadie se ha dirigido a ella como a una igual. Nadie ha compartido con ella sus miserias laborales, como hace esta joven que acaba de conocer. No tiene ningún apoyo y siente la necesidad de responder a ese vínculo que la muchacha parece ofrecerle, quizá unas migajas de amistad con las que saciar su alma, sumida en la soledad.

—¿Eso has hecho? Madre mía, yo no podría, me da pánico el barullo de la ciudad...

—Buf, no te lo recomiendo. Además, yo en realidad soy preparadora física, ¿sabes? He trabajado en Miami como entrenadora personal de actrices y modelos espectaculares, pero me caducó el visado y allí es imposible quedarse sin contrato... Oye, y a ti, ¿te gusta tu trabajo?

De nuevo, el mero planteamiento asusta a Wendy. Lo mejor que tiene es ese trabajo, aunque añore a su familia. Aun así, decide que, ya que la muchacha le ha contado sus malas experiencias, es momento de responder compartiendo sus propias inquietudes.

—En la casa no estoy mal, pero no tengo vida. Este ratito contigo es la primera charla amigable que he tenido en meses...

El rostro de Wendy resplandece pese a lo brutal de su sinceridad. Nadie le había preguntado hasta ahora cómo está o cuál es su opinión respecto a cualquier asunto.

—¡Me alegro de haberte pedido la hora, entonces! Aquí tienes a una amiga, para servirte.

Daisy le ofrece la palma en alto, como para chocar los cinco, pero Wendy le devuelve el gesto prendiéndole toda la mano, como si agarrara un preciado tesoro. La seguridad con que Daisy se dirige a ella, su hipnótica belleza mezcladas con la ingenuidad de Wendy y sus terribles ganas de ser vista, de ser escuchada, forman un cóctel perfecto de fascinación. La ecuatoriana asiente, sus negros ojos bien abiertos ante la expectativa de estar frente a alguien dispuesta a ser una confidente, una camarada. De pronto, repara en que se acercan al momento en que sus caminos se bifurcan y siente una punzada de tristeza.

—¡Ay, qué lástima! Yo sigo recto por aquí y tú debes girar a la derecha para ir al centro. Te deseo toda la suerte en tu entrevista, de verdad que fue un honor charlar... Jennifer, ¿verdad?

Daisy asiente al escuchar el nombre de la máscara que ha elegido para acercarse a la mujer que cuida a los hijos de Javier.

—¡Pues ojalá te vea más a menudo!

—Por supuesto, querida. Cuenta con ello. La parada de metro ligero me deja ahí detrás, así que, si consigo el trabajo, me acercaré a verte más días.

—¡Chévere!

Wendy, sin tiempo para más, responde alegre, aunque consciente de la dificultad de que ambas vuelvan a coincidir, ya que ella no lleva a los niños todos los días. Acaba de vivir el episodio más excitante de su nueva vida en Pozuelo. Ha conocido a una amiga.

Por su parte, Daisy se despide agitando la mano y emprende el camino que le ha indicado Wendy mientras trata de contener el torbellino que se ha desatado en su interior. Orgullosa por haber urdido con velocidad una identidad que ha fascinado a la chica, por su mente se suceden imágenes de las posibilidades que le ofrece ese acercamiento a la empleada. ¿Podría volverse su confidente y obtener información sobre Javier? Siente la necesidad de conocer detalles sobre su matrimonio, si ejerce de marido o si tiene más amantes como ella. Le arde el pecho al imaginarle con otra mujer, Daisy lo quiere para ella sola, y piensa que la felicidad que infunde a Javier en cada uno de sus encuentros, lo ve en su rostro, es una prueba fidedigna de que el destino los ha unido para formar una pareja estable. Es consciente de que va a necesitar poco más para conseguir mayor cercanía de la empleada y de la casa en la que trabaja.

Tras unos veinte minutos a paso rápido, alcanza la zona comercial de la localidad. Allí pasa la mañana escudriñando los comercios para labrarse una historia. Pasa por delante de cafeterías de aire desenfadado con terrazas que ocupan parte de la acera donde cree reconocer a algunas de las madres que ha ido viendo a lo largo de sus días, al acecho desde una esquina del recinto que comprende el centro escolar. Sobre las mesas reposan sus bolsos, todos de marca, mientras ellas charlan y ríen despreocupadas, sin prisa ni preocupación aparente. La imagen de esas calles es muy distinta a las de su barrio, donde los comercios, la mayoría regentados por

personas de origen chino, subsisten en bajos estrechos y deteriorados. Ninguno de los locales que ella ha visto en Usera se esfuerza en ofrecer esa imagen de despreocupada elegancia que reina en las tiendas y en los cafés que ve a su alrededor. Piensa que podría acostumbrarse a vivir en ese entorno, a pasar de las tiendas al centro de belleza y al gimnasio antes de volver a su bonita mansión.

Daisy se encaja las grandes gafas Dolce & Gabbana mientras estas tribulaciones desfilan por su mente, le gusta imaginarse hasta qué ropa elegiría para frecuentar esos lugares. De pronto, la vibración de su móvil la devuelve al presente.

SugardaddiesAgency: A las 15:00 en el punto de encuentro

Si el aviso de mensaje ha hecho vibrar el móvil de Daisy, dentro de la minúscula mochila de imitación Gucci, la lectura de su contenido ha sacudido su cuerpo entero con mayor potencia. Javier la reclama, y todas sus células se preparan para recibirle, unirse a él. La expectativa agita a la joven, que busca la hora para planificar su día y llegar a tiempo a la cita.

El reloj del móvil marca las 12:30. Exhala aliviada al comprobar que dispone de tiempo para desplazarse hasta allí, incluso, calcula, de tomarse un pincho de tortilla en alguna mesa de esas terrazas pobladas de mujeres ricas. Quién sabe, piensa, quizá cualquier día ella sea una más.

20

Al día siguiente,
3 de diciembre de 2021,
domicilio de Elisabeth Morientes, Moncloa, Madrid

Aunque lleva su reloj puesto, cuando está en la cocina Betty siempre se guía por la hora que da la pantallita digital del horno. Con números luminosos en color rojo, es como un letrero que indica cuánta prisa tienen. Cuando ve que son las 7:30, le parece que aún queda un mundo hasta llegar al colegio y poder arrancar su jornada, y aun así, tiene prisa todo el rato.

—Mami, no lo entiendo. ¿Ahora tenemos una casa cerca del cole, pero no vamos a irnos a vivir allí? —Berta mira fijamente la magdalena que acaba de mojar y su reblandecida costra de azúcar mientras se plantea la tremenda disyuntiva. A la pequeña, de cuatro años, le encantaría vivir más cerca de sus amigos y poder invitarlos a merendar o ir a sus casas, como hacen los que viven al otro lado del Parque del Oeste.

—Anda, Biti, intenta no mancharte. —Antes de contestar a su hija, Elisabeth Morientes le recoloca el plato lo más cerca posible a su cabecita para evitar que al morder el desayuno se le desparramen todas las migas sobre la mesa—. Esa casa nueva es para el negocio de mami, no para vivir, mi vida. Y además, no es nuestra, sino alquilada. ¡Pero quizá más adelante nos podamos mudar a Pozuelo!

—Papá dice que para pinchar bótox a señoras y dejarlas a todas con la misma cara no hace falta estudiar Medicina. —Nacho, de doce años, no colabora en aflojar la tensión entre sus progenitores reproduciendo esos comentarios.

—Está claro que papá no te lo ha explicado bien... —Elisabeth domina su tono, aunque le hiere la forma en que su marido desprecia su profesión.

—¿Qué es el bótox, mami? ¿Les haces daño a esas señoras? —Berta ha abandonado la ensoñación de la magdalena al escuchar cómo su hermano habla de pinchazos, y busca respuestas para su pequeño y curioso universo.

—Noooo, tranquila. Les pongo un producto con una jeringuilla muuuy pequeñita —la madre ha adoptado un tono infantil, alarga las vocales y gesticula con las manos para indicar el tamaño de la aguja —, que hace que estén mucho más guapas.

—Aaah, vale, vale.

La pequeña se queda pensando en el estuche de maquillaje que usa con sus muñecas y concluye que podría añadir la jeringuilla de juguete del maletín de médico con el que también suele divertirse. Esta misma tarde probará eso de las inyecciones embellecedoras con su Barbie.

El ventanal de la cocina, situada en un octavo piso de un edificio en el entorno del distrito de Moncloa, devuelve la tenue luz azulada del crepúsculo. A esta hora aún no se distingue la masa arbolada de la Casa de Campo, pero de día, las vistas son un auténtico lujo. Ahora Elisabeth apura el segundo café de pie, se mueve entre la cocina y el salón mientras organiza su bolso, se pone máscara de pestañas frente al espejo del *hall* y elige zapatos, todo a la vez. Se ha levantado a las 6:30 para que el desayuno y las mochilas de sus hijos estén listos, pero ella siempre se queda sin su propio tiempo. El vestido camisero de falda larga con estampado *animal print*, las medias y la cazadora de cuero que se ha puesto quedaron preparadas la noche anterior para aligerar su comienzo del día. El ritmo de la mañana es frenético si llevas a dos niños al colegio en coche, cruzando medio Madrid, sin ayuda profesional ni de tu marido. Añádele un proyecto empresarial y lo que sale es una Elisabeth cada vez más delgada y con más necesidad de maquillaje: la embellecedora profesional está obligada a lucir bella, no puede salir con esas ojeras y tez mortecina a la calle. Pero la magia no existe, la dermatóloga lo sabe, aunque comercie con ella. Si

duermes poco, comes mal, vas corriendo a todas partes..., el cuerpo y la cara lo pagan. Y no, no todo se arregla con bótox, ácido hialurónico ni vitaminas intradérmicas. Betty los evita en su propia cara, en parte porque se ve bien con maquillaje, en parte porque Cristóbal desprecia ese tipo de retoques y no quiere tener que escuchar las cosas horribles que su marido dice sobre sus clientas en primera persona. El principal problema es tener que mentir a sus pacientes cuando le preguntan qué tratamientos usa ella en su propio rostro.

—Por cierto, Nacho, ¿qué tal con Gonzalo? —Elisabeth pregunta desde el salón tratando de ocultar su temor a la respuesta. Han pasado ya un par de semanas desde el desagradable incidente y a Betty le gustaría que quedara en el olvido, ahora que va a inaugurar su clínica necesita más que nunca la influencia de Elena. Pero también sufre por la humillación que soportó su hijo.

—Eh..., bien. A ver, Gonzalo es un idiota, mamá, pero por lo menos ya no me molesta.

Elisabeth es consciente de que a su hijo le cuesta hablar de esos asuntos. Ella no tenía ni idea de que Gonzalo se estaba burlando de él por no tener un nivel de vida como el suyo, aunque los niños son crueles, piensa, ha pasado toda la vida. No se habría enterado si no fuera por la pelea. Realmente no ve demasiado afectado a Nachete.

—¿Sabéis? Estoy pensando en coger un coche nuevo en cuanto abra la clínica, nos vendría estupendo, ¿no os parece? Podría ser un BMW o un Mercedes...

—¡Sí, mami! ¡Cógelo de color rosa, porfi! —Berta se emociona al imaginarse un descapotable como el de su muñeca.

Elisabeth, de vuelta en la cocina, se percata de cómo la propuesta lanzada ha captado la atención del pequeño Nacho, aunque el chiquillo disimula.

—Serás cursi, ¡renacuaja! —Mientras lo dice, el adolescente remueve el flequillo de su hermana y la deja con aspecto desordenado, provocando la risa de la pequeña y su madre. Con un coche de lujo, y nuevo, ya no le daría vergüenza bajarse frente a la puerta del colegio. Al chico le viene a la mente que de ese modo se

parecería un poco más al resto de los compañeros, aunque no vivan en un chalé gigante.

—Del color, ya hablaremos. ¡Ahora toca ir al cole! Así que id acabando, que si no luego hay demasiado tráfico.

Elisabeth recoge su taza y la de Bertita, Biti en casa, y las mete en el lavavajillas. Si sus hijos no fueran a El Colegio Británico, a mil ochocientos euros la mensualidad por alumno, podría permitirse una empleada fija en casa en vez de por horas. Podría sentarse a desayunar con sus hijos, dormir más, vivir más tranquila. Pero todo llegará, se dice. Y aún no ha mirado cuáles serían las cuotas de *renting* para ese nuevo coche que les ha anunciado a los chicos...

Tiene una montaña de trabajo para este viernes, pretende inaugurar la clínica en un par de meses y aún está de obras. Por delante queda contratar personal, elegir la decoración, preparar la fiesta de inauguración...

La mesa de la cocina reproduce la vibración del móvil de Elisabeth. Es un mensaje de Elena, el que más esperaba:

> Buenos días! Oye, hay que hablar de la fiesta de inauguración. ¿Te viene bien un café hoy después de dejar a los peques?

Betty teclea con velocidad su respuesta:

> Perfecto! Gracias!

Ahora Elisabeth siente prisa por llevar a sus niños al cole y por vivir el sueño que se está forjando, la experiencia de abrir su propia clínica. La mañana se va aclarando a través de la ventana de su cocina, sus ideas también. Sin embargo, al tiempo que observa por última vez antes de salir de casa la masa arbolada del Parque del Oeste, verdeando ya el horizonte visible, Elisabeth siente que una mancha negra enfría el centro de su pecho. Hace tres días que no coincide con su marido, ni siquiera le ha contado los detalles de su inminente negocio. Esta semana, él ha tenido guardia, congreso en Salamanca y este viernes se ha marchado en plena madrugada a una operación de urgencia. Han dormido juntos algunas horas, pero no se han mirado. ¿Falta de tiempo? ¿Falta de amor? Elisabeth

siente que su marido se aleja cada vez más de ella y de sus sueños. Pensó que él acabaría entendiendo la decisión que tomó de dejar su plaza en la sanidad pública y buscar otra forma de ganar dinero, dinero de verdad. Pero todo lo que obtiene es desprecio. Puede que su futuro ya no le incluya, pero ahora no tiene más tiempo para pensar en ello.

—¡Última llamada, chicos! —Llaves en mano, puerta del piso abierta, Betty arranca por fin—. Venga, tengo la sensación de que hoy va a ser un gran día.

Una hora y media y una estresante entrega de niños después, con maniobra de ocultación del viejo Renault incluida, Betty nota el calor entre las manos de un café *latte* tocado con canela, un brebaje, piensa ella, capaz de alegrar cualquier día. Desde luego, su mañana empieza a tener otro color. El reloj marca ya las 9:15, una hora mucho más amigable para desayunar que las 6:30, que es cuando suena el despertador. Ha pedido tostadas de pan de semillas con tomate y aguacate, el combo más solicitado del lugar.

El Cielo está a punto de llenarse de madres en busca de su dosis de cafeína y cotilleos. Ella es una de las pocas de cuyo trabajo sí depende el pago de la cuota mensual del exclusivo centro escolar, así que no es una habitual de los cafés matutinos y sus consiguientes chismes, pero allí sentada esperando a Elena se da cuenta de que los envidia. Puede entender el éxito del local: luminoso, decorado con la elegante sobriedad nórdica, pero dulcificado por la presencia de cestas de mimbre llenas de flores frescas, expositores con tartas caseras y mesas redondas de madera de abedul barnizada. Por no hablar del servicio.

Elisabeth disfruta observando el trajín de camareros con delantal verde. Si en realidad hacen un *casting* para fichar a camareros, tal y como afirma su hermana Minerva, lo hacen de maravilla. Los dos que puede atisbar, yendo y viniendo entre las mesas y la barra, son ambos jóvenes, apuestos y amables. Sin duda, capaces de hacer de una mañana de viernes de final de otoño un lugar menos hostil para el público femenino.

Una sensación de cálido sosiego comienza a envolver a Betty después de la estresante entrega de los niños. Ha llegado por los

pelos para que los chicos entraran sin amonestación en el colegio. Siempre hay que contar con un par de minutos extra para caminar desde donde dejan el viejo Renault hasta la puerta del elitista centro. Eleva la taza para sorber un poco de líquido, aún con algo de espuma. Recuerda esa sensación de pausa mental de cuando fumaba: se encendía un pitillo y el mundo se tomaba un respiro. Ahora, doce años después de apagar la última colilla, el café con leche caliente ha sustituido en parte a ese efecto de evasión.

Durante el trayecto hasta el colegio, embotellado como cada mañana, se ha ido imaginando la conversación con su amiga Elena. No han estado a solas desde el incidente de los chicos, aunque hablaron por teléfono el día que Gonzalo llamó a Nacho para disculparse por lo sucedido. Incidente cerrado o, al menos, eso espera ella. Betty siente cierto nerviosismo, necesita la influencia de Elena para que su negocio arranque bien. Una dermatóloga estética es lo que dicen de ella sus pacientes y, cuanto más ricas e influyentes sean estas, mejor la reputación, más lista de espera y mayores tarifas. Elena es su mejor baza.

Como pretendiendo ahuyentar el cuento de la lechera que se está formando en la cabeza de Elisabeth, Elena irrumpe en el local saludando con la mano. Betty se levanta para recibirla con un cariñoso abrazo.

—¡Amiga! ¡Cuántos días sin vernos!

Elisabeth agradece el suave tacto del chaquetón de piel de cordero merino en color gris perla que lleva Elena y quedar envuelta por un momento en su perfume, de notas ácidas y refrescantes. Su amiga no es de las que se plantan un abrigo de piel de zorro ártico, aunque se lo pueda permitir, como muchas otras mujeres de su clase social. Elena prefiere la discreción y elegancia de la piel vuelta para completar su vestuario funcional de pantalón tipo traje de raya diplomática y blusa de seda beis adornada con un colgante de Suarez. «Siempre impecable», piensa Betty, y, de pronto, un leve ardor en la boca del estómago le recuerda que es con Javier con quien Elena duerme cada noche.

—¡Sí! No ha habido forma de apañar una noche de chicas en las últimas dos semanas, ¡eso hay que remediarlo!

Elena mueve las caderas, simpática, emulando sus bailes en las noches que salen. Ambas ríen ante el gesto, pero Betty siente que disimulan el halo de malestar que se creó entre ellas cuando sus hijos fueron expulsados del colegio durante tres días. Lo que no sabe es que Elena ha tenido que lidiar con más que eso: la ausencia y pasotismo de Javier sumados a la incomprensión de su madre han minado sus nervios los últimos días. Sus esmerados modales hacen que nadie, excepto Tita, su madre, sea capaz de descifrarla. Elena llega decidida esta mañana a comenzar la organización de una apertura maravillosa para la nueva clínica de su amiga en Pozuelo. Así que, una vez retirado el chaquetón y colocado el bolso, un Louis Vuitton que lleva bastante trote, se lanza al lío.

—Bueno, ¿dónde está ese maravilloso local? ¡Quiero todos los detalles! —Elena ya está sentada y abriendo su agenda.

—¡Ah, sí! —Betty se relaja al comprobar la determinación por ayudar de Elena—. Ha sido una gran oportunidad. En vez de un local, he alquilado un chalecito, pequeño, de una sola planta, pero con jardín y parquin. Tiene solo tres habitaciones, aunque son espaciosas y se convertirán en tres buenas salas de consulta. El salón será la recepción y sala de espera y la cocina vendrá bien como *office* para que los empleados coman. Creo que puedo arrancar muy bien ahí.

—¡Suena genial! ¿Tienes que hacer mucha reforma?

—Sí, eso es lo más latoso. No puedo tirar tabiques, el contrato de alquiler especifica que la disposición se queda como está, pero estoy poniendo suelos nuevos por encima de los antiguos, pintando..., en fin, adecentando. ¡Creo que te va a gustar!

—¿Y dónde está? —Elena adopta su pose profesional al inquirir sobre los detalles del negocio de su amiga. Betty agradece la ayuda, pero no puede evitar fijarse en las finas líneas que empiezan a marcarse alrededor de los ojos de su amiga cuando se pone pensativa. Luego le recordará a Elena que hay que reponer el bótox cada cuatro o cinco meses para evitar que pierda efecto. Para ella, por supuesto, gratis.

—En la urbanización Los Álamos. —Situada en el extremo oeste de la localidad, Betty teme que no sea la mejor ubicación y busca

aprobación en el gesto de su amiga, que lanza otra pregunta sin levantar la vista de la página de su agenda donde está anotando todo.

—¿Quién es el propietario?

—Buf, ni idea. Un fondo de inversión, me han dicho. Creo que era de un banco que se la quedó hace unos años, ya sabes, cuando la crisis financiera. —Se refiere a la Gran Recesión entre los años 2008 y 2012—. Me han hecho buen precio.

Elena recuerda aquellos años, aunque a ella no le afectaron en nada. Su familia no tuvo que cambiar de hábitos por la crisis, pero sí que hubo que hacer despidos en masa en GVA. Algunas empresas de la competencia de su padre se vieron abocadas al cierre y la propia Elena conoció de cerca casos de ruina económica de gente de la que nadie lo hubiera esperado. El mantra era que aquellos expulsados del círculo, como también los millones de personas que se fueron al paro o a la calle, desahuciados de sus casas, «habían vivido por encima de sus posibilidades». Una sentencia que marcaba muy claramente la línea entre los que sí tenían derecho a vivir en el derroche y el lujo, como los Villa-Arnaiz, y el resto. Como un dogma de fe, se es o no se es del grupo de elegidos. Y entre los que no, muchos perdieron sus casas. Algunas, de conocidos suyos, fueron a parar a los activos de bancos que no habían podido reclamar su deuda hipotecaria. Ahora Elena se alegra de que sigan aflorando esas viviendas en forma de oportunidades, en este caso, para su amiga.

—Qué maravilla, esas casas de banco salen tiradas de precio, no sabía que también las alquilaban. Javier estuvo a punto de comprar una en Jávea, está medio Madrid allí, pero yo prefiero el norte. Bueno, al grano, ¿cuándo es la inauguración?

—¡Menos mal que te tengo a ti! Quiero abrir sí o sí en marzo, es un mes en que muchísimas clientas quieren hacerse tratamientos para estar perfectas de cara a Semana Santa y el buen tiempo, ¡así que es clave estar ahí! La fiesta podría ser —Betty consulta el calendario en su móvil—, por ejemplo, el primer viernes del mes, ¿qué te parece?

—¡Marzo es un mes malísimo! —Elena mira a Betty con cara de preocupación.

—¿No va a poder ser? —Cada centímetro de piel de la cara de la dermatóloga muestra ahora la decepción que le produce pensar en que no podrá hacer esa fiesta, que supone una interesante inversión en relaciones públicas.

Enseguida, Elena cambia el gesto por una sonrisa traviesa.

—¡Claro que sí! ¡Vamos a hacerlo! A ver, tendré que pedir algunos favores para que la agencia de camareros me ponga personal para esas fechas. Del menú ni te preocupes, tenemos opciones disponibles para cóctel... Entiendo que de tarde, ¿no? Habrá que incluir algo caliente... —Elena ha cogido velocidad y ya se pregunta y se responde sola, Elisabeth está encantada—. Enseguida llamo a la cocinera para que lo meta en la planificación.

—En menudo lío te he metido.

—Qué va, mujer. Mi trabajo es que tú no te preocupes de nada, pero te voy a cobrar con algún extra de *beauty*, ¿eh? —Mientras lo dice, se enmarca la cara con las manos en un gesto coqueto que hace reír a Betty.

—¡No te hace falta! —miente con descaro—, pero dime cuándo te va bien y te hago hueco en la consulta de Madrid para un poco de relleno en los labios... y un retoque de bótox.

No hay rastro de aspereza entre ellas. La reunión ha sido un éxito en cuanto a la organización del evento que en unos meses inaugurará el negocio de Elisabeth, pero también para retomar un contacto algo maltrecho por el incidente de los chicos. Elena tenía ganas de notar la calidez de su amiga, quizá incluso de contarle que ha estado sintiéndose insegura por la actitud de Javier, lo ofensivo que le resultó que su madre apuntara a que puede haber otra mujer..., aunque aquello engendró la duda en Elena. Decide, sin embargo, que no es momento para ir a cuestiones amargas. Una vez más, se traga sus inquietudes. Puede que se lo cuente primero a Minerva, con quien por edad y años de amistad siente algo más de complicidad. Aprovecha para preguntar por la periodista.

—Oye, hace días que no sé nada de Minerva. Me comentó Irina que estuvieron justo aquí hace poco.

—Mi hermana está aburrida. No tiene ganas ni de criticarme. —Betty usa la ironía, pero está preocupada—. Quiero implicarla como relaciones públicas en la clínica porque necesita retomar cierta agenda laboral. ¡Odio verla en chándal! Si al menos fuera porque hace deporte..., pero qué va, está dejada. Solo se arregla si salimos a cenar.

—La vida de mami rica no está hecha para Minerva Morientes. —La frase suena trascendental cuando Elena la pronuncia con la taza de loza entre ambas manos y mirando a un punto indeterminado al fondo del local. De primeras, Elisabeth no sabe si Elena habla en serio, aún le cuesta captar ese humor de ricos, algo mordaz, que profesa su amiga, así que continúa comentando lo que sí conoce: el camino hacia la dejadez con su imagen que ha tomado su hermana.

—Ha engordado mucho, y el gimnasio, ni lo pisa. En el New York Fitness la tienen como clienta preferente, de las que pagan y no aparecen...

—Entonces yo soy clienta prémium, ¡pagando desde 2009 y sin aparecer! Creo que la única que le saca partido es Irina... ¡y no me refiero solo a lo cachas que está!

La defensa de Elena a Minerva por no pisar el gimnasio y la evocación a los líos de Irina con hombres que conoce allí provocan la risa de ambas. A Betty le fascina la educación de Elena, capaz de introducir una broma sexual sin siquiera acercarse a ningún término soez. Le alegra de gran manera tenerla así, tomando café y riendo con ella, de su lado, a pesar de la distancia social que hay entre las dos. Una distancia que Betty está empeñada en reducir, así que, ahora que ya tienen clara una fecha y la agenda de Elena ya está echando humo, la cuenta atrás para la fiesta de inauguración de su clínica, que es la fiesta de inauguración de una nueva vida, ha comenzado.

21

Unas horas más tarde,
3 de diciembre de 2021,
despacho de Javier Jiménez Toledano,
paseo de la Castellana, Madrid

Por un lado, que el funcionario pesado de Urbanismo haya desaparecido del mapa es una buena noticia para Javier. El tipo parecía de esos progres en contra de las grandes empresas, con especial aversión a los ricos. Una auténtica molestia. Llegó con el nuevo equipo municipal tras las últimas elecciones, una coalición de izquierdas, y sustituyó por jubilación al viejo Fermín, con quien era facilísimo avanzar, tras años de trabajo conjunto. Javier recuerda los eslóganes de campaña de las últimas municipales que llevaron al nuevo equipo al gobierno de la ciudad: «Por la transparencia», «Un Ayuntamiento de la gente» y «Contra los poderosos». Le parecieron de lo más populista. Pero ¿quién narices piensa esta gente que construye las casas y los hospitales? Si no fuera por GVA y el resto de los *poderosos*, Javier está convencido de que muchos barrios de Madrid seguirían sumidos en la marginalidad. El caso es que, como era de prever, el nuevo inquilino de la oficina de gestiones inmobiliarias empezó muy fuerte tocándole los cojones con los impedimentos para avanzar en la licitación del Desarrollo Sureste, pero sus broncas telefónicas dieron resultado. No se fiaba nada de él, así que le aplicó la receta completa del que se cree dueño del mundo con frases como: «Ten cuidado porque GVA mueve más dinero que todo el presupuesto municipal» o «Más vale que

entiendas cómo funcionan las cosas, esto no son *Los mundos de Yupi*». Son cosas que se dicen cuando tienes poder.

El caso es que el tipo había dejado de poner trabas desde hacía semanas, pero Javier no imaginaba que fuera porque había muerto. La noticia de su fallecimiento, que ha conocido por un correo del Ayuntamiento invitando a participar en un homenaje al compañero desaparecido, le ha dado pena. Incluso se ha quedado un tanto jodido por haberle presionado.

David Méndez, se llamaba. En el Ayuntamiento le han dicho que se trataba de un asunto muy complejo, traumático incluso. Presa de la curiosidad, ha querido seguir indagando. ¿Qué narices habrá pasado? Manda un correo a una vieja conocida del departamento inquiriendo sobre la causa del deceso, ya que era un hombre joven.

Javier piensa en la posibilidad de un accidente de coche, quizá un cáncer de rápida evolución o un fulminante ataque al corazón. La tercera posibilidad le angustia, lamenta que un hombre en la flor de la vida pueda ser arrastrado así por el estrés del trabajo, si ese es el caso. Se afloja un poco el nudo de la corbata, como queriendo permitir a su cuello una mejor entrada de aire para prevenir sustos. La muerte de un congénere de edad similar a la suya le conduce a realizar cierto balance de su propia vida. Vive en una casa maravillosa en uno de los barrios más exclusivos, tiene un gran puesto que le reporta importantes beneficios y prestigio, es padre de tres criaturas que le aportan cariño y diversión y tiene la posibilidad de gozar del cuerpo de Daisy cuando lo desea. Es feliz. El recuerdo del tacto de la piel de la joven le lleva a rememorar su último encuentro, la tarde anterior. Todavía es capaz de evocar su olor magnético, entre el cuero y el almizcle. La recogió como fue acordado, en plaza Castilla, y decidió probar otro hotel, uno céntrico, sin necesidad de ir tan lejos de Madrid como la fatídica noche en que la lluvia lo complicó todo y Elena casi se da cuenta de sus devaneos. La dulzura de la muchacha, acrecentada por el exótico soniquete del acento dominicano en su voz, relaja sus nervios en cuanto ella sube al coche. Como si de una antesala del placer que anticipa se tratara, la joven sabe mecer hasta dormir al animal laboral que vive en Javier y despertar al sexual, elevarlo hasta cotas que ni él mismo

recordaba de su juventud. Él empieza a conocer cada centímetro del pequeño pero exuberante cuerpo de la joven y es capaz de excitarse con tan solo recordar la curva que define el inicio de su trasero. Se siente dueño de esa suave piel de color tostado. Le encanta. La necesita. Ayer por la tarde decidió decírselo, como premio.

—Eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo, pequeña.

Javier estaba tan relajado después del segundo coito que se dejó llevar, absorto en cómo sus palabras provocaban la reacción de Daisy.

—Y así voy a estar, siempre contigo, dándote lo que te mereces, mi papi.

Mientras respondía, ella acariciaba el cuerpo estirado y exhausto de Javier usando sus senos. A él le vuelve loco su tamaño y tersura, y ella ya empieza a conocer los resortes que provocan palabras dulces o promesas de regalos por parte de su *sugar daddy*. Abusa de ellos, porque se siente plena a su lado. Lo quiere retener, aunque sabe que un matrimonio y tres niños suponen un gran desafío para ello. Viendo que Javier callaba, ella decidió apostar más alto.

—Este cuerpito es solo para ti, en exclusiva. Y si tú quieres, lo puedes tener mucho más...

La joven observaba el rostro de Javier mientras seguía masajeándole de forma suave usando su cuerpo, en busca de una pista sobre lo que él podía pensar. Ignorando que Javier pensaba en lo conveniente que le resultaba esa relación de pago.

—*Baby*, eres lo que necesito. Sin ti no podría con todo, te lo aseguro.

Javier es consciente de que cada cumplido que hacía al desempeño de la muchacha le reporta más atenciones por su parte, ella cada vez más entregada a la total satisfacción de su amante por contrato. Para él, un gran servicio. Para ella, sin embargo, cada cita va forjando un objetivo en la vida: tenerle a su lado. El abismo entre ambos es un precipicio al que se lanzan cada vez que se entregan el uno al otro, lo hacen por razones distintas, pero ambas conllevan riesgos. Él desconoce que Daisy trata de desentrañar sus sentimientos para colarse en la primera brecha de su vida familiar que detecte. Estando con ella, Javier solo piensa en lo bien que se

está gastando cuatro mil euros al mes en los servicios de esa joven y bella mujer, con la confidencialidad y practicidad que únicamente esta agencia le ha brindado hasta la fecha.

La alerta de un nuevo correo electrónico expulsa de su mente la fragancia y el tacto de Daisy, su nuevo juguete preferido, y le devuelve a su despacho para propinarle un golpe inesperado.

Suicidio

El contenido del escueto mensaje vía correo electrónico que le ha devuelto su contacto en Urbanismo le deja helado. Un tío tan joven, joder. No es que se sienta mal por haberle gritado o amenazado, son gajes del oficio, pero pensar que alguien con quien solía hablar cada semana, y que últimamente parecía tan dócil, se haya quitado de en medio le perturba.

Pero ¿¿qué le pasaba a este??

Javier devuelve el mensaje esperando conocer más datos. Actualiza la bandeja de entrada cada veinte segundos, pendiente de la respuesta.

El sonidito de aviso le advierte de que ha entrado un nuevo correo. Se apresura a leerlo:

Un tema chungo. Empezó a circular un vídeo sexual de él con una chica joven. Una que no era su mujer, vaya. Le pudo la presión.

Javier necesita leerlo varias veces. De una siniestra forma, se ha quitado un peso de encima. Por un momento, había pensado que al funcionario le habían podido las amenazas que él mismo había proferido con continuas broncas. Siente cierto alivio al comprobar que, desde luego, su muerte no tiene nada que ver con ese tipo de estrés, ni con él. Lo siente por el pobre diablo, pero espera que el próximo en ocupar el puesto no sea otro justiciero de la clase obrera o algo por el estilo. Sonríe para sí al pensar que los más *progres* también sufren debilidades carnales.

La siguiente reflexión que le viene a la mente es que hay que ser un poco más listo para llevar una doble vida y no salir

escarmentado. Se pregunta, ¿cómo afrontaría una contingencia de ese calibre? La negación es la primera regla, de eso no hay duda. Pero ante un documento gráfico que te sitúe en plena faena, sirve de poco. Por eso, en sus encuentros con Daisy, se ha ocupado de que no se tomen fotografías ni grabaciones de vídeo en ningún momento. Aquella vez, en el Bless Hotel de Ibiza, en que la chica trató de hacerse un selfi junto a él, Javier lo evitó de la forma menos coercitiva que pudo: «Linda, no me gusta cómo quedo en las fotos. No me fotografíes, por favor», recuerda haberle dicho en un susurro. Entendió que la chica quería tomar la fotografía fruto de la emoción del momento, sin mala voluntad, pero era del todo inapropiado. La filtración de una imagen así a la prensa podría ser una palanca de chantaje muy inconveniente. El yerno de Villa-Arnaiz, toda una pieza de caza mayor, vendido por una negligencia: «Ni hablar», se dice. De ningún modo se puede permitir que algo así llegue a Elena. Javier siente un impulso. Toma su iPhone y acciona la pantalla hasta encontrar el menú de llamadas.

—Mi amor, ¿cómo llevas el día?

Al otro lado de la línea telefónica, Elena está sorprendida de esa llamada a media mañana. Antes solían estar mucho más en contacto durante las jornadas de trabajo, pero poco a poco fueron abandonando la costumbre de hacer saber al uno del otro durante el día. La monotonía, en fin...

—¡Ey, Javi! Pues he estado esta mañana desayunando en El Cielo con Betty para planear su inauguración, sabes que abre clínica, ¿no? ¡Ha sido superdivertido!

—¿Ah, sí? No me lo digas: te has topado con tu madre y su grupo de amigas haciendo un *tuppersex*.

—¡Anda, tonto! ¡Qué va! —Si algo conserva Javier, piensa Elena, es la capacidad de hacerla reír—. La verdad es que después de lo que pasó con los nenes, nos hacía falta este ratito...

Elena espera atenta a la reacción de Javier tras haber sacado el espinoso tema que los ha mantenido distantes las últimas semanas. Ese puede ser el punto de inflexión de la llamada.

—Me alegro mucho, mi amor. Has estado preocupada y yo, con tanto lío en la empresa..., no he respondido bien —el alma seductora

de Javier ha despertado—; espero estar a tiempo de compensarte. Oye... ¿qué me dices de algo tú y yo, *tonight*?

Hacía muchos meses que Elena no escuchaba una propuesta de ese tipo. Había incluso aceptado tácitamente que el trabajo de su marido, empleado de su padre, nada menos, la había desplazado por siempre jamás. Por no hablar de la sombra que dibujó su madre en forma de otra mujer. El silencio de la esposa dura poco, su voz muestra alegría.

—Pero bueno, ¡qué sorpresa! ¡Pues claro que me apetece! Aviso a Wendy de que hoy solo cenan los niños en casa. Y tú y yo, ¡nos vamos de novios!

—Esa es mi chica. Te recojo en casa a las ocho. Te quiero.

—¡Y yo!

Elena cuelga y siente una mezcla de nerviosismo y desahogo. Javier no ha estado en su sitio durante los últimos meses y su mujer ha llegado a albergar dudas. Desde luego, las vertidas sin compasión por su propia madre no ayudaron. Pero un plan de viernes, ellos dos, en su ciudad..., le apetece. Con este frío, puede que sea el día para lucir su alta peletería mientras presume de su hombre.

22

Esa noche,
3 de diciembre de 2021,
barrio de Salamanca, Madrid

La decoración de Navidad, un enjambre de coloridos lúmenes suspendido sobre las calles en una ilusión de flote que alcanza en la oscuridad su mejor versión, empuja a los transeúntes hacia la vorágine que supone esta festividad en la ciudad de Madrid. Ya se observan animosos grupos arremolinados frente a restaurantes, esperando a los integrantes que les faltan para entrar y dar comienzo a sus cenas de empresa. Algunas compañías preparan los eventos en sus propias instalaciones, así que es un momento en que la intensidad de trabajo aumenta considerablemente para la empresa de cáterin de Elena. Sin embargo, esta noche, su única preocupación es que el restaurante no esté muy lejos del aparcamiento, ya que los Jimmy Choo le destrozan los pies a cada paso.

Ajeno a la explosión navideña, el restaurante hacia el que los dirige Javier tiene su propio y perenne cartel de neón. Elena camina cogida de su brazo, apoyando con disimulo parte de su peso para que sufran menos las puntas de los pies, sobre las que los *stilettos* la obligan a forzar el paso.

—Es de los González-Vera —Javier escudriña el lugar con la mirada en cuanto el portero, de esmoquin, les abre la puerta—, están podridos de pasta con los negocios de las energías renovables y le han abierto el restaurante a Laurita, que estaba sin hacer nada; ¿qué te parece?

—Pues es bonito, ¿pelín *kitsch*? —Elena señala con la cabeza a unas figuras de animales salvajes que decoran el centro de la sala en medio de una especie de cascada de luces led.

—Tan hortera como ellos. —Ambos ríen de buena gana mientras el personal del restaurante los libera de los abrigos sin mover un músculo facial a pesar de la mofa sobre sus jefes. Así es como debe ser.

Se adentran en el salón principal siguiendo al metre en busca de su mesa, bañados por una luz tenue, ámbar, que resbala atornasolada por el satén de seda negra del vestido de Elena. El escote profundo, como el que ha elegido, sigue siendo elegante en ella. Ni tiene mucho pecho ni lo ha anhelado nunca, aunque es consciente de que su marido no se deja un buen par de tetas sin repasar con la mirada. El resto de la hechura del vestido es más bien conservadora, como buen y atemporal Yves Saint Laurent: largo *midi* y media manga. Piensa que, quizá, si se animara a entrenar en el gimnasio como Irina, podría volver a enseñar los brazos. Pero ahora mismo prefiere mangas francesas que sofistican y a la vez ocultan ciertos pellejos que bailotean alrededor de su tríceps desde hace algún tiempo. Solo los zapatos incrustados de pedrería, los del paseo imposible, además de las joyas en cuello y orejas, elevan la sencillez del modelo.

Elena nota el rubor en las mejillas, impulsado por el ambiente cálido del interior del restaurante, pero también por la primera copa de Dom Pérignon que ha recabado en sus manos nada más entrar. Javier la toma de la cintura para acompañarla a la mesa y el rubor va en aumento. No es el cosquilleo de una primera cita, eso no ocurre después de veinticinco años juntos, pero su marido esta noche parece decidido a seducirla como cuando eran jóvenes, a lo que Elena no puede resistirse. Sabe que está casada con un embaucador nato, y eso tiene un precio. Al menos, Elena está feliz de que por fin le toque a ella un poco del elixir del célebre Javier Jiménez Toledano.

—Nos mira todo el mundo, y es porque estás preciosa. —El último susurro de Javier al oído de Elena antes de retirar su silla e invitarla a tomar asiento acaba de conferir el ambiente necesario para que la

cena sea un éxito. La galantería carca es una de sus mejores bazas. La mirada de Elena brilla más que sus zapatos.

Salir a cenar juntos siempre ha sido un momento para liberar tensiones, reencontrarse. El problema es que hacía muchas semanas que no ocurría, meses más bien. Él se ha engalanado para la cita, el traje de tenue raya diplomática le va clavado. La impoluta camisa blanca bajo la chaqueta favorece su piel aún algo morena. La tiene así de forma natural. A Elena le parece que está tan guapo como cuando se conocieron en el ICADE, en el primer curso del doble grado de Economía y Derecho. Era así entonces y también ahora, un absoluto profesional del cuerpo a cuerpo.

—Jimena estaba encantada con que saliéramos hoy. Se ha metido en el vestidor conmigo, casi me elige la ropa. —La anécdota divierte a ambos. Hablar de sus hijos, al menos de los pequeños, les suele llenar de alegría—. Me ha preguntado si nos íbamos a dar besos de película. Yo creo que ya no se acuerda de habernos visto salir juntos...

El comentario de Elena amaga un ligero reproche. Tiene razón, ni su marido ha estado por ella ni ella ha estado por él durante muchas semanas. El principal problema, piensa Elena, es que solo ella se ha dado cuenta.

—Oh, mi pequeña, ¡qué dulce es! —Javier se da cuenta de que este es el momento exacto de tomar la mano de su esposa desde el otro lado de la mesa—. Tienes razón, tesoro, nos ha faltado tiempo juntos. Este arranque de curso está siendo... —Javier emite una larga y sonora exhalación para tratar de ilustrar la carga de trabajo —, pero el Desarrollo Sureste ya es casi del todo nuestro; bueno, ya sabes que hay que dejar migajas para otras empresas, tiene que parecer que hay competencia, ¿no? —ríe su propio chiste—. Esto se merece un brindis, ¿no te parece? ¡Camarero!

Javier se hace notar para pedir el champán más caro de la carta. Esos arranques son los que han hecho reír a Elena desde el principio de su relación.

—Siempre has llevado a un rico dentro. Solo te hacía falta ganar dinero de verdad. Me alegro de que el proyecto vaya bien. No he hablado con papá esta semana, pero estará contento, ¿no?

—Villa-Arnaiz es como Terminator, mi vida. —Javier habla de su suegro por sus apellidos, con respeto, incluso cuando es para hacerlo mal—. Jamás dirá nada que pueda permitir que la plantilla se relaje, aunque tiene que estar satisfecho, sí. Pero, cielo, ¿cómo va el cáterin? ¿Está la élite madrileña convencida ya de que tus fiestas son las mejores?

—Bueno, cuesta mucho. Mamá me manda a sus amigas, pero las fiestas de Tutankamón no son en las que me puedo lucir más. —Ambos ríen, imaginando a las septuagenarias amigas de Tita—. Lo último, no te lo vas a creer: ¿sabes quién es Muriel de Valdibiesa, la madre de mi amiga Genoveva? —Elena toma un sorbo de su copa mientras da tiempo a Javier para situar al personaje y asentir con la cabeza—. Su marido la ha dejado y quiere hacer una fiesta de divorcio..., ¡con galletas en forma de pene! ¡Tiene setenta y dos años! —Los dos sueltan una carcajada.

—Tanta educación exquisita para algunas cosas, pero cuando se desmelenan..., ¡madre mía!

—Me da un poco de pena, ¿eh? El marido, que tiene por lo menos setenta y ocho, la ha dejado por una mujer más joven que su hija, mi amiga Geno, de cuarenta y cinco, como yo. Eso sí me parece ridículo.

Javier asiente y brinda con su mujer, aunque en su fuero interno piensa en los diecinueve o veinte años que debe de tener Daisy y en que, en proporción, su diferencia de edad es similar a la del abuelo de la historia que le está contando Elena. Aunque, por supuesto, piensa, el asunto es muy distinto. Javier no va a dejar a su esposa, ni por la *sugar baby* ni por nadie. Quiere a Elena, la admira. Es su compañera desde hace casi tres décadas y han hecho grandes cosas juntos. ¿Le ponen más cachondo otras mujeres? Sí, pero no le parece que eso sea ningún pecado. Además, esa noche tiene un plan.

La cena sigue divertida. Como postre, piden *gin-tonic*. Elena siempre dice que prefiere *invertir* las trescientas calorías de un postre en una buena copa. Javier tiene un metabolismo que le permite no preocuparse por lo que come o deja de comer, pero acompaña a Elena en su menú.

Una hora y media después de haber entrado en La Marchessa, Javier y Elena recuperan sus abrigos entre comentarios sobre lo que dirán a sus amigos del restaurante de Laurita González-Vera. Los adjetivos que manejan son *recargado*, *escaso en comida* y *caro*, aunque son iguales a los que han utilizado para otros tantos restaurantes de la misma zona, así que en el fondo la crítica no es mala.

Una vez en la calle, el frío los azota inmisericorde. Sus cuerpos, en pleno proceso digestivo, no estaban preparados para el cuchillo de la noche madrileña, así que se abrazan con fuerza para caminar hacia el garaje donde han dejado el coche. Sin embargo, en la siguiente bocacalle, Javier imprime un giro a su trayectoria y arrastra a Elena.

—¿Qué haces? ¿No vamos al coche?

—Shhh... sígueme, belleza —Javier le susurra embriagado, no de alcohol sino de expectativa.

Pocos segundos después, caminando por esa calle, Javier detiene el paso frente a un oscuro portal. Elena disfruta del calor que emana su marido, súbitamente en aumento. El perfil de una puerta se ilumina frente a ellos. Primero es solo un hilo en forma de rectángulo abierto, poco a poco la zona encendida crece hasta mostrar a un hombre que, desde un pasillo forrado de terciopelo malva y rojo, los invita a entrar.

Elena no ha estado nunca en ese lugar, pero no pregunta. Sí ha visitado con Javier algún que otro local de intercambio de parejas donde, por ahora, solo se han dedicado a mirar. Asistir a sexo en directo o «teatro porno», como lo llama Elena, ha sido suficiente para elevar la libido de Javier. Elena achaca, equivocada e ignorante, la falta de deseo de su marido a que son una pareja de larga duración que tropieza con el cansancio, el estrés y la monotonía. Asistir de vez en cuando a locales algo sórdidos donde su marido se anima le parece un bajo precio que pagar por una relación estable y honesta. Si él requiere excitarse de alguna forma distinta a lo que ella hubiera considerado ortodoxo, está dispuesta. Así es como se resuelven los baches en los matrimonios.

Los colores vivos del terciopelo que forra el pasillo se van apagando según caminan hacia la sala y hacia una mayor oscuridad.

La diferencia térmica entre la calle y ese interior ardiente provoca que los abrigos les empiecen a sobrar con urgencia. Hay un poso húmedo, como de calor humano, en el ambiente. En los últimos dos metros antes de rebasar la puerta que conduce a la fiesta del sexo, entregan sus abrigos con normalidad en el guardarropa, a cambio de un papelito con un número para poder recuperarlos y sendos antifaces negros. Está prohibido entrar sin ellos. Suena una sensual melodía de jazz mezclada con el murmullo. Debe de ser un entreacto. Los teléfonos móviles también deben consignarse en unas cajas de seguridad. La irrupción de los aparatos inteligentes con cámara amenaza la discreción necesaria de ese tipo de locales, así que se trata de una norma exigida y controlada por el último supervisor del pasillo aterciopelado.

Ya en mangas de camisa, Javier; empapando el satén de seda negro de manga francesa, Elena; entran cogidos de la mano siguiendo unas minúsculas luces led que apenas brillan en el suelo. En la pista redonda, único territorio iluminado de la sala con reservados semiabiertos alrededor, una pareja enmascarada baila pegando sus cuerpos al son ambiental. Están ellos y un diván de terciopelo azul. Si han llegado juntos o acaban de conocerse es un excitante misterio que paladean los que atienden a la escena, en esas condiciones de oscuridad y discreción es difícil saber cuántos son.

Elena no encuentra la comodidad en ese lugar, menos todavía sentada sobre el sillón de Skai con algunos reventones que preside su cubículo reservado, pero se deja llevar por Javier, que, como siempre, domina la situación y parece saber lo que quiere hacer en cada momento. Una camarera deposita sendos *gin-tonics* sobre su mesita, dibujada por un haz de luz alrededor del borde ovalado. Esa es toda la iluminación de la que disponen, así que, como si fueran insectos, las miradas se adhieren a lo que sucede en la pista central, única zona encendida del salón.

La pareja que bailaba ha intensificado el abrazo hasta convertirlo en caricias. Se besan sin apenas verse a través de las reglamentarias máscaras.

—¿Crees que se conocían ya? —Elena no puede resistir la tentación de preguntar por ello, impresionada por cómo las manos de los protagonistas se dirigen ansiosas a los genitales del contrario. Bajo la falda, él; por fuera del pantalón, ella.

—Eso es lo de menos, cielo. Ven aquí. —Javier la abraza por la cintura y la atrae hacia sí. Sabe que su mujer está tensa por la sorpresa, que acepta el trago por él. Despacio, pasa la mano por el pelo suelto y sedoso de ella y acaricia el camino de su espalda hacia el asiento notando el sudor que emana de la zona en que el vestido descubre su piel.

El murmullo que se oía cuando han llegado se ha congelado en cuanto los misteriosos amantes se han quitado la ropa a toda prisa. La torpeza de él con el sujetador de ella ha hecho que Elena piense que, en efecto, es la primera vez que esos cuerpos se mezclan. Y así, bajo el foco, delante de toda esa gente. Le parece irreal, pero no puede evitar el embrujo del momento y observa hipnotizada cada movimiento. Javier mira y sorbe de su copa. Los ojos, entrecerrados tras los orificios del antifaz como quien trata de descifrar un cartel en la distancia. Su boca se queda entreabierta en el momento álgido en que el baile del coito comienza en la pista. El diván de terciopelo azul tiene por fin utilidad.

Elena nota cómo la otra mano de Javier se cuela bajo su falda. Nunca permitiría algo así en un lugar público, pero la excitación y la constatación de que ese no es exactamente lo que define *un lugar público* la invitan a abrir con cuidado las piernas para permitir unas caricias que ya desea. Nunca usa *panties* cuando sale con Javier. Sabe que, una vez en la intimidad, las medias con blonda de La Perla le granjean la admiración de su esposo. Unos segundos más tarde de que su marido haya comenzado a tocarla, quizá minutos, Elena ha perdido la noción de lo que ocurre en la pista, ya ni siquiera ve a los amantes desconocidos. Siente un impulso y se levanta para colocarse a horcajadas sobre su marido. Pero él se lo impide. Desde su posición inferior, la toma de ambas manos, como aprisionándola. Ante la sorpresa de ella y sin mediar palabra, Javier se levanta.

Acto seguido, el hombre comienza a caminar. Sale del reservado tirando de Elena tras de sí. Ella, como un autómata, se limita a

localizar de nuevo la línea de luces led que marca el pasillo para evitar caer mientras camina, los Jimmy Choo no son el mejor aliado a oscuras. Elena no adquiere consciencia de lo que está pasando hasta que se topa de frente con la única luz de la sala, la que ilumina la pista. Javier empieza a besarla con pasión, ella nota la lengua de él, sedienta de su boca, y sus manos levantando su falda, revelando las medias y sus glúteos.

Ahora, ellos son los amantes misteriosos.

23

Unos días después,
9 de diciembre de 2021,
Fabulous, hotel Four Seasons, Madrid

Irina ha llegado veinte minutos antes de la hora a la que habían quedado, y no porque no haya estado ocupada. Su jornada ha comenzado con la visita al salón de belleza para su tratamiento semanal con vitaminas para el rostro, además de manicura y pedicura. Después, en la peluquería le han cortado un poco el flequillo y peinado para su cita con las chicas. Ha pasado por casa hacia las 17:30 para ver a su hijo Sergio volver del cole con la asistenta y revisar con él la agenda de deberes. Al fin y al cabo, Irina es la única que habla inglés en esa casa. Todos estaban en el gran salón. Por suerte, Tony dormía la siesta. Irina no tenía ninguna gana de intentar comunicarse con él, escuchar los esforzados pero inútiles balbuceos que emite. Así que, después de unos cuantos mimos y besos, ha revisado con el pequeño Sergio las tareas de El Colegio Británico, han charlado un rato hasta la merienda, y en cuanto el niño se ha ido a la cocina con la asistenta a tomarse el sándwich, ella se ha dirigido a su habitación para maquillarse y elegir modelo. Pantalón ajustado de cuero negro y top escotado de lentejuelas del mismo color. La imagen del espejo, con las ojeras tan oscuras como el atuendo, le ha hecho pensar en una viuda negra. Es casi una viuda. A las 19:00 estaba vestida, peinada, maquillada y con dos metamizoles en el cuerpo para aplacar el dolor de cabeza que comenzaba a aflorar. Como si la casa se apoyara directamente en sus sienes, cada minuto que pasa en ella la aqueja más y más. Así

que a las 19:15 estaba en un taxi hacia Fabulous, donde este jueves toca por fin una noche de chicas que llevaba retrasándose algunas semanas, para el disgusto de Irina.

La terraza de su restaurante favorito en la capital está ahora demasiado expuesta al aire frío que se ha apoderado de Madrid. Así que la han acomodado dentro, en una mesa baja, como a ellas les gusta, flanqueada por tres sillas y un sofá Chester de piel marrón y coloridos cojines. Allí lleva veinte minutos, y varias copas de champán, ejerciendo de guardiana del lugar, cuando llegan, a la vez, Minerva, Elena y Elisabeth.

—¡Chicas! Aquí estoy, ¡enfriando el champán! —El saludo, demasiado efusivo para las 20:30, se acompaña por la presentación de la botella de Moët *rosé* que Irina eleva de entre el hielo con la mano derecha, mojando parte del suelo alrededor de la cubitera. Falta bastante más de la mitad.

—Amiga, ¡menudo viaje le has dado ya tú sola! —Minerva se acerca a besar a Irina. No es la primera vez que está achispada para cuando llega el resto.

Elena, radiante con un vestido de punto color crema de cuello vuelto, adornado por una cadena de oro de la que cuelga una estrella engarzada en brillantes, se encarga de pedir otra botella con un gesto y vaciar lo que queda en la actual en el resto de las copas.

—Venga, un poco de eso para todas, ¡hay que brindar por muchas cosas!

—Uy, a ver qué tienes que contarnos, ¡loba! —Irina aproxima la cara a la de Elena mientras le rellena la copa, como un sabueso en busca de pistas. Su amiga aprovecha la cercanía para presionar con su mejilla la de Irina, como gesto de cariño.

—No, no, no. La que tiene noticias es aquí la reina de la belleza —afirma señalando con la botella, ya vacía, a Elisabeth, que al darse por aludida levanta por un momento la cabeza de su inquieta búsqueda por el interior del enorme, y desordenado, *shopper* Louis Vuitton.

—*Et voilà!* —Betty extrae del bolso su hallazgo, en forma de cuartillas de papel brillante impresas en color—, el primer diseño de las invitaciones para el evento más potente de la próxima primavera,

con la gente más guapa, más top... —Fuerza el tono de su voz, como parodiando a un narrador muy entusiasta, mientras reparte las cuartillas entre el resto—. Chicas, ¡que inauguro clínica en tres meses!

Minerva e Irina alaban, admiradas, el diseño de la invitación y el logo de la futura clínica.

—«BeBeauty», ¡me gusta el nombre! —Minerva señala el título que preside la cuartilla publicitaria de la clínica, que hace las veces de invitación. Betty siente cierto alivio en su fuero interno, cosas de hermanas pequeñas que buscan la aprobación de sus perfectas hermanas mayores.

Elena, que además se ha encargado de buscar la empresa de diseño de logo e impresión de materiales, se decide a ofrecer algunos detalles del nombre.

—«Betty» y «Beauty» suenan muy parecido, ¡por algo será! —Sonríe orgullosa—. Nos gustó esa sonoridad cercana al modo como solemos llamarla en confianza, da proximidad, ¿no?

Elisabeth asiente y añade resplandeciente:

—Y además es un nombre que contiene la esencia del negocio: convertir en bellas a mis clientas.

—Betty, ¡esto es genial! ¡Por fin! Vas a ser una empresaria, ¿qué digo? ¡Un tiburón hembra del negocio de la estética! Y ya sabes, si necesitas un abogado..., cuenta con mi... ¡agenda!

Todas ríen ante la broma y ella lo celebra bebiéndose de un trago su champán mientras pestañea con rapidez, presumida. La especialidad de Irina como abogada es precisamente el derecho mercantil; es decir, las empresas. Pero lleva alejada del negocio desde que se casó con Tony, y no tiene ni remotas ganas de volver a trabajar.

—¿Necesitarás ayuda con las relaciones públicas para la fiesta, *sister*? —Minerva toma la palabra para ofrecerse a su hermana. Ella podría pedir a ciertas personalidades que se dejaran caer por el evento, aún tiene algunas amigas consideradas celebridades. Y que acuda gente conocida a una fiesta redunda en mayor popularidad, presencia en medios..., publicidad muy necesaria cuando se arranca un negocio.

—Contaba con ello, querida. ¡Ay, qué suerte tengo contigo! —Elisabeth, exultante ante la acogida de la propuesta, extiende los brazos para abrazar a su hermana—. ¡Con todas! Sois las mejores, de verdad, gracias por vuestro apoyo; ¡brindemos! —Levanta la copa e invita a unirse al resto. Tienen poco líquido, la segunda botella que ha pedido Elena aún no ha llegado.

—¡Eh, guapísimo! Tráenos otra de estas, anda. —Irina llama la atención del camarero que sirve en su zona del salón. El joven, ciertamente bello, alto, moreno, ojos verdes y tez tintada de un color que dificulta identificar el origen, ¿marroquí?, ¿hindú?, no muestra incomodidad por la grosería de una clienta que parece borracha y que le reclama a gritos. Aunque le hubiera molestado, tanto el chico como sus compañeros y compañeras están aleccionados: en un local de ese nivel, no es que el cliente tenga siempre la razón, sino que un cliente rico puede decir lo que le dé la gana. Un solo reproche hacia un comensal es suficiente para ser despedido.

—Irina, ¡contrólate! —Es Elena quien trata de ponerle freno, aunque lo hace entre risas y con escaso éxito.

—Pero ¿vosotras habéis visto el culo que gasta el morenito? Cuando traiga la siguiente botella, ¡se lo voy a morder!

—¡Ni se te ocurra! —Todas ríen ante la ocurrencia, pero Minerva añade una objeción ante la idea de morder al camarero—: ¡Que aquí me conocen!

En poco tiempo el salón se ha llenado por completo, la música suena más fuerte y ellas tienen que acercarse para poder oírse. Como tantos otros días, la velada discurre entre actualizar sus vidas, los cotilleos del colegio y el comentario sobre el resto de los comensales. Este jueves parece haber un grupo de empresa celebrando de forma anticipada la Navidad. Minerva afirma satisfecha que el *putómetro* está bastante bajo, pero eso es seguramente porque la mayoría de los comensales llegan directos de la oficina y van vestidos muy formales. Betty cree que su hermana identifica con prostitutas a cualquier mujer que vista un poco más provocativa que el resto. Le resulta clasista y alejado de la realidad, pero todas le siguen el juego.

—Y tú, Elena, ¿mucho trabajo prenavideño? ¿Algún avance con la nueva oficina? —La pregunta que Minerva lanza es casi retórica, sabe que es la época de pico de trabajo de su amiga y que si hubiera habido novedades las conocería ya.

—¡Buf! Estoy agobiadísima con las cenas navideñas —toma un sorbo de Moët y recalibra la respuesta—, pero feliz, ¡claro! Entre las amigas de mamá y los proveedores que papá me manda para que les organice sus eventos, casi no damos abasto. Dice mi socia que si seguimos así habrá que buscar otra cocina. Y yo continúo atendiendo a clientes en la oficina que me dejó mi padre. Así que el propósito para el nuevo año va a ser, sin duda, ponerme las pilas con un local propio, cocina y almacén integrados.

Betty quiere ensalzar a su amiga e infundirle ánimo, está agradecida a Elena. Eleva la copa por ella.

—¿Brindamos por todos estos planes?

—¡Síííííí! ¡Y brindemos por el morenazooo! —Irina se adelanta, alzando con torpeza su copa para señalar al camarero, que aguanta con aire estoico, sin mostrar emoción ninguna, tan solo una servil sonrisa. La mirada de Irina empieza a ser vidriosa.

El juego de Irina se alarga toda la velada. Sus amigas ya la conocen, si ha bebido de más y se ha fijado en el camarero, no soltará la presa. En cada visita de este para llevar comida o bebida, la abogada se muestra entre provocativa y grosera con el empleado. Cuando el camarero lleva una tabla de embutidos ibéricos con jamón, lomo y fuet, Irina le pregunta si no tendría alguna salchicha más gorda especial para ella. Todas estallan a carcajadas. Con la cuarta botella de Moët, Irina saca dos billetes de quinientos euros de su cartera para abanicarse con ellos el escote mientras el chico sirve y le susurra, lo bastante alto como para que el resto lo oiga, que «si es listo, sabrá conseguir su propina». Betty y Elena le han pedido que se frene, preocupadas por si el chico, que no tendrá más de veintidós años, se pueda sentir mal, pero en el fondo Irina les parece de lo más divertida cuando se pone en plan *killer*. Se ha convertido en el entretenimiento de la cena, a costa de una intoxicación etílica que, una vez que agotan la cuarta botella de champán, va a más.

—Igual es hora de recogerse, chicas. —Minerva ejerce de portavoz del resto, viendo que será complicado poder hacer algo más con Irina así—. Mañana hay dos superempresarias que tienen que levantar el país mientras las mamis ricas vemos pasar las horas desde la peluquería.

—Pero ¿qué dices? Noooo, no, no, ¡si ya estamos para pedir un copazo! ¡Camarero guapo! ¡Un negroni, por favor! —Irina se resiste a cambiar sus planes de fiesta cuando son solo las 22:30.

Al resto, sin embargo, les empieza a parecer demasiado obvio que deben recogerse. Intuyen que Irina lleva encima algo más que las copas de champán, cada vez recurre más a toda clase de pastillas para equilibrar su ánimo, roto por su situación en casa. Una mujer joven, bella, inteligente, que dejó atrás una carrera prometedora, solo encuentra consuelo en las benzodiacepinas y el alcohol cuando se ve viuda *de facto* y madre de un pequeño. Está cabreada con su infartado marido y busca desahogos bajo las piedras: sexo casual con compañeros del gimnasio, un divertido cubano con tarifa plana u, hoy, puede que llevarse al camarero a algún rincón oscuro.

—Venga, cielo. Has bebido ya demasiado. Esto no es lo correcto... —Ahora es Elena quien trata de serenarla, justo cuando la mezcla de medicamentos y alcohol ha trastocado a su amiga más de lo habitual.

—¡Mira que eres pija, estirada y absurda! —La agresividad con que Irina interrumpe a Elena sorprende a todas—. ¡Anda y vete con tu co-rrec-ción a tomar por culo! ¡Eres como la ex de Tony, una duquesa aburrida! ¡Cuidado no acabes como ella, viendo cómo una, veinte o treinta años más joven, te quita a tu hombre!

Elena se queda paralizada ante el arrebato de ira de Irina. Decide refrenar su respuesta, porque es consciente de que su amiga está borracha y pasando por un muy mal momento. Lo cierto es que todas lo saben, pero hasta la fecha han pensado que acompañando a Irina en su desenfreno la ayudaban, cuando en realidad es como echar gasolina al fuego.

Tras unos segundos, Elena niega levemente con la cabeza y comienza a reunir sus cosas: el móvil, los guantes; como para empezar a recogerse con aparente dignidad. Pero está dolida.

—Ey, ey, ey, ¡haya paz! —Minerva rompe el silencio con su mejor tono de apaciguadora, aprendido a base de bregar en tertulias televisivas encendidas—. No te pongas así, que nadie quiere estropearte la fiesta, Irina. —Minerva la ha tomado de ambas manos como si quisiera impedir que tenga otro arranque—. Betty, cielo, acompaña a Elena fuera y yo me quedo a pagar la cuenta y asegurarme de que nuestra dulce acosadora de camareros se sube sola —dice enfatizando el adjetivo— a un taxi hacia su casa.

Elisabeth y Elena ya están de pie y se despiden con la mano. Como un viento helado, una sensación amarga se ha apoderado de los minutos finales de la velada.

—Irina está desatada..., en cuanto se le pase se va a arrepentir enormemente de haberte hablado así, ¡ha sido tan desagradable e injusta! —Betty trata de solidarizarse con Elena mostrando un enfado algo forzado. Hasta hace cinco minutos, le reían todas las gracias.

—Da igual. Ha bebido demasiado. Lo hemos pasado bien hasta ahora, pero hay que saber parar. Me parece que Irina está peor de lo que nos deja ver.

Elisabeth reconoce esa pose en Elena. Es la misma actitud que adoptó cuando los chicos se pelearon, una especie de protocolo de crisis en que una calculada frialdad, forjada en educación en modales, elabora el discurso exacto para salir del paso con elegancia y sin mostrar debilidad.

—Oye, ¿estás bien con Javier? —Elisabeth se arrepiente de la pregunta en cuanto la formula, ella tiene menos derecho que nadie a preguntar y además es consciente de que de alguna manera está validando la tesis de Irina.

—Mejor que nunca.

Elena responde con toda la tranquilidad que puede, teniendo en cuenta que siente que ese planteamiento la ha sacudido mucho más que el torrente iracundo de Irina. Agarra con la mano libre la estrella que cuelga de su cuello y que Javier le regaló al llegar a casa la última noche que salieron, una cuyo fin de fiesta todavía no sabe definir entre apasionante o repulsivo. La sensación de que ya solo atrae a su marido en situaciones extremas, como aquella en medio

de una sala entera que los veía hacer el amor, la persigue desde entonces. ¿Qué clase de prácticas, piensa, tendrá que aceptar para poder seguir accediendo a su intimidad? Siente miedo ante la pregunta, ya que no cree estar dispuesta a llegar mucho más lejos para satisfacer la libido de Javier. La experiencia en el club resultó excitante, de eso no hay duda. Pero, en su caso, por el simple hecho de sentirse deseada por Javier, algo que llevaba tiempo sin ocurrir. La gente que los miraba fue para ella un daño colateral, más que un aliciente. En apariencia, todo lo contrario que para Javier. La espiral de imágenes y pensamientos recurrentes que desde esa noche la atosigan incluye la falta de consenso; él no le preguntó si le apetecía llevar a cabo una práctica de ese tipo: solo la arrastró. ¿Hubiera aceptado ella de habérselo planteado con anticipación? Piensa que no. ¿Qué clase de relación les espera en adelante? A Elena le produce miedo esa pregunta. ¿Por qué su marido necesita estímulos de ese calibre para acostarse con ella? En este caso, más que miedo, una aguda frustración le atraviesa el pecho.

Sin embargo, no ha compartido ninguno de estos sentimientos con sus amigas. Lamentarse no es su estilo; mostrarse impávida ante la adversidad, sí.

—Mañana te llamo... —coge aire— para avanzar con la inauguración.

Su pose falla. Una convulsión le sacude el cuerpo y apenas acierta a pronunciar las últimas palabras. Ya alejada de la mirada de Elisabeth, Elena no es capaz de relajar los músculos de su rostro, que, congelados en una mueca de dolor, solo se liberan con el llanto que comienza a manar de sus ojos.

Lo que sea que le está presionando el pecho no tiene ni forma ni nombre para Elena, pero ella desearía con todas sus fuerzas arrancárselo.

PARTE 2

24

8 de febrero de 2022,
El Colegio Británico, Pozuelo de Alarcón

El cielo azul de Madrid es una trampa para frioleros en el mes de febrero. Es su primer invierno fuera de un clima tropical y Wendy camina aterida hacia el colegio junto a los niños. Bajo el uniforme que exige la señora, formado por bata y delantal con pequeñas rayas verdes y blancas, se ha embutido un forro polar y varias camisetas térmicas. Desde que conoció a Jennifer a finales del año anterior, Wendy piensa en verla todos los días. Los pocos que ha conseguido cruzarse con la dominicana de nuevo le han sabido a gloria, aunque solo supongan unos breves instantes de charla. La belleza y vitalidad de aquella joven son difíciles de olvidar, pero más todavía la perspectiva de tener alguien con quien hablar, máxime una mujer inmigrante como ella, que ha tenido que pasar los días festivos de Navidad recluida y triste en su pequeño cuarto y sin más contacto con su familia que alguna llamada a su madre, desangelada por la diferencia de zonas horarias entre Madrid y Quito. Sin embargo, las vacaciones navideñas de los niños, seguidas de varios días de lluvia, han impedido numerosas veces que sea la empleada la encargada de acompañar a los niños a pie hasta el colegio. Además la señora Elena afirma que el trayecto hacia el centro escolar con sus hijos supone «tiempo de calidad con ellos».

«Tiempo de calidad». ¡Ja!, piensa Wendy. Ella es quien los despierta, los viste, les prepara el desayuno y el bocadillo o *snack* saludable para media mañana, quien está junto a ellos en el cuarto de baño para ayudar a Jacobo y Jimena, los más pequeños, a

lavarse los dientes o el culete si han hecho de vientre. Sin embargo, los últimos diez minutos de la mañana antes de entrar en la escuela, metidos en un coche conducido por Elena con destino al colegio, ese es su «tiempo de calidad».

Wendy resopla mientras esta reflexión cruza su mente, de camino a pie hacia el colegio con los niños. Lo hace tan fuerte, con sus gordos carrillos rebotando contra su cara, que llama la atención de la pequeña Jimena, cuyo uniforme, a diferencia del de Wendy, incluye una abrigada parka verde a conjunto con el resto del vestuario del colegio.

—¿Pasa algo, Wendy? ¿Te has dejado las llaves como la última vez?

Gonzalo, el mayor, lleva unos grandes auriculares puestos y va a lo suyo escuchando música. Jacobo es dócil y dulce, no suele discutir, pero la pequeña Jimena, a sus tan solo ocho años, ejerce de jefa en ausencia de su madre. Wendy se gira para observarla, impresionada por el modo tan ufano en que se dirige a ella, que se vuelca de la forma más cariñosa que sabe en cuidar a esos tres niños. Antes de responder, recompone el rostro para ofrecer a la niña una excusa creíble con toda la amabilidad.

—No, linda. Recordé que ayer fue el cumpleaños de mi mamá y no la llamé, solo eso.

El pequeño Jacobo, con su gorrito de lana, parece un duendecillo al caminar porque su corta estatura le obliga a dar más pasos que el resto para mantener la velocidad del grupo. Conecta en ese momento con la conversación, algo parece haberle llamado la atención de forma poderosa, y abre mucho los ojos mientras afirma:

—No sabía que tenías mamá, Wendy.

Ella le ríe la ocurrencia, es un niño cariñoso e inocente.

—Pues claro, mi amor. Todos tenemos un papá y una mamá. Si no, no podríamos venir al mundo, ¿no te parece?

—Y entonces, ¿por qué vives con nosotros? ¿Ya no te quieren tus papás?

La pregunta ensombrece el rostro de Wendy. De pronto, frente a esos niños, siente el peso de la vergüenza por haber decidido abandonar su país y su miseria. Piensa en lo poco conveniente que

sería explicarle a ese niño que sus opciones en el barrio de La Colmena, Quito, inundado por el desempleo y abocado a la delincuencia, eran muy escasas. Lo difícil que le iba a resultar a ese retoño de cinco años entender que limpiar su casa, lavar su ropa interior, y la de toda la familia, además de aguantar la condescendencia de su madre hacia ella, componen un escenario paradisíaco en comparación con lo que le esperaba en la infravivienda en la que creció. O que, en realidad, que su padre abandonara a su madre, indígena y analfabeta, fue una bendición porque de ese modo acabaron las palizas en casa. Tampoco debería contarle lo que ha tenido que hacer para conseguir el dinero para el billete a España. Así que decide dulcificar el relato.

—¡Claro que me quieren! Y yo también a ellos, pero Wendy quería conocer Madrid y, como vuestra mamá necesitaba ayuda con las cosas de la casa, nos pusimos de acuerdo y yo estoy feliz de ser vuestra cuidadora.

El pequeño asiente, mirándola con arrobo. Wendy es lo más parecido a un osito de peluche gigante que ha visto nunca, con su pelo grueso y negro, sus rechonchas extremidades y su voz cálida y suave. Le gusta tenerla a su alrededor. Jimena, que ha atendido a la explicación, se apresura a dar la puntilla.

—Pues si te gusta estar en nuestra casa, más vale que espabiles. Mamá dice que te falta una patata para el kilo, aunque no sé qué significa eso...

Wendy mira al cielo y coge aire, necesita un respiro entre tanta insolencia. La niña ejerce de portavoz de una madre demasiado educada para dirigirse así a ella, pero que queda al descubierto a través de la pequeña. Sin embargo, no le da tiempo a ahondar en el desprecio que destila la familia hacia ella, porque, de pronto, Wendy fija la mirada en un punto a unos cincuenta metros de su posición.

¡Es Jennifer! Está casi segura de ello. Siente alegría y nervios, por fin podrá echar otro ratito con su amiga. Se le agolpan las preguntas, quiere saber cómo le va en el trabajo, qué tal le fue la Navidad... Esta vez le ofrecerá su número de móvil, quién sabe si por fin ha encontrado a alguien con quien aprovechar su tarde libre, la del domingo, en vez de pasarla encerrada en su habitación.

Sumida en esas tribulaciones, repara en que ya se encuentran casi enfrente de la misma puerta de acceso.

—Venga, niños —dice dirigiéndose a los mayores, que acceden solos a sus pabellones—, entren ya, que se acerca la hora de cierre. —Ase con fuerza la mano de Jacobo sin perder de vista a su amiga, quiere hacerle un gesto para confirmar que la ha visto, y así provocar que la espere mientras deja al pequeño en la zona de infantil—. Vamos, peque, ¡a aprender mucho!

Daisy, desde la otra esquina del recinto, ha localizado al grupo gracias a la mochila morada de Jimena. Los movimientos de cabeza de Wendy, buscando su mirada, le han confirmado que la asistenta la ha visto y le pide que la espere. Le sonríe y asiente con la cabeza. Mientras aguarda su salida, reconfortada por haber dado con la mestiza tras varias semanas, algunas sin colegio por las vacaciones de Navidad, Daisy permite que el rumor de los chicos y chicas con sus mochilas entrando en el colegio opaque sus pensamientos. Ha asistido ya muchas mañanas a esa bella rutina de acceso a la excelencia, aunque solo algunas ha conseguido localizar a la cuidadora y acompañarla un rato de vuelta, simulando que se dirige a su propio lugar de trabajo. Por ahora, Daisy piensa que la relación es interesante. En sus breves charlas, Wendy ofrece algunas pinceladas sobre lo que le desagrada su jefa, la mujer de Javier, incluso le ha revelado su nombre: Elena. Daisy percibe las ganas de Wendy de mantener esos encuentros y se siente muy atraída por conocer más detalles de la vida del hombre al que aspira a conquistar, también fuera de la cama. Las conversaciones con Wendy confirman sus sospechas: Javier no puede ser feliz al lado de esa bruja, por eso la necesita tanto a ella —y así se lo hace saber durante el sexo—. Pero, a falta de avances en una relación que sigue fluyendo a través de citas agendadas por la agencia y en diferentes hoteles, la joven siente la necesidad de trazar su propio plan de acercamiento.

—¡Ay, qué bueno verte de nuevo! ¿Qué tal en el trabajo?

Wendy se muestra contenta de forma genuina cuando por fin se reúnen, una vez entregado el pequeño Jacobo en su correspondiente pabellón de infantil y desaparecida la masa

uniformada del alumnado de la vista de ambas mujeres. Daisy hace memoria para retomar su historia inventada desde donde la dejaron la última vez. Tras la supuesta primera entrevista de trabajo, el siguiente día en que se vieron simuló que había rechazado la oferta porque el jefe la miraba de forma lasciva y que iba a otra en un establecimiento distinto. La fascinación de Wendy ante su impostada valentía le daba alas para darle nuevos giros a su trama.

—¡Hola, amiga! —Daisy se acerca para abrazar a Wendy en tono amistoso—. ¡Pues muy bien! Llevo tres semanas. Tengo un turno muy bueno, de diez de la mañana a cuatro de la tarde, para reforzar el menú del mediodía, los compañeros me tratan bien.

La dominicana sonríe con fuerza, como si los músculos tensos de su resplandeciente cara sujetaran mejor el entramado de mentiras que sigue armando para penetrar en el entorno de Wendy. Repara, satisfecha, en que la ecuatoriana aún la sujeta del brazo tras el abrazo del saludo, ávida de más charla y cariño.

—¡Bendita alegría! Hiciste muy bien en decir no al primer sitio, ¡menudo chancho el tipo aquel!

Después de congratularse de forma sincera, la mestiza deshace el agarre para mirar su reloj de pulsera. Una alarma interior se le ha encendido de pronto, casi una respuesta conductista al estilo del perro de Pávlov, al ser consciente de que tiene su propia jornada por delante.

—Tengo que volver a la casa, qué pena no tener más ratito para charlar, Jennifer...

Daisy se pone en guardia, conviene actuar rápido.

—¿Tienes teléfono móvil?

—¡Claro! Yo también pensaba pedírtelo.

La ecuatoriana busca su teléfono dentro del bolsillo de la bata de uniforme. Es un cacharro rayado y golpeado que debió de pertenecer a Elena hace años, su empleadora se lo entregó al empezar a trabajar. Daisy saca su iPhone último modelo y el contraste se hace evidente, pero a Wendy no le extraña que una chica tan guapa y lista como Jennifer consiga lo que quiere. Ambas apuntan los respectivos números en sus agendas digitales, tras lo que Daisy lanza una apuesta.

—Oye..., si quieres podríamos vernos al acabar mi jornada, suelo ir a hacer algo de ejercicio un rato en el parque. ¡Podrías apuntarte y yo te entreno!

Wendy, a sus veintidós años, no ha pensado jamás en poner un pie en un gimnasio o practicar deporte. Pero la conciencia de su rechoncho y abigarrado cuerpo frente a la espectacular figura de su nueva amiga la animan a planteárselo como algo posible.

—¡Me encantaría! Yo no sé nada de eso del deporte... Pero estaría muy bueno, ¡y podríamos charlar!

Ambas se despiden, excitadas por el plan. Daisy, porque pone una baldosa más en el camino hacia el entorno del hermético Javier. Wendy, porque tiene una amiga. Sus pequeños ojos, rasgados por las facciones indígenas heredadas de su madre, brillan ante la oportunidad de romper, aunque sea por un ratito, con la asfixiante rutina de una empleada en régimen interno como ella.

Durante el resto de la jornada, Wendy se siente ansiosa por la expectativa de hacer algo distinto, pero teme que quizá la señora no le dé permiso para una escapada por la tarde entre semana. «¿Quién les preparará la merienda a los niños?», la pregunta que resuena en su cabeza es agua sobre las brasas de su excitación por salir a charlar con Jennifer. Aun así, consulta el móvil de forma mucho más frecuente que su habitual apatía por el dispositivo mientras escala una montaña de ropa para planchar. Entre las camisas diarias del señor Javier, las blusas de la señora Elena y sendos uniformes de los chicos que deben salir de casa cada día en perfecto estado de revista, Wendy cree que el trabajo no acaba nunca. Una áspera sensación se va apoderando de ella mientras empieza a pensar que, aunque su amiga la avise, ella tendrá que declinar el plan.

Daisy decide pasar el día deambulando por Pozuelo, un entorno plácido en comparación con el ajetreado distrito de Usera. Su plan es dejar pasar la mañana entre visitas a tiendas y algún café en el centro de la localidad, y aprovechar que ha logrado volver a contactar con Wendy para estrechar lazos con la ecuatoriana. Mira la pantalla de su móvil para comprobar que la batería está llena: el indicador muestra un 91 %. Para ella es fundamental estar

localizable por si llega un mensaje de la agencia para verse con Javier. No se han citado desde antes de Navidad y eso le supone un fastidio, el propio Javier se quejó del exceso de eventos, comidas y cenas a los que debía asistir y le manifestó que durante esas fechas no tendrían demasiadas oportunidades de verse. Así que en su mochila lleva un cambio de ropa, por si acaso, y en su pecho acumula las ganas de todo un mes. Siente que podría explotar de deseo de estar con él. Aunque el ingreso mensual de dos mil euros ha llegado puntual, tal y como establece el contrato, Daisy necesita su compañía, el cobijo de sus brazos.

Al salir de una elegante pero pequeña tienda de ropa donde no ha visto nada que vaya con su estilo, llena el pecho de aire y nota el frío en sus pulmones y un pinchazo de tensión. De pronto, una sombra se hace presente y la agita desde las entrañas. La sensación de que alguien la vigila le presiona el torso, y una pregunta azota su conciencia: ¿puede Sebastián haberla seguido esta mañana hasta allí? El acoso del pandillero amigo de su hermano se ha intensificado en las últimas semanas, coincidiendo con el menor ritmo de citas con Javier. Ella le pidió a su hermano que no volviera a ver el béisbol en casa con sus amigos, bajo amenaza de dejar de pagar su alquiler. Pero desde entonces se fue encontrando a Sebastián por todas partes: apostado frente a su portal, rodeado de otros de los miembros del grupo con el que Rafael alterna, en el supermercado o en el gimnasio a donde ella acude a entrenar. Le provocaba terror con sus miradas lascivas, amenazantes. Le angustiaba la posibilidad de que pudiera llegar a verla con Javier y hacer cualquier locura. Aunque lo que para nada se esperaba fue la emboscada que le preparó hace dos noches, solo recordarlo le corta la respiración.

Esa noche, Rafael se había ido de la casa y hecho caso omiso del par de grandes bolsas de plástico que maceraban residuos junto a la puerta de salida. Así que Daisy había bajado a tirar la basura, ahogando la pesadumbre que le provocaba esa tarea, que es de las pocas que suele hacer su hermano, con bachata sonando a través de sus AirPods. Serían las diez y media, los comercios habían cerrado y la fría y oscura noche no invitaba a pasear, por lo que no

se encontró con nadie en su camino hasta el cruce de su calle con la perpendicular, donde están los contenedores.

Inmersa en la melodía que la impulsaba a mover las caderas mientras caminaba, cargada con las bolsas, no se percató de que, en realidad, sí había alguien más. En cuanto hubo depositado la carga bajo la tapa del contenedor verde, sintió un brusco tirón desde su cintura hacia atrás. Fue tanta la fuerza que por un momento notó como el suelo bajo sus pies se desvanecía, perdiendo el contacto con el hormigón de la acera y con ello el equilibrio. Pero la sensación de caída y desconcierto acabó en menos de un segundo, cuando el olor acre de un aliento cargado de alcohol alcanzó sus fosas nasales; alguien la sujetaba con fuerza desde detrás.

—¿Por qué no me contestas a los mensajes, eh, princesa?

La voz de Sebastián era un susurro suave, arrastrado por el efecto de la cerveza, en contraste con la violenta fuerza con que sus brazos oprimían el cuerpo de Daisy contra el suyo. Incapaz de zafarse, ella recordó en un segundo las cadenas de mensajes, a veces cariñosos, a veces amenazantes, con que él la había cercado los últimos días. En efecto, había decidido no responder, confiando en que él se cansara.

—¡Suéltame, Sebastián! ¡Me haces daño!

El joven chasqueó varias veces la lengua contra el paladar en señal desaprobadora. Ella le escuchaba aterrorizada sin ver su cara, notando el aliento de él desde detrás, como una araña tanteando a la última mosca atrapada en su red.

—No, no, no...Verás, linda, es que si te suelto... ¡Chas! ¡Te me escapas! —El joven rio ante sus palabras, mientras redoblaba la fuerza para sostener a una Daisy que trataba de resistir sin éxito su virulento abrazo.

—Por favor..., por favor..., Sebastián, podemos hablar...

—*Hablar*, ¡ja! Nena, has tenido oportunidad para eso y no la has tomado.

Daisy sentía que la voz de Sebastián se colaba cada vez más hondo, como si retumbara en el interior de su cráneo en una vívida pesadilla.

—Hablar ya no me sirve, bebé. Menos cuando sé que ves a otro. Así que hasta que lo encuentre y lo pueda matar —Sebastián elevó un punto más la presión con que sujetaba a Daisy contra sí, en un amenazante alarde de fuerza—, y créeme que lo haré, quiero notar tus labios...

Daisy notó la lengua viscosa de su opresor al desplazarse por su oreja y la dureza de un miembro viril emergiendo contra la parte superior de su glúteo. Sus músculos se tensaron aún más, supo que era una presa. Consciente de que sus cuarenta y ocho kilos no tenían nada que hacer frente a los ochenta de un no muy alto pero sí musculoso Sebastián, llenó como pudo los pulmones para gritar. La calle seguía vacía, así que la fracción de segundo que duró su llamada de auxilio antes de que fuera ahogada por una enorme mano que le golpeó el rostro y lo tapó por completo se confundió con un maullido en la noche.

—Shhh... Bella, aquí solo está Sebastián. Todito para ti.

Los susurros de Sebastián crecían en intensidad por la excitación. «Yo soy tu papi, nena, vas a saberlo hoy». Ella los escuchaba, paralizada por el miedo y ciega por la mano que le cubría el rostro, mientras sentía que el hombre empezaba a moverse, cargando con el cuerpo de ella como un caracol con su cáscara.

«Vas a ser mía», cada vez más agitado, Sebastián seguía hablando a su oído. Daisy no supo cuántos metros recorrieron, o si subieron escalones, o si se abrieron puertas. Lo último que sintió antes de que Sebastián le liberara la cara de su mano fue el impacto de todo su cuerpo contra una superficie vertical fría, dura. Antes de conseguir entender que estaba aplastada contra el espejo del interior de un portal, un dolor ardiente en la entrepierna la alertó de que Sebastián había entrado dentro de ella.

Rabiosa y aterrada, Daisy trató de alejar la mente de aquel rincón del mundo. Durante las sacudidas de Sebastián, pensó en Javier. En los hijos uniformados de Javier, en el colegio caro. En su vida con él.

Sebastián culminó entre gemidos roncos. Ella, expectante, esperó a que él se separara de su cuerpo para subirse de nuevo las mallas. Aunque si recuperó algo de dignidad con ese gesto, quedó opacada por el tremendo asco que los fluidos desparramados por su ropa le

produjeron. Con la luz leve de las farolas de la calle colándose por un cristal encima de la puerta como única referencia, caminó los pocos pasos que separaban la salida del espejo que había sido su trampa y tentó con la mano la puerta hasta localizar la manilla para accionarla.

—Ahora sé que no me vas a olvidar nunca, mi amor.

Las palabras de Sebastián sonaron casi detrás de la puerta, pero con suficiente intensidad como para dejar impreso el miedo en ella. Supo que tenía que abandonar ese lugar, ese barrio, esa vida. Y tenía que hacerlo cuanto antes.

Aunque hoy esté en Pozuelo de Alarcón, a veinte kilómetros de su barrio y del portal en que Sebastián la sometió, Daisy respira agitada mientras trata de asegurarse de que el pandillero no la ha seguido hasta allí. La joven se concentra en escuchar el rumor urbano pero relajado que emite el centro de Pozuelo. Pájaros, coches eléctricos que apenas suenan como un soplido al pasar y conversaciones apacibles de transeúntes sin prisa conforman un acompañamiento acorde con el paisaje tranquilo de edificios de poca altura con cuidados comercios en los bajos frente a aceras limpias, pobladas de frondosos árboles. Poco a poco, recupera el tono y reemprende la marcha por el centro de la ciudad, convencida de que sigue siendo un entorno seguro para ella. Quizá algún día pueda pagarse un piso ahí, piensa. Tiene la decisión de marcharse del barrio tomada hace semanas, pero pese a la urgencia que siente por irse, necesita como poco cobrar un mes más para poder acceder a un piso para ella sola, entre la fianza y el resto de las condiciones que exigen las agencias en Madrid. Sus opciones miran hacia el norte; Tetuán o el barrio del Pilar, zonas agradables y más o menos asequibles, cerca del punto de encuentro con Javier y lejos de la pegajosa trampa en que se ha convertido su barrio, con Sebastián acechándola. No le había provocado ningún moretón, pero a Daisy le duele todo el cuerpo después de la encerrona. De nuevo, siente que desea la protección y el cuerpo de Javier con todas sus fuerzas.

Hacia las tres de la tarde, a unos dos kilómetros del desasosiego de Daisy, en el interior de la urbanización vigilada donde está la casa en que trabaja, Wendy ya ha tenido una idea para poder salir a encontrarse con ella. Les propondrá tomar la merienda en un parque, sabe que a los pequeños los convencerá fácilmente. El mayor, Gonzalo, tiene permiso para quedarse en casa solo si no es mucho rato. Lleva todo el día pensando cómo organizarse, ahora que en su agenda puede existir algo más que atender a la familia.

El mensaje llega a las cinco en punto:

Daisy: ¿Damos un paseo, amiga?
Wendy: ¡Hola, Jennifer! Dejo al niño mayor en casa y voy al parque de la avenida Europa, ¿te viene bien acercarte?

El encuentro de las mujeres es breve, a causa del cortante frío y la amenaza de oscuridad que se cierne sobre las tardes de febrero. Pero muy fructífero, a juzgar por las risas que coronan el intento de Daisy por enseñar a Wendy algunos ejercicios de estiramientos de yoga en el parque. Los niños se han apuntado a la experiencia, y estar en marcha los ha salvado de sentir demasiado frío. La joven ha tenido éxito en su esfuerzo para caer bien a los pequeños Jimena y Jacobo. Al pequeño le ve rasgos parecidos a Javier y eso la llena de ternura, a la niña la percibe muy atenta a sus movimientos, como fascinada.

—Me encanta tu pelo, Jennifer, ¿eres modelo? —le ha dicho la niña a la amante de su padre, pensando que acababa de conocer a una especie de princesa exótica de dulce acento.

—Pues eso quiero ser, mi niña. Pero por ahora, camarera y profesora de gimnasia para principiantes.

Wendy ríe nerviosa ante la apreciación de Daisy, se siente aludida tras el divertido rato invertido en tratar de reproducir «el árbol» o «el águila», posturas de yoga que solo Jacobo ha sido capaz de emular. Acaba la sesión con profunda admiración por su nueva amiga, tan en forma y diestra en los movimientos, pero no es la única a la que ha seducido.

—¡Se te da genial! —sentencia Jimena componiendo, con su ceño fruncido, uno de esos momentos en que se dispone a hablar como una adulta resabiada—. Yo he tenido muchas profesoras de gimnasia, pero ninguna era tan guapa y divertida. ¡Ya se te podría pegar algo, Wendy!

Por primera vez, uno de los crueles comentarios de Jimena resulta en una carcajada común. Daisy, Wendy y Jimena ríen ante tal idea, aunque cada una de ellas por motivos diferentes.

—La niña tiene razón —afirma Wendy mientras se acerca al pequeño Jacobo para ceñirle la parka y evitar que el aire frío penetre en su cuerpecito—, te ves muy profesional. Seguro que mucha gente pagaría buen dinero por tenerte como guía en sus entrenamientos, ¿te lo has planteado, Jennifer?

Daisy recuerda las semanas que pasó como monitora del gimnasio de su barrio, se le daba bien, quién hubiera dicho que aquella experiencia serviría para alimentar su nueva identidad.

—Ay, Jimena, linda, ¡es que este es mi trabajo de verdad! Tengo el título de monitora de *fitness* —miente arropada por la entusiasta mirada de la niña—. Estoy tratando de conocer un poco la zona a ver si encuentro clientas para entrenar. Pero, mientras tanto —añade mirando a Wendy—, ¡soy camarera para pagar el alquiler!

Solo las adultas ríen, Jimena se queda pensativa tras conocer el currículum de la amiga de Wendy. Ha sido un rato muy divertido para todos, pero los últimos rayos de sol fuerzan la despedida.

—Vamos, nenes, a casa a acabar los deberes. Jennifer, hablamos, ¿vale?

Las mujeres se despiden moviendo sendas manos alzadas y sinceras sonrisas. De camino hacia casa, una vez traspasada la barrera de seguridad que limita la urbanización, Jimena seguía hipnotizada con la belleza de Daisy.

—Wendy, me gusta tu amiga. ¿Crees que podría enseñar a hacer gimnasia también a mi mamá?

La pregunta sorprende a Wendy, maravillada por el inusitado halo de aprobación que emana del planteamiento de la niña, aunque duda respecto a su idoneidad, al menos por ahora.

—Tu mamá está muy liada con su trabajo, pero quién sabe. Quizá más adelante, mi niña.

Puede, piensa Wendy, que las cosas estén empezando a asentarse para ella en esa casa; que este nuevo año recién estrenado traiga cosas increíbles a su día a día, como una vida propia, por ejemplo.

25

Tres semanas más tarde,
3 de marzo de 2022,
domicilio de Elena Villa-Arnaiz, Pozuelo de Alarcón

Elisabeth toma el último sorbo del té que la esmerada empleada ecuatoriana de casa de Elena le ha preparado mientras la espera sentada en el sofá de piel blanca del salón principal. Habría espacio para ocho personas más, cómodamente apoltronadas en el mueble esquinero, por lo que la menuda Betty parece una chiquilla sobre un inmenso diván, a punto de recibir una sesión de psicoterapia.

Pero lo que está a punto de suceder es distinto, aunque tenga algo de terapia. Un día más, Wendy lo está preparando todo con una exquisita meticulosidad, ya que siente el peso de la responsabilidad por haber avalado a su amiga Jennifer como entrenadora personal, capaz de ofrecer clases a la señora Elena y sus amigas. Y lo cierto es que, hasta la fecha, las tres sesiones previas han ido como la seda.

Jimena había tardado apenas unas horas en contarle a su madre la experiencia con Jennifer en el parque. Y aunque Elena receló durante unos instantes, al oír que era una inmigrante y una total desconocida, sintió cierto confort al saber que la joven también trabajaba en Pozuelo, como le transmitió después Wendy. Además, la pequeña Jimena estaba seducida por la joven entrenadora, que le recordaba, por su belleza y sus curvas, a sus muñecas Barbie en versión latina.

—Mami, es guapísima, y lo hace genial. Te va a encantar.

El entusiasmo de Jimena, incluso más que el aval de Wendy, fue lo que animó a Elena a probar a Jennifer de entrenadora, no sin

algunas averiguaciones previas. Al día siguiente del primer encuentro y arropada por el éxito con el que se había llevado a cabo, Wendy llevó a Jimena y Jacobo de nuevo al parque con Jennifer, a sabiendas de Elena, que esta vez decidió acompañarlos caminando hasta el lugar para conocer a la fulgurante preparadora física. Tan solo compartió quince minutos la sesión, a Elena el parque no le gusta, pero le sirvieron para confirmar que se trataba de una joven aseada, educada y realmente guapa. Elena notó los nervios de Jennifer cuando se decidió a presentarse, y le pareció que indicaban el respeto debido. La joven le facilitó su perfil de LinkedIn y Elena se lo estudió a través de su teléfono móvil durante el camino de vuelta a casa, que hizo sola dejando a los niños con Wendy para que acabaran de pasar un rato divertido de deporte. Allí aparecía su formación en una escuela de Educación Física de la República Dominicana y su trayectoria tanto en gimnasios como con clientas a domicilio. Que solo entrenara a mujeres acabó de convencerla para montar una sesión de entrenamiento en casa esa misma semana.

Al día siguiente, invitó a todas sus amigas a través del grupo de chat «Mamis ricas», pensando que de ese modo conseguiría romper la dinámica negativa que se había instalado entre ellas después de la última cena en Fabulous. Tenía ganas de volver a salir las cuatro juntas.

12:30 Elena: Chicas, tengo un plan que va a elevar tanto nuestros glúteos como nuestra moral.
12:31 Minerva: Creo que Irina ya ha practicado sexo esta mañana en el gimnasio, pero el resto te escuchamos.
12:31 Betty: jajajaja, hermana. Elena, ¡dispara!
12:32 Elena: Como no hay que perder el carro de la gente joven, voy a hacer caso a una recomendación de mi pequeña Jimena para que probemos una entrenadora personal en casa. ¿Quién se apunta esta tarde?
12:33 Minerva: pffff... Yo me apunto a los vinos, amiga. Avísame cuando haya cena.
12:33 Betty: ¡Me encanta la idea! ¡Yo voy! ¿A qué hora?
12:34 Elena: a las 19:00 en mi casa, con ropa y ganas de entrenar.
13:00 Irina: Me estalla la cabeza, chicas. Otro día. Pasadlo bien.

Después de estos mensajes, Elena dio órdenes a Wendy para preparar el porche acristalado que conecta el salón con la parte delantera del jardín como espacio destinado a su reunión deportiva. Luego comprobó con la misma meticulosidad con la que aprobaría el menú para una fiesta de las de su cáterin la disposición del espacio: el sofá de rafia que permite tomar café en ese porche fue retirado hacia la parte posterior, pero sin parecer amontonado; así había suficiente espacio para ellas gracias a los cuarenta metros cuadrados de superficie que tiene esa parte semiexterior de la casa. A las siete ya sería de noche, tras el cristal solo se intuiría el jardín con su tenue iluminación, pero la alternativa era usar el garaje y a Elena le resultó desangelado. Su etiqueta de perfecta anfitriona solo se consigue dando mil vueltas a cada decisión.

La primera sesión marcó la dinámica de las siguientes. Solo Betty se apuntó, fue un éxito y decidieron repetir cada jueves a las 19:00. La entrenadora les cobró cincuenta euros en efectivo que Elena se resistió de forma educada a repercutir en su amiga, por lo que a partir de entonces alternaron el pago, cada semana una.

La de hoy es la cuarta clase del entrenamiento con el que sienten haber recuperado una energía juvenil olvidada. Faltan pocos minutos para la hora acordada, las siete de la tarde, y Wendy los vive inundada de nerviosismo. Está orgullosa de ser *la amiga* de Jennifer, la entrenadora personal, pero aún le cuesta evitar sentir cierto temor por si algo no funciona bien y molesta a su señora, eso sería un desastre. Su amiga se mostró agradecida por el apoyo a la propuesta de Elena y se lo compensó regalándole ropa para gimnasia, a pesar de que Wendy no ha participado, no está invitada, a ninguna de las sesiones previas. No le importa, jamás le habían hecho un regalo tan bello. Todo la empuja a confiar en su amiga.

Ajena a la agitación de Wendy, Elisabeth trata de aprovechar los minutos de espera en el sofá conectada a su correo electrónico a través de su teléfono móvil. Tiene mil gestiones por resolver ante la inminente apertura de su clínica. El día casi ha llegado y siente vértigo ante la cantidad de asuntos pendientes. Sin embargo, no ha cancelado su participación en la sesión en vista de que nadie más se ha apuntado en este tiempo, sabe que a Elena le gusta hacerla

acompañada. Podría estar aprovechando este rato previo si no fuera por la excitación de la empleada que, con voz tímida y mirada sumisa, pero con cierta alegría, le cuenta a la invitada que ya lo ha dejado todo preparado para que las señoras y la entrenadora tengan suficiente espacio, y que no pasarán frío porque el porche cuenta con un aparato de aire caliente. Elisabeth atiende con paciencia y educación a unas explicaciones ya sabidas, con la sensación de que Wendy disfruta relatándole cada semana sus maniobras para que hagan deporte tranquilas. Cuando ya descarta poder volver a su pantalla, ante las ganas de charla que muestra Wendy, piensa que debe de ser maravilloso disponer de una empleada así, uniformada, entregada y siempre lista para lo que haga falta, en vez del encaje de bolillos que ella tiene que hacer para que una cuidadora recoja a sus hijos por la tarde y apañe un poco la casa por seiscientos euros al mes, seguridad social incluida. Jamás le ha preguntado a su amiga cuánto le paga a Wendy, ni se le pasa por la cabeza que pueda estar trabajando sin estar dada de alta en el régimen de empleadas del hogar. Pero lo cierto es que hay un abismo entre la situación de Wendy, que percibe como una bendición poder contar con un dormitorio sin ventana en la casa de Elena, y los malabares que hace Elisabeth para poder disponer de una persona a media jornada en su casa, con todo en regla. Nadie de su entorno le afearía a Elena tener a su empleada en esa situación irregular, ya que contar con internas en régimen de semiesclavitud es lo más habitual en su ambiente. Existe una lógica perversa en ello: las mujeres sin papeles no corren a denunciar su situación ante los tribunales de lo laboral, ni cuentan con representantes sindicales que monten un piquete enfrente de las respectivas mansiones en las que trabajan y viven, aunque sea en cuartuchos. Son fáciles, dóciles y baratas.

Sin embargo, estas cuestiones se llevan con discreción entre las familias adineradas. No se es rico por proclamar que se explota a trabajadores, sino, entre otras cosas, por saber hacerlo sin que suponga un problema. Elisabeth, apenas una aspirante a la élite, piensa que un servicio como el de Wendy está al alcance de muy pocos.

—Ahora me voy con los niños para que ustedes disfruten tranquilas; ¿me permite?

Wendy extiende los brazos para recoger la taza de té vacía de la mano de Elisabeth y se excusa con una leve reverencia de cabeza antes de abandonar el salón. Ese gesto sorprende a la visitante. Desde luego, Elena sabe cómo hacer que las cosas funcionen en su casa. Piensa que ser millonaria de nacimiento debe de ayudar.

Un instante después, como en una coreografía, la señora de la casa se hace presente frente a su amiga con un pomposo autoanuncio:

—De Jane Fonda a Brooke Shields, pasando por Elsa Pataky... ¡Las mamis ricas marcan tendencia en *fitness*!

Ambas ríen ante la forma que elige la anfitriona de presentarse, emulando un desfile de modelos para lucir su nueva ropa de deporte, conjunto malva de mallas y top compresores que estilizan la figura. Su rostro muestra cansancio, Elisabeth no puede evitar analizar cada pliegue de las caras de sus amigas, la famosa «deformación» profesional.

—Ey, ¡se empieza a notar!, ¡estás divina! —Elisabeth exagera en su pretensión de admirar la figura de su amiga, de la que se puede decir que está delgada, pero no exactamente en forma. El tríceps de sus finos brazos apenas sujeta la piel, que cuelga del interior de las extremidades revelando edad y falta de fuerza. Tiene los hombros estrechos y un tanto contraídos, y la espalda baja casi plana hasta el final del glúteo. Su anatomía está lejos de la voluptuosidad que suele abundar en los gimnasios. Sin embargo, a pesar de su escasa tonificación, recibe coqueta el elogio y le extiende una mano a Betty para ayudarla a levantarse.

—¿Lista para una nueva sesión de entrenamiento? —Elena agradece la presencia de su amiga—. Jennifer llega en cinco minutos.

—¡Preparadísima! —Betty ofrece su inapreciable bíceps en pose de culturista como muestra—. Wendy me ha contado que hoy entrenamos en el porche acristalado, se la veía ilusionada.

—Ay, sí, pobrecilla, es más buena... Empezó torpe, no se aclaraba con nada, los niños le tomaban el pelo... —Elena mira hacia arriba

con gesto condescendiente—, pero ha cogido ritmo. Además, vive por y para la familia. ¡Ni siquiera tiene redes sociales! Usa el móvil solo para hablar con su madre en Quito. Estaba harta de otras chicas constantemente enganchadas, ¡son peores que los adolescentes! ¿Sabes lo que te quiero decir?

Elisabeth asiente. Ella, que nunca está delante cuando la cuidadora se hace cargo de la casa, de pronto se la imagina desatendiendo a Berta y Nacho para mirar el móvil. Se lo preguntará a su hijo mayor cuando vuelva a casa esta noche.

—Mira, es ella, me acaba de escribir.

Betty la oye, pero no la escucha. No puede evitar observar cómo el reflejo de la luz blanca que emite la pantalla del móvil de Elena acentúa su *código de barras*, las arrugas que se forman alrededor de los labios. Elisabeth piensa que le ofrecerá un tratamiento también para eso.

—Le tengo dicho que me avise al llegar a la urbanización, viene en el metro ligero y luego camina hasta aquí, no debe de tener carné de conducir. Pero es que en la garita de seguridad se ponen muy pesados con la gente nueva, sobre todo si son sudamericanos. —Elena agita las manos a ambos lados de su cara, mostrando contrariedad—. No veas cada vez que tiene que entrar personal nuevo a trabajar...

Elena y Javier pagan cuatrocientos euros al mes por la seguridad de Monteverde. Eso incluye cientos de cámaras perimetrales, veinte vigilantes por turnos, una garita de acceso controlada las veinticuatro horas del día y algunas molestias para permitir la entrada de empleados si no se ha entregado una petición por correo con DNI y matrícula del coche en las doce horas previas. En esta ocasión, ha estado tan liada que se ha olvidado del trámite, así que Elena coge el teléfono de casa y marca las tres cifras que la conectan de inmediato con la seguridad de la urbanización, y los avisa de la llegada de la chica. Se ve obligada a pedir disculpas por no haber enviado el correo con la documentación de la visitante, de la que solo conoce el número de teléfono y que se apellida López. Jennifer López.

—Sí, como la actriz y cantante, jajaja —ríe al teléfono, buscando la complicidad del vigilante—. Venga, Luis, déjala pasar, que ya lleva tres semanas viniendo y además es amiga de mi empleada, no hay problema.

Si una Villa-Arnaiz pide, al otro lado obedecen. Aunque la señora insista en saltarse el protocolo de llegadas.

—Qué pesadez. Cada vez que cambia el turno del vigilante, estamos igual —se queja una vez que ha colgado—. En fin, ¿lista para tu superestreno en sociedad? ¡Mañana es el gran día!

Al día siguiente es la fiesta de inauguración de la clínica de Elisabeth. Ambas han acordado que la sesión de entrenamiento del día previo las ayudaría a rebajar la tensión, tras varios días de trabajo contra reloj, cada una en lo suyo. Betty, en la gestión del negocio: compra de materiales, contratación de enfermeras y dermatólogos. Elena, con la organización de la fiesta: invitaciones, llamadas, configuración y cocina del menú que será servido. Incluso ha consumido gran parte de su tiempo, con la ayuda de Minerva, en conseguir algunos invitados vip que decoren la velada.

Suena el timbre, una sucesión de suaves acordes de piano *in crescendo* que más parecen un hilo musical que el aviso de una puerta. El sonido alegra a Elena, que levanta el dedo de una mano señalando lo obvio, pero no mueve un músculo. Es Wendy quien atraviesa el salón apresuradamente hacia la puerta. Un minuto más tarde, la ecuatoriana presenta la visita de Jennifer ante las señoras, con todo el formalismo que puede y evitando mostrar que son amigas. Siempre lo hace así porque, en ese momento, las dos están trabajando.

La vibrante presencia de la chica, dotada de una belleza juvenil exuberante, contrasta con los rostros apagados por el cansancio, o los años, de Elena y Elisabeth. Las dos son incapaces, durante unos segundos, de apartar su mirada del fresco encanto de la entrenadora. La joven, acostumbrada a llamar la atención y consciente de su poder, se despoja rápida de la cazadora bajo la que viste un mono deportivo que marca su espectacular figura mientras se hace al espacio en el que acaba de penetrar. Aún recuerda lo que sintió la primera vez que puso un pie en el hogar de Javier, es fácil

acostumbrarse. Sin embargo, la presencia de su mayor rival, la esposa de su amante, sigue haciéndola bullir por dentro.

Javier nunca le habla de su mujer, de hecho, cada vez le habla menos. La última cita, la primera desde Navidad, se redujo a un único coito, tan rápido y mecánico que Daisy se quedó preocupada. Siente que algo pasa en su relación con Javier y está convencida de que la culpable es la mujer que ahora tiene enfrente. No puede competir con su tersa juventud, pero el anillo en su dedo le da la mayor de las ventajas frente a ella. Daisy aún no sabe cuándo ni cómo, pero, en el debido momento, está segura de que sabrá cómo deshacerse de esa gallina vieja. Notar su admiración hacia su físico le insufla toda la fuerza que necesita para seguir interpretando este papel, ansiosa y dolida como está por la falta de atención por parte de su *sugar daddy*.

La joven saca una pequeña toalla y un botellín de agua de su mochila y le entrega la cazadora y la bolsa de deporte a Wendy, que, de nuevo, ejecuta una ridícula reverencia antes de retirarse cargada con los enseres de la muchacha.

—Esas mamis ¿están *ready to go*?

La chica saluda con una gran energía, que enseguida contagia a sus pupilas. Elena las dirige al porche, ya caliente por acción de la bomba de aire que Wendy ha encendido, y con el suelo despejado para que puedan trabajar sin obstáculos. La joven entrenadora atraviesa el salón de la casa familiar tratando de absorber el magnetismo del lujo que lo inunda. Como si pudiera respirarlo, procesarlo en el tórax y robar la elegancia y la belleza de ese espacio, esos muebles que parecen sacados del *lobby* de un hotel de cinco estrellas o de una revista de decoración. El guantazo en la cara llega, como cada jueves a esa hora, cuando se topa con el retrato de Elena con Javier y sus tres hijos. La primera vez, no pudo evitar pararse a mirarlo con más detalle. Nunca había visto a Javier en esa actitud familiar.

—¡Linda familia! —Daisy alabó la foto mientras se frotaba las manos, preocupada porque su anfitriona se percatara de que estaba temblando. La imagen de su hombre en brazos de otra la perturbó

sobremanera. Pero, una vez infiltrada en ese templo, no podía permitir que la agitación le hiciera perder el control.

—Oh, gracias. La foto se tomó en unas vacaciones maravillosas en Cerdeña, pero los niños crecen tan rápido...

—Y el señor... ¿está en la casa?

Elena malinterpretó el pavor explícito en el tono en que Jennifer formuló la pregunta. Le dio ternura que la joven sintiera vergüenza ante la posible presencia de su marido.

—Tranquila, esto es solo para chicas. —Elena le guiñó un ojo—. Javier suele llegar pasadas las nueve, trabaja tanto...

Ambas se tomaron unos segundos mirando la foto, enmarcada en oro y marfil. Elena pasó los dedos por encima del cristal que cubría la imagen de las caras de Gonzalo, Jimena y Jacobo, este último entonces apenas un bebé, sin percatarse de que la joven entrenadora estaba roja como un tomate. Daisy aprovechó ese momento en que Elena no la miraba para exhalar profundamente y templar los nervios. Esa fue la única vez que tomó el riesgo de preguntar por Javier. Pero su imagen desde ese retrato sigue asaltándola semana tras semana, desatando una tormenta en su interior que la joven usa como acelerador de su energía para la clase.

—Hoy van a sudar, mamitas, ¡pero se irán a la cama con glúteos fuertes como los de Beyoncé!

El comentario de la chica hace reír a Elena y Elisabeth. La señora de la casa ni siquiera ha echado cuenta de que la entrenadora ya está sudando antes de empezar. Está más pendiente, como siempre, de que todo esté a punto: tres esterillas, el juego de pesas de diferentes colores ordenadas según su carga y un conjunto de elásticos con los que también trabajan la fuerza. Además, sobre la mesa auxiliar que suele usarse junto al sofá de rafia, una jarra de agua aromatizada por una rodaja de limón y tres vasos aseguran su hidratación durante la clase. Tal y como Elena ha previsto, y Wendy dispuesto.

La entrenadora toma la posición predominante en la sala, como vértice de un triángulo que las otras dos completan. Afuera, los focos del jardín iluminan levemente el césped, cuyo verde apenas

trasluce en la noche. La joven, complacida por ese entorno lujoso y sintiéndose de nuevo en dominio de la situación, se recoge la melena en una coleta alta que aún estiliza más sus rasgos, y da comienzo al calentamiento.

Ella misma proyecta la música, tecno latino, desde su móvil hacia el dispositivo reproductor a través de *bluetooth* para imprimir dinamismo a la sesión. Las dos mujeres empiezan a acostumbrarse a esos ritmos musicales que desconocían hasta hace cuatro semanas. Ya han pasado por las fases de torpeza, pudor y agujetas, por fin empiezan a disfrutar y divertirse en las clases. Jennifer se mueve con mucha gracia y, viéndola, todos los ejercicios parecen fáciles. La sesión es amena y ambas se esfuerzan, no sin emitir algunas quejas cuando notan que les arde la zona muscular que están trabajando. Las endorfinas hacen su trabajo y les insuflan un buen humor y una energía muy necesarios a las puertas de un evento que supone tanto para Betty y que ha hecho trabajar a Elena con intensidad, tsunamis emocionales aparte.

Al cabo de cuarenta y cinco minutos, la joven da por concluido el entrenamiento y felicita a las atletas advenedizas con un aplauso al que ellas se unen entusiasmadas.

—¡Ha sido genial! Contigo vamos a conseguir una figura que hará palidecer a las jovencitas del Beach Club de Marbella este verano.

Todas ríen ante la exageración de Elena respecto a las posibilidades del entrenamiento, pero soñar es gratis. Daisy le toma la palabra:

—Chicas, lo cierto es que están haciendo grandes progresos en estas semanas. De aquí al verano, ¡van a comprobar cómo les sienta el bikini!

Ellas asienten complacidas, aunque es evidente que podrían entrenar durante todas las horas del día, todos los días de un año, y nada las acercaría al físico de esa joven mujer. De pronto, Betty tiene una idea, quizá inspirada por los anhelos imposibles a los que aspiran con esas sesiones de gimnasia.

—¡Oye, Jen! —Se dispone a exponerla entre sorbos a su vaso de agua—: Si no tienes planes mañana por la tarde, inauguramos un negocio aquí en Pozuelo; habrá cóctel y música, ¿te quieres venir?

La oferta pilla por sorpresa a Daisy, que trata de evaluar con rapidez la conveniencia de acudir a esa fiesta, ya que podría asistir Javier. No sabe cómo podría reaccionar, pero teme que mal.

—¡Qué linda idea! Pero mañana tengo clientas por la tarde. De todos modos, pásenme las señas, y veo si puedo.

—¡Pero qué buena idea, Betty! —Elena da su aprobación entusiasmada—. No sabes la lata que he tenido que dar a un par de *influencers* de belleza de Instagram para que se dejen caer por la inauguración. ¡Y tú les das mil vueltas! Vamos a vender belleza, derrochando belleza —Elena dice esta frase moviendo con fuerza la cabeza como para imprimirle potencia, y las tres ríen encantadas con la idea.

Daisy entonces formula una pregunta de la que enseguida se arrepiente:

—¿Va Wendy también?

Las carcajadas de Elena y Elisabeth suenan tan fuerte que rozan lo grotesco. Parece que Daisy les acabara de contar el chiste más divertido.

—No, cariño, verás. —Elena toma la palabra, como organizadora del evento—. Es una fiesta de inauguración de una clínica estética. Allí solo se entra por rico o por guapo. —Mira divertida a Betty, antes de rematar—: ¿Entiendes?

Daisy baja la mirada, consciente de la estupidez que ha planteado, dada la risa de las mujeres. Es obvio, Wendy no encaja, no les sirve de nada en ese evento. Y lo que no sirve, se desprecia. Por otro lado, piensa, será mejor que no esté la ecuatoriana, que la trata como una hermana, si en esa fiesta se topa con Javier.

De repente, la anfitriona levanta la mirada, atenta, tratando de oír algo.

—¿Eso es la puerta del garaje? Sí, creo que acaba de llegar Javier. ¡Qué bien!, ¡te lo presento!

—Qué amable, gracias. —La chica contesta veloz, con cierta rigidez—. Pero no quiero importunar, me marcho ya.

Daisy empieza a sentir una irrefrenable angustia; si Javier la encuentra allí en ese momento, podría ser el fin. Un hormigueo

nervioso entumece sus extremidades, percibe que su tiempo se acaba y ruega con la mirada a Elena para que permita su salida.

—Como quieras. ¡Wendy! El abrigo de la señorita, por favor...

Wendy entra en la sala corriendo y con una gran sonrisa, se nota que no ha escuchado la conversación anterior. Ofrece el abrigo y la mochila a la que considera su amiga, buscando complicidad con la mirada. Pero Daisy ni siquiera se gira hacia ella, casi arranca sus enseres de entre las manos de la empleada, que permanece perpleja. Se produce un extraño y denso silencio durante el breve lapso que la entrenadora se toma para recuperar sus objetos y meterlos en la mochila. Solo se oye el sonido de la botella, el teléfono móvil y el pequeño altavoz impactando entre sí en el interior de su bolsa de deporte, con la respiración acelerada de la muchacha como ritmo frenético. Y aunque se está dando toda la prisa que puede, la joven siente que se mueve a cámara lenta mientras oye con claridad los pasos de los zapatos Oxford de John Lobb de Javier. Su hechura a mano, vendida a más de mil doscientos euros, golpea de forma única los escalones que conectan el garaje con el salón. No entraba en sus planes ese encuentro, no había pensado en ello. Necesita salir de allí.

Las dos mujeres la observan mientras, con apuro evidente, se pone la chaqueta y se suelta el pelo de nuevo. Elisabeth se fija en su cara, sin apreciar la preocupación que la ha ensombrecido: los pómulos y labios prominentes que todo el mundo le pide en consulta son, de forma natural, exactamente como los que tiene la chica dominicana. Y además, son imposibles de reproducir con ácido hialurónico sin dejar a la paciente con aspecto de muñeca hinchable. Es el gran engaño de la medicina estética: para ser tan bella como esa mujer, hay que nacer así, piensa Betty. Elena, por su parte, se detiene en el pecho de la muchacha, preso tras el top deportivo pero prominente. Se pregunta si se habrá operado. Ella siempre ha pensado que menos es más, que un pecho grande no es elegante. Pero ante la silueta juvenil, armónica y desafiante de la entrenadora, Elena es capaz de comprender por qué los hombres enloquecen al ver bustos bien dotados. Sobre todo, su marido.

Apenas unos segundos más tarde, dos sonidos de puertas casi se solapan. Javier emerge de la que conecta la casa con las escaleras que dan al garaje para cinco coches en el que solo duermen tres, con el tiempo justo para caminar hacia el *hall,* antesala del gran salón, donde Elena, Betty y Wendy observan con cierto embeleso cómo la dueña de una melena oscura y unos glúteos musculados, perfectamente apreciables tras la ropa deportiva, desaparece a través del acceso principal de la casa.

—¿Quién es?

Javier parece haber visto un fantasma, ni siquiera saluda al llegar.

—Ah, es nuestra entrenadora personal. Qué pena que hoy, que has venido antes, tampoco haya habido tiempo de presentártela. Se ha ido pitando porque tenía otra clase. —Elena le contesta mientras se acerca para darle un beso de bienvenida—. Hola, ¿eh? —La mujer nota que algo pasa—. Oye, ¿estás bien?

—¿Eh? Sí, claro. —Su rostro permanece tenso, aunque se percata de que tampoco ha saludado a Elisabeth, a la que lanza una fugaz mirada—. ¡Hola, Betty! —tras lo que redirige la vista hacia la puerta que acaba de cerrarse—. ¿Y cómo dices que se llama?

—¿No te lo había dicho? ¡Jennifer López!

Elena y Elisabeth entonan el nombre al unísono y después ríen divertidas. Les resulta imposible no hacerlo cada vez que se refieren a su entrenadora por el nombre completo.

El aturdimiento de Javier no parece aflojar con las risas de su mujer y la amiga de esta, el triángulo que forman no es el que más confortable le hace sentir. De forma mecánica, se deshace de la cartera con el portátil, que recoge Wendy con eficacia, y deposita las llaves del coche sobre el mueble de la entrada, puro cristal de Murano. Pero una vez liberado de ese peso, está lejos de sentirse más ligero. Se da cuenta de que necesita con urgencia aflojarse la corbata, incluso deshacerse del traje. Experimenta un amago de mareo, como si el espacio a su alrededor menguara, robándole el aire. No lo ha visto venir, pero igual que una afilada hoja contra su piel, el recuerdo del suicidio del técnico de Urbanismo acosado por sus secretos sexuales se ha abierto paso en su cuerpo y le llena de angustia. El gerente de GVA nota la camisa pegada a sus axilas por

el sudor, su temperatura corporal se ha disparado cuando le ha parecido que la que salía de su casa era exactamente su *sugar baby*, Daisy.

¿Es eso posible? ¿Puede haberle seguido la joven en alguna ocasión? ¿Qué podría pretender presentándose en su casa? ¿Qué debería hacer él si así fuera? ¿Puede alguien haberle tendido una trampa?

El traqueteo de preguntas le tortura. Un dolor punzante en las sienes le hace llevarse las manos hacia ellas para procurarse algo de alivio mediante un suave masaje. Javier aprovecha para excusarse:

—Disculpad, chicas, me mata la migraña. Voy a tomarme algo e intentar descansar, ¿ok?

Elena le observa inquieta, piensa en el tiempo que hacía desde la última vez que Javier acusó cefaleas y colige que el Desarrollo Sureste debe de estar siendo más complejo de lo que esperaba. No envidia a Javier por tener de jefe a su padre.

—Oh, cielo. Ahora mando a Wendy con naproxeno y agua. Pero tienes que aflojar el ritmo...

Javier asiente y se da por disculpado, libre para dirigirse a un lugar más tranquilo —y solitario— de la casa donde procesar el torrente de ansiedad que amaga con inundarle. Nunca había percibido así el miedo de sentirse pillado por su mujer en sus aventuras y menos cuando piensa que lo tiene todo tan bien amarrado, agencia mediante. Las consecuencias de una revelación así a Elena serían catastróficas para su vida personal y profesional. No puede permitírselo, está convencido de que él no es el tipo estúpido de tío al que pillan. La duda, sin embargo, se ha apoderado de él.

Cuando por fin accede a la biblioteca, pasada la zona de salón y cocina que ocupa la mitad de la enorme planta baja de la casa, el frescor de esa sala solitaria, sumida en el desuso y la penumbra, le reconforta. Javier cierra la puerta tras de sí y exhala, liberando un aire que siente corrupto, insano.

Mientras camina en círculos alrededor de la mesa, inmaculada, que ocupa la parte central del espacio, trata de recomponer sus últimos movimientos en busca de fallos y pronto concluye que la

posibilidad de que la mujer que acaba de abandonar la casa sea su amante no existe, en realidad, porque la chica no tiene ni idea de dónde vive él, ni sabe su teléfono, ni absolutamente nada sobre su vida. Él mismo se ha preocupado de forma personal de que así sea. Además, como le acaban de confirmar, quien ha salido por la puerta no es Daisy, sino una tal Jennifer López.

26

Poco después,
3 de marzo de 2022,
domicilio de Elisabeth Morientes, Moncloa, Madrid

Para conseguir llegar a ver la pantalla iluminada de su reloj inteligente, Elisabeth casi tiene que hacer contorsiones mientras atraviesa caminando el aparcamiento de su edificio. Cargada como va con su *shopper* Christian Dior, probablemente de imitación, que Minerva le trajo de un viaje a China, colgado de un hombro y hasta arriba de dispositivos, cuadernos y maquillaje; la bolsa de deporte colgada del otro, con las zapatillas y la ropa que ha usado en casa de Elena para el entrenamiento; el sobre tamaño A4 con los contratos del personal de la clínica que ha recogido de la gestoría aprisionado entre un brazo y su torso; solo le queda un dedo libre para llevar, colgando, la argolla que agrupa las llaves de casa y el coche, que acaba de cerrar al son de un bip-bip.

Son ya las 20:45 y se siente como una mujer orquesta que llega tarde a la charanga. Y eso que ha salido disparada de casa de Elena al finalizar su entrenamiento, en cuanto ha llegado Javier. Además, había algo espeso en el ambiente, y ella tiene mucho trabajo por delante. Repara en el poco tiempo que tiene para acabar de preparar los detalles y que la inauguración de su clínica sea un éxito. Lamenta que, para sus amigas, sobre todo Elena, parece que la fiesta lo es todo. Y, sin embargo, la fiesta es solo lo que se ve, el primer día de una carrera de fondo que debería durar muchos años. Un ejercicio de relaciones públicas importante para arrancar, pero insignificante si se compara con todo el trabajo que viene después,

tras la pompa de la apertura. Responder a las expectativas de las clientas, dotarse de personal cualificado y eficiente, devolver el crédito de inicio de actividad que ha conseguido, cuadrar las cuentas..., siente el riesgo de que le explote la cabeza al intentar abarcar todo lo que supone su aventura empresarial.

Todavía no ha alcanzado el ascensor, y el peso de los objetos que transporta ha quedado superado de muy lejos por el de la bola de plomo que se ha instalado en su pecho al ser consciente de lo que se le viene encima. Elisabeth detiene el paso, toma aire con fuerza hasta que llena los pulmones y lo suelta poco a poco, como en pequeños soplos, tal y como aprendió de un taller de gestión de ansiedad.

Este es su camino. Otras han nacido con dinero y prestigio. En su familia hay que luchar. Su hermana Minerva consiguió llegar a una importante cota de éxito e ingresos como presentadora, pero la televisión es tan desagradecida... Ya lo decía papá, nunca le pareció serio lo del periodismo. Mucho mejor medicina, por eso ella se lanzó. Pero lo cierto es que desde la consulta 7 de Dermatología de La Paz y viendo a su hermana triunfar, Betty sentía que se había llevado la peor baza de cartas en la partida. Con su nómina de adjunta no iba a pasar nunca de ser una mujer de clase media trabajadora con cierto acceso a círculos de influencia por ser hermana de una famosa ya de segunda fila. Menudo cartel.

Sin embargo, ahora, su camino hacia la cima está más afianzado que el de su hermana. Está a punto de montar su propio negocio, generar su propia renta, ¡incluso crear empleo! Le emociona su papel como empresaria.

El estruendo del impacto y rebote contra el suelo de la maquinaria del viejo ascensor al llegar hasta la planta -2, donde está su plaza de aparcamiento, saca a Elisabeth de su ensimismamiento. Apoya en el suelo las bolsas para poder abrir la puerta y entrar. Una vez en el octavo piso, repite la operación para salir del ascensor y disponer de una mano libre para accionar la llave de entrada a su vivienda. Tras la puerta, empieza una nueva lista de tareas retadoras para una mujer que llega agotada a su casa.

—¿Dónde están mis chicoooos? —Consciente de lo tarde que es, y de que seguramente sus hijos ya han cenado con la *nanny* que los cuida hasta que ella o su marido llegan, trata de utilizar el tono más amoroso que puede y fuerza la más amplia de las sonrisas mientras saluda a los niños. Así funciona la culpa que golpea a una madre que ambiciona más que una nómina y una jornada continua de ocho a tres.

Nadie contesta.

Betty distribuye como puede por el pequeño *hall* de su piso la ingente cantidad de bultos que ha arrastrado hasta la casa, como si llegara de un viaje transoceánico. Luego los colocará y atenderá la temible carpeta de contratos. Cuelga su abrigo en unos ganchos atestados de ropa del resto de su familia tras la puerta de acceso y se dirige al salón.

No ve a la pequeña Berta jugando en la alfombra, como otras veces. Su Biti habría ido corriendo a abrazarla, si hubiera llegado a tiempo. Esas noches en que no la encuentra despierta, Elisabeth se hunde en la culpa. Lucha contra la percepción que la acosa de ser una mala madre; ella, sin duda, quiere lo mejor para sus hijos. La disyuntiva reside en que, para la doctora, lo mejor para sus hijos pasa por mantenerse a flote en ese barco del emprendimiento que ya ha zarpado y que le roba todas las horas del día. Los adora, son lo más preciado que tiene, pero el impulso que la empuja a querer tener su empresa, su propio éxito y dinero, es igual de fuerte y no remite, pese a las consecuencias. Pese a la amenaza de naufragio familiar. «De mayores lo entenderán», recapacita.

Biti debe de estar dormida, pero Elisabeth consigue abrazarse a Nacho, su hijo adolescente. Se lo ha encontrado pegado al móvil, semiestirado en un sillón que separa el vestíbulo del salón, y lo ha achuchado durante tanto rato que temía que el chico se zafara de su gesto. Pero se ha dejado abrazar y le ha infundido a su madre, sin saberlo, más energía que una central nuclear.

Elisabeth está ahora preparada para entablar la conversación más temida. Aunque le apetezca, aunque lo haya hecho todo sola, no puede seguir evitando a su marido a pocas horas de que su negocio vea la luz verde.

Veinte años después de conocerse, Cristóbal y Elisabeth están a años luz de distancia dentro del mismo piso. Ella traga saliva, no se siente preparada para enfrentar la situación. Aun así, lanza el anuncio.

—Bueno, chicos... ¡Ha llegado el día! ¡Mañana inauguro la clínica! —Elisabeth proyecta la voz, como para ser oída desde la cocina, donde intuye que está su marido.

—¡Eso es genial, mami! Pero no me grites desde tan cerca, hombre... —Su hijo Nacho ha vuelto al móvil tras el saludo y no despega la mirada de la pantalla mientras responde a su madre con cierto desdén. Es tan típico en los adolescentes despreciar el entusiasmo de los adultos. En Nacho no es tan acusado, su madre piensa que está teniendo una adolescencia bastante pasable. Aún se deja abrazar...

Ante el silencio que sigue a la queja de Nacho, Betty se pregunta dónde estará Cristóbal, y si la habrá escuchado. El piso tiene noventa metros cuadrados, pero ellos dos han desarrollado la habilidad de evitarse totalmente a pesar del corto espacio.

Cristóbal siempre ha apoyado y entendido el trabajo como médica de Betty, los horarios imposibles durante la residencia, el doble turno por la tarde en la privada para completar sueldo. Él también tiene sus guardias y sus congresos, todo esto lo sabían desde que eligieron la carrera. En la Facultad de Medicina, donde se conocieron, ambos llegaron a funcionar como un perfecto binomio de estudio. Las jornadas maratonianas en la biblioteca eran míticas, los apuntes y esquemas compartidos, una constante. Los de Cristóbal eran muy codiciados, pero él solo se los prestaba a ella. Dos almas entregadas a la ciencia y, con el tiempo y mucho esfuerzo por parte de él, la una a la otra. Betty no sabría decir si en realidad nunca estuvo enamorada o solo no lo está ahora que Cristóbal no apoya su proyecto y ya no se esfuerza por seducirla. A él, la medicina estética le parece una frivolidad.

Expectante ante la falta de respuesta, ella camina hacia el lateral del salón, donde una puerta da acceso a la cocina. Tras abrirla, confirma el paradero de su marido: a los fogones.

—Hola... —Betty se coloca en su campo de visión con el gesto más pacificador que le sale—. Menuda semanita, ¿eh? ¿Cómo estás? —pregunta mientras se acerca al hombre sin llegar a tocarle.

—¡Doctora Morientes! No te había oído llegar. —Cristóbal levanta la vista hacia ella y sonríe, el nivel de tensión inicial se reduce unos grados—. ¿Te apetece un revuelto de setas? ¡Lleva boletus y níscalos! —afirma, como un gran logro—. Son congelados, pero huelen de fábula.

—Es cierto, ¡qué rico!

Las señales son positivas, parece que la bronca pasivo-agresiva que tuvieron hace una semana ha quedado en el olvido. Cristóbal tuvo uno de esos días en que se rebela contra sus fobias: la gente pija, los círculos elitistas, el culto a la jeringuilla para aparentar menos edad; con la desagradable coincidencia de que parece que el mundo de Betty ahora mismo las concentra todas. Es una situación que se ha convertido en recurrente cada vez que ella ha querido compartir con él inquietudes de su nueva ocupación como dermatóloga volcada en la estética.

El día de la última bronca, Betty le contó que había tenido que hacer un retoque con hialuronidasa, una enzima que degrada el ácido hialurónico, usada para eliminar efectos indeseados de ese relleno, a una paciente. Se trataba de una chica muy joven, de familia bien, que, arrastrada por la moda imperante en redes sociales, había ido añadiendo más y más volumen a sus labios en una clínica regentada por gente con pocos escrúpulos. El labio inferior había colapsado, por culpa del peso del relleno, recordando a los de esas mujeres africanas que introducen aros metálicos en su interior y dejan al descubierto el reverso de la boca y todas las encías inferiores. Daba miedo. Betty estaba muy satisfecha de haber conseguido retirar el producto, usando el antídoto de la hialuronidasa, y moldear de nuevo la boca de esa pobre chica de una forma bonita y compatible con una cara humana. Sin embargo, a Cristóbal la historia le sacó de sus casillas. Que si Betty está participando de un circo que destroza las caras de la gente; que si no le da vergüenza el mundo en el que se está metiendo; que si más que doctora en Medicina parece peluquera con jeringuilla... Emitidos

sin elevar ni un decibelio el tono de voz, los argumentos de Cristóbal eran suficientemente crueles para herir a su mujer, inútil en su empeño de defender que la medicina estética ayuda a mucha gente a sentirse mejor y que el caso concreto de esta muchacha era un buen ejemplo. Ella esgrimía su ausencia de culpa en la mala praxis de otros médicos, eso ha pasado toda la vida, y la importancia de que existan profesionales que, como ella, puedan contribuir a devolver la armonía a un rostro. Pero, tanto en esta discusión como en otras del pasado reciente, al final siempre sale a relucir el desacuerdo de Cristóbal con que Elisabeth abandonara su consulta, su plaza fija como adjunta en Dermatología, por el *pincha-bobas*, como ha llegado a definir él la nueva actividad de Betty. Ya son dos años de desencuentro, y la brecha se ha ensanchado más cuanto más ha crecido Elisabeth en su nueva ocupación, centrada en la estética. Y ha crecido mucho, tanto en reputación como en ingresos. De hecho, la decisión de cambiar a los niños a El Colegio Británico de Pozuelo solo se sostuvo por el acuerdo de que sería ella quien sufragaría las mensualidades gracias a los extras que obtenía por su labor aplicando bótox y rellenos. De un tiempo a esta parte, desde que no comparten ilusiones de futuro, ni viajes, ni proyectos, a Cristóbal solo le preocupa que su cuenta común tenga saldo para pagar la cuota hipotecaria. Ya sea por dejadez o desconocimiento, ha hecho como si no viera el par de bolsos de firma que Betty ha ido adquiriendo durante los últimos meses, como premio a su nueva capacidad de generar ingresos. Ni siquiera le ha preguntado a su esposa de dónde ha sacado el capital para arrancar su clínica, tal es el nivel de desprecio. De no ser por el aval y acompañamiento que le ofreció su hermana a la hora de ir a negociar un crédito con el banco, el proyecto podría no haber nacido nunca. Una cara conocida siempre ofrece confianza.

Estos son los mimbres, raquíticos y secos, con los que se sostiene su convivencia. Y a unas horas de inaugurar su propio negocio, la fragancia que emana del revuelto preparado con setas salvajes ultracongeladas es el único salvoconducto disponible para acercarlos desde sus respectivos abismos.

—Esto ya casi está... Bueno, entonces, abres mañana la clínica, ¿no?

Sí que se había enterado, entonces. La pregunta de su marido pone en guardia a Elisabeth. ¿Apaciguamiento o preludio de bronca?

—¡Sí! Ha sido una locura, hemos trabajado *muchíííísimo,* ¿sabes que Elena se ha encargado de todo lo del cáterin y no me ha querido cobrar más que los costes de la comida? La casa donde pasaré consulta ha quedado bastante bien, pero faltan cosas, ¿eh? Lo de los albañiles es una pelea..., hay que estar encima de todo porque el arquitecto ni aparece por allí...

Elisabeth ha tomado carrerilla y condensa en cuarenta segundos toda la información que no ha compartido en las últimas semanas porque, o no han coincidido, o cuando lo han hecho estaban enfadados. Él escucha mientras aparta el revuelto de huevos con setas del redondel incandescente por la inducción, ya está suficientemente cuajado. La mujer decide seguir aprovechando esta ventana de comunicación que podría cerrarse en cualquier momento y lanza la oferta más arriesgada.

—Por supuesto, si al acabar mañana, en caso de que no tengas quirófano, ni compromisos —Betty va colocando salvaguardas—, sería genial que te pudieras pasar a verlo. Creo que Minerva vendrá con Daniel, y también estará Javier, el marido de Elena, y muchos otros papás y mamás del colegio que estaría genial que conocieras... Gente bien, con influencia.

—¿Y para qué quiero yo conocer a *gente bien*, *con influencia*?

Cristóbal corta el chorreo de su mujer planteando, con una media sonrisa y mientras emplata el revuelto, una cuestión que es mejor no tratar de responder. Por si no ha quedado claro, el cirujano añade con cierta sorna:

—Ya solo con la *gente normal*, los que se atan sus propios zapatos, tengo la agenda de la consulta llena hasta mayo. Será esa fastidiosa manía de los no millonarios de tener también sistema cardiovascular.

Elisabeth entiende que no tiene que esforzarse por dar una respuesta, entrar en esas disquisiciones con su marido siempre acaba mal. Pero intenta mantener la *entente cordiale* que parece

reinar esta noche y opta por una risa nerviosa, inverosímil, antes de continuar ofreciendo los mejores argumentos que puede.

—Bueno, ya sabes, las relaciones públicas son importantes en... —busca la construcción más vacía que exista para referirse a su nuevo campo de trabajo: la medicina estética— todo esto.

Betty no quiere atraer a la conversación más fantasmas peligrosos de los que ya ocupan su matrimonio.

Ahora Cristóbal ha desaparecido de su vista, se ha llevado los dos platos hacia la mesa de la cocina. Ya no queda ningún vestigio del atardecer que suele bañar el ventanal con vistas al Parque del Oeste, ventajas de un octavo piso. El cristal está tan oscuro como la perspectiva de esta conversación con la que Elisabeth pretendía dar a su marido quizá la última oportunidad de seguir navegando juntos. Al menos, en el buque al que quiere embarcar ella. Él se sienta a la mesa frente a uno de los platos, el otro enfrente, esperando a una Elisabeth dubitativa.

—Digo yo que tendrás que maquillarte, ir a la peluquería y esas cosas para la fiesta, ¿no? —La pregunta sorprende a Betty, quizá Cristóbal sí está interesado en los preparativos—. Como aparezcas con estas ojeras en la inauguración de tu propia clínica de belleza van a pensar que en vez de inyectar bótox, chupas sangre. —Cristóbal ríe su propia broma de mal gusto—. Anda, ven, que se enfría el revuelto.

Betty se toma un momento antes de acercarse a la mesa en la que su marido ha dispuesto la cena que ha preparado con esmero, mientras la apuñalaba verbalmente. Busca su imagen en el reflejo del negro cristal que pinta la noche. Es cierto que ofrece el rostro de una mujer cansada. Con las manos, frías, se atempera las mejillas, que se han encendido de repente, antes de evitar, con el dedo índice, que una lágrima traicione la pose de empresaria impune al descreimiento de propios y extraños que ya ha adoptado, hasta nuevo aviso.

27

Al día siguiente,
4 de marzo de 2022,
clínica BeBeauty, Pozuelo de Alarcón

El fotógrafo que han contratado para captar imágenes de todos los asistentes a la fiesta de inauguración frente al *photocall* de la entrada del chalé-clínica, decentemente engalanado para la ocasión, anda por las nubes. Elisabeth está atacada, odia tener que estar avisándole cada vez que llega alguien para que le invite a hacerse una foto ante el gran mural con su logo impreso. Ahora mismo su prioridad no es abroncar a un fotógrafo vago, sino ofrecer su mejor imagen a las invitadas. Menos mal que el recién diseñado logo de su clínica ha quedado precioso sobre fondo blanco y, bien iluminado por los focos, luce de forma eficiente la acertada elección de marca.

Poner el nombre en inglés suponía varias ventajas: es más sofisticado y ofrece múltiples significados. «BeBeauty» puede expresar a la vez «ser o estar bella», pero también la forma imperativa «sé bella». Esa dualidad, propuesta por el estudio de diseño que le recomendó Elena, atrajo a Betty. En todo caso, el verbo inglés *to be* «evoca a ser, estar o sentirnos de la manera que queramos». En la presentación del trabajo de diseño, el creativo se lo explicaba todo con una sonrisa tan gigante en la cara como el cargo de seis mil euros más IVA que Elisabeth encontró después en la factura.

«Respira hondo, Betty, que aquí empieza todo», se oye decir.

Son las ocho, está oscuro desde hace rato y la noche, bastante fría, reivindica que el invierno se alarga hasta el 21 de marzo, para el

que aún faltan días. Los asistentes no están dispuestos a quedarse demasiado tiempo en el acceso, y menos con el abrigo quitado para la foto. Las setas de calefacción apañan ligeramente el trance y permiten a Betty permanecer plantada en la entrada para saludar a todo el mundo de forma personal. Ha elegido un mono entallado de Sandro, manga larga y cuello barco tocado por una estola de pelo de visón, todo color azul noche. El tejido de la pieza de ropa, un tanto brillante. Un look abrigado, elegante y con un punto atrevido para recibir a sus invitadas con el que, tras invertir dos horas y trescientos euros en el salón que le indicó su hermana Minerva, cree que está perfecta. No hay rastro de la mujer que horas atrás lloraba reflejada en el negro espejo de la noche.

Nadie ha preguntado por su marido, aún. Prefiere no tener que dar explicaciones. Lo más sincero que podría ofrecer para excusarle sería: «Es que como médico *de verdad* le parece que pincharos productos en la cara a cambio de miles de euros es un insulto a la profesión», pero mejor no decir eso.

Parece que Lucía, su recepcionista en la nueva clínica, ha entendido el mensaje y está consiguiendo canalizar el tráfico de llegadas al chalé convertido en clínica sin que la anfitriona tenga que intervenir.

—Buenas noches, señora. ¡Bienvenida! ¡Luce usted espectacular! Adelante, la doctora la está esperando.

Elisabeth escucha a su recepcionista y cree que ha hecho una buena elección contratándola. No le ha llegado a pedir que haga la pelota a nadie, pero decirle que está increíble al esperpento que acaba de llegar es de nota.

—¡Carmen, querida! ¡Qué alegría verte!

Carmen, una señora forrada de plumas de colores como una piñata de fiesta infantil, se gira alegre hacia la anfitriona.

—Betty, bonita, ¿cómo perderme el estreno de la clínica de la *hermanísima*? ¡Tú y yo haremos buenos negocios!

Ambas mujeres ríen y se saludan con dos besos distantes para evitar dañar la capa de maquillaje. Carmen Montero, emperifollada como se ha presentado, es una abogada amiga de su hermana Minerva. Penalista de éxito, una fiera en el estrado y una gran

embaucadora capaz de seducir dialécticamente a clientes, fiscalía y jueces. Le sobran trabajo, dinero y vestidos absurdos de brillo o pelusa como el que ha elegido hoy. Con los hombres le va peor, porque le atraen los que solo piensan en jovencitas con aspecto de modelo. Y ella, a sus cincuenta y cuatro años, setenta y cinco kilos de peso para el metro sesenta y cinco de estatura, no da el perfil. Minerva le ha presentado a decenas de buenos candidatos. «¡Es calvo!» o «¡Tiene tripa!» son las respuestas que suele ofrecer, parece que ella también pretende ligar por catálogo. La abogada no duda en invertir parte de sus ingresos en mejorar su imagen, aunque tiene un gusto pésimo con la ropa. Elisabeth piensa que el primer consejo que ella le daría sería comer mejor y beber menos. En cuanto a los retoques estéticos, observa que hasta ahora no ha caído en buenas manos. Lleva tanto relleno de hialurónico y bótox que solo se le aprecia el movimiento de los ojos, como a un camaleón observando desde una rama. Todo esto la convierte en una excelente clienta potencial para ella. Una a la que cuidar.

—Doctora, su hermana con varias de sus... excompañeras... de la tele.

Lucía, la recepcionista, interrumpe con cautela el encuentro entre Betty y Carmen para advertirles de la llegada de la comitiva más célebre de la noche. Viendo entrar a Minerva, el mito de la diva caída en desgracia no parece encajar con la pose segura y de líder de la Morientes. Detrás de la periodista, otras tres televisivas de edad similar, rondando los cincuenta. El grupo desprende notas diferentes de perfume entre dulce, amaderado y empolvado, tan intensas que podrían tumbar la pituitaria más indolente. Caminan hacia el *photocall* comentando algo que las divierte, pero cuando llega el momento de posar ante el fotógrafo, los cuatro rostros se congelan en diferentes grados de sonrisa ensayada e inmóvil. Enseguida, junto a la espalda de quien dispara el objetivo de su réflex digital, aparecen teléfonos en alto, ávidos por captar ese momento. Ver de cerca a las estrellas de la televisión genera expectación y comentarios entre el resto de los invitados que bien valen una foto para reenviar a los grupos de chat. Por unos segundos más, se mantiene congelado el movimiento de los brillos

de los vestidos de las cuatro televisivas, el tintineo de los pendientes, brazaletes y collares de las mejores joyerías, hasta el vaivén de los flequillos con laca. La foto es un momento sagrado para estas cuatro reinas: hay dos presentadoras, Minerva en grado de retirada y la que fue su competidora, que sigue en activo; una colaboradora experta en sociedad (cotilleo), y otra de sucesos (crímenes, cuanto más morbosos, mejor).

Betty atiende a la escena sin atreverse a interrumpir la magia de esa fotografía que une su marca con la de cuatro mujeres que son marcas por sí solas, que son capaces de inspirar a otros miles a su vez. En términos de relaciones públicas, esa imagen vale un dineral. Personajes así no suelen prestarse a acudir a eventos de marca a cambio de nada, y la dermatóloga no tenía presupuesto para pagar sus cachés. Elisabeth busca la mirada de su hermana, que le devuelve un pícaro guiño desde la zona enmoquetada del *photocall*. La delegación de *famosas* que acuden al evento por amistad con la periodista es otra magnífica aportación al negocio, y se la cobrará en tratamientos.

Diez minutos más tarde, el tumulto inicial se ha evaporado y el grueso de los invitados están debidamente ubicados en el salón convertido en recepción de la clínica, que tras la reforma combina con elegancia tonos beis, dorado y champán con la madera del suelo; sofás de terciopelo verde botella oscuro y una bella y relajante iluminación cálida, tirando a color ámbar. Los camareros pasan ya bandejas con cava y algún aperitivo al son de una suave música. Elisabeth por fin tiene tiempo para tomar aire. Busca con la mirada a sus amigas. Localiza a Elena en el centro, lleva un traje en color maquillaje con las solapas en *animal print* leopardo, de Prada, y Betty piensa que es perfecto para conseguir brillar a pesar de estar trabajando con intensidad. Elena está dando órdenes de forma casi imperceptible a cocina y camareros a través de un micrófono de diadema, estilo Madonna, como dijo al verlo por primera vez. En otro punto, Minerva, con falda de tubo negra y top brillante tipo *halter*, dejando su espalda carnosa y un poco flácida al descubierto, ha tirado de técnicas de marketing de supermercado y se ha llevado a sus amigas al fondo del salón, para que quien quiera verlas tenga

que atravesar toda la sala. La periodista retirada ha introducido a Irina en su corrillo de señoras ilustres y parecen estar a gusto las cinco, brindando con espumoso y riendo ante algún chisme.

Betty piensa en la fiesta como el tapón de una agitada botella de cava. Sale fácil, todo va rápido como un cohete. Emociones, saludos, brindis y muchas fotos llenan el espacio, pero, igual que la espuma que generan, es todo efímero. Su día a día, como empresaria, está a punto de enfrentar una nueva situación. Igual que lo haría el contenido disparado de la botella, mojándolo todo, este proyecto va a poner del revés su vida y la de su familia. ¿Podrá resistir hacerlo sin el apoyo de Cristóbal? La dermatóloga vuelve la cabeza hacia la puerta de entrada, aún piensa que su marido podría decidirse a acudir. Pero sigue sin verle.

—¡Brindemos por la belleza! —Betty se abre hueco introduciendo su copa entre sus amigas e invitadas. Los nervios del principio de la velada van desapareciendo y piensa que puede disfrutar de lo que queda. Se vuelve para llamar a la artífice de la estupenda comida y el presto servicio de camareros—: ¡Elena, faltas tú!

Elena, tres metros más allá y envuelta en su propio corro de señoras, devuelve un gesto afirmativo a Elisabeth mientras sujeta el teléfono móvil entre el cuello y la oreja que le queda libre del micrófono-auricular que la ayuda a controlar al *staff*. Se recoloca la diadema, guarda el móvil en el bolsillo y estira la chaqueta de Prada antes de arrancar.

En cuanto está cerca, es Minerva quien alza la copa y propone:

—¡Brindo por esta gran empresaria que ha cosechado toda esta expectación por la apertura de su clínica!

Inmediatamente, se suceden otros vítores:

—¡Brava!

—¡Enhorabuena!

Betty está emocionada por recibir esas alabanzas. Bebe de su copa a gusto, pero lo que la emborracha es la imagen de todo ese cariño hacia su proyecto. Elena se ha situado junto a ella en el corro y aprovecha para efectuar un pequeño parte de la situación, en privado.

—Amiga, todo va estupendamente. En diez minutos sacamos las bandejas con dulce y en treinta empezamos a vaciar esto —anuncia mientras mira su reloj Patek Philippe—. *Timing* perfecto. Javier me acaba de llamar para decir que se acerca a darte un beso y mucho ánimo. Estará al llegar.

—¡Me alegro! Pues voy a seguir saludando, que aún me falta gente. ¡Qué haría yo sin ti!

Elisabeth y Elena se sonríen y se miran cómplices durante un segundo más, antes de separarse y continuar cada una con su labor. Aunque Betty se lleva el pinchazo de que Cristóbal no ha acudido, mientras que Javier sí lo hará. Es cierto que en la fiesta no hay muchos hombres, pese a que maridos y acompañantes estaban invitados. Puede que pensaran que se trataba de un evento exclusivo para mujeres, lo cual reduciría la gravedad del hecho de que el suyo tampoco haya comparecido, aunque sus motivos sean otros. Betty es consciente de que está buscando excusas. Se sacude la culpa de un respingo, como si fueran pulgas, y prosigue.

A punto de acabar el repaso visual de trescientos sesenta grados al salón del chalé erigido ya en clínica, Betty repara en un personaje algo discordante por edad y elección de vestuario junto al Beauty Bar, un rincón pensado para vender productos de belleza, ambientado como la barra de una coctelería de lujo, con su encimera y taburetes. Se acerca.

—¡Pero bueno! La JLo de Pozuelo en la inauguración de mi clínica. ¡Esto es noticia!

Ambas ríen ante la forma en que Betty saluda a la joven entrenadora, que se tapa la boca con la copa a mitad de champán mientras acaba de masticar uno de los montaditos de salmón de los que han estado repartiendo los camareros. La desnudez de sus piernas por debajo de un minivestido negro que cubre apenas el glúteo contrasta con la etiqueta del resto de las invitadas. La mayoría llevan vestidos cóctel, en general por debajo de la rodilla, monos o trajes de chaqueta. A Betty le asombran las sandalias de plataforma de la joven, que mezclan brillo, estampados y tela metalizada sobre una base de cuatro centímetros de grueso bajo el empeine y catorce de tacón. El bronceado de sus piernas le permite

no llevar medias; Betty imagina que habrá llegado envuelta en un buen abrigo, pero no pregunta.

—Ay, mamita, me apetecía verlas fuera del entrenamiento. —La joven ha acabado de masticar y contesta con su voz melosa, caribeña. Alza su copa—. ¡Y el champán está delicioso!

—¡Para eso te invitamos! Además, a poco que las clientas piensen que se van a ver como tú..., ¡eres un gran reclamo! —Se le escapa una especie de risa nerviosa mientras dice esto, espera no haber molestado a la joven—. Ven conmigo, Elena está por ahí ocupada, pero te presento al resto. Por cierto, ¡menudas agujetas tengo!

Elisabeth ríe y toma a la chica del brazo para dirigirla a donde se encuentra Irina junto a Minerva y sus amigas. Mientras caminan, nota miradas ansiosas y perplejas sobre ellas. Recapacita, solo observan a la joven entrenadora. Su cuerpo enfundado en un vestuario de gogó llama la atención, es difícil dejar de contemplar esa tersura, esa perfección natural.

—Hermana, señoras —Betty pasea la mirada por el grupo que acompaña a Minerva e Irina—, ¿recordáis que os hablé de nuestra nueva entrenadora personal? Pues aquí está, ¡os presento a Jennifer! Ayer nos entrenamos con ella y fue duro, ¡pero divertido!

Los treinta segundos que dedica la joven a saludar con besos distantes a las seis, quizá siete, mujeres que hay ahora a su alrededor se vuelven espesos. Cada movimiento de esa joven que no aparenta ni veinte años, casi sin ropa, entre mujeres que le doblan, casi triplican, la edad, hace crecer la mezcla de susto y desconcierto con que la escudriñan.

Daisy, ajena a las miradas, sigue interpretando el papel de Jennifer. Siente una brutal atracción por esa faceta que el personaje le proyecta. Se siente una persona importante para las señoras que la han invitado, más allá del morbo que le induce conocer más de cerca a la mujer de Javier, imaginar que detecta los puntos débiles de la relación y pensar cómo usarlos a su favor. Entre ellas, como su entrenadora personal, no es una inmigrante muerta de hambre que mata cucarachas cada mañana, sino una glamurosa y apreciada colaboradora. El salto cualitativo de estatus, piensa de forma fugaz, no lo ha dado tanto por la relación con Javier sino al meterse en su

círculo. Más convencida que nunca de que ese es el ambiente que desea, no puede evitar pensar que, si se topa esta noche con Javier, una posibilidad probable, la situación puede volverse delicada. Pese a todo, está dispuesta a jugársela.

—Un gusto conocer a las amigas de las señoras Elena y Elisabeth, son ustedes todas lindísimas. Si les apetece ponerse más fuertes, ya saben, ¡anímense a entrenar!

La perplejidad del grupo se ve alterada por la risa nerviosa de Elisabeth, efecto de haber visto el ceño fruncido de su hermana Minerva. El gesto es ligero, casi imperceptible, ya que ella misma le pone toxina botulínica en la zona para evitar que marque esas líneas. Pero la conoce, sabe leerla, y algo no cuadra. Por lo que sea, Elisabeth decide que es mejor deshacer el camino de la entrenadora hasta el Beauty Bar donde la encontró.

—Presentaciones hechas. Te acompaño, Jennifer. Me parece haber visto a mi amiga Piluca. ¿Sabes? Su hermano es el dueño de un gimnasio monísimo de la zona..., ¡te la presento!

Ambas dejan al grupo atrás, sumergido en murmullos. Al otro lado de la sala, Elena acaba de dar la orden de que salgan las trufas con *mousse* de limón y frutos rojos deshidratados sobre galleta de jengibre, la última pasada de bandejas. Se ha colocado junto al acceso, para recibir a Javier cuando llegue. Debe de estar a punto, piensa tras consultar la esfera de su lujoso reloj. Son las 21:15. Un cóctel no debe durar más de hora y media, Elena sabe que esa es la clave para evitar que surjan borrachos o deslenguadas por el champán que estropeen la velada. Y además, cada minuto empuja el presupuesto hacia arriba, los camareros cobran por horas.

La entrada enmoquetada ya está vacía y oscura, el fotógrafo se ha ido y se ha llevado sus focos y el resto de los bártulos, dejando la pobre iluminación del jardín como única guía para salir o entrar. De entre la penumbra, Elena distingue la silueta de un hombre vestido de traje acercándose. Se alegra de reconocer a Javier, impecable como siempre con su sastre y camisa blanca. Rabiosamente atractivo, con su sonrisa de embaucador por bandera.

—Otra fiesta exitosa gracias a la organización de Elena Villa-Arnaiz. ¡Bravo!

El hombre aplaude sus propias palabras, pronunciadas como si fuera el jefe de pista de un circo, provocando la risa de su esposa.

—Anda, tonto. —El saludo es un beso en la mejilla—. Llegas justo a tiempo, estoy a punto de finiquitar esto.

Javier y Elena caminan juntos buscando a Elisabeth. Por el camino, Javier quiere parar a saludar a Minerva e Irina. De pronto, comienza a palparse ostensiblemente el pecho, como buscando algo que le falta.

—¡Dios mío! No tengo mis gafas de sol, ¿cómo voy a admirar a todas estas estrellas? Mujeres, estáis increíbles.

Javier es un profesional de la socialización, del halago, de conseguir hacer que la gente, sobre todo las mujeres, se sienta bien.

—Vaya, el constructor importante. —Irina avanza, marcando su cuerpazo en el vestido más ajustado de todos los que luce el grupo de mujeres, para dar dos besos a Javier—. Si se llega a enterar mi marido de que estoy con el gerente del Grupo Villa-Arnaiz, y hombre de moda en el sector, debería atenerme a las consecuencias... —La abogada mira con aire pícaro a su alrededor buscando la reacción a su provocadora sentencia—. Espera, me olvidaba de que lleva dos años postrado en la cama por un ictus. —Irina levanta su copa hacia Javier y le guiña el ojo mientras recupera su posición entre el resto de las estupefactas mujeres—. Chin, chin. Era broma, guapo.

—Aún no me acostumbro a ese sentido del humor tuyo capaz de cortar el acero..., espero que Tony siga mejorando.

Javier contesta recobrando un tono más serio, pero sin juzgar a Irina con severidad. El grupo y Elena la observan, esperando un nuevo capítulo del brote que la abogada acaba de mostrar. Quienes no la conocían hasta hoy están impactados por la revelación que ha hecho y su aparente indiferencia ante la situación de su marido. Quienes sí, saben que esa actitud es resultado del efecto de la mezcla de dos copas de champán con los ansiolíticos que toma habitualmente. Minerva entiende que es mejor que Irina no hable más durante un rato e interviene.

—Me alegra verte, Javier. Daniel está locutando un partido de Copa del Rey, os manda recuerdos.

Elena tira del brazo de su marido para recuperar el camino hacia Elisabeth.

—Vamos a buscar a la anfitriona, ¿os vemos luego?

—Claro, mientras quede de esto...

Minerva señala el enfriador de botellas que los camareros han preparado solo para el grupo, convirtiendo ese rincón en la zona vip del salón. El resto ríe y continúan a lo suyo, aunque algunas de las acompañantes de Minerva acusan ya los cincuenta minutos de pie sobre sus Christian Louboutin o Manolo Blahnik. En cuanto a incomodidad, las mujeres del grupo concluyen: no importa el precio, cualquier *stiletto* de diez centímetros de tacón de aguja tiene la capacidad de asesinar los pies de su dueña.

Pese al amargo sarcasmo de Irina, Elena conserva la excitación por lo bien que ha ido la fiesta. Mientras buscan a Betty, cogidos del brazo, Elena le va contando a su marido, en voz baja, algunos detalles de la ejecución del cóctel de esa tarde, como lo que ha pasado cuando ha descubierto que parte del producto no estaba en buen estado.

—... y entonces, he llamado al proveedor y le he montado una buena... ¡Después de tirar a la basura seis kilos de gamba roja! ¿Qué esperaba?

—¡Se habrá disculpado!

—¡Más que eso! Ha sido decirle que era Elena Villa-Arnaiz y se ha deshecho en disculpas. Igual no es tan malo tirar de apellido, ¡todo el mundo teme a papá!

—No hace falta que lo jures..., ¡es mi jefe!

Elena y Javier ríen discretamente ante el comentario. No es conveniente hacer bromas sobre el capo, pero, en efecto, solo Elena, su única hija, se las puede permitir.

—¡Querida socia, aquí estás!

Elena reconoce a Betty por el mono azul noche que luce, ya que está de espaldas a ellos, charloteando en corro con algunas invitadas, así que apoya la mano con suavidad en la parte trasera del brazo de su amiga para llamar su atención. El grupo parece estar observando algo pequeño en el centro, como la pantalla de un

móvil, pero Betty recibe el mensaje y se da media vuelta con velocidad.

—¡Javier! —Elisabeth, alegremente alterada por lo que estaba presenciando en el corro, abraza a Javier para propinarle dos besos en forma de saludo un tanto exagerado—. Ay, Javier. Esto, sin Elena, habría sido como un cumpleaños infantil en el búrguer. Qué suerte tengo de que me ayudes, amiga... —Elisabeth extiende la mano buscando la de Elena en un gesto cariñoso de agradecimiento.

—Espera a que te pase la factura para dar las gracias, querida.

Los tres ríen ante la respuesta de Elena, sin saber que son las últimas carcajadas de la noche.

—¡Pero si está aquí nuestra entrenadora favorita!

Elena se percata, divertida, de que la joven está dentro del corrillo. De hecho, sostiene el teléfono móvil cuya pantalla encendida todas miraban, les enseña fotos de sus redes sociales de ella en bañador. Su cuerpo es su mejor escaparate como incipiente preparadora física.

—Ven, ven —Elena invita a la entrenadora a salir gesticulando con sus manos y señalando a su marido—, que te presento a Javier.

La muchacha asiente y se despide del corrillo dedicando una sonrisa forzada de labios extraperfilados hasta un límite casi grotesco. Antes de abandonar el espacio, se yergue con energía, casi como si se cuadrara. Las sandalias imposibles que decoran el final de sus muy expuestas piernas se ponen en marcha como las de un autómata. Sabe que lleva toda la tarde recogiendo miradas, pero la que nota ahora mismo sobre cada centímetro de su cuerpo pesa mucho más que el resto. Daisy, nerviosa de pronto ante un encuentro que quizá debería haber evitado, se propone mantener la compostura ante Javier, ya que nadie más en la sala conoce su relación.

—Cariño, esta es Jennifer, la chica que viene a casa a entrenarnos a Betty y a mí. —Elena se dirige primero a su marido y después a la joven—. ¡Él dice que ya se me empieza a notar en el trasero!

Elena piensa que se la ha dejado botando a Javier para que haga alguna broma de las suyas; al fin y al cabo, tan solo llevan cuatro sesiones de entrenamiento, aún no se puede notar nada.

Pero pasan varios segundos, y su marido no dice nada.

Ante la aparente pasividad del hombre, que mira a la joven tratando de disimular el horror que le atenaza en ese momento, esta avanza hacia Javier y le saluda con dos besos, como ha hecho con el resto de la gente, aunque más despacio. La juvenil sonrisa, algo menos tensa. A pesar del tacón, Javier tiene que agacharse ligeramente para responder al saludo. La muchacha se toca el pelo, se lo echa para atrás como si le molestara, mientras recupera posición tras el saludo. Javier se arranca por fin, repitiendo el nombre que le han anunciado.

—Jennifer...

El saludo llega tras un carraspeo. Como si, de repente, se hubiera quedado sin voz.

—... hola, encantado.

—Un gusto, señor. Su esposa es una de mis mejores reclutas.

Elena se percata de que la joven mira directamente a los ojos de Javier. Si no supiera que la muchacha acaba de llegar de la República Dominicana hace unas semanas y que es una camarera amiga de Wendy, pensaría que esa mirada tiene un punto desafiante. Su intuición la empuja a avanzar pantalla.

—¡Eso lo dirás de todas, tesoro!

Con una risa forzada acompañando a su salida, Elena trata de suavizar el extraño momento que tiene la sensación de estar atravesando sin comprender por qué. De su catálogo de excusas, escoge la que reza que lo más probable es que haya conseguido aburrir a Javier con las historias de su entrenamiento. Como su marido solo bromea sobre lo que le divierte, está claro que ahora mismo no es el caso; le observa mientras mira a su alrededor como si le asqueara estar en esa fiesta. Una repentina y socorrida prisa invade a Elena:

—Bueno, ¡volvamos al trabajo! —Elena se gira hacia su marido, diligente—. Quiero presentarte a Maru, la cocinera. Además, tengo que ir a organizar el cierre del servicio... —Tira de Javier hacia ella con una mano y con la otra vuelve a colocarse el micro-diadema—. Jenny, ¡te avisamos para el próximo entreno! Betty, te veo luego, ¡hay que darse brío!

Elisabeth recoge el testigo:

—Claro, yo voy moviendo a los invitados hacia la puerta, tranquila.

Los pasos rápidos y decididos de Elena para abandonar el lugar contrastan con la parsimonia un tanto fantasmagórica que ha adoptado Javier, que se deja llevar por ella sin siquiera girarse para despedirse de Betty o la entrenadora. La empresaria es consciente de que, al finalizar el cóctel, va a tener que reflexionar sobre lo que ha sucedido. Pero ese momento aún no ha llegado y todo debe salir a la perfección para poder ponerle el sello Villa-Arnaiz.

Elisabeth, en silencio desde que ha saludado a Javier, no es capaz de descifrar el porqué del pesado manto de incomodidad que ha caído sobre la escena. Busca con la mirada entornada a su hermana Minerva, hasta que da con ella y sus amigas. Han claudicado ante la tortura de sus zapatos y están sentadas, con aire aburrido, en uno de los tresillos de terciopelo con los que ha decorado la sala de espera. Se dirige hacia ellas y observa cómo su llegada provoca que empiecen a levantarse.

—Estábamos esperando para despedirnos de ti, *sister*. Aquí el grupo de *momias famosas* tiene que retirarse a descansar.

Minerva bromea con un tono lastimoso mientras escenifica, con cierto drama, un esfuerzo para erguirse de nuevo. Elisabeth le ofrece la mano para ayudarla.

—Qué exagerada eres, ¡pero si estáis fantásticas! —Betty se dirige ahora a las amigas de su hermana, que están poniendo en orden sus cosas en el interior de sus minúsculos bolsos para marcharse—. ¡Mil millones de gracias por venir! De corazón...

Lo dice con toda la sinceridad y apoyando ambas manos sobre su pecho. Las tres presentadoras o colaboradoras en televisión responden, cariñosas, ante la mirada de las hermanas:

—Ha sido un placer, cielo.

—Te va a ir genial con la clínica, verás, ¡le voy a hablar de ti a todo el mundo!

—Hemos pasado un rato buenísimo y además muy provechoso..., creo que vamos a conseguir animar a tu hermana a volver al *Star System*, ¿eh, Minerva?

La periodista pone los ojos en blanco ante la oferta y eleva su copa, que apenas contiene ya un resto caliente de champán.

—Yo me quedo en los *cocktails*..., os dejo a vosotras la pantalla.

Las cuatro ríen ante la respuesta de Minerva al intento de su antes competidora de que vuelva al ruedo. Sus tres excompañeras comienzan a desfilar hacia la salida, pero la periodista se dirige a su hermana para ofrecerle una advertencia casi al oído:

—Hermana, ten cuidado con tu cartera de clientas. Elige bien a quién metes en tu clínica.

—Pero ¿qué dices? —Aunque no es extraño que Minerva critique su fiesta, o su vida, desde su posición de hermana mayor y *sacerdotisa suprema* en que la tele la convirtió, Betty no se esperaba una insinuación así.

—Esa tal Jennifer, que nos has presentado como vuestra entrenadora, parece una actriz porno. Esa cobra por horas, y no por entrenar, precisamente. Vigila, ¿ok?

Elisabeth, algo ofendida, se queda pensativa durante unos segundos mientras observa cómo su hermana se aleja. Lo de Minerva, piensa, es un caso: siempre convencida de que sabe más que el resto.

28

El lunes siguiente,
7 de marzo de 2022,
despacho de Javier Jiménez Toledano,
paseo de la Castellana, Madrid

Apenas entra luz por el ventanal del despacho de Javier. La niebla que ha tomado la ciudad desde la madrugada imprime un frío húmedo que encoge el ánimo de quien se atreve a caminar por las aceras. Son las nueve de la mañana de este lunes que empuja inexorable el calendario hacia el fin del invierno, ajeno a las prisas, a los miedos o a las esperanzas de los transeúntes. Desde su planta, la distancia los hace parecer hormigas asustadas. A solo un metro de la imponente cristalera doble, el hombre sentado en el sillón también se siente como un insecto amenazado. Los miedos que le rondaban desde hace días se han materializado tras el encuentro con Daisy en la fiesta, se han tornado cuchillos en el interior de su pecho.

Del perchero cuelga un abrigo de lana de cachemir mongol confeccionado a medida por el taller de un exclusivo sastre de la calle Claudio Coello en Madrid. Es el que usa el gerente de GVA para ir a su despacho en los días fríos, pero hoy no ha encontrado confort ni calor en la mejor lana. A pesar de que la máxima diferencia de temperatura que ha experimentado ha sido al salir del coche, dotado de asientos calefactados, y durante un trayecto a pie de diez metros desde su plaza privada del aparcamiento hasta el ascensor, no se quita el frío del cuerpo desde el viernes por la noche. Como si fueran sus entrañas las que se hubieran congelado.

—Rescisión total, sí.

Javier Jiménez Toledano habla a través de sus auriculares inalámbricos mirando hacia la pantalla de su ordenador portátil, como si se dirigiera a ella. Tiene abierta la hoja de cálculo del Desarrollo Sureste, pero ahora mismo se siente incapaz de descifrarla. Al menos, hasta que resuelva la llamada de teléfono que le ocupa, un trámite vital en ese momento.

—No, no hay ningún problema con ella. Simplemente no deseo continuar con el servicio.

Cierta resistencia al otro lado de la línea empieza a inquietar a Javier, que cierra la tapa del ordenador portátil como si pretendiera concentrarse mejor en la llamada.

—Soy consciente de que el contrato es de un año —su tono comienza a mostrar impaciencia, se yergue en el sillón buscando verticalidad—; indíqueme cuál es la penalización por los meses que faltan y acabemos con esto.

Acostumbrado a que su secretaria le gestione todos los servicios, desde la tintorería de sus trajes hasta el taller mecánico del coche, tener que encargarse él de cancelar el servicio de *sugar baby* agudiza su malestar.

—¡¿Cinco mil euros?! ¡Pero ¿de qué coño vais?!

Resolución anticipada de contrato. No solo le atosigan a preguntas sobre por qué quiere dejar de ser el *sugar daddy* de Daisy, sino que además le exigen una compensación que encuentra desmesurada. Su cabreo va en aumento mientras escucha por los auriculares que «así está recogido en el contrato que firmó» o que «una *sugar baby* supone cierto compromiso con la chica».

El trámite se le atraganta. Coger aire para responder al interlocutor es como levantar una pesa con su diafragma. No pretendía dar explicaciones, siente que no está seguro del todo de lo que ha pasado. Era ella, ¿verdad? ¿Puede existir otra mujer tan idéntica a Daisy? ¿Una entrenadora llamada Jennifer? ¿Y encima la de su propia esposa? No tiene sentido. ¿Le hubiera desafiado con la mirada de ese modo si no fuera ella? Pero ¿por qué haría eso? Todas las cuestiones que se plantea le llevan a convencerse de que sí, Daisy se ha introducido en su círculo, aunque no entienda por qué.

Y encima, la agencia le exige una penalización por el fin anticipado del contrato. Se acabó, va a contarlo.

—Se ha hecho amiga de mi mujer, ¿vale? No tengo ni la menor idea de cómo la ha encontrado, ¡pero ha estado incluso dentro de mi casa! Es inaceptable, ¡la compensación debería cobrarla yo!

Javier nota la perplejidad al otro lado de la línea. «¿Está usted seguro de que era ella?».

—¡Joder! Llevo meses viéndola, ¡cómo no la voy a reconocer! El viernes estaba en un evento con mi mujer y sus amigas, me la presentaron como si fuera su entrenadora personal... ¡Es de locos!

Javier ha cogido carrerilla en el relato, vaciándose de él como de sus peores demonios ante la constatación de que ese hombre que le escucha, a quien no conoce personalmente, es el único con el que puede compartir este suceso y encontrar algo de alivio en el proceso. El interlocutor, un hombre de voz ronca con el que ha hablado varias veces, con él había cerrado los detalles para contratar a Daisy como *sugar baby*, ya no requiere más explicaciones. «Qué hija de puta... No se preocupe, don Javier, no la va a volver a ver y, por supuesto, no tiene que pagar nada más».

—¡Es que me podéis joder la vida, coño!

Javier imprime una inusitada rabia a la respuesta. Nunca imaginó que la aventura de pago, agencia y contrato mediante, podría complicarse de este modo. Maldice al comercial de cemento que le animó a llamar a la agencia, aunque piensa que está cortando por lo sano justo a tiempo de evitar que todo salte por los aires. Se siente estafado, humillado por una niñata que no es más que una puta. Le hierve la sangre por haber puesto en riesgo su estatus sin siquiera haberse dado cuenta.

«Descuide, don Javier. Daisy no va a volver a trabajar con nosotros, nos tomamos muy en serio esta actividad como para permitir intromisiones así en las vidas de nuestros apreciados clientes. ¿Quiere que le busque otro... perfil?».

La oferta llega en mal momento para un Javier con ganas de destruir con sus propias manos.

—¡A tomar por culo ya!

Se ha preocupado de presionar el botón de colgar sobre la pantalla del móvil antes de decirlo, aunque tenía bastantes ganas de que su interlocutor lo escuchara, después de intentar volver a sacarle dinero con otra chica. Así son los intermediarios, él trata con ellos constantemente en el sector de la construcción: comisionistas, aprovechados, listillos. Cambiemos ladrillos por carne, acero por tetas. El proxeneta deja la calle y se sienta en un despacho a vender contratos con sus *sugar babies*, mucho más limpio y fácil. Abandona la ilegalidad y se pone la etiqueta de *startup*. Si no le gusta esta chica, tenemos más. Negocio redondo.

Javier se quita los auriculares y toma una enorme bocanada de aire, siente que se ha quitado un peso de encima, aunque el episodio le ha dejado exhausto. En los últimos días ha pasado de la sospecha de que su amante le espiaba a una brutal constatación, justo enfrente de su esposa, y ahora al trance de ponerlo todo en palabras para transmitirlo a la agencia. Al depositar los pequeños auriculares inalámbricos sobre su escritorio se percata de que le tiemblan las manos, se siente vulnerable, expuesto.

Espera retomar el control de la situación después de esta llamada, que decidió hacer nada más salir de la fiesta de Betty, aunque como Elena y él fueron juntos hacia casa, ha tenido que retrasarla dos días durante los que su mente ha actuado como una centrifugadora de miedos.

29

Por la tarde,
7 de marzo de 2022,
domicilio de Daisy Hernández, barrio de Usera, Madrid

«La has cagado, gilipollas. ¿Cómo se te ocurre acercarte a la familia del cliente? Estás acabada, ¿me entiendes? Acabada».

Daisy acaba de escuchar esas palabras, acompañadas de un gran cabreo, por parte de su enlace en la agencia, el mismísimo dueño del negocio. Le toma varios minutos procesar la información, que ha entrado por su oído desde el altavoz del teléfono borrando todo a su paso; de pronto no sabe ni qué día es. Dos veces ha preguntado qué había ocurrido, como si no fuera consciente de su encuentro con Javier la noche del viernes. Sin embargo, tiene grabado en su memoria la cara que puso cuando la vio, tuvo que ser consciente de quién era en realidad, pero ella no esperaba esta reacción. ¿Por qué apartarla de su lado? ¿Tan grave es haber asistido a la fiesta? Ella piensa que no, y se duele por cómo la están tratando.

«No vas a volver a trabajar con nosotros y olvídate de hacer *castings* para otras agencias de *escorts*, nadie quiere a listillas como tú, y me voy a encargar de que todo el mundo sepa cómo las gastas. Es que..., joder... ¿Qué pretendías? ¿No tenías bastante con la pasta? Hay que ser idiota...».

Hace rato que Daisy ya no interviene, el chorreo de desprecio y amenazas cae sobre ella como un frío chaparrón, desdibujando las ideas que se había formado sobre su futuro gracias a las posibilidades que le ofrecía este trabajo: salir del barrio, tener su

propia casa en algún lugar elegante, convertirse en alguien respetado.

«No eres más que una puta, una muerta de hambre que no sabe comportarse ni aprovechar las oportunidades. Y ahora qué, ¿eh? A tu país te podrías volver, ¡me cago en Dios!».

El dueño de la agencia, el mismo que le hizo las fotos el día que se presentó allí en busca de trabajo, se está desahogando con ella por encima de lo necesario. Pero es que su enojo es mayúsculo: si Javier cuenta a sus amistades lo sucedido, la reputación de la agencia y su bandera de discreción estarán en severo riesgo. Abroncar a la joven no tiene más sentido que volcar sobre ella la frustración que no ha podido mostrar con Javier, el cliente. Excliente, podría decirse ya.

Cuando el hombre de voz ronca, a quien recuerda calvo y con poco acierto a la hora de disimular una barriga que casi escapaba entre los botones de la camisa, se cansa de gritarle y cuelga, Daisy sigue en shock.

Lleva puestas unas mallas y un top deportivo bajo una sudadera de cremallera. La llamada que la ha sacado de la realidad ha sonado mientras se estaba calzando las zapatillas deportivas. La pantalla del teléfono ha iluminado la habitación, oscura de forma perenne al tratarse de una orientación interior. Así que, en medio de su bloqueo, recapitula: debe de ser lunes y deben de ser cerca de las seis de la tarde. Había empezado a arreglarse para ir a dar la sesión de entrenamiento que Elena le solicitó de manera excepcional para ese día, la cita se acordó a las siete, y tarda cuarenta minutos entre todas las conexiones de metro. Siente que no puede pensar más allá de los pequeños detalles logísticos, el resto de su mente se ha vuelto turbia. Permanece sentada unos segundos más, inmóvil, tratando de atar unos pensamientos que se le escapan.

El teléfono móvil por el que ha recibido la noticia, el iPhone que le regaló Javier, se le cae de entre las manos golpeando el viejo suelo de gres con cierto estruendo. Ahora mismo, le parece irrelevante que algo pueda romperse, cuando todo su horizonte acaba de colapsar. El eje sobre el que gira su peonza vital se ha inclinado, y el movimiento se ha vuelto errático. Esa vida de comodidad y respeto,

el futuro junto a Javier, su carrera como modelo o actriz, todo parece imposible en este momento.

Justo cuando rozaba su sueño con las yemas de los dedos, cuando había sido la invitada a un cóctel de famosas, cuando era la fantasía sexual de un hombre como Javier. ¿Cómo puede haberse desmoronado así su vida?

Reflexiona; ¿acaso fue demasiado lejos al entrar en el círculo de Javier?

Tras unos segundos más de zozobra, Daisy enfoca.

Tiene que haber sido ella.

Su mente es una tormenta en este instante. Siente el impacto de huracanados vientos de ira y dolor como bolas de granizo golpeando su cuerpo, desamparado en la intemperie. Uniendo los trozos de argumentación que la rodean como furiosos insectos, Daisy construye su propia historia: Elena tuvo que darse cuenta de que su marido la miraba con deseo, y seguro que le presionó hasta que él confesó su relación. Por eso Javier la ha delatado en la agencia.

Si la tuviera delante ahora mismo, Daisy estrangularía a Elena con sus propias manos. Haber estado en su casa, conocido a sus amigas y hasta a sus hijos le ofrece un catálogo de imágenes violentas con las que colmar su ansia de romper, de destruirlo todo. Se imagina cogiendo una de las mancuernas que usan para los ejercicios y golpeando la frente de la mujer tan fuerte como para abrirla y ver el color de sus sesos.

La muchacha se ha puesto en pie y camina nerviosa por el piso, pero el torbellino la persigue por el lúgubre y viejo pasillo. Su humilde habitáculo es ahora más oscuro, estrecho, la oprime. Justo cuando pensaba que en poco tiempo tendría su propio piso, estaba segura de que Javier se lo pagaría, se siente más atrapada que nunca.

«Esa perra inútil, incapaz de acabar ni una serie de ejercicios sin emitir ridículos quejidos»; la joven siente la sien a punto de explotar. «¡Me lo ha arrebatado, me lo ha arrebatado!». Con la respiración entrecortada, poseída por la fuerza de mil rinocerontes a punto de embestir, la muchacha coge su cartera y la mete a toda prisa, junto al móvil, en uno de sus bolsos de imitación.

El portazo aún retumba cuando Daisy encara el último tramo de escaleras antes de alcanzar el portal del edificio. Parece que la han lanzado con una honda y su cuerpo es un proyectil imparable a través de aceras, calzadas y calles, apartando a la gente que se le cruza por delante hasta encontrar el acceso a la boca del metro. Va tan fuera de sí que no se percata de una presencia que la aguarda en la calle, hambriento como un lobo.

—Bebé..., ¿a dónde vas con tanta prisa?

Bajo su habitual gorra de béisbol, Sebastián se dirige a ella apoyado en la barandilla que corona el muro alrededor de las escaleras que descienden hasta la estación de metro de Usera. A un metro de distancia, media docena de chicos de entre quince y veinte años han dejado de charlar entre ellos para atender a lo que sea que inquieta a su líder.

Daisy siente que es el peor momento de la historia para toparse con él y su grupo. De un rápido vistazo, ve que su hermano Rafael no se encuentra entre ellos. Aunque tampoco la socorrería ante el acoso de su amigo. Al ir a contestar se da cuenta de que le falta el resuello y que un temblor la domina desde los labios hasta el dedo meñique del pie.

—Sebastián..., tengo que ir a... trabajar.

—Ayyyy, linda..., mira que hemos hablado de esto, ¿eh?

El joven prende a Daisy alrededor de la cintura. Ella se ha detenido en seco, como una presa ante su inexorable caza, mientras trata de encontrar la manera de escapar de esas manos que siente como garras hiriendo su piel y esa voz que intoxica sus oídos.

—Tienes que venirte conmigo ya, y dejar de trabajar para siempre, mamita. Lo único que tienes que hacer es ser la princesa de mi castillo.

La cercanía del cuerpo de Sebastián al suyo es cada vez más implacable. En su agitación interna, Daisy siente que podría detonar en cualquier momento, si el joven la sigue empujando hacia sí.

Y ocurre.

—¡Suéltame, cerdo asqueroso! ¡Deja ya de perseguirme de una puta vez!

Ella se zafa de los brazos del chico, sorprendido ante semejante torbellino de fuerza proveniente de una mujer menuda, casi una niña, como Daisy. Su rostro, desencajado bajo la gorra, torna a una mueca de asco.

—Puta de mierda... ¿Acaso crees que no sé a dónde te vas? ¿Que solo vales lo que paga ese viejo por follarte? Pero ten cuidado..., ¿me oyes?

Daisy ha dejado de escuchar, emprendida la marcha escaleras abajo hacia el acceso al metro. Le da igual lo que deja atrás y las amenazas de Sebastián, que ahora ríe de forma sonora, como tratando de ahuyentar la vergüenza que ha provocado el rechazo de la joven.

—¡Mira cómo corre! ¡Una conejita escapando de un lobo! No llegarás muy lejos...

Las lágrimas no caen de sus ojos, se deslizan lateralmente por la velocidad a la que se mueve en una huida que se ha vuelto a vida o muerte. Siente su existencia como un avión en barrena, que ha perdido el sustento y devora el aire hacia su extinción. Sin embargo, en la caída vislumbra un plan de emergencia, uno que ya había elucubrado con anterioridad.

Treinta y cinco minutos y algunos transbordos después, la joven emerge del tren ligero que llega a Pozuelo. Los restos color negro de la máscara de pestañas corrida por las lágrimas manchan su cara, ofreciendo un aspecto siniestro del bello rostro que ya no convulsiona por el llanto como antes, sino que está tenso y concentrado en lo que va a hacer. Se ha frotado los ojos con las manos durante el trayecto en metro, pero los restos de máscara de pestañas resistente al agua son imposibles de quitar sin un producto específico, lo que hace que el pigmento se reparta por la cara. Como si fuera untada en pintura de camuflaje para un combate, la oscura suciedad del rímel corrido alrededor de sus ojos contrasta con el iris verde, resplandeciente entre el color rojo de la sangre que se le ha inyectado en el globo ocular a causa del llanto.

Ya está llorada. Ahora toca actuar. Camina erguida y decidida, movida por el mismo magma interior que le hace hervir la sangre. A cada paso tiene más claro el plan. Está dispuesta a aprovechar su

oportunidad para recuperar a Javier, y puede que solo tenga una. Una vez en Pozuelo de Alarcón, cuenta con que los empleados de la garita de seguridad no le pondrán problemas para acceder a la lujosa urbanización; y que Wendy, que le llena la bandeja de mensajes del móvil de preguntas sobre su vida como si fueran amigas, le abrirá la puerta sin pensárselo dos veces. Para algo se ha trabajado la relación durante semanas. Ninguno de ellos sabe quién se esconde detrás de Jennifer ni qué quiere en realidad. Pero están a punto de descubrirlo.

30

Minutos más tarde,
7 de marzo de 2022,
domicilio de Elena Villa-Arnaiz, Pozuelo de Alarcón

El programa de encendido de luces del jardín de la casa de Elena sigue con el esquema de invierno hasta que se atrase la hora con el horario de primavera, en el mes de abril. Desde las seis de la tarde, bombillas de luz cálida empiezan a brillar de manera gradual para acompañar al ocaso. La iluminación es fruto de un trabajado equilibrio, Elena piensa que demasiados puntos de luz podrían recordar a la decoración navideña, a la que ella se resiste porque le parece hortera a más no poder.

La señora Villa-Arnaiz está de pie en el salón frente a los grandes ventanales que ofrecen la vista hacia parte del jardín que rodea la casa. Sujeta por el asa una taza llena de té verde que aún humea, cuyo calor, acompañado del bálsamo visual que obtiene al observar el bello diseño de luces y plantas al atardecer, la está reconciliando con su día. Arrancar la semana le parece durísimo.

—¡Wendy! Te acuerdas de que hoy entreno, ¿verdad?

La empleada aparece caminando apresurada en el enorme salón que conecta con la cocina, procedente de la sala contigua, habilitada como *office.* Frena en seco a unos tres metros de distancia de su jefa para responder, a la vez que se cuadra y se estira el delantal del uniforme:

—Sí, señora. Cómo no, señora. Está todito listo y los niños ocupados con sus labores, no molestarán durante su entrenamiento.

—Que acaben las tareas y, luego, los pequeños al baño. Recuerda que no debes usar el mismo jabón para los dos, Jimena tiene piel a-tó-pi-ca. —Elena emplea el tono lento con el que intuye que puede conseguir mejor rendimiento por parte de su empleada del hogar, como si no hablara castellano.

—Sí, señora. Enseguidita. —La empleada omite cualquier tono de reproche en su respuesta, se queda con que cuando doña Elena habla tan despacio, significa que algo ha hecho mal en el pasado y toma nota—. Y en cuanto llegue la señorita Jennifer, las asisto para iniciar la clase.

Wendy no ha sabido nada de Jennifer ni la ha visto por la mañana en el colegio desde la última vez. Siente extrañeza, pero piensa que en cuanto hoy llegue, dado que la clase es solo para la señora, tendrán oportunidad de charlar más que la vez anterior.

Desde el vestidor de su enorme habitación, Elena oye el sonido del timbre que indica la llegada de la chica. La mujer sigue buscando las zapatillas que combinan con el color verde agua del nuevo conjunto deportivo, mallas largas y camiseta cuello pico de manga corta a juego. Por un momento, se plantea si le vendría bien una sudadera encima, pero la calefacción de la casa está programada para que no baje la temperatura de veintitrés grados, y Wendy tenía orden de encender la bomba de calor específica de la zona donde entrenan, el porche al jardín cerrado por cristal. Todo según lo previsto.

Ya preparada del todo, Elena abandona su cuarto y toma el camino del pasillo superior hacia las escaleras para descender hasta el salón, donde imagina que la estarán esperando Jennifer y Wendy. Sonríe, pensando en lo poco apetecible que es entrenar *antes* de entrenar, y lo bien que se queda una después. Hasta liberar endorfinas es costoso los lunes.

Pero cuando está a punto de alcanzar el inicio de las escaleras que conectan la primera planta con la base de la casa, distribuidas en tres tramos, el sonido de un alterado murmullo desde abajo congela la incipiente sonrisa de Elena.

—¿Todo en orden por aquí? —pregunta al aire mientras empieza a bajar peldaños.

Lo que empieza a ver a través de la barandilla de cristal que conecta con los peldaños de acero le confirma que pasa algo. Jennifer permanece en medio del *hall* de entrada, no se ha quitado la chaqueta y está mirando a su alrededor, alterada, como buscando algo o a alguien. Parece desencajada, su cara no refleja la luz habitual, manchados los ojos de máscara de pestañas como si hubiera llorado. Wendy está frente a ella, mueve los brazos de forma algo errática mientras habla, Elena escucha algo como «¡No, por favor!» justo antes de que se produzca el primer contacto visual entre ella y Jennifer. Esa mirada es una chispa en medio de matorrales secos, la joven ha acudido a incendiar el lugar.

—¡Tú, perra! Has sido tú, ¿verdad?

Daisy estalla a gritar en cuanto ve a Elena aparecer desde lo alto de las escaleras. Wendy intenta bloquearle el paso a duras penas, pero la enfurecida joven se dirige hacia Elena y tiene mucha más fuerza y rabia que ella. Ninguna de las habitantes de la casa entiende nada de lo que está ocurriendo.

—Pero, Jennifer, ¿qué estás diciendo? ¿Qué pasa?

Ya en la planta baja, Elena usa su trabajada templanza para dirigirse a la joven, aunque se mantiene en guardia. Mientras aguarda una respuesta, observa la perplejidad de Wendy, sintiéndose tan inútil ante el torrente de Daisy como quien trata de contener una lluvia tempestuosa.

—Eres bien boba, ¡bien boba si piensas que aún le gustas a Javier con esas carnes que te cuelgan y con esa cara arrugada! ¡Está enamorado de mí, ilusa!

El suelo bajo Elena empieza a abrirse. Su boca se seca. ¿Javier? No hay ninguna conexión entre Jennifer y Javier, que ella sepa. ¿O sí? ¿A qué viene todo esto? Las preguntas se agolpan en su mente, no es capaz de procesar los pensamientos que la asaltan a esta velocidad. Decide callar y dejar hablar, para entender a qué se enfrenta.

—Éramos felices, ¡él me necesita! —Daisy grita y balbucea a la vez, llora con rabia, de un modo que asusta a Elena—. Pero no creas que me lo vas a arrebatar, ¡estoy embarazada de Javier! ¿Oíste? ¡No te voy a permitir que me lo quites!

Ungida de una brutal fuerza, Daisy se lanza a por Elena, pero es interrumpida por el cuerpo de Wendy, que solo puede usar su masa para detenerla. Ambas chocan y Daisy cae al suelo, al fin y al cabo Wendy, aunque mida un metro cincuenta, tiene una hechura ancha y abigarrada, maciza.

Desde el suelo de piedra pulida, Daisy las mira atónita, sorprendida, como si hubiera chocado contra un muro que no sabía ni que existía. Su rostro está sucio y los ojos escocidos, apenas puede abrirlos de lo hinchados que están. Parece sobrepasada, afectada, enferma.

—Vete de mi casa, no quiero tener que llamar a la policía. —Elena pronuncia la frase con toda la firmeza que la situación le permite—. Javier y yo hablaremos lo que tengamos que hablar, pero tú no formas parte de ello, así que vete ahora y no vuelvas más por aquí.

Desde la planta inferior de la casa, por debajo de las tres mujeres, el portón del garaje emite el sonido que indica que se está abriendo. Es un leve pitido seguido de un sonido mecánico del que solo Elena se percata. La mujer encuentra un consuelo pírrico en el hecho de saber que Javier está en casa: sea lo que sea lo que haya entre él y Jennifer, sabe que, para su marido, el hogar y sus hijos están por delante de todo. Lo más importante en este momento es alejar a esa enloquecida chica de su casa. Pero si se va caminando, piensa Elena, podría quedarse agazapada en cualquier rincón de la urbanización. Esa posibilidad le infunde miedo. Por otro lado, llamar a la policía causaría un revuelo en la calle que tiene pocas ganas de aclarar. Concluye que la mejor baza es esperar a que suba Javier y la saque de ahí, es cuestión de segundos.

Daisy se está levantando del suelo despacio, aturdida; el plan que ha pensado en el metro mientras iba allí enfurecida, contar que está embarazada, aunque sea mentira, para provocar a Elena, no ha surtido el efecto esperado. Buscaba verla sufrir, alterarla. No comprende cómo puede reaccionar con esa frialdad, sin mostrar emoción alguna. Vuelve a la carga.

—No has entendido nada, ¿verdad? —La joven ya no llora, mira a Elena a los ojos como si quisiera atravesarla, herirla de muerte—. El futuro de Javier está aquí dentro —se toca el vientre— y ha llegado

hasta aquí porque Javier enloquece conmigo, porque quiere follarme a todas horas y...

—Cállate. ¡Cállate inmediatamente!

Elena sube el tono por primera vez para cortar el chorreo de Jennifer antes de que vaya a más o lo escuchen sus hijos. El extraño silencio de Javier durante la fiesta de inauguración la pasada semana frente a Jennifer cobra todo el sentido en una fracción de segundo. Se conocían, vaya si lo hacían. El comentario que le hizo su madre sobre *las amigas* de los hombres hace unos meses pasa también fugazmente por su cabeza en un torbellino que la mujer controla a duras penas mientras mantiene su pose firme y fría. Por dentro empieza a desmoronarse, pero Elena quiere evitar mostrarlo.

—¿De verdad pensabas que le ibas a tener para siempre? —Daisy se levanta y se yergue lo más que puede en su escaso metro sesenta de estatura, mantiene un tono desafiante en el que Elena ve a una niña enfadada pero peligrosa—. Gallina vieja, vaca inútil... Yo a Javier le voy a dar también una familia, tu tiempo con él se acabó.

La joven se mueve en un ligero balanceo como si tratara de arrancar a caminar, consciente de que tiene a Wendy muy cerca dispuesta a placarla si vuelve a intentar acercarse a Elena. Como una gata encerrada, siente que es momento de lanzar la última baza sobre el tablero.

—Te aviso, todo el mundo va a saber lo que ha pasado. Voy a contar nuestra relación, mi embarazo, a la prensa y a quien quiera oírlo, que seguro que son muchos, siendo tú tan importante. —Daisy imprime un tono burlón a ese adjetivo—. Javier no tendrá más remedio que dejarte y cuidar de nuestro hijo.

—¡Basta!

Esa bofetada en forma de amenaza no la había visto venir. Elena trata de no mostrar el pánico en su rostro tras tal anuncio. Procesa demasiada información, demasiados palos a la vez: infidelidad, acoso de la amante en su propia casa, embarazo y, encima, ¿publicidad? Su ansiedad aumenta al pensar en su madre, en su padre, en sus clientas. Cada vez le cuesta más aguantar la compostura. Empieza a temblarle el cuerpo entero, siente un frío descomunal. «Aguanta», se dice a sí misma. En su fuero interno

sabe que de nada sirve gritar ni tratar de agarrar del pelo a la tipa que se ha colado en su casa y la ha estado engañando mientras se tiraba a su marido. De forma fugaz, mira a Wendy con ira, consciente de que ha sido ella quien la ha avalado como su amiga. Por el rostro horrorizado que gasta la empleada, es obvio que las ha engañado a ambas.

La manilla de la puerta que conecta el garaje con la planta baja de la casa se acciona por fin. Elena lo oye, sabe que significa que Javier ya está a pocos metros de ellas. Los niños, por suerte, no han salido de sus habitaciones, Wendy los había dejado entretenidos para preparar la cita deportiva. Elena se agarra con fuerza a ese instante, mira fijamente a la intrusa, usando la mirada como si fuera un lazo con el que aprisionar a la joven fiera. Lo que tenga que ocurrir está a punto de desencadenarse.

—¡Holaaaa! —Javier anuncia su llegada con un jovial grito, como todos los días.

Daisy abre los ojos como platos al oír la voz de Javier. Poseída por una súbita ansiedad que parece borrar la rabia que había arrastrado hasta la casa de Elena y Javier, grita desconsolada:

—¡Javier, cuéntaselo! ¡Díselo! Aquí estoy, mi amor, ¡podemos seguir juntos!

La voz de Daisy, esa textura empalagosa imprimida por el acento dominicano que otras veces le volvió loco durante el sexo, se cuela a través de los oídos de Javier nada más acceder a su casa como un ácido corrosivo. ¿Está ocurriendo de verdad?, ¿puede estar realmente Daisy gritando dentro de su casa?

—Pero ¿qué cojones...?

Cuando por fin observa la escena al completo, la pesadilla que se había convertido en recurrente los últimos días se torna real. Ahí está ella, llamándole por su nombre, enfrente de su mujer, por si le faltaba alguna prueba que confirmara los hechos que él no quiso creer.

Wendy, presa del pánico y el sentimiento de culpa, sigue tratando de sujetar a la joven, que al ver a Javier se ha revolucionado.

Elena busca la mirada de su marido para apremiarle a llevarse a la mujer de la casa, de forma inmediata. La situación es muy crítica.

—Arregla esto, Javier, aunque sea lo último que hagas —ordena con toda la firmeza que puede, dado el temblor que se ha instalado en sus piernas, el corcho en que parece haberse convertido su garganta y el zumbido que tortura su cabeza.

El hombre apresura el paso hacia la escena mientras asiente con la cabeza a la petición de su mujer. Daisy le observa con quietud mientras se acerca, ahora la joven parece dócil y vulnerable, le mira embelesada con un punto de enajenación en los ojos. Se deja coger por el brazo.

—¡Vamos fuera! —El tono que Javier usa con Daisy suena amenazante, la ha tomado del brazo con firmeza pero sin brusquedad. La joven se deja, no le teme, está convencida de que él debe guardar una postura frente a su esposa—. Me la llevo en tu coche. Está fuera, ¿verdad?

Elena afirma moviendo la cabeza, siente que está a punto de desmayarse y solo desea dejar de ver a esa mujer en su casa. Wendy, liberada de la carga autoimpuesta de sujetar a Daisy, se apresura a coger las llaves del coche de Elena del mueble aparador de la entrada para entregárselas al hombre. Javier no sabe cómo responder a la mirada de plomo que le dedica su mujer mientras se mueve rápidamente para abandonar la casa junto a Daisy, en un vano intento de dejar esa escena en el olvido. Decir que la situación se le ha ido de las manos sería quedarse muy corto, piensa.

Elena hace un último esfuerzo para sentenciar:

—No quiero verla nunca más por aquí, ni por el colegio. —Elena ya no mira a Daisy, no tiene intención de volver a dirigirse a ella jamás, pero ve cómo la bravuconería con la que había llegado a la casa se ha esfumado. Como si se hubiera vaciado un globo de ira y solo quedara el plástico fofo, la joven se deja llevar y está en silencio desde que ha llegado Javier. Él trata de hacer su parte con la mayor diligencia posible, pero siente que su vida, su estatus, se tambalean. Desde el umbral de la puerta, abierta ya para salir al jardín que conduce a la calle, por la que ha hecho pasar a Daisy primero, Javier se gira y busca a Elena.

—Lo siento mucho.

Pero Elena ya se ha ido escaleras arriba, dando la espalda a Javier y al mundo. Así que, como huyendo de una nube tóxica, Javier emprende rápido el camino hacia el coche, con Daisy del brazo. Se apresura a accionar el mando a distancia que sirve como llave. Una vez frente al vehículo, el hombre duda un momento entre dejar a la chica en el asiento del copiloto o atrás, como si fuera un coche policial y ella, la detenida. Finalmente, abre la puerta delantera. La joven parece encantada con la resolución de la crisis en el domicilio, como si Javier hubiera aparecido para salvarla a ella, aliviada incluso mientras era arrastrada del brazo por él. Se deja empujar hacia el interior del coche sin pronunciar palabra alguna. Ya no muestra la energía desbordante que la ha empujado a presentarse como una hidra en casa de Elena y Javier, parece agotada, desinflada, callada hasta que están ambos dentro del coche:

—Ay, mi papi. Menos mal que estás aquí, no puedo permitir que ella nos impida...

—¡Cállate, joder!

31

Al día siguiente,
8 de marzo de 2022,
domicilio de Elena Villa-Arnaiz, Pozuelo de Alarcón

Hace rato que ha amanecido, pero Elena aún no ha salido de su suite. No quiere ver a nadie, hablar con nadie. A una hora prudente, hacia las ocho, ha enviado algunos mensajes para cancelar las reuniones del día y otro a su empleada para que lleve a los niños al colegio. «Diles que mamá tiene gripe», ha escrito como cierre. Elena cree que es difícil que no oyeran nada del escándalo que se produjo anoche en la casa, aunque Wendy le aseguró que Gonzalo estuvo jugando con su ordenador con los cascos puestos y que Jimena y Jacobo no habían salido de la habitación, situada en la planta superior y al otro lado de la casa respecto a donde tuvo lugar la discusión. Prefiere no verlos esta mañana, podrían advertir lo desencajada que está y relacionar los gritos de ayer con el oprobio que delata su cara. Se ha dado cuenta nada más verse en el espejo: es el rostro de una mujer a la que han insultado, de la que se han reído en su propia casa.

«Esto me pasa por confiada, por imbécil», piensa. Repasa la secuencia en su cabeza y se siente cada vez más tonta. Ha interrogado a Wendy, que insiste en que no tenía ni idea de la auténtica identidad de Daisy. Le ha hecho relatar cómo se conocieron, detallar cada referencia que tenía de ella. Lo cierto es que sabe muy poco, a Wendy también la enredó. Elena se siente tan decepcionada con ella que ya no quiere ni ver a la ecuatoriana en su casa, pero le falta energía para ponerse a buscar a alguien nuevo,

justo ahora. La chica que ayer se presentó enfurecida en su casa para amenazarla ya era la amante de su marido cuando se acercó a su empleada a las puertas del colegio, cuando la entrenó a ella en casa, o cuando acudió a la inauguración de BeBeauty. Era todo un ardid, aunque Elena no entiende muy bien para qué, qué pretendía la chica metiéndose en sus vidas. «¡Afirmó que estaba embarazada!»; Elena vuelve a ese recuerdo y trata de acotar las implicaciones de esa afirmación, si fuera cierta, claro. Son demasiadas preguntas las que se agolpan, lo que tiene claro es que la habían estado siguiendo, ¡nada menos que espiándola! Y siente una embestida de miedo al darse cuenta de cómo ella misma ha metido en casa, con sus hijos presentes, a la desequilibrada amante de su marido.

«Pero si no es más que una cría...», el bochorno le calienta la cara y el pecho. Intenta llenar los pulmones, pero siente que cada bocanada le lleva aire más viciado, aunque tenga las ventanas abiertas para sentir el frescor matinal de la calle sobre su piel que arde. Se ha cambiado el pijama, que olía a sudor y fracaso, por un sencillo conjunto de camiseta y pantalón de punto de seda en color beis de La Perla, algo que llamaría *de estar por casa*, a pesar de venderse por trescientos cincuenta euros en tienda. Se observa en el espejo y comprueba lo inútil que resulta comparar su cuerpo con el de una niña más cercana a la edad de su hijo Gonzalo. Le enfurece el mero pensamiento, es evidente que hay un abismo entre ella y *la otra*, pero Elena cree que el valor de lo que ha construido junto con Javier, como familia, debería estar por encima de un cuerpo bello, hay miles de ellos. La traición de su marido le parece una forma demasiado tonta de romper la confianza de veinticinco años. Aunque ella no sea tan guapa, joven, ni tenga unos pechos enormes como los que lucía la joven, es la madre de los tres hijos de la pareja; una mujer con inquietudes y un proyecto profesional; una esposa que es además amiga y socia de vida... «¿Por qué me haces esto, cabronazo?»; le cuesta aceptar que su marido sea incapaz de contenerse y, cada vez que intenta imaginar dónde puede haber conocido a esa chica, la espiral la conduce a respuestas que no

quiere ni plantearse. El hombre cariñoso, el buen padre, resulta ser también un putero.

No hay otra respuesta posible.

Pero es aún su marido, y en algún momento tendrán que hablar del tema. Por ahora, el tiempo que ha compartido con Javier desde ayer por la tarde ha discurrido en total silencio. El hombre tardó en volver por la noche. Elena lo sabe porque no podía pegar ojo tras la escena vivida en la entrada misma de su hogar. Quería despertar de la pesadilla, pero ni siquiera estaba dormida. Así que a la una decidió tomarse un lorazepam y hacia la 1:45 vio la hora en la pantalla del móvil por última vez. Se durmió, gracias al tranquilizante, en medio de un horrible carrusel de recuerdos, de imágenes vívidas de lo que había experimentado horas antes. La vigilia era una insoportable zozobra, el sueño, un breve bálsamo. Por la mañana, la cara de Jennifer, o como se llame en realidad, su violenta desesperación y la arrogancia con la que se presentó en su casa siguen golpeando su cerebro como temibles ráfagas de fotografías que se replican una vez tras otra. Le sigue dando miedo incluso pensar en la chica, como un animal salvaje herido en medio del bosque, dispuesto a volver a atacar.

No sabe a qué hora fue, pero sintió a Javier metiéndose en la inmensa cama de dos metros de ancho. Su marido tuvo el arrojo de plantarle un beso en la mejilla, lo notó pese al efecto del somnífero. Cada pequeño movimiento, en su farmacológico sopor, era percibido como una nueva herida sobre su cuerpo, maltrecho por los nervios. Elena no quería decir nada, solo atravesar el túnel hacia un nuevo día, por si las cosas eran mejores entonces. Al sonido de su alarma, a las 7:30, Javier ya se había marchado. Elena ha visto las marcas sobre las sábanas, ha notado impregnado en ellas el olor de su marido, aunque ahora duda de si ese olor pertenece solo a una persona.

«¿Por qué tardaste tanto en volver?», la pregunta resuena solo en su mente. «¿Qué narices tenías que hacer con esa mujer más que dejarla en una comisaría de Policía?»; a Elena le inquieta pensar en lo que pudo pasar durante el tiempo que Javier estuvo fuera. «¿Es

posible que aprovechara para...?», no quiere ni imaginárselos juntos. Pero no lo puede evitar.

Le asquea tener pensamientos así. Ojalá pudiera tumbarse y dormir todo el día, apagar la conciencia mediante un interruptor hasta nuevo aviso. Desearía quedarse a vivir en su habitación o, mejor, marcharse a algún retiro en medio del campo en el que superar esta hiriente vergüenza que le sale por cada poro de la piel.

«¿Es este el final de mi matrimonio?», «¿Debo perdonarle por mis hijos?», «¿Cuántas veces me ha hecho esto?», «¿Por qué me seguía esta mujer y por qué quería entrar en mi casa?», «¿Puedo haber contraído una enfermedad de transmisión sexual?», «¿Llamo a mamá?».

Siente que la carga explosiva de cada una de las preguntas que le martillean la cabeza es equivalente al Little Boy que asoló Hiroshima. Si sus sesos aún no están esparcidos por la habitación o escurriéndose por la cortina de lino, es porque va de un lado a otro buscando formas de apaciguar su mente. Ordenar sus pañuelos de Hermès por colores funciona durante unos minutos, hasta que se ha puesto a pensar en si cada vez que Javier le ha regalado uno nuevo es porque la estaba engañando. Entonces, hasta la exquisita seda de los pañuelos franceses le ha dado asco. Elena repara en la joya de Suarez que le dejó en el tocador, junto a una rosa, hará menos de tres semanas. «Cabrón, cabrón, cabrón», se dice.

Elena no sabe ni cómo denominar al escenario que se ha abierto ante ella: «¿Divorcio inminente?» o, reflexiona, «¿debería hablarlo con él, darle una oportunidad tras un *desliz*?». Necesita tiempo para pensar, aire limpio que respirar. Pero no lo encuentra, siente que la casa entera está contaminada por la invasión de otra mujer.

Wendy llama a la puerta de su habitación. A su habitual timidez se suma una piedra de Sísifo de culpa y vergüenza que no sabe cómo gestionar, más que cumpliendo la condena de cargar con ella.

—Señora, señora... —La ecuatoriana asoma la cara, que ha recuperado algo de tono, pero sigue impactada por el susto de anoche.

—Pasa, dime.

—El señor Villa-Arnaiz está abajo en un carro. Pide que salga la señora, ¿qué le digo?

Elena se sobresalta ante el anuncio. Mira su móvil, no ha recibido llamadas ni mensajes. No esperaba a su padre.

—¿Papá? ¿Qué hace aquí?

La empleada ecuatoriana no sabe responderle porque no tiene ni idea, así que se limita a encogerse de hombros. Para sus adentros, maldice el día que pensó que esta casa era su salvación, maldice sus ganas de conocer gente y su propia ingenuidad.

Elena toma el camino hacia la planta de abajo de su casa, el mismo que anoche la llevó hasta la desquiciada entrenadora, aunque con un ánimo muy distinto. Puede que, además de esa chica, su padre sea la persona con quien menos ganas tiene de encontrarse ahora mismo. Su reloj marca las 10:15 de la mañana, no tiene sentido que papá esté fuera de la oficina ahora, lejos del negocio y frente a su domicilio. El conjunto de punto de La Perla es demasiado fino para salir al exterior, pero su padre sigue fuera y no parece que tenga intención de recorrer los diez metros de jardín que hay entre la calle y la puerta de la casa, así que es Elena quien camina hacia él.

—Hija mía. —Extiende los brazos para abrazar a Elena—. Descuida, lo sé todo.

La mujer piensa que, si una especie de *thriller* psicológico hubiera empezado anoche en su casa, este nuevo episodio sería de lo más procedente, por sorpresivo. Cede al envolvente gesto y llora todo lo silenciosamente que puede, agachada sobre el hombro de su progenitor. Su último abrazo, le viene a la mente, pudo producirse en el día de su boda, hace casi dos décadas. Qué siniestra paradoja.

—El equipo de seguridad del recinto me avisó del incidente, hizo bien tu empleada en pulsar el botón de emergencias. —José Luis empieza a deshacer el abrazo mientras aprovecha para lanzar una queja—. De algo tiene que servir pagar cuatrocientos euros al mes en vigilancia...

—No sé qué decir..., fue horrible, papá, horrible...

La mujer se seca las lágrimas con la mano. Nunca ha hablado con su padre de sentimientos, ni lo va a hacer hoy. Pero tenerle así,

frente a ella, consciente e informado, en el fondo consuela a Elena.

—Lo sé, hija. Y por eso, quiero que tengas una cosa... —José Luis se gira buscando al conductor de su coche, Pepe, exlegionario extremeño, veinte años a su servicio, que percibe el gesto al instante como la señal para entregarle algo.

El chófer sale del coche portando un estuche de poliuretano negro del tamaño de un ladrillo grande que acerca a las manos del presidente de GVA. Es don José Luis quien se lo entrega a su hija. Elena lo toma, curiosa, con la sensación de estar viviendo una escena surrealista, y calibra: no es un objeto muy pesado. Tiene un asa que lo convierte en una especie de maletín compacto. La mujer se lo cuelga de los dedos de una mano y mira a su padre con expresión inquisitiva, en busca de una explicación.

—No te asustes, que nos conocemos, ¿eh? —El hombre hace una pausa antes de explicarse—. Pepe ha tirado de contactos y te ha conseguido una pistola táser.

A Elena casi se le salen los ojos de las cuencas. De repente, la caja le quema en las manos y la dirige de nuevo hacia su padre, quiere deshacerse de ella.

—¡Papá! ¡No quiero ninguna arma!

—Escúchame, no exageres, que esto va a pilas. Solo es para asustar. Ayer estabas sola con tus hijos en casa y una tipa se presentó aquí amenazante. Si tu marido es gilipollas y deja que su querida se meta hasta la cocina de su casa, el problema lo tenemos todos. No voy a permitir que vuelva a ocurrir nada parecido sin que tengas al menos algo con que defenderte.

Elena sigue mirando a su padre, perpleja, el brazo extendido con el estuche de la táser le ha empezado a temblar. Comienza a sentir el frío de la calle sobre su fino atuendo, a esa hora el sol de marzo sigue sin ofrecer confort. En vista de que su padre no está dispuesto a llevársela de vuelta, se acerca la caja al cuerpo y abre la tapa, perspicaz: «Pistola de electroshock TX200P, 2 disparos, 55.000 voltios», reza el papel impreso en colores brillantes colocado dentro del estuche, por encima de la pistola. Además, dispuestos de forma muy ordenada a los lados del arma, hay dos cartuchos más, una fuente de alimentación con su cable y un manual de usuario.

—Estupendo, papá. Con su manual de instrucciones y todo... No pienso usarla nunca.

—Tranquila, que Pepe te enseña. ¿A que es muy fácil? —Se gira de nuevo hacia el exlegionario y esboza una sonrisa malévola—. ¡Los deja fritos!

Jefe y empleado ríen, emitiendo metálicas carcajadas de fumadores ante la ocurrencia de José Luis, pero la cara de Elena, pálida y con las líneas de expresión más marcadas hoy por la falta de descanso, dibuja una mueca de horror.

—Pero ¿es mortal? Yo no puedo...

—No, hija, tranquila. Esto no mata a nadie, solo aturde. Anoche os hubiera venido bien, aunque fuera solo para tenerlo cerca. ¿A que sí?

Elena reconoce para sus adentros que a su padre no le falta razón. Aunque le enfurece la perspectiva de tener que *protegerse* de las prostitutas de su marido.

—¿Y es legal que yo tenga esto en casa?

Villa-Arnaiz padre ya está a otra cosa, tiene un imperio que gobernar y en casa de su hija ya ha hecho lo que quería hacer. Se frota las manos por el frío, no se ha sacado el abrigo, y señala a Pepe con un gesto de cabeza que es hora de irse.

—Tú, por si acaso, no lo anuncies. Comemos la semana que viene, te llamará Belén.

El presidente del Grupo Villa-Arnaiz tiene manos contratadas para todo. Para poner en agenda las citas, incluso con su hija, tiene a Belén, su secretaria; para abrirle la puerta del coche y conducirle de un sitio a otro, tiene a Pepe. Y así, todo un ejército a su servicio para lo que requiera. José Luis se gira y se dirige hacia la parte trasera del vehículo, protegida por vidrios tintados, donde Pepe sujeta la puerta para permitirle el paso. Ya sentado sobre el fino cuero de la tapicería, estira el brazo con el dedo índice levantado para indicar que todavía no quiere que Pepe le cierre la puerta. Tiene un último mensaje que transmitir:

—Ah, y lo de Javier..., no le des mucha importancia. Es una tontería, la chica por aquí no va a volver y a él le pongo en vereda

hoy mismo. Tú a lo tuyo, que ya me ha contado tu madre que estás a tope de trabajo.

La voz, grave y autoritaria, de su padre se percibe con claridad a pesar de salir desde dentro del amplio cubículo de la berlina. Pepe cierra la puerta trasera a su jefe y saluda con la cabeza a Elena antes de dar la vuelta al coche para ocupar su asiento de conductor.

En cuanto emprenden la marcha, José Luis vuelve a dar órdenes para definir el próximo destino del vehículo:

—Pepe, llévame a Miraflores. He quedado allí con Rojo a las once.

—Descuide, don José Luis, llegamos de sobra.

—No se puede ser tan imbécil como Javier. Te lo digo en serio, Pepe, ahora mismo no sé qué hacer con él.

—Las muchachas, jefe..., es que le pierden las muchachas.

Desde la puerta de su casa y ya cogiendo frío, Elena ve el enorme coche negro alejarse al son del rugido de su motor. Trata de procesar el hecho de que tiene un arma dentro de un estuche en la mano. Traga saliva. Siente que hoy es el día después de algo muy relevante que no ha hecho más que comenzar.

32

Última semana de abril de 2022,
Comisaría de Policía Nacional del distrito Usera-Villaverde, Madrid

Está siendo una primavera de mucho trabajo para las comisarías madrileñas. Las estadísticas reflejan un aumento de robos, sobre todo con fuerza, pero también están registrando mayor número de heridos por arma blanca y agresiones sexuales. En la comisaría del distrito de Usera-Villaverde saben que gran parte de esa actividad está relacionada con el auge de las bandas latinas, cuyo desempeño delincuencial ha alcanzado un pico en primavera con el aumento de horas de luz durante el día, como en una fotosíntesis criminal. Cada semana se topan con asesinatos de jóvenes de entre catorce y veintiún años, varones, relacionados con esas bandas. De hecho, la Delegación de Gobierno hasta ha creado un grupo conjunto policial, formado por la Brigada de Homicidios de la Policía Judicial de Madrid y la Brigada de Información, especializada en bandas juveniles violentas. El foco está sobre las comisarías del sur de la capital, pero también en Fuenlabrada o Alcorcón, ya que es en la zona sur, tanto de la ciudad como de la provincia, donde más se concentran las pandillas delictivas. Sin embargo, aún es pronto para la jarana. El reloj digital que preside la sala muestra las 14:45, el turno de mañana está a punto de concluir. Los agentes que se han quedado en comisaría a cargo de papeleo están cansados y llevan horas sin comer. Los hay que hace rato que han dejado de trabajar y permanecen sentados frente a las pantallas de sus ordenadores sin

mirarlas, entretenidos por vídeos cortos de redes sociales que consumen a través de sus teléfonos móviles.

La agente Rodríguez, cuarenta y cinco años, tiene abierta la página web de una marca de ropa deportiva porque quiere encargar un regalo de cumpleaños para su hija adolescente. El sonido del teléfono fijo de su mesa la obliga a detener el proceso justo cuando estaba a punto de darle al botón de confirmar la compra. Algo contrariada, hambrienta y con ganas de abordar y finiquitar las tareas que le esperan en casa, duda durante un momento sobre la conveniencia de responder. Ve en la pantalla que se trata del número de identificación de una patrulla de compañeros que ha salido hace veinte minutos hacia el polígono Marconi, avisados por la Policía Municipal de Madrid, y decide responder.

—Rodríguez al habla, pero no me jodas, que me faltan diez minutos para irme.

Su compañero, el agente Juárez, está en la mesa de enfrente apurando el interior de una bolsa de frutos secos fritos para matar el hambre hasta el fin de turno. El silencio que ha seguido al saludo de Rodríguez al miembro de la patrulla que ha llamado le ha inquietado; desde su sitio observa cómo su compañera frunce el ceño como un acordeón. Sabe lo que eso significa: trabajo.

—Me cago en todo. Pero ¿llevaba mucho tiempo ahí?

Rodríguez está tomando notas, molesta ante la percepción de que se trata de algo que no van a poder aplazar para mañana. Sin dejar de prestar atención a la escena, Juárez se deshace de la bolsa de plástico vacía y se frota las manos para tratar de sacudirse la sal de los cacahuetes, que queda esparcida por el escritorio. Él también empieza a sospechar que la conversación de la que solo oye una parte va a implicar ampliar el turno. Y le fastidia, porque al precio que las pagan, nadie quiere horas extra.

—Claro, sí. Ahora os veo.

Rodríguez, nerviosa ya, golpea el auricular del teléfono contra su base para colgar. El hombre trata de anticiparse al contenido de la llamada.

—A ver si adivino... ¿Ya están las bandas latinas en acción?

La agente Rodríguez siente que no está para leches, pero toma aire despacio antes de responder.

—Esos chicos, Juárez, delincuentes o no, son todos españoles. Nacidos aquí, igual que tú. Anda, levanta, cabrón.

Es fácil detectar cuándo conviene no tocarle las narices a Rodríguez, así que el hombre opta por obedecer y hacerse a la idea: la jornada no ha acabado.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Han encontrado a una muchacha en Marconi. Apuñalada y quemada, nada menos. Hijos de puta...

Trata de blancas, prostitución, violencia machista, peleas entre bandas... Rodríguez ya está dándole vueltas a la cabeza, el hecho de que sea el cuerpo de una mujer joven tirado en un polígono donde todos los días decenas de mujeres ejercen la prostitución tiene implicaciones insoslayables para una investigadora de homicidios. No puede descartarse nada. Pero además de la mente analítica de una agente policial, la que está en pleno centrifugado de ideas es también la de una madre de un chico de dieciséis y una de catorce. No puede evitar imaginarse a sus propios hijos apareciendo muertos una madrugada. Les inquiere constantemente, sobre todo al chico, acerca de si se relacionan con bandas juveniles violentas. Trata de explicarles los riesgos. Confía en que sus hijos son sensatos y no se meten en líos. Ñetas, Dominican Don’t Play, Latin Kings, les detalla los nombres y sus rituales tratando de prevenir que sean captados. Quiere confiar. A la chica le pide que vaya con cuidado, pero como policía es consciente de que incluso las mujeres más cautas pueden acabar en un descampado.

Juárez, veintinueve años, soltero y fiestero, está pensando en si tendrá que anular su cita de la noche, lo cual le fastidiaría mucho. Así que, apesadumbrado, empieza a moverse lentamente para seguir a Rodríguez.

—Nada, hoy tampoco follo.

33

Mientras tanto,
domicilio de Minerva Morientes, Pozuelo de Alarcón

Desde que los gemelos llegan del colegio sobre las 17:30 hasta la hora de irse a la cama, pasan exactamente ciento ochenta minutos. A Minerva, sumida en el desánimo al que le induce la idea de otra tarde de primavera que no pasará visitando tiendas o conversando con adultos en alguna terraza, las tres horas le parecen treinta. Desde la silla que ocupa alrededor de su mesa de comedor, junto a sus pequeños, observa la belleza que el sol ya inclinado derrama sobre su jardín. La mayoría de las tardes no consigue pasar más de una hora u hora y media con los niños, se aburre y acaba abdicando en la cuidadora.

No hay mucho que hacer en los alrededores del chalé, sus vecinos más inmediatos son avenidas vacías, excepto por los cuidados árboles que flanquean la calzada, de paso restringido a residentes. Elena es, de sus amigas, la que vive más cerca, pero aun así hay que coger el coche para juntar a los niños, y eso le provoca pereza. Tantas veces han dicho que lo harán, pero pocas ocurre. La periodista suspira, convencida de que en el resto de las casas, ocultas tras grandes y frondosos muros de arizónicas, tampoco está pasando nada excitante. Igual que en la suya, piensa. «Chamberí 10 - Pozuelo 0», la periodista recuerda cuando solo tenía que bajar por las elegantes escaleras de su antiguo portal en la calle Génova de la capital para ser arrastrada por un torrente de opciones culturales, sociales, gastronómicas o de entretenimiento. Allí daba igual si era

invierno o verano, día o noche. Claro que entonces no tenía niños, hacía lo que le daba la gana, to-do-el-ra-to.

La chimenea encendida que ilumina la sala es una invitación para permanecer inmóvil como un reptil, el solemne crepitar del fuego exige silencio. Por eso Minerva le pide a su empleada que la encienda todos los días, por lo menos hasta mediados de mayo. Pero la estampa de quietud y sosiego estalla en mil pedazos cada vez que un niño de cinco años lanza una de sus ceras de colores contra su hermana gemela, provocando sus gritos.

Minerva adora a sus hijos, por supuesto, pero acompañarlos por las tardes mientras colorean fichas del colegio le supone un suplicio, que le aburre e irrita a partes iguales. Y parece que ellos tampoco están por la labor de la tarea de colorear, a la vista del revuelo que hay en la mesa de comedor tomada por cientos de ceras de luminosos colores. Minerva, hastiada de las peleas entre sus hijos, calibra durante un momento la carga de autoridad que requiere para poner orden en la escena.

—Saúl, hijo, ¿no puedes estar ni un minuto en tu sitio?

Minerva les habla tratando de ocultar la desgana en su tono de voz. Sofía, la niña, se entretiene pintando. Pero su hermano, inquieto, no para de enredar. Aunque están en preescolar, su tutora de El Colegio Británico insiste en que hay que comenzar a instaurar cierta disciplina: *«At least, half an hour of homework, every day»*, Minerva recuerda la frase con una entonación algo ridícula por parte de la profesora, nativa inglesa.

—Mami, me aburroooo... Déjame tu *tablet*, porfiiii...

El niño, consciente de que los proyectiles de cera para provocar los gritos de su hermana han surtido efecto soliviantando a su madre, lanza una ofensiva por la ansiada pantalla. Sofía se une a la plegaria. Ambos juntan las caras y fuerzan la mayor expresión de súplica que unos mocosos de tan solo cinco años pueden interpretar: ojos muy abiertos y amago de pucherito en la boca. Minerva cede. Se levanta y saca un iPad con funda infantil antigolpes de plástico, color azul intenso, de una de las puertas del sencillo mueble del salón, de aire industrial, y se lo entrega a los niños, que lo reciben entusiasmados. A ella le vendrá bien un rato libre sin

preguntas ni interrupciones, así que aprovecha y se dirige al sofá para tumbarse y buscar un rato de paz y desconexión alejada de sus niños.

Esto era ser madre. Pasar tardes oliendo a plastilina y mocos. ¿Acaso no son la misma cosa? Celeste, la paraguaya que vive y trabaja en su casa, da lo justo como para mantener el domicilio limpio y hacer algo de comida. Minerva piensa que es inútil pedirle más. Si la tarde es buena, como la de hoy, los puede mandar a los tres a ir al parque infantil, pero Minerva recela porque sabe que la empleada aprovecha para cotillear con el resto de las *nannies* del barrio. Más de un niño ha acabado cayendo del columpio por la distracción de sus cuidadoras, que rompen ahí el silencio forzoso mantenido en las casas donde trabajan. A ese parque de columpios pringosos que los niños adoran no suelen ir las madres, solo trabajadoras convenientemente uniformadas que encuentran un remanso de privacidad por parte de sus empleadoras para explayarse en las vicisitudes de cada casa. La periodista lo sabe y no quiere pagar las horas de cotilleo de su empleada, así que, al final, prefiere que se queden en casa. Ir ella misma al parque no es una opción, se agota.

Minerva dispensa una mirada a sus pequeños, tan quietos e interesados ahora en la pantalla que tienen enfrente. De pronto, se acaba el vídeo que estaban viendo y Sofía acciona el siguiente episodio tras intercambiar tan solo una mirada con su hermano. Se entienden. De las pocas cosas buenas que tiene ser madre de dos niños a la vez es la compañía y el juego que se proporcionan el uno al otro, un ahorro de esfuerzo para su madre o quien sea que los cuide en ese momento. Por supuesto, en el otro lado está el conchabamiento que practican y aplican para salirse con la suya. A Celeste han llegado a interpretarle el papel de Sofía enferma para despistarla unos minutos y que Saúl pueda ir a la cocina a robar chocolate sin ser visto. Minerva recuerda cómo dejaron aquel día el tipi, la tienda india de juguete que usan de fuerte y refugio, cuando trataron de almacenar el botín después de manosearlo. No, Celeste no puede con ellos. Minerva piensa que quizá la solución sería contratar a una *nanny* experimentada y que la interna paraguaya se

dedique solo a la limpieza y cocina. Pero por mucho lujo que se respire en ese chalé de quinientos veinte metros cuadrados construidos, ella está sin trabajo y no se puede permitir más personal del hogar.

Aceptó dejar atrás la ciudad para criar niños, aunque nunca se había imaginado haciendo ninguna de las dos cosas. Hace una década, hubiera dicho que su lugar ideal era el barrio de Chamberí y su estado ideal, sin hijos. Sin embargo, las cosas cambiaron.

Minerva se palpa la cicatriz de la cesárea. Han pasado casi cinco años y sigue notando un acorchamiento en toda la zona de alrededor, una piel que está, pero parece no estar. Otra cosa de las que nadie te avisa respecto a los embarazos, como las hemorroides, las varices o el colapso del suelo pélvico que hace que cada estornudo sea un riesgo de pérdida de orina. «Puta vida», piensa. La mujer estira el cuerpo para desperezarse y, de paso, sacudirse del pensamiento las miserias corporales que le regalaron sus hijos. Los pequeños, mientras, siguen atraídos por la pantalla de la *tablet* como si de un imán se tratara. Desde el sofá, Minerva oye el soporífero soniquete infantil que acompaña a los vídeos que los niños eligen. Hay que reconocer la labor conciliadora de esos dispositivos, piensa Minerva, como mínimo, para con la paz mental de los padres y madres.

Por lo menos, la casa sí está impoluta, Celeste se encarga de que el hogar esté libre de cicatrices o precios por la maternidad, la orden es que cada juguete desplegado por las zonas de día debe ser recogido de inmediato. Minerva observa la lámpara Artichoke en versión cristal que cuelga del techo de su moderno salón. Inspirada en la forma de una alcachofa, sus setenta y dos láminas desvían y redireccionan la luz de forma que el observador siempre encuentra nuevos ángulos que apreciar. Creación escandinava a cuarenta y cinco mil euros la pieza, Minerva piensa que la forma en que emite luz sin deslumbrar es pura magia. Una inversión para calmar sus nervios que no se diseñó para iluminar juguetes amontonados.

La pieza, diseñada por el danés Poul Henningsen, es el único adorno del salón. El espacio está decorado con esmero minimalista y aire industrial: blanco y acero para la cocina, suelo en cemento

pulido y escaleras de hierro forjado negro. El sofá en formas rectas de cuero negro ensalza el poder de atracción de la chimenea en el centro de la estancia. La decoradora contratada por Minerva dispuso varios pelajes de oveja convertidos en mantas por encima de algunos respaldos del mueble para aportar un punto de calidez sobre el frío cuero. En general, hizo un buen trabajo, la casa es un reflejo de la personalidad de Minerva: racional y exenta de emoción.

Una vibración del teléfono móvil distrae su enésimo repaso a la ornamentación de su hogar. Es una alerta informativa del medio en que trabaja su marido e indica que el partido de la decimonovena jornada de liga entre el Getafe y el Barça comenzará en una hora. Daniel está ya en directo desde la emisora de radio en la que lleva treinta años trabajando. Periodistas, ambos; en activo, solo él.

Eso significa también que ya son las 20:00, por lo que Celeste debe de estar a punto de aparecer en el salón para llevarse a los niños a cenar. A Minerva le costó algunas semanas que la paraguaya entendiera que el horario en su casa debía ser cartesiano. Las 20:01 no son las 20:00, y por tanto la instrucción no se cumple a tiempo.

A las 20:00:40, a veinte segundos de perder la redondez del hito horario, la paraguaya irrumpe apresurada en la sala, llamando a los niños con un correcto equilibrio entre dulzura y diligencia.

—¿Has preparado el *broccolini* como te pedí? La última vez estaba como una piedra...

Minerva le pregunta desde su horizontalidad, sigue tumbada en el sofá.

—Sí, señora, esta vez estará tiernito. De segundo hay lomos de merluza a la plancha.

Minerva asiente y vuelve a colocar su móvil frente a su cara, indicando a Celeste que puede proceder con la cena. No envidia el entrante del menú de sus hijos, cruce entre el brócoli de toda la vida y un tipo de col verde china. Más sofisticado y caro, Minerva lo elige porque la nutricionista de los niños se lo recomendó por ser uno de esos *superalimentos* con supuestas propiedades adicionales a las de cualquier verdura fresca.

Media hora después, tras la cena y el cepillado de dientes de los pequeños, llega el mejor momento de la tarde, al menos para la

madre de los niños: la lectura de cuentos. Minerva espera a que la empleada haya puesto el pijama a los niños para volver a entrar en escena y tomar el relevo con una actividad que adora, contarles historias.

—Aquí está mamá... ¿Os cuento una historia, pequeños monstruitos?

—¡Sí, mami, síííí!

Responden al unísono desde sus respectivas camas, la de él, imitando un cohete espacial, la de ella, un carruaje de princesa. Minerva se sienta en un sillón Chester situado frente a las camas desde el que domina la escena.

—Os voy a contar la historia de dos niños, hermanos, como vosotros...

El cuento de *Hansel y Gretel*, una historia de abandono, secuestro, canibalismo y extrema violencia que, curiosamente, los niños adoran, apenas toma quince minutos de desarrollo. Las miradas de asombro de sus hijos ante su narración experta la acercan a recuerdos que anhela: en directo, sosteniendo un relato que enganchaba al telespectador. En ese momento, se siente de nuevo como la diosa de la comunicación que para mucha gente fue hasta hace relativamente poco. La que atrapaba con sus crónicas de sucesos, crímenes y truculentas investigaciones incluso a aquellos que desprecian ese tipo de contenidos por morbosos. Era muy buena. Pero hasta en los mejores programas de televisión del *prime time*, llega un punto en que el espectador cede a Morfeo, y ese es el principal objetivo de sus relatos ahora: dormir a los niños. Al final de la historia, Sofía mantiene los ojitos abiertos con dificultad, pero Saúl ya duerme profundamente.

—En cuanto llegue del trabajo, papi os dará otro besito.

Con esa promesa de su madre y los labios en contacto con su carita, Sofía se acaba de relajar. Minerva sale y encaja la puerta de la habitación. Ha permitido que una pequeña lámpara de luz cálida siga iluminando de forma tenue y observa a sus niños por última vez antes de irse. «Son tan dulces cuando duermen», piensa.

Antes de dirigirse a su estudio, al otro lado del pasillo en la primera planta, la de las habitaciones, la periodista llama por

teléfono a Celeste para pedir que prepare su cena. La casa es grande y no le gusta gritar para encontrar a la asistenta, así que el teléfono es una gran ayuda. Encarga un sándwich de pan proteico, queso mozarela y salmón. Ella preferiría un cuenco de nachos con guacamole y una cerveza. «Ay, la dieta», se lamenta. Se lo tomará en su cuarto, con una Coca-Cola sin azúcar.

Cuando usó la cuantiosa indemnización por despido para comprar esa casa para su marido y para ella con idea de formar una familia, pensó también en la oportunidad para tener más espacio y en concreto uno solo para ella. Esa especie de apartamento privado de Minerva fue condición *sine qua non*. Se trata, en realidad, de la habitación que debería haber sido dormitorio principal, cuarenta metros cuadrados, baño completo en suite y ventanales con salida al balcón. El pacto fue que, aunque compartan cama, Minerva tendría esa habitación propia, según los preceptos de Virginia Woolf. Quién sabe si algún día acabará convirtiéndose ella misma en escritora y publicando un libro que cuente alguno de los casos que ha llevado en su trabajo. Por ahora, con los niños tan pequeños, Minerva no se siente capaz.

Una vez dentro, mientras cierra la puerta tras de sí, nota cómo su móvil vibra de nuevo, se trata de una llamada. Minerva saca el dispositivo del bolsillo trasero de sus *jeans* y ve en pantalla el nombre de su hermana. «Hombre, doña ocupada», piensa antes de pulsar el botón verde para responder:

—¡Pero si es la empresaria más solicitada de todo Madrid! ¿Qué tal va la clínica? —Minerva supone que su hermana quiere comentar cuestiones sobre las clientas que ella le manda, antiguas compañeras de televisión, *celebrities* maduras que requieren de chapa y pintura, nivel prémium.

—Hola, *sister*, voy bien. Gracias por hablarle de mí a Cayetana, con cinco como ella tengo el año hecho. —Ríe con suavidad—. Escúchame, no te llamo por eso.

—¿Entonces? ¿Qué pasa?

—Estoy preocupada por Elena..., ¿la has visto últimamente?

Elisabeth mantiene un tono solemne que llama la atención de su hermana.

—¿Eh? Pues no, la verdad es que no he hablado con ella. Ahora que lo dices, tampoco la he visto llevando a los nenes al cole estos últimos días. Pero, vamos, que estará liada con tantos eventos y fiestas...

—No me responde a los mensajes desde hace días.

—Pues es que estará liada, ¿no te lo estoy diciendo? En primavera le entra mucho trabajo. Déjale un mensaje. Espera, mejor montamos una cena las cuatro juntas.

—Vale, buena idea. Pero escríbele a ver..., es que es raro.

—¡Bah! Hermana, que no tenemos quince años. Venga, hablamos mañana. Te quiero.

Minerva cuelga y niega con la cabeza, le parece que su hermana exagera. Todo el mundo pasa etapas mejores y peores, y cree que ya tienen demasiados años como para ir detrás las unas de las otras como si fueran chiquillas. Al fin y al cabo, Elena es millonaria de nacimiento, tiene una bonita casa, un marido, hijos, un negocio del que tirar que, si sale mal, será rescatado por su padre. No es capaz de sentir demasiada empatía por los problemas o el estrés que le puedan derivar sus ansias de ser empresaria, es su elección. En el fondo, le irrita que su hermana pretenda que ella también se preocupe por Elena. O quizá lo que le crispa es ver que ella no genera ese tipo de empatía, que nadie dice: «Chicas, Minerva no está bien, echa de menos su vida», aunque Minerva jamás reclamaría ese tipo de atención. Migajas.

Suelta su móvil encima del sofá de terciopelo color mostaza, se deshace del aparato como si le hubiera proporcionado información molesta, capaz de perturbar su paz. Después, enciende la pantalla de sesenta y cinco pulgadas que se impone en el centro de la pared central, elige en el mando a distancia el canal 7, donde está a punto de comenzar el informativo de la noche, y se sienta en el sofá. En su apartamento, Minerva tiene su vestidor, su propio cuarto de baño con armarios rebosantes de productos de cosmética y una gran mesa de escritorio coronada por un portátil donde organiza sus documentos. Decidió no poner cama en su estudio tras la reacción de Daniel a la idea. «¿Me vas a dejar solo?», le había preguntado

con cara de pena. Al recordarlo, se da cuenta de quién aprenden los niños esas triquiñuelas y pucheritos, la imagen le hace sonreír.

En el noticiero en directo que se emite ya en televisión se habla del precio de la luz, que repunta de nuevo; de la investigación de una nueva vacuna de origen español contra determinado tipo de tumores malignos que pronto empezará a probarse en animales; de una lluvia torrencial que ha anegado un municipio completo de la cuenca del río Segura, en Murcia, y, en el apartado de sucesos, de una oleada de crímenes machistas, dos mujeres asesinadas por sus parejas o exparejas en menos de veinticuatro horas. Declaraciones del vecindario. Lo de Margarita, la primera, nadie lo esperaba en su sevillano barrio de la Macarena, porque, cuentan los vecinos, eran una «familia normal». A Minerva le parece, por la foto que muestra el noticiero, que Margarita tiene cara de gorda amargada. Hace mucho tiempo que dejó de empatizar con el sufrimiento ajeno.

—Señora, traigo su cena. —La voz de Celeste suena tras la puerta.

—Estupendo, ¡estoy muerta de hambre!

Celeste entra y sitúa ante Minerva una bandeja de bambú con patas plegables que suele usar cuando la señora quiere tomar algo en la cama o frente al televisor. La periodista no aparta la mirada de la pantalla, escudriñando la pieza informativa sobre Margarita. No puede evitar pensar en cómo lo habría contado ella. Se habría centrado más en la familia de la muerta que en los vecinos, que poco aportan sobre víctima o verdugo más que los recurrentes absurdos como decir que «siempre daban los buenos días». Es consciente de que hay mucho reportero mojigato con reparos a la hora de ir a por la familia a conseguir imágenes y declaraciones. Los que trabajaban para ella sabían que había que ir con todo o mejor no volver a aparecer por la redacción.

La segunda asesinada es Fátima, una marroquí de veinticuatro años que ya había denunciado los malos tratos de su marido y de la que sus vecinos oían a menudo gritos, procedentes de su piso en Badalona. Minerva observa las imágenes de sus amigas enarbolando una pancarta con su foto, en la que se cubría el pelo con un pañuelo, y siente una punzada de desprecio por la muchacha muerta. «Con los moros, ya se sabe», dice para sí.

El bloque de sucesos cierra con una información de última hora. Se trata de un comentario de la presentadora tapado con imágenes de recurso del polígono Marconi de Madrid. La voz anuncia que ha sido hallado allí el cuerpo de una mujer, apuñalada y quemada. La policía desconoce todavía su identidad, afirma la locutora. Pero para el ojo experto de Minerva, no hay dudas. «Una puta menos», sentencia.

Por un momento, reflexiona sobre cómo actuaría ante esa información si al día siguiente tuviera programa. ¿A quién llamaría primero? Puede que sus contactos en el Anatómico Forense fueran de más utilidad en un caso así antes de tocar la tecla policial. ¿Con cuál de las tres mujeres muertas abriría su sección? Sin duda, con Margarita, la gorda amargada, podría generar más empatía con su público que Fátima, la musulmana, o la chica de Marconi; en esa zona del sur de la capital solo hay prostitutas.

34

Tres semanas más tarde,
19 de mayo de 2022,
clínica BeBeauty, Pozuelo de Alarcón

Apenas lleva unos meses abierta, pero Elisabeth no puede pedir más respecto al éxito del lanzamiento de su clínica. Desde el día siguiente a la inauguración, la agenda se ha ido llenando de nombres. Casi no quedan huecos para nuevas consultas y la dermatóloga ha tenido que hacer más pedidos de viales de vitaminas inyectables, bótox y ácido hialurónico de los que tenía previstos.

—Lucía, pide también más agujas estériles del veinticinco, veintisiete y del treinta, por favor. —Betty se apoya levemente en la mesa-barra de la entrada en la que su recepcionista, más bien chica para todo, toma notas—. Cualquiera pensaría que me como las agujas estériles, ¡qué forma de consumirlas!

Betty sonríe ante su propio chiste, aunque a la vista del escaso éxito que cosecha —Lucía no se ha inmutado, inmersa en su libro de pedidos— se ciñe la bata blanca, impoluta, y saca su teléfono móvil del bolsillo. El reloj que muestra la pantalla dice que son las 9:45, quedan quince minutos para abrir. Elisabeth ya casi no se acuerda de que antes tenía que dejar a los niños y volver a Madrid en plena hora punta para trabajar. Tener la clínica tan cerca del colegio es un absoluto lujo logístico: los deja en el colegio y en cinco minutos está en su puesto de trabajo.

Lleva tiempo tratando de agradecer a Elena su ayuda, no tanto por la fiesta de bienvenida que, aunque fue un triunfo indudable, provocó una factura de doce mil euros entre camareros, comida y

montaje del set de bienvenida, sino por la red de clientas que su amiga proporciona. Gracias a Elena, ha podido acceder a las señoras de algunas de las familias más ricas de Madrid: mujeres apurando la cuarentena, muchas de ellas aburridas y con tiempo libre de sobra; todas, con ganas de verse jóvenes y guapas. Algunas estudiaron con Elena en el Colegio Nuestra Señora de Loreto, en el corazón del barrio de Salamanca, y si Villa-Arnaiz les dice que su amiga dermatóloga hace virguerías con las agujas, estarán felices de pasar por su consulta. El negocio de la belleza es, en primer lugar, una cuestión de confianza.

La otra pata de la red de clientas de la clínica la sostiene su hermana Minerva. Sus excompañeras de televisión, muchas aún en pantalla, son un buen *target* para Elisabeth: exigentes con los resultados, pero a la vez muy demandantes de tratamientos. Con ellas, dado su perfil público, debe ser cuidadosa para evitar que acaben deformadas, ya que si su excesiva sed de tratamientos se relaciona con BeBeauty, su marca saldría muy perjudicada. Así que debe cultivar su mano izquierda para convencerlas de que no pueden estar pinchándose cada dos meses y evitar que se vayan a que lo haga otro. Un complejo equilibrio cuando siempre hay alguien ahí fuera dispuesto a inyectar.

Al entrar en su consulta, agradece el orden y la limpieza. La higiene y pulcritud son exigencias básicas en un centro médico, que se multiplican al tratarse de un lugar dedicado a la estética. No hay belleza sin simetría, sin orden, y eso debe quedar claro en cada rincón de su negocio. También tiene que haber espejos, muchos espejos. Y luces que consigan efectos, como en el espejo de la sala de espera, cuya luz viene del techo provocando sombras bajo los ojos y reforzando la necesidad de tratamientos en las clientas. Una vez dentro del espacio privado de la doctora, el tocador del consultorio dispone de una iluminación en racimo que suaviza las facciones. Ese es el espejo frente al que pone a las clientas una vez que acaban sus tratamientos. Suelen quedar tan entusiasmadas y agradecidas a Betty que no se percatan de que la doctora está conchabada con su recepcionista para, entre las dos, acompañarlas de nuevo a la recepción sin que puedan pararse frente al espejo de

la sala de espera, con sus tan poco favorecedoras sombras. Y es que la belleza también es ilusión.

Haciendo uso de uno de los espejos iluminados de su consulta, comprueba que el ligero toque de maquillaje y la cara despejada gracias al pelo recogido siguen siendo la mejor combinación. Se ve fresca y despierta, bella de una forma no forzada.

> Amiga, ¿qué tal estás? ¡Echo de menos nuestras sesiones de entrenamiento! ¿No deberíamos llamar a JLo? Jajaja

Betty, sentada ya a su mesa escritorio, escribe a Elena a través del chat privado de telefonía. Se da cuenta de que el último mensaje también lo envió ella, hace más de dos semanas. Tampoco la ha visto ninguna mañana en el colegio llevando a los niños. Algo le escama en el hecho de que Elena no responda y ni siquiera haya preguntado por el arranque de su aventura. Con su hermana Minerva tampoco ha contactado, por lo que le transmitió en su última conversación. Su incipiente preocupación se ve interrumpida por el inicio del flujo de trabajo en consulta.

—Doctora, ya está aquí la señora de Enríquez.

Lucía avisa de viva voz a Betty de la primera paciente, a través del hueco que deja la puerta de la consulta que ha abierto solo hasta la mitad, como exige la doctora. El protocolo pactado para primeras visitas es que Elisabeth las recibe saliendo de su consulta, una bienvenida calurosa y amigable que permita generar confianza y rebajar miedos. Una vez atravesado el umbral de la puerta, se encuentra con una mujer rellenita, de unos cincuenta y pocos, que parece disimular su propia presencia observando con esmero la sala de espera, escrutando la decoración de ese chalé convertido en clínica de belleza.

—Buenos días, querida. Pasa, estás en tu casa.

Elisabeth la invita a entrar con la palabra y con sus gestos, dirigiendo los brazos hacia la sala de forma algo teatral.

—¡La famosa Betty! —La mujer se levanta rápidamente y fuerza un saludo con doble beso a la doctora, como si se conocieran—. Soy

Susana, ¡amiga de tu hermana! Me ha dicho que me vas a quitar quince años —proclama riéndose.

La carcajada resuena en toda la consulta. Denota el nerviosismo de la mujer, cuyo rostro descolgado y amarillento por el tabaquismo indica que no se ha cuidado demasiado, menos todavía realizado tratamientos.

—Minerva... ¡Qué cosas dice! Pues, Susana, no te voy a engañar. No te voy a quitar ni un solo año —Betty inicia su relato consciente de que la primera frase causa decepción, como percibe en el rostro de su clienta—, pero te prometo que te voy a añadir frescura y belleza, para que te sientas a gusto con tu edad y con cada año que cumplas, ¿te parece bien?

La psicología funciona. Crear demasiadas expectativas se volvería en su contra nada más acabar la consulta y en el peor momento: el de cobrar a la paciente.

—Lo que tú digas. Pero ponme guapa, que hace meses que no echo un polvo...

La salvaje sinceridad de su paciente enternece a la doctora. Elisabeth conoce la brecha entre las expectativas y las posibilidades. Prefiere prometer menos de lo que consigue, para que sea su trabajo el que haga volver a las pacientes. De poco sirve engatusarlas con falsas promesas de una juventud inalcanzable si luego ellas no se disfrutan en el espejo. Su objetivo hoy es que Susana abandone la clínica sintiéndose una pantera y, si puede ser, que cace alguna presa.

El tratamiento será un *total face*: relleno de pómulos, labios y mandíbula con ácido hialurónico, además de un par de viales de toxina botulínica para impedir que frunza el ceño, arrugue la frente o presione las patas de gallo. Prescripción de láser para rebajar las manchas de sol que proliferan por su cara y alguna crema regeneradora. La factura será de tres mil quinientos euros, después de un descuento del cinco por ciento por ir de parte de Minerva. Es bastante dinero para los cuarenta minutos de consulta que tomará, pero Elisabeth está segura de que la paciente se va a ir feliz con su nuevo toque.

Inmersa en la preparación de las agujas, los viales y las cremas, Betty se ha olvidado ya de que espera respuesta al mensaje que ha enviado a Elena. No será hasta tres horas, cinco pacientes y muchos pinchazos más tarde cuando lo que encuentre en su bandeja de entrada sobrepase sus expectativas.

> Betty, estoy en la mierda. Necesito tu ayuda. He hecho algo horrible. ¿Te puedo ir a ver?

A Elisabeth casi se le salen los ojos de las órbitas.

No es de Elena.

Javier Jiménez Toledano le ha escrito pidiéndole auxilio.

Betty deja el móvil de nuevo sobre la mesa, bocabajo, la perturba ver el nombre de Javier en su pantalla. Se imagina perfectamente lo que ha hecho, lo que le sorprende es que esté tan compungido. La doctora siente una punzada, puede que esta vez el hecho diferencial sea que su mujer, Elena, se haya enterado de una infidelidad de Javier. ¿Le habrá confesado lo que pasó entre ellos? De pronto, piensa que eso explicaría la actitud esquiva de su amiga. «Imposible», se dice, de su breve relación ya no hay pruebas ni mensajes, nada. Esto tiene que ser algo nuevo. Sin embargo, una incipiente angustia se apodera de ella. «Totalmente imposible», se repite. Por ahora, no sabe cómo contestar al mensaje, pero sí ha decidido que no va a quedar con él. Hace tiempo que consiguió disolver la toxicidad que le generó el *affaire* que mantuvieron, y no resultó fácil. Como si le hubiera inoculado un veneno adictivo, Betty necesitaba más y más de Javier, hasta el punto en que estuvo dispuesta a dejar a Cristóbal. La situación rompió los esquemas de Betty, que tardó en comprender que el marido de su amiga solo buscaba una aventura. El hecho de que un seductor como Javier se fijara en ella le generó una ilusión, un castillo hinchable que la invitaba a fantasear con una vida distinta a la que tenía entonces. ¿Se enamoró de él? Elisabeth piensa en su amiga y le duele comprender que sí, que un poco, aunque a esa realidad le siga una retahíla de excusas ligadas a lo mal que iba su matrimonio, lo arisco que es Cristóbal, lo poco que la entiende...

Aquella espiral de desengaño y frustración llevó a Elisabeth a replantearse toda su vida: no dejó a Cristóbal, pero sí su trabajo como dermatóloga en el hospital. «Y mira hasta dónde te ha llevado»; Elisabeth observa su nueva consulta, ahora es empresaria, le gusta cómo se siente. ¿La empujó su aventura con Javier a cambiar su vida? Puede que sí. Quién sabe.

Pero ahora ella se siente fuerte y su amiga Elena tiene que estar sufriendo, seguro. No quiere arriesgarse a preguntarle de manera directa si le pasa algo con Javier, pero se va a enterar de cómo está. Tiene claro cuál es el bando elegido.

35

Unos días después,
25 de mayo de 2022,
El Colegio Británico, Pozuelo de Alarcón

Es una de las últimas mañanas del mes de mayo, pero quiere parecerse más al lluvioso abril que al veraniego junio. El agua azota el suelo en forma de perecederas cortinas que se descuelgan con violencia de un cielo gris intenso. Aferrada a la taza de loza que contiene su segundo café de la mañana y embutida en una suave bata de seda color marfil, a Minerva Morientes la sola idea de poner un pie en la calle le parece una tortura. Nada la reclama en el exterior más que dejar a los niños en el colegio, pero el trámite se le atraganta. Observando cómo se empapa su jardín a través de la gran ventana de la cocina mientras Celeste organiza el desayuno de los niños, se ha planteado mandar a la expedición a pie, con la asistenta. Pero incluso equipados con botas, chubasqueros y paraguas, se ha dado cuenta de que era una crueldad para sus hijos; Celeste, al fin y al cabo, cobra, ha pensado.

—Vaya mierda de día. Deberían hacer clases telemáticas cuando llueve así...

La pequeña Sofía se apresura a corregir las formas de su madre.

—¡Mami! No digas palabrotas, *that's rude!*

—Así que sirve de algo lo que pagamos en el colegio, ¿eh?

La madre acaricia la mejilla de su recatada pequeña, que mastica el último trozo de una tostada de pan de semillas con jamón de pavo, tal y como se ha establecido para el desayuno según los preceptos de la nutricionista.

Resignada, pues Daniel está de viaje para narrar la final de la Liga de Campeones, Minerva se decide a buscar una gabardina decente y llevarlos ella misma en el coche, calculando que el único momento de contacto con la lluvia será al salir del vehículo y acompañarlos al pabellón de educación infantil. La periodista no trabaja el concepto *botas de agua* en su inventario de estilismo, le parece un *adínaton*, un imposible, un desafío inviable que existan unos zapatos para caminar por el agua: eso, para ella, no debería hacerse, y punto. Así que se calza las zapatillas deportivas con peor aspecto de las que ha encontrado en el mueble zapatero, pensando que lo más probable es que acabe tirándolas después. Tampoco hay botas de agua reglamentarias en el uniforme del colegio, así que los zapatos de cuero negro de Saúl y Sofía puede que encuentren el mismo destino después de esta jornada, y ya serían los terceros de la temporada. Minerva prefiere comprar zapatos nuevos que romper la uniformidad de vestuario, para algo van al colegio al que van, piensa. Celeste, por su parte, ha equipado a Saúl y Sofía con parkas enceradas Barbour y les ha proporcionado paraguas plegables oscuros.

Ya en el garaje, Minerva observa cómo su empleada acompaña a los pequeños al coche portando sus mochilas, una colgada de cada brazo. Piensa que en esa pose, y dada su constitución, la joven paraguaya se asemeja a un orangután. La madre, ataviada ya con su gabardina de Burberry, espera a que niños y enseres estén bien colocados en el coche, los primeros con el cinturón puesto, mientras hace rodar el mando a distancia que acciona el vehículo en la mano derecha y piensa que estaría bien que alguna de las internas tuviera carné de conducir. Así, en días como este, podría evitarse el trago de mojarse entera. Se lo comentará a la agencia que la pone en contacto con las candidatas.

Ya en carretera, el repiqueteo de las gotas contra la luna delantera del BMW se vuelve agobiante para Minerva. Le resulta difícil incluso ver la calzada. En condiciones normales le gusta conducir su coche, pero en medio del torrente de lluvia no puede evitar verse apoderada por una creciente angustia, aunque se trate de un coche con tracción a las cuatro ruedas preparado para situaciones como esa. Observa a sus hijos por el retrovisor, y colige que a ellos no les

preocupa la meteorología, entretenidos como están examinando unas cartas de personajes de dibujos animados que coleccionan. Al menos, la situación está controlada por ese lado. El trayecto supone unos diez minutos en un día normal, pero hoy podría alargarse a causa de las condiciones de visibilidad, y a la madre se le hace cuesta arriba. Minerva siente que cada vez necesita inhalar más aire para notar los pulmones llenos, así que trata de controlar la respiración con una técnica que tantas veces la ayudó en sus años trabajando en televisión. Es la regla de respiración 4-7-8: cuatro segundos inhalando, siete segundos en apnea y ocho segundos exhalando. Aprovecha un semáforo en rojo para ponerlo en práctica mientras el flujo de agua sigue azotando con violencia la carrocería de su coche.

Antes de que se ponga en verde, la periodista ha conseguido calmar su ritmo cardíaco mediante dos rondas de esa respiración pautada. Sin embargo, una pegajosa sensación le enfría la piel: «No valgo para nada», oye en su cabeza. Minerva lleva semanas tratando de visualizarse a sí misma mientras dirigía un debate de plató, lleno de tertulianos discutiendo, auténticos miuras, o cuando se enfrentaba a una última hora con poca más información que un teletipo. Pero no consigue recordar la sensación de control. Hace solo cinco años, ella seguía frente a la cámara pasara lo que pasase, sin abandonar su posición templada, contaba la información con pasión y sin mostrar dudas. Era una bestia. Sin embargo, asustada bajo un chubasco primaveral, ya no se reconoce.

De poco le sirve el triunfo en el pasado si sus expectativas laborales son nulas. Su historia como presentadora de éxito se desdibuja incluso para ella misma, que la protagonizó. Nadie la llama, nadie espera de ella que haga algo productivo. Al contrario que su hermana Elisabeth, que acaba de abrir su clínica y llena la mayoría de las conversaciones, de lo que se alegra enormemente, Minerva siente un vacío cada vez más pesado, como un lastre que arrastra colgado de los sueños que un día tuvo a su alcance. Lo que más le duele es que ya nadie le pregunta si va a volver a trabajar. No sabe si es por cautela o por abandono, si acaso temen que ella se enfade ante la eventual pregunta o si, en cambio, no preguntan

porque dan por imposible que, a sus cincuenta años, vuelva a trabajar en televisión o en ningún otro sitio. Entre las madres del colegio de sus hijos sabe que nadie se cuestiona el asunto laboral simple y llanamente porque ninguna de las que están allí por la mañana necesita trabajar. Muchas de ellas no han tenido una nómina en la vida, ni falta les ha hecho. Sin embargo, en su entorno más íntimo, Minerva siente que flota la cuestión de si, en su situación actual, solo con los ingresos de Daniel, se puede mantener durante mucho tiempo el ritmo de vida que lleva la familia: colegio privado, casa de lujo, tirar unos zapatos solo porque se han mojado... Cuando su hermana se ha atrevido a plantear el tema, Minerva se ha hecho la ofendida: «Pero ¿tú qué te crees, hermana, que soy una muerta de hambre?». La respuesta sincera, lo sabe Minerva, sería que no. Lleva seis años viendo cómo sale más dinero del que entra en casa, y la reserva está cerca de acabarse.

«No valgo para nada». El pensamiento es un nuevo latigazo que vuelve a azotarla mientras recorre los últimos metros hasta el acceso a El Colegio Británico, con el único consuelo de que la fuerte lluvia ha remitido y ahora la sustituye un suave pero constante manto de llovizna.

—¡Vaya! ¡Hemos salido con el huracán Andrews y llegamos con sirimiri! Algo es algo, ¿eh, pequeños? ¡Venga, vamos!

—Se llama *drizzle*, mami. ¿Sabes que en inglés hay más de diez formas de nombrar la lluvia?

Minerva mira a Saúl, extrañada por la demostración de erudición infantil con que el niño se ha arrancado y que su hermana Sofía confirma asintiendo de forma exagerada con la cabeza. Algo bueno tiene que haber hecho con esos niños.

—¡Mami está muy contenta con todo lo que estáis aprendiendo! Pero coged las mochilas, que si no llegaremos tarde y eso los ingleses lo llevan fatal.

Sus niños la reconcilian con el cosmos. Se dice que ellos son su trabajo ahora, los miuras que domesticar, las últimas horas que contar, la compostura que mantener. Y mientras camina con ellos de la mano, atravesando la pared húmeda que compone la lluvia, se aferra al cometido como a una palmera en medio de un tsunami.

Pero en cuanto abandona el centro escolar, el vacío se vuelve a apoderar de ella. La periodista se ciñe la gabardina color beis, que ya empieza a tener los hombros oscuros por el agua. Es tan larga que podría haber salido a la calle en pijama y nadie repararía en ello. De hecho, casi va en pijama. Debajo de la parafernalia contra la lluvia lleva puesto el enésimo chándal de cachemir. El de hoy es su última adquisición, en color topo, más ropa deportiva para alguien que no pretende correr si no es para huir de un oso pardo que eventualmente llegara hasta el barrio. Su hermana y Elena se habían puesto muy pesadas insistiendo en que se uniera a entrenar con ellas y esa tal Jennifer que parecía, según su visión, una entrenadora porno. Minerva no tiene ninguna intención de humillarse ante ellas, no se siente capaz ni de levantar un brik de leche.

De regreso en el coche ve que ya son las 9:05. Lo más excitante de la mañana ya ha pasado. Los niños están en el colegio y ella ha sido capaz, a duras penas y sufriendo, de conducir un trayecto en pleno temporal. Se mira en el cristal del espejo del parasol del asiento del conductor para acertar secándose con un pañuelo de papel las gotas de lluvia de la cara sin malograr la máscara de pestañas que se ha aplicado como único nexo con su coquetería, algo abandonada. Ahora mismo, lo que más le apetece es volver al confort de la chimenea de casa y aprovechar el silencio para disfrutar de la visión del fuego.

Pero una llamada telefónica interrumpe la hipnótica imagen de llamas ardiendo que se había formado en su mente. Busca el móvil por el interior de su espacioso pero atestado bolso de Gucci apoyado en el asiento del copiloto. Con la mano, aparta barras de labios contenidas en lujosos estuches, un frasco de perfume, un cuaderno que apenas usa ya, caramelos sin azúcar y cables de cargador de móvil enredados, hasta que da con el aparato. El nombre que muestra la pantalla como remitente la sorprende.

—¿Inspector Juárez? ¿A qué debo este honor? —Su tono reviste cierta sorna, lleva años sin saber nada de Juan Juárez, el inspector jefe de la comisaría de Policía Nacional en Pozuelo que la proveía de información cuando trabajaba en televisión. Uno más que, en cuanto la echaron, no volvió a llamar.

—Hola, Minerva. Escucha, hay un asunto delicado para el que te necesito... —El inspector no ha captado el tono burlón de Minerva o prefiere ignorarlo—. Solo me atrevo a confiártelo a ti.

—Juan —Minerva interrumpe—, yo no estoy en activo ya, imagino que lo sabes. No sé si voy a ser de gran ayuda...

—Te equivocas. Este es el tema con el que vas a volver a estar donde tú quieras estar. Es un caso muy caliente que no quieren que salga. Pero, por mis huevos, ¡o tus ovarios! Esto sale, Minerva.

Durante un par de segundos, el único sonido audible es el rumor metálico de la línea. Tras la pausa por perplejidad, Minerva decide tirar del hilo.

—Te escucho.

—Por aquí, no. Vente a donde siempre. Hoy, a las cuatro.

36

Siete horas después,
25 de mayo de 2022,
bar La Polilla, Carabanchel Alto, Madrid

El bar donde solían quedar luce exactamente igual que como lo recordaba Minerva. Tan pútrido, con su suelo pegajoso y lleno de basura. La barra de conglomerado marrón del bar La Polilla parece acumular mayor número de quemaduras de cigarros que la última vez, a pesar de estar prohibido desde hace más de una década fumar dentro de los bares. Tras ella, el mismo tipo sudoroso y grasiento que recuerda de hace años coloca vasos en un estante. El hombre reconoce a Minerva y, con un leve gesto de cabeza, señala el fondo de la estancia.

La periodista asiente con discreción, disimulando la extrema curiosidad que arrastra desde que la ha llamado el inspector Juárez por la mañana. Atraviesa el umbral y se adentra en la iluminación fluorescente del local dejando detrás de sí una luz de tarde velada por multitud de nubes que persisten en el cielo, aunque la lluvia ha cesado.

Lo más nuevo a la vista son los periódicos deportivos sobre la barra. Las portadas son de ese mismo día, aunque a esa hora el papel se ve igual de sucio y manoseado que el resto de los elementos de la escena. La misma nevera exponiendo tortillas y ensaladillas de dudoso valor nutricional y control sanitario tras el vidrio. Recuerda haber recurrido a esa poco apetecible comida para evitar que, al intentar seguir el ritmo de bebida a su interlocutor, el alcohol la tumbara. En seis años, nunca había vuelto a ese lugar.

La mesa de los intercambios comerciales queda oculta desde la visión que ofrece la entrada del bar. «Vaya, ¡la policía no es tonta!» es la broma que solía gastarle Minerva a Juan al observar las medidas de discreción que adoptaba al concertar reuniones en un local así, tan lejos de su entorno, geográfica y socialmente hablando. Burdas, sí, pero efectivas. Minerva camina hacia ese rincón donde se ha citado con Juárez a través del bar, de puntillas, sorteando bolas de servilleta, huesos de aceituna y colillas como si fueran minas antipersona. No le ha hecho falta especificar, cuando él ha llamado. Ya sabe lo que significa «donde siempre»: la mesa del fondo a la izquierda, tras un biombo que protege el reservado más cutre de la historia del resto de las miradas. En ese lugar, sin embargo, se ha tratado información realmente crítica. El nombre y la dirección del amante gay de un ministro del gobierno de España de lo más heteronormativo; las propiedades ocultas en paraísos fiscales del jefe de la oposición, progresista y contrario a la especulación inmobiliaria; las imágenes de cámara de seguridad de una presidenta autonómica robando perfume, ocultas durante años... Todas esas exclusivas, ofrecidas después en su programa de televisión, habían nacido allí.

El sistema era tan sencillo como una llamada del agente a la periodista para concertar una cita en La Polilla. Allí se le proporcionaban la información y las pruebas, bastaba con alguna foto o vídeo breve, o una nota registral, y la bomba estaba cargada.

—Juárez, como esto no sea cierto, te arranco las pelotas.

Fue lo que dijo Minerva la primera vez, cuando él le presentó las fotos del joven líder del partido de extrema izquierda, un enfervorizado ecologista, captado mientras disfrutaba tomando el sol sobre la cubierta del yate del presidente de una importante empresa petrolera. Eso ocurrió a tres días de unas elecciones en las que esa formación amenazaba con truncar el destino del clásico bipartidismo, y era munición suficiente como para alterar la intención de voto.

—Tienes mi palabra. Haz tu parte, no preguntes, y te llegarán más como estas —respondió entonces Juárez con una media sonrisa en el rostro, consciente del poder que tenía en las manos, mientras sujetaba las fotos que probaban el *delito*.

Las noticias que se filtraban en La Polilla llegaban a la opinión pública en momentos críticos para sus protagonistas: a días de una consulta electoral, mientras se disputaba el poder interno en determinado partido político o cuando se avecinaba crisis de gobierno. El famoso fuego amigo.

El funcionamiento era simple: Juárez recibía el encargo de mover una historia que los fontaneros de cada partido, las figuras que mejor se desenvuelven entre la ponzoña o la policía, conocían desde hacía tiempo, y se la proporcionaba a su periodista de referencia, Minerva Morientes. ¿Quién ganaba con ello? ¿Cómo accedía Juárez a casos tan variados, incluida información tributaria? Minerva nunca preguntó, solo aprovechaba la ola. Para ella, aquellos sujetos eran cadáveres políticos, por lo que las filtraciones no alteraban el curso de la historia, eran tan solo el menú para carroñeros. Su parte en el trato era amplificarlo en televisión nacional, montar un espectáculo morboso en forma de tertulia y surfear feliz sobre los récords de audiencia que le proporcionaban aquellas historias. ¿Le perturbaba la conciencia? Nunca. Minerva veía que con cada historia crecían su audiencia y sus ingresos, a cada punto de más de *share* reclamaba más dinero a la dirección de su cadena. Los directivos accedían, Minerva era una gallina de los huevos de oro. Con el tiempo, ella se llegó a creer por encima del bien y del mal, pensó que impartía justicia, alguna de clase mediática cuyo tribunal estaba insospechadamente oculto en el reservado de un bar cochambroso.

¿Afecta a la estabilidad de una región que su presidenta robara un perfume quince años antes de acceder al cargo? ¿Supone algún cambio en la gobernabilidad el hecho de que un ministro conservador casado con una mujer tenga un amante homosexual? Minerva siempre pensó que no, en absoluto. Sin embargo, el conocimiento por parte de la opinión pública de sus secretos los había obligado a dimitir, cambiando el juego de poderes del momento. ¿Por qué les había llegado la hora del escarnio público a esas personas en aquel momento concreto? Ni Minerva Morientes ni Juan Juárez disponían de las respuestas, ellos solo eran peones de una estructura superior. Nadie obligó nunca a la periodista a aceptar esas historias, pero ella lo hacía a toda prisa porque sabía que si

caían en otras manos, el éxito lo cosecharían otros. En cuanto a los candidatos a cadáveres políticos, los pobres diablos nunca hubieran imaginado que su sentencia final se firmaba en un bar de mala muerte junto a borrachos domésticos y una chirriante máquina tragaperras.

Aunque de todo eso hace mucho tiempo, esta tarde, cuando por fin localiza a su interlocutor, Minerva vuelve a sentir la excitación de las noticias prohibidas, una mina de oro que anhela con profusión.

—Este lugar sigue dando el mismo asco, Juan; ¿no sería momento de buscar escenarios más civilizados para un inspector jefe y una exestrella de televisión?

Minerva, despojada puntualmente del chándal en el que se esconde cada mañana y sintiéndose de nuevo bullir en misión profesional, apenas se ha levantado unos centímetros las gafas de sol de los ojos para localizar a Juan sin chocar con algún viejo etílico. Sigue con ellas puestas, convencida del misterio y glamur que aportan, cuando separa la silla de la mesa para tomar asiento frente a su antiguo confidente.

—Ya no soy inspector jefe, Minerva.

El tono de Juan es sombrío; la revelación, inquietante. Sostiene frente a su cara un vaso de vidrio rayado por el uso con medio dedo de líquido ámbar. Minerva observa el movimiento del whisky mientras procesa el anuncio. Le cuesta entender qué puede haber ocurrido, para qué la puede haber llamado Juan si ya no es inspector.

—Pero, Juan... —Ni siquiera puede formular la pregunta.

—Han pasado muchas cosas... —Tras zanjar el intento de Minerva de indagar, Juárez inclina el vaso sobre su boca para verter el contenido en su garganta. Antes de depositarlo de nuevo encima de la raída mesa, lanza una mirada fugaz por detrás de Minerva, como si quisiera cerciorarse de que nadie los vigila—. Pero ninguna es de tu incumbencia si no quieres acabar dando el *Telecupón*.

A Minerva le parece excesiva la prudencia y ridícula la advertencia.

—Me da que ni para eso me quieren ya en televisión, Juan. Desembucha, ¿por qué me has llamado?

Juárez se fija por primera vez en Minerva desde que su antigua confidente se ha sentado. Las grandes gafas de sol le cubren los ojos, pero el resto de la cara explica a través de cada poro la historia de los seis años que la mujer lleva apartada del mundo laboral. Es el rostro de una estrella apagada, de una mujer ninguneada, cuyo orgullo, sin embargo, aún consigue brillar bajo una espesa capa de aburrimiento y sopor. El policía toma conciencia del poder seductor que ella sigue albergando y siente una repentina satisfacción por verse de nuevo envuelto en el halo de misterio y autoridad que le confiere ser el poseedor de los secretos que Minerva anhela. Aunque no olvida su alto precio.

—Hace unas cuatro semanas encontramos el cuerpo calcinado de una mujer en el polígono Marconi.

Mientras escucha, Minerva se retira las gafas de sol. Bajo la desagradable iluminación fluorescente, le da la sensación de que Juárez está mayor, pero también bastante moreno. Pronto, conecta la descripción con la noticia que vio en el informativo y las fechas que acota Juárez.

—¿Una prostituta?

—Eso pensamos en un inicio. —Juan responde rápido, conocía de antemano las preguntas que Minerva le plantearía—. Pero las habituales de la zona no echaban de menos a ninguna de las suyas. Interrogamos a todos los chulos, nada. El problema es que no había forma de identificarla.

—¿Ni por ADN? ¿Y los dientes? —Minerva interrumpe, haciendo acopio de sus conocimientos de criminología adquiridos durante años de información de sucesos. Cada detalle de la historia aumenta su excitación. Aunque tiene poco que ver con el tipo de *exclusivas* con las que negociaban en esa mesa, lleva el oficio bajo la piel.

Juárez echa de menos el cuaderno que ella solía sacar para anotar las claves, aunque la inteligencia que destila su mirada, siempre suspicaz, sigue intacta.

—Sin coincidencias. Emitimos una orden internacional, pero parecía que nadie la echaba en falta. Estamos hablando de una muerte extremadamente violenta: acuchillada, después quemada.

No hace falta que te diga que, sin identificación, sin nadie reclamando a la chica, el caso iba directo al archivo.

—Ajá, pero algo pasó.

—Sí. Justo cuando pensábamos que quedaría en el olvido, llegó una llamada de la Policía Nacional Dominicana. La madre de una tal Daisy Hernández había ido a denunciar que llevaba semanas sin saber de su hija, que había venido a España a buscarse la vida junto con su hermano. Por lo visto fue el chaval, de dieciséis, quien dio el aviso a la madre. La chica tan solo tenía diecisiete años...

—¿Y es ella?

—Es ella. La madre envió una muestra biológica para cotejar con los restos. Por suerte, los malos fueron suficientemente tontos o tenían prisa, vete tú a saber, como para dejar tejido sin calcinar.

—Pues enhorabuena por el hallazgo, Juárez. Lo que no entiendo es para qué cojones me has llamado. —Minerva está impaciente por conocer su parte en esta historia que cada vez le suena más lejana.

—Alguien se ha puesto muy nervioso con este cadáver, Minerva, y no nos están dejando avanzar.

—Pero si me has dicho que ya no eres inspector jefe, ¿qué tienes que ver tú con este asunto?

—Fui relegado, es cierto. —El rostro de Juárez se ensombrece a la vez que se tensan sus músculos faciales—. Los mismos que me pedían que filtrara determinados temas me empapelaron por revelación de secretos. Poco después vi que tú también desaparecías de escena... —La pausa es para tragar la bola de angustia macerada que sigue en medio de la laringe—. Minerva, hemos sido títeres en una función que solo divertía a unos pocos. Pero su diversión no puede costar vidas.

—Vaya, lo siento. —A Minerva le sorprende la profundidad de la reflexión, pero no se siente interpelada—. Pero te equivocas, lo mío no tuvo nada que ver con eso, hubo un cambio de política de empresa, cambiaron los contenidos, la tele es así.

No pretende darle explicaciones, ella no siente que su carrera se viera truncada por nada de lo que pactaron sobre esa mesa. Su cadena fue comprada por un grupo internacional que ejecutó cambios en la directiva. Los nuevos jefes manifestaron que llegaban

para «acabar con la telebasura y el morbo» y a ella le ofrecieron un puesto como jefa de redacción, con su sueldo base. Al no hacer pantalla, se olvidaba de los suplementos y también de los extras por publicidad. Además, estaba la amarga sensación de ser apartada. Prefirió negociar su salida.

Juárez asiente, complaciente. Sabe que no la va a convencer, pero él sí supo siempre en dónde se metía y las consecuencias que acarreaba traficar con información tan sensible. Si Minerva no ha conectado las revelaciones que hizo circular desde su programa con su destitución, o es menos lista de lo que parece o quiere que así lo parezca. Por un momento, piensa en zanjar la conversación, puede que su intuición haya fallado y recurrir a Minerva Morientes para dar visibilidad a este caso no fuera tan buena idea.

—Pero, tranquila, sigo siendo jefe, ¿eh?, del Servicio de Seguridad de comisaría. Controlo los turnos, que la gente suba y baje la barrera de forma adecuada, ese tipo de cosas. Al principio fue humillante —Juárez levanta de nuevo el vaso, ya vacío, y mira el fondo de este al trasluz, como si allí depositada aguardara su dignidad policial—, pero te haces con ello.

Minerva observa a su interlocutor cada vez más perpleja. Ella tampoco es ya lo que era, pero... ¿Juárez, a sus casi sesenta años, convertido prácticamente en guarda jurado de la comisaría de Pozuelo? Parece una broma, pero ahora entiende el motivo de su tono de piel. De ser así, Minerva siente que se está rebajando al encontrarse con él. Lo peor es que ni siquiera entiende todavía por qué Juárez le aseguró que lo que tenía que contarle relanzaría su carrera. Se siente estafada y con ganas de terminar la conversación.

—Entonces, tú no estás investigando lo de la mujer en Marconi..., ni tampoco nada más, vaya. Me parece que tienes menos actividad que yo, que ya es decir.

El policía decide ignorar la sorna y ofrecer la última parte de la explicación, aquello que le ha llevado a llamar a Minerva.

—No, pero soy perro viejo en el Cuerpo y estoy para quien me necesite. Pueden haberme quitado galones, Minerva, pero el olfato, los contactos y el instinto siguen ahí. —El agente se señala el pecho con el dedo de la mano derecha mientras enumera sus motivos en

su pose más orgullosa—. Los compañeros que encontraron el cuerpo, los del distrito Usera-Villaverde, están en punto muerto. La chica llevaba poco tiempo en España, no se le conoce más entorno que un hermano adolescente. Tenía un perfil en Instagram con fotos de ella en la playa o entrenando, pero, más allá de los típicos pajilleros de internet que la seguían, carecía de una red de contactos. No ha habido forma de trazar las últimas horas de la víctima y así la investigación va camino de coger polvo en el archivo. Les dije que vendieran la historia a los periodistas de sucesos habituales para ver si sonaba la flauta, pero ninguno ha querido llevarla.

Minerva aprovecha que Juan ha tomado aire para interrumpir, lo hace con un tono irritado que se viene cociendo desde hace varios minutos.

—Vamos a ver, Juan. Estamos hablando de una prostituta a la que se han cargado, ¿no? Ya sabes que eso no te lo compra nadie en televisión. ¡Y encima inmigrante! Las historias de mujeres muertas o desaparecidas que cuentan los medios son las de personas con las que el público conecta: la hija del vecino del quinto, la joven que te atiende en el estanco, la heredera de un empresario... Te das cuenta, ¿no?, mejor cuanto más blancas, guapas y con dinero. O sea, más de cincuenta mujeres asesinadas por sus parejas o exparejas cada año y tú pretendes dar visibilidad a lo que nadie quiere ver de esa estadística: que entre ellas no solo hay amas de casa o profesionales liberales, sino también prostitutas. Mira, Juan, el lupanar no vende. A esta muchacha, que la pobre sería una yonqui, se la habrá cargado su chulo por haberse quedado con droga que no era de ella o vete tú a saber. La audiencia no se identifica con eso, así que normal que no lo quieran las teles. De verdad que no entiendo cómo me vienes con esto...

Minerva habla acelerada. Le indigna la petición de Juan, pero a la vez se siente despierta, conocedora del ámbito del que están tratando.

—Frena, Minerva. Esto es más delicado de lo que parece.

El agente, que ha escuchado la perorata clasista y racista de Minerva con paciencia, ignorando los aires de superioridad que

comienzan a envolver su discurso —al fin y al cabo, es la misma Minerva que años atrás—, gira el torso para alcanzar su mochila colgada del respaldo de la silla y aflorar un sobre marrón que estaba en su interior y el estuche de unas gafas. Sitúa el sobre encima del desgastado tablero de formica de la mesa, en un punto equidistante entre ambos mientras sujeta el estuche de gafas con la otra mano. Minerva lee, extrañada, la palabra escrita a rotulador negro en la parte superior izquierda del sobre de estraza tamaño DIN A4: «*Sugar babies*».

—Un conocido *hacker* ha colgado esto en la internet profunda. Los de ciberdelincuencia lo encontraron y, al cruzarlo con el caso de Usera..., se hizo la magia.

Minerva, intrigada, se hace con el sobre y extrae su contenido: un grupo de folios blancos impresos y unidos por una grapa metálica.

—Es la lista de mujeres que trabajan en una especie de agencia de acompañantes, aquí en Madrid.

—*¿Escorts?*

El policía se pone las gafas, Minerva nunca se las había visto. La periodista piensa que le dan un aire interesante, de experto, aunque es consciente de que son fruto de la presbicia que habrá atacado a Juárez a base de cumplir años. Se le nota el exceso de sol en la piel, demasiadas manchas y arrugas para los seis años que lleva sin verle.

—Sí, pero con un contrato más amplio que el de una *escort*, que suele ser para solo una noche. Aquí se establece un pago mensual del contratante, al que se llama *sugar daddy*, para la chica, la *sugar baby*, además de regalos y viajes, a cambio de su compañía a medio y largo plazo. Lo venden casi como un mecenazgo. —Juárez chasquea la lengua, mostrando reprobación, mientras levanta su teléfono móvil para leer directamente de su pantalla—: «El *sugar dating* es un tipo de relación a largo plazo, en la que un hombre maduro satisface las necesidades vitales, de apoyo o mentoría de una chica más joven que ofrece compañía en los términos acordados». Esto lo explican así, tal cual, en su página web. Textos edulcorados con los que captan a jovencitas para acompañar a señores. Son prácticamente niñas, Minerva, convertidas en

prostitutas bajo el pretexto de tener una especie de hombre-protector.

La lista figura en la segunda página del fajo grapado de hojas, con los nombres dispuestos en un éxcel de veinticinco filas. Minerva observa los nombres con estupor. Aunque se trate de mujeres, listadas de ese modo parece un inventario de mercancías.

—No tenía ni idea. Pero ¿es legal?

—Tan legal como cualquier otra página de citas. En sus estatutos no se habla en ningún momento de relaciones sexuales a cambio de dinero, claro. Y se supone que hay que ser mayor de edad para ingresar, pero nadie vigila eso.

—Qué puto asco... ¿Y no han publicado quiénes son los clientes?

Minerva mira de arriba abajo la lista, voltea la página en busca de más datos. Él apoya la espalda en el respaldo, consciente de que haber sacado la artillería pesada está dando sus frutos.

—No, imagino que estarán extorsionando a la agencia o directamente a los clientes, así es como trabajan los ciberdelincuentes. Nadie ha denunciado nada. Imagínatelo: hombres poderosos, casi con toda seguridad casados, puede que con apellidos ilustres, y adivina...

—Daisy Hernández es una de ellas.

La mirada de la periodista se ha frenado en la fila en la que aparece el nombre de la muchacha. La historia que había empezado despreciando está tomando cuerpo, Minerva piensa que puede que se precipitara en su juicio inicial.

—¡Bingo! —Juárez sonríe por primera vez esa tarde, mostrando una gama cromática dental fruto de su antiguo tabaquismo que viaja desde el amarillo al marrón. Está satisfecho al ver cómo Minerva empieza a entrar en el juego—. En la agencia no sueltan prenda, estamos pendientes de una orden judicial porque, amparándose en la protección de datos a sus clientes, por ahora no revelan nada. La edad de la fallecida no coincide, por un año, con la que figura en la lista. Pensamos que mintió para acceder a la cartera de mujeres disponible para los clientes de la agencia. Y ahí es donde tenemos el freno puesto, en el juzgado de instrucción no quieren saber nada

sobre investigar a la agencia. Te haces una idea de qué tipo de hombres son sus clientes, ¿no? ¿El poder que deben de ostentar?

—Pero Daisy..., ¿qué sabemos sobre ella? ¿Hay fotos?

Juárez levanta el sobre color marrón que había quedado encima de la mesa y se lo presenta de nuevo a Minerva, agitándolo ligeramente. El sonido que emite desvela que aún no está vacío del todo, todavía contiene varias hojas de papel fotográfico de menor tamaño que habían quedado en el fondo del recipiente de papel. Minerva toma de nuevo el sobre y mete la mano entera para localizar las imágenes. Desde el otro lado de la mesa, Juárez aguarda la expresión facial de Minerva cuando vea a la joven de la espectacular melena morena. Es consciente de que una imagen de tal belleza como la de Daisy genera un hipnotismo en quien la observa que es difícil que la rechace como protagonista de una historia periodística. Aunque «las historias de prostitutas no interesen», Juárez recuerda con sorna cómo ha empezado la reunión.

Sin embargo, la reacción de Minerva no es exactamente la que esperaba el antiguo inspector jefe. Las imágenes, obtenidas de la red social de la muchacha, le han causado impacto, de eso no hay duda, pero en su expresión hay cierta extrañeza, incluso un atisbo de temor. El policía rompe el silencio.

—Era guapa, ¿eh? Pues la dejaron desfigurada por el fuego, irreconocible. Hijos de puta...

Minerva no responde al instante. Está pensando a toda velocidad. Hay algo en la mirada de la muchacha de esa foto que le está contando una historia, y es una historia potente. No es capaz de discernir si es su intuición o se trata de un recuerdo, pero resulta esencial que lo resuelva. ¿La había visto antes? ¿Es eso posible? Durante un instante Minerva se siente presa de la duda: ¿de qué podría conocer a una chica como esa? El martilleo neuronal empieza a ser demasiado intenso, Minerva se frota la frente, está a punto de agobiarse. Mira sobre la mesa, ni siquiera ha pedido algo para beber y ahora mismo lo necesita. «Serénate», piensa, sorprendida por la angustia y el calor que la imagen de esa joven le está haciendo sentir. Saca su propia botella de agua del gigante bolso Gucci que

había dejado colgado del respaldo de la silla y toma un trago largo que le permite apagar el incendio forestal que amagaba en su pecho.

—Hace calor aquí, ¿eh?

La mujer es consciente de que la frase suena a fase menopáusica, pero no tiene intención de esconderse de ello. Se toma unos segundos para abanicarse con los papeles de la lista de nombres de la agencia de *sugar dating* y repetir la ingesta de agua. Juárez la espera sin observarla, tratando de respetar su espacio. Aprovecha para pedir otro whisky sin hielo.

Cuando ella consigue serenarse del sofoco, cree que ya sabe lo que pasa: esa familiaridad que siente hacia el rostro, como si conociera a la chica, puede ser fruto de la homogeneización estética que se observa hoy día en redes sociales. Todas lucen vestidas, peinadas, maquilladas igual. Esa chica se parece a todas las guapas de Instagram. Además, está segura de que no ha conocido nunca a ninguna Daisy; Minerva piensa que se habría acordado de un nombre que le resulta tan ridículo.

—Una chica preciosa, sí. Qué pena que enfocara tan mal su carrera.

—Minerva, sospechamos que esa chica estaba al servicio de alguien con poder que, por lo que sea, se la quiso quitar de encima y ahora no nos permite investigar. Queremos atrapar a quien la ha matado. No puede quedar impune, me niego...

La periodista percibe un cambio en la actitud del agente respecto a la etapa en la que trapicheaban con destinos a través de noticias tras ese mismo biombo. Antes, él le proporcionaba las historias como mercancía, sin cuestionamientos morales tan evidentes. Ella nunca le preguntó si cobraba por esas filtraciones, pero le parecía insoslayable colegir que cada uno se llevaba su parte. La de Minerva eran los reclamos infalibles para su programa que suponía disponer de esas informaciones, que se traducían en audiencia y más dinero para ella por parte de la cadena. El tándem que funcionó durante varias temporadas no había vuelto a reunirse en seis años, desde que ella fue relegada y, ahora sabe, él también. Sin embargo, ahí están hoy, y la mujer ansía saber por qué.

—Dispara, ¿cómo crees que puedo ayudarte?

Juárez toma aire y fija la mirada en los ojos castaños e inquisitivos de Minerva.

—Podemos ayudarnos mutuamente. Esta historia necesita salir a la luz.

—Pues estamos apañados. En estos momentos soy un ama de casa, aunque no creas que toco una escoba, ¿eh?

El cinismo de Minerva es un viejo conocido para el agente de policía, que sigue a lo suyo.

—Imagínate que esta tarde llamas a los directores de los principales magazines matinales de televisión nacional y les ofreces este relato, con fotos, pruebas, atestados, declaraciones... y solo lo tienes tú. Se te van a rifar. Mañana estarías defendiendo una exclusiva de un calado de la hostia.

A Minerva le tienta el reto, pero sigue atascada en una espiral de autodesprecio, ha llegado a creerse que ella ya no sirve, que su tren pasó de largo hace tiempo. La oportunidad que tiene enfrente la excita y asusta de igual modo. Ni siquiera sabe quién está al frente de los programas de actualidad que podrían ambicionar esta historia.

—Ahora mismo no sabría ni a quién llamar.

Aunque lo podría averiguar, claro. Juan observa cómo calcula mentalmente mientras su mano sostiene la lista de *sugar babies*; no la ha soltado.

—Sabes mejor que nadie que esta historia es oro para un programa de actualidad. Niña de diecisiete años que ejercía de acompañante de algún pez gordo madrileño y ha aparecido apuñalada y quemada, tirada como un perro en un solar. ¿Se puede ir él de rositas?

El policía se detiene un momento, quiere valorar la reacción de su interlocutora. Ambos alargan el paréntesis de silencio el tiempo suficiente para que el grasiento guardián de la barra deposite la nueva dosis de destilado destinada al agente y retire el anterior vaso.

—Joder, claro que no. —Minerva baja el tono—. Pero es que estoy fuera del circuito, ¡mírame!

El veterano policía toma posesión de su nuevo vaso hasta la mitad de Chivas Regal de doce años, lo mejor que tiene La Polilla, y obedece: centra la mirada en Minerva y mantiene el silencio durante un par de segundos, antes de dar un sorbo. Sin dejar de observarla, responde:

—Te estoy mirando desde que has llegado y lo que veo es a una diosa en zapatillas de estar por casa. Una mente brillante sobre la que el aburrimiento ha ido depositando una espesa capa de polvo. Pero tú sigues siendo Minerva Morientes, y lo que te estoy pidiendo es que uses esto —toca con el dedo índice el sobre marrón, ya vacío — como pasaporte para volver a tu hábitat, que es un plató de televisión.

Las palabras de Juan son un balón de oxígeno, un chute de adrenalina para Minerva, que siente que un torrente de energía fluye y activa su cuerpo.

—Tengo que enterarme de quién dirige ahora *La Mañana* y *Punto de vista*.

Mientras la periodista elucubra sobre los posibles destinos de la historia en cuestión, los programas que compiten en los canales de televisión generalistas de la mañana, el agente se congratula. Entrelaza las manos y apoya los codos sobre la desgastada mesa mientras piensa que Minerva está a punto de caramelo y se prepara para reforzar la potencia de la conjura.

—Una chica guapa asesinada, gente poderosa enredada en una trama de prostitución encubierta y unos *hackers* extorsionando al personal. ¿Qué me dices, eh?

—La historia es potente, sí. Pero tienes que prometerme que la tendría en exclusiva. Si no es así, no voy a tener entrada en el programa.

Juan esboza una sonrisa, marcando en sus avejentadas mejillas unos hoyuelos que ella casi ni recordaba.

—Te lo garantizo. Este tema está tapado, Minerva. No saldrá ni una palabra del juzgado ni de la comisaría porque alguien ha dado órdenes de que no se sepa. —Su sonrisa se pierde en un gesto de contenida desazón—. Y lo están consiguiendo; mientras parezca que

es una prostituta asesinada y nadie lo conecte con la agencia de *sugar daddies*, no llamará la atención. Pero es un bombazo.

Juárez sabe que ha tocado la tecla, y que ella no va a rechazar la oportunidad que brinda esta suculenta historia para volver a televisión, pero no quiere que Minerva se olvide del porqué: averiguar quién está detrás de la muerte de la chica. Esta vez no cumple órdenes de nadie, ni va a llevarse comisión. Juárez se acerca a su jubilación cansado de la sensación de marioneta que le ha perseguido durante gran parte de su carrera. La poca influencia que le queda va a servir para joder a quienes llevan toda la vida usando el poder para garantizar su impunidad. Durante muchos años, él mismo les sirvió. Los últimos tiempos, relegado de sus funciones, le han hecho reflexionar al respecto.

—Solo hay que conseguir que la audiencia vea la cara de Daisy, y ¡chas! —El agente mueve la mano con cierta teatralidad como si obrara magia—. Puede que entonces alguien recuerde haberla visto, podríamos reconstruir sus últimos pasos y atrapar al malo.

Juárez ha lanzado su gran baza. También es la única oportunidad que cree tener para que los compañeros resuelvan el caso.

—Y a ti filtrar esto ¿no te puede suponer acabar como mascota de la comisaría?

—A mí ya me da igual lo que me pase.

Juárez libera las manos de entre sí, se retira las gafas con la derecha y, tras posarlas sobre la mesa, abraza con los dedos el vaso de whisky y lo mira, como si en el suave líquido color miel estuviera la respuesta que Minerva espera.

—Pero mi sobrino es uno de los agentes que están investigando el caso en Usera, un joven sabueso que ha visto cómo su tío, y su supuesta inspiración, se ha quedado en nada. —El hombre se embucha el whisky restante cual bálsamo para sobrellevar su condena—. Quiero que mi carrera sirva de algo, Minerva, y ayudarle a él y a la inspectora Rodríguez a destapar a ese cabrón de la élite es un buen lazo para el final de este viejo que está a punto de solicitar la anticipada por problemas de cadera.

El pícaro guiño de ojo de Juan tras revelar su última jugada se topa con un brillo malicioso en la mirada de la periodista. Ahora ya

está seguro de que no se ha equivocado con la baza.

—Pero antes de coger el bastón, me vas a conseguir los nombres de los clientes.

—Cómo me gustas cuando quieres morder, Morientes.

37

Al día siguiente,
26 de mayo de 2022,
Canal 7, Tres Cantos, Madrid, 9:00

Los avances tecnológicos modifican muchas cosas, pero no la sala de maquillaje y peluquería de una televisión nacional. El ruido de los secadores, el olor a laca de pelo y esmalte de uñas, las coloridas paletas de sombra de ojos desplegadas por los numerosos tocadores de la sala no han cambiado nada. Tampoco el ajetreo de los profesionales de la estética que se afanan en dejar a las caras de la cadena listas para someterse al escrutinio de cámaras y audiencia. Todo parece exactamente igual que la última vez que Minerva estuvo allí.

El nudo en la garganta sí es distinto. A su edad, siente como si se hubiera tragado su agenda de papel sin masticar y la tuviera en medio de la glotis.

La última vez que entró en esa sala, hace seis años, todo eso era suyo. Conductora de un programa de éxito, respetada por todos. Entonces, cualquiera de las maquilladoras habría hecho levantar de la silla a quien fuera, incluido un ministro que estuviera sentado en ella, para dar prioridad a Minerva. Ahora, esperando bajo el quicio de la puerta a que alguna de las profesionales se quede libre para encargarse de ella, se esfuerza en mantener la mirada alta, aunque siente como si tuviera que pedir permiso. Como si ya no formara parte de todo aquello.

Se ha imaginado muchas veces cómo podría ser un momento así. Quizá sus excompañeros acudirían a abrazarla, quizá le pedirían

perdón por no haber estado pendientes de ella tras su salida forzosa, le preguntarían por sus hijos... Desde luego, en su imaginación ella no estaba así como está ahora, al margen, esperando para poder entrar, junto a la auxiliar de producción que la ha acompañado desde la entrada. Una muchacha que no habrá cumplido los veintidós y que obviamente no tiene ni idea de quién es ella. O quién fue en su momento. La joven, que no deja de martillear la pantalla de su móvil con los dedos para enviar mensajes mientras, a la vez, habla a través de sus auriculares inalámbricos, se queda con ella el tiempo justo para localizar una maquilladora que se haya quedado libre y lanzar a Minerva hacia dentro. Sin siquiera levantar la pantalla del móvil, encarga para ella un «¡Retoque rápido, que entra enseguida!».

Minerva Morientes ha vuelto a televisión, pero sin tiempo para ceremonias. Nadie se mueve de su sitio, ni deja su tarea tras su entrada. No hay silencio a su paso, sino un inalterado murmullo de trabajo. Minerva, ataviada con el traje negro de Hugo Boss que siempre funciona para estar elegante, profesional y guapa, camisa de seda blanca debajo para aportar luz a la cara y un juego ligero de gargantilla y pendientes, sabe que su presencia allí de nuevo, sin embargo, será la comidilla de peluqueras y maquilladoras en cuanto salga. Después también será el tema del día de redactores, coordinadores, realizadores, cámaras y directivos de la cadena. «¿Qué hace esta aquí?». Le parece escuchar a otro de los maquilladores comentando en voz baja la sorpresiva visita con una tertuliana a la que la misma Minerva tantas veces tuvo en su mesa de debate.

La periodista aprieta los dientes, apoya la cabeza en el respaldo de la única silla de maquillaje que estaba vacía y lista para recibir a otra *clienta*, y cierra los ojos para facilitar el trabajo. Ya lleva algo de maquillaje encima, no se hubiera atrevido a entrar por la puerta con la cara lavada.

—Con que me quites brillos y me retoques los labios creo que vamos bien.

—Por supuesto, Minerva. —La profesional comienza a seleccionar las herramientas que utilizará: una barra de labios, la polvera, un

poco de brillo...—. Además, tú necesitas poco, sigues con una piel igual de espectacular que cuando hacías *La Mañana*.

Estas primeras palabras amables tras las miradas que la han acechado desde su entrada en la cadena reconfortan a la periodista, que abre los ojos para situar a quien las ha pronunciado.

—¿Tú me has maquillado alguna vez?

Minerva no recuerda esa cara redonda ni el pelo negro y corto de la joven, pero agradece el calor con que la recibe.

—¡Por supuesto! ¡Muchas! Me alegra verte por aquí.

Treinta minutos más tarde, el tiempo estipulado para pasar por las manos de la maquilladora y estar ya acabando con la peluquera, la misma auxiliar de producción que la había acompañado hasta la sala la reclama a voz en grito desde la puerta.

—¡Necesito a... —la joven consulta los papeles apoyados en una carpeta que porta en la mano derecha— Minerva Morienteeeees!

Silencio. Pronunciar el nombre en voz alta confirma a todos los presentes que esa mujer que ha llegado hace un rato es la que fue presentadora estrella de la cadena. Ahora sí se paran los secadores durante unos segundos y el murmullo cambia de rutinario a curioso.

—¡Enseguida acabamos!

El peluquero responde a la auxiliar mientras provee de laca el flequillo de la que, ahora ya todos saben, va a ser protagonista del día en la cadena. Se decide a indagar.

—Oye, Minerva, ¿te han dado un programa nuevo o...?

—No me hagas reír. Ni el *Telecupón* haría yo ya. —Minerva recuerda la broma del inspector Juárez, por ahí empezó el camino de vuelta a la cadena—. Pero sigo teniendo buenas fuentes, ¿sabes? Y hoy traigo una historia potente, una exclusiva que puede hacer caer un imperio.

—Uy, qué misteriossssa. —El peluquero marca exageradamente la «s» para aportar dramatismo a su respuesta mientras da el toque final al peinado con los dedos. Pero no está tan sorprendido, más bien acostumbrado a peinar a gente que cree que va a llevar bombazos o cambiar el mundo, de eso va la tele.

Dos minutos más tarde, la auxiliar de producción y Minerva atraviesan el pasillo que conecta la zona de maquillaje y peluquería

con los diferentes estudios de la cadena. A ambos lados, las paredes muestran brillantes fotografías de los protagonistas de la emisora. Minerva tuvo la suya propia, en un lugar destacado. Comprobar que ya no está ha sido un poco más doloroso de lo que imaginaba, dado que era obvio que su hueco sería ocupado por alguien en activo. La mujer trata de caminar sin que se note que observa las otras caras planchadas por filtros fotográficos que se ofrecen, resplandecientes, a los transeúntes de ese afamado pasillo. Todo visitante queda embrujado por ellas, pero su caso es distinto. La sensación de no pertenencia que la inunda desde que ha puesto un pie en el complejo se acrecienta. Por momentos, Minerva tiene que reprimir las ganas de largarse de allí para dejar de sentirse tan humillada, pero sigue caminando con toda la dignidad que encuentra junto a su acompañante, ajena por completo a los pensamientos que la persiguen. La joven empleada recibe la enésima llamada, que descuelga con un toque en el dispositivo encajado en su oreja. El remitente de esta conexión le provoca un poco más de tensión que el resto y reduce la velocidad hasta casi detener la marcha.

—Sí, está aquí conmigo —vuelve la mirada hacia Morientes, que también ha frenado—; de acuerdo, la llevo a la salita. Hasta ahora. —Fin de la llamada, la productora le transmite el mensaje—: La directora del programa quiere hablar contigo antes de entrar. Se va a acercar ahora durante la pausa publicitaria a la salita de espera para colaboradores. Vamos, está aquí mismo.

La periodista asiente y sigue a la auxiliar, una vez más, a pesar de que se acuerda de dónde está todo. Se imaginaba que Bárbara, la actual directora de la mañana y vieja conocida de los magazines de televisión, a quien llamó en primer lugar tras la conversación con el agente de policía, querría más detalles antes de entrar en directo. Recuerda la excitación que le causó su llamada, que había efectuado la misma noche después de la reunión con Juárez.

—¿Morienteeeees? *Reaallyyyy?*

A Minerva le había sorprendido el poco tiempo que tardó Bárbara en responder, como si tuviera el móvil en la mano cuando ella llamó.

—Hola, Bárbara. Sí, soy yo. ¿Qué tal estás?

—Buff... Pues liada, ¡ya sabes! Esto es un Afganistán constante, los de Mediatrés llevan ganando varias semanas y los jefes se vuelven locos. Hay que subir la marea, como sea. Con decirte que estamos gestionando traer a plató a una monja embarazada a ver si recuperamos *share* de una puta vez...

El incesante torrente verbal de la actual directora del espacio matinal era tal y como Minerva lo recordaba, aunque no impidió que Bárbara fuera al grano para inquirir sobre el propósito de su llamada.

—Pero, oye, ¿y tú? ¿Qué te cuentas? ¡No me esperaba esta llamada!

Solía ser su mano derecha cuando ella llevaba las riendas del espacio y, en su momento, le pareció una traición que se quedara al mando cuando ella se fue. Pero seis años después, Minerva agradeció contar con un interlocutor conocido a quien desvelar la exclusiva.

—Estoy bien. Escucha, tengo una historia, Bárbara. Creo que te puede interesar y quiero que sepas que solo yo tengo la información.

Minerva le habló del cuerpo hallado en Marconi hacía cuatro semanas, Bárbara ni recordaba el caso. «¿Es una prostituta que apareció muerta?», le preguntó en el mismo tono condescendiente que Minerva había usado con Juárez, un tono que indicaba que ese contenido no interesaba. Minerva se armó de paciencia y le ofreció los titulares que sabía que funcionarían: una menor de edad que ejercía como *sugar baby*, juguete sexual con contrato, de un hombre maduro, adinerado, poderoso... y conocido.

—No es el único que debe de estar asustado, hay una lista entera de clientes cuyas bodas han salido en la portada del *Hola*. Gente elegante, metida en líos.

—Joder, Minerva. Esto es la hostia. —La directora del programa se tomó una breve pausa para pergeñar cómo podía trasladarse esa información al espacio televisivo—. A ver, ¿estarías dispuesta a sentarte a la mesa de plató y contarlo tú misma, como colaboradora externa?

Aún no se creía que lo estaba haciendo, pero la respuesta fue:

—Sí. Además, tiene que ser lo antes posible.

—Tan pronto como mañana. ¡Tu historia va a dejar a la monja embarazada en un cuento para niños!

Minerva recuerda la sensación que sintió al colgar tras esa llamada. Vértigo, miedo, angustia mezclados con una excitación que la movía desde las entrañas. Pensó incluso en llamar a su hermana o a Elena para contárselo, en un intento de descargar parte del peso de la expectativa que la constreñía. Pero pronto lo descartó, consciente de que era demasiado precipitado y requería demasiadas explicaciones. ¿De dónde podía haber sacado una mami rica sin oficio ni beneficio desde hace seis años esa información? ¿Quién era esa misteriosa fuente y por qué había aflorado de repente? No quería ofrecer explicaciones a nadie sobre Juárez, así que se tragó la bola de pánico y pensó en la ropa que se pondría para la vuelta a la pantalla.

Ya sentada en el sofá de Skai negro de la salita de espera en que los colaboradores aguardan su segmento del programa, Minerva lucha contra el pánico repitiéndose a sí misma que el tema que tiene entre manos es potente, que va a atrapar a la audiencia, y que quiere ser ella quien se lo ofrezca.

—Bueno, bueno, bueno... ¡Este día es histórico! —Minerva escucha a Bárbara incluso antes de que acceda a la salita. «Sigue siendo igual de escandalosa», piensa mientras se levanta para saludar.

En cuanto la directora llega al hueco de la puerta, Minerva es consciente de que seis años pesan para todo el mundo; Bárbara debe de rondar ya los cuarenta, su cara antaño aniñada tiene ahora surcos en la frente y bajo la nariz que le dan un aire de marioneta enfadada. Lleva una coleta mal hecha, casi con toda seguridad perjudicada por los auriculares con micrófono que usa en la sala de control; una sudadera de cremallera tipo universitario y unos vaqueros desgastados con zapatillas de color rojo. La mujer parece genuinamente excitada con la visita de Minerva.

—¡Estás in-cre-í-bleeeee! —Bárbara gesticula para aumentar la intensidad de su apelativo mientras mira de arriba abajo a su

invitada.

—¡Anda, exagerada! —Minerva agradece el pequeño *show*. Piensa también que el traje negro ha hecho su parte ocultando los nuevos volúmenes, igual que el trabajo de su hermana Betty con los retoques sutiles en la cara. Bárbara parece halagar su aspecto con sinceridad.

—¡Madre mía! —Se coge la cara con las manos—. ¡El regreso de Minerva Morientes! ¡Esto es muy emocionante!

Minerva agradece las alharacas. Se trata de la primera persona que pone en valor con entusiasmo lo que está a punto de suceder, en parte porque casi nadie lo sabe. Tras años de olvido, en medio de su travesía por el desierto laboral que es su vida, verse así, hoy, es casi un milagro. Pero Minerva está siendo muy calculadora con la expresión de sus emociones.

—Aquí estoy, sí.

Por dentro, la periodista sufre una tormenta, tiene la boca seca y le tiemblan las manos desde incluso antes de llamar a Bárbara. Pero no permitirá que nadie se percate de que el bloque de hielo que ella muestra tiene una fragua al rojo vivo en su interior.

—Pues a por ello. A la pausa publicitaria le quedan... —Bárbara mira su reloj de muñeca— nueve minutos. Después vas tú.

La mujer se acerca más a Minerva para poder hablar en un tono más bajo, sabe ser discreta cuando es necesario.

—Necesito saber si voy a recibir llamadas después de tu intervención.

—No creo, porque quien llame se estaría delatando.

—¿Qué vas a contar?

—Voy a dar, en primicia, el nombre y la foto de la *sugar baby* que apareció muerta. Voy a contar que su cliente era un empresario madrileño adinerado y con poder y que, obviamente, está en el foco de los investigadores por la muerte de la chica, y que esta era menor de edad.

—¿Y el nombre del empresario? —pregunta Bárbara con los ojos bien abiertos. La trama es muy jugosa.

—No, todavía no.

Minerva zanja la conversación con un halo de misterio. En realidad, solo conoce los nombres de las mujeres prostituidas. Que el cliente es un empresario madrileño, se lo ha sacado de la manga, ni siquiera la policía tiene contrastada esa información. Pero eso no lo saben ni Bárbara ni la audiencia. Minerva es consciente de que lo que cuente hoy en televisión agitará el avispero, con impredecibles consecuencias.

—Me gusta..., así generas expectación.

La directora la toma por los hombros, como gesto de despedida del breve encuentro.

—¡Qué lista eres, coño! Estamos a cinco minutos. ¡A por ello! ¡Mucha mierda, Minerva!

Bárbara vuelve hacia su puesto en la sala de control satisfecha y con un grado de excitación superior al habitual, sabe que hoy tiene un doble bombazo. Ha calculado el alcance y el riesgo de la decisión de recuperar a Minerva para el programa, aunque sea por ahora algo puntual. Su salida, años atrás, fue un tanto turbia, pero la dirección de la cadena ha sufrido muchos virajes desde entonces y los encargados de programas le están pidiendo más madera, más exclusivas, más audiencia. «Elementos disruptivos que nos diferencien de la competencia» fue exactamente lo que le había dicho un trajeado nuevo director de antena. «Pues ahí lo tienes», piensa la directora del matinal. Sentar a Minerva en la que fue su mesa genera tensión entre los colaboradores, como quien añade un nuevo tiburón al acuario. Además, su exclusiva tiene buena pinta, con todos los elementos —sexo, dinero, muerte— para enganchar.

La joven auxiliar de producción conduce a Minerva hacia el plató, ahora todo son prisas. En el estudio habrá una decena de trabajadores moviendo cámaras, colocando tantas sillas como tertulianos vayan a sentarse, o poniendo micrófonos. Un técnico se acerca a ella para colocarle el suyo y que quede bien sujeto a la solapa de la chaqueta, con los cables ocultos. Otro, tras mirar un esquema impreso sobre papel, le indica dónde deberá sentarse: «En la silla del extremo derecho», la guía señalando con el dedo índice. Desde ese puesto, Minerva ve a Agustín, el presentador que tomó las riendas del programa matinal tras ella, sentado en el vértice

central de la mesa con forma de uve. Repasa su guion y habla al aire, puede que esté ensayando o respondiendo a Bárbara, que se dirige a él a través del pinganillo que lleva incrustado en la oreja. Si se ha percatado de la presencia de Minerva, hace como si nada, como haría cualquier divo. El resto de los colaboradores llegan caminando y charlando entre ellos, pero cuando se dan cuenta de la presencia de Minerva, las conversaciones se cortan en seco. Ya no hay tiempo para saludos, aunque sí para caras y muecas de sorpresa. A pocos segundos de arrancar el directo, varios la saludan con gestos desde sus puestos, aparentemente muy sorprendidos de verla allí.

—¡Diez segundos y entramos! —Una regidora que camina con velocidad por el plató grita para prevenirlos—. Tres, dos, uno...

La cuenta atrás enlaza con el sonido de la música de cabecera del programa, la acción está a punto de comenzar. Después de tantos años sin vivir esta situación, a Minerva le parece que el corazón se le va a salir del pecho. Una sensación desagradable que se esfuerza en disimular aminorando su respiración, no quiere que nadie note que le falta el aire, justo cuando está a punto de hablar para cientos de miles de personas. Trata de recordar las técnicas de relajación que suele usar, pero no acuden a su mente. ¿Está en shock?, se pregunta aterrorizada. Toma un sorbo de agua de la taza que le han colocado enfrente y se concentra en intentar recordar cómo va a elaborar su relato. Sin embargo, ahora mismo el bloqueo es total. ¿Ha sido un suicidio volver a ponerse en esa tesitura? ¿Es demasiado tarde para levantarse y salir corriendo?

Lo es.

—Son las diez y quince minutos, una hora menos en Canarias, seguimos en directo en *La Mañana* de Canal 7. Hoy les vamos a dar una información en primicia que ha cambiado de forma radical la investigación policial tras el hallazgo del cadáver de una joven, hace cuatro semanas, en un descampado al sur de la ciudad de Madrid. Tiene la exclusiva una periodista muy querida por esta cadena, Minerva Morientes, buenos días.

Minerva ve su cara ocupando totalmente la pantalla del monitor que les hace de guía en plató. Necesita una fracción de segundo

para asimilar que el realizador ha cambiado de plano para mostrarla y, por tanto, debe comenzar a hablar.

—Buenos días, Agustín. —La periodista devuelve por fin el saludo, con aplomo, tras una breve pausa que ha parecido más dramática que torpeza por los nervios.

—¿Nos puedes contar qué hay detrás del asesinato de esa joven?

Pronunciadas las primeras tres palabras, la periodista siente cómo el torrente verbal sube por su garganta. Tiene mucho que contar y está convencida de que esta historia merece la pena. Por la brutalidad del crimen contra la muchacha; por las otras Daisys que se prostituyen de forma edulcorada; por el cerdo que la dejó ahí tirada y porque ella, Minerva Morientes, merece volver a tener la relevancia que le arrebataron. La rueda ya ha empezado a girar y está a punto de quemar neumático.

—No es el primer cadáver que la policía encuentra en el polígono Marconi, Agustín. Prostitución, drogas y bandas violentas se dan cita allí todas las noches. Sin embargo —Minerva gira ahora el rostro hacia la cámara—, en este caso, la autoría del asesinato de esta joven mujer podría no señalar a un proxeneta o un traficante de drogas..., sino a un potentado empresario residente en Madrid...

Es un farol. Sin la lista de clientes de la agencia, la policía no tiene nada. Pero Minerva sabe que su misión hoy es poner nerviosas a las personas adecuadas. Se toma otra pausa, esta vez consciente, en cuanto comprueba cómo el monitor ya muestra la emisión de las imágenes de redes sociales de Daisy que el agente Juárez la ha autorizado a usar y ella ha proporcionado a la cadena. Minerva se percata de que nadie despega los ojos de la pantalla. Hay algo magnético en esa lozanía salvaje y exuberante que ya no existe. Retoma el relato.

—Se llamaba Daisy Hernández, era dominicana residente en Madrid. El día que encontraron su cuerpo apuñalado, quemado y abandonado en un solar junto a un polígono, todavía no había cumplido los dieciocho años. Los investigadores han descubierto que trabajaba para una agencia de *escorts* llamada Sugardaddies. Creo, Agustín, que hay que detenerse un momento para explicar en qué consiste esto.

—Por supuesto, Minerva.

La periodista siente que ya los tiene en el bolsillo. La presión inicial que experimentaba se ha tornado en una honda excitación, una sensación que añoraba. Torrentes de adrenalina corren por sus venas desde que ha conseguido captar la atención de la mesa. De hecho, todos sus integrantes parecen francamente interesados en el tema. Miran el monitor hipnotizados por la belleza de la joven, en las fotos se ve a una Daisy siempre sugerente, siempre tratando de seducir a la cámara. Incluso muerta, lo consigue. Pero también Minerva atrapa las miradas, está demostrando que conserva intacta su contagiosa pasión a la hora de contar los sucesos.

—Se trata de intermediarios que ponen en contacto a hombres pudientes, normalmente maduros y de elevado estatus social, con chicas jóvenes y atractivas para un, llamémoslo, intercambio de favores. Ellas reciben dinero o regalos por salir a cenar o acompañar a viajes al hombre, que se supone que actúa como mentor. Sé lo que estáis pensando, y la respuesta es sí. El sexo con el cliente, al que llaman *sugar daddy*, es habitual. Así que quiero dejar claro que, aunque el nombre esté edulcorado, esta práctica esconde una auténtica explotación sexual y cada vez es más frecuente.

—Pero ¿por qué se sospecha de uno de los clientes, Minerva? —Desde la otra punta de la mesa uno de los periodistas que suelen informar sobre crímenes pide paso.

—Porque Daisy llevaba apenas unos meses en España, viviendo con su hermano pequeño en el barrio de Usera, y no se le conocía pareja ni más entorno. De hecho, no ha sido fácil identificarla. Sin embargo, su actividad como *sugar baby*, a través de la agencia Sugardaddies, sitúa a su cliente, en estos momentos, como principal sospechoso.

—¿Acaso no estás criminalizando una actividad que no es, *a priori*, ilegal? Quiero decir, hay un contrato firmado, una agencia de por medio, una transacción legal... Por lo que veo publicado —el periodista maneja un ordenador portátil en cuya pantalla parece haber recogido algunos datos a través de internet— hay mucha gente que practica el *sugar dating* en España. De hecho, solamente esa web tiene cuatrocientos mil usuarios registrados. No entiendo

por qué, si el mentor estaba pagando por su compañía, iba a querer asesinarla...

Minerva le dedica una media sonrisa helada, bajo una mirada fiera que, tras escanear al hombre que habla, Juan Aspina, un periodista formado en criminología y habitual de las tertulias, intuye que quizá él mismo anda regalando móviles de alta gama a chicas a cambio de favores sexuales, creyéndose un galán. Un destello de repulsión hacia esa imagen impulsa la respuesta de Minerva.

—Juan, a lo mejor a ti sí te parece que las mujeres son mercancías, sobre todo las jóvenes. Pero estamos también aquí, frente a toda la audiencia, para defender a las niñas y a las mujeres de quienes piensan así. Por Daisy ya no podemos hacer mucho, porque la apuñalaron y quemaron antes de abandonarla como a un perro.

El presentador aún no sabe si la tensión entre Minerva y Juan, habitual de sucesos del programa, es positiva para el programa o puede ser problemática. Le gusta que existan discrepancias, pero sabe que hay que mantener un equilibrio y se ha dado cuenta de que Minerva es peleona, así que conviene redirigir el debate.

—Creo, Minerva, que Juan no está diciendo que las mujeres sean mercancías. Solo que existía un consentimiento firmado entre Daisy y su cliente... Por cierto, ¿vas a decirnos quién es?

El farol.

—No puedo, aún. Los investigadores quieren ser muy cautos y me han pedido que no desvele esa identidad.

Pide paso la otra mujer sentada a la mesa del plató, Beatriz de Luis, de profesión abogada penalista, situada a la izquierda del presentador.

—Y, Minerva, ¿estás segura de que, siendo de origen dominicano, está descartado que el crimen forme parte de alguna riña entre bandas? —La mujer repasa las notas que ha ido tomando—. Has dicho que vivía en Usera con su hermano, más joven. Se trata de una zona con una incidencia elevada de peleas entre bandas y a mí, por mi experiencia, la brutalidad del crimen y el escaso esmero en ocultar el cuerpo me hablan exactamente de una venganza entre estas bandas.

La penalista, acostumbrada a defender la inocencia de criminales de toda calaña, ha encontrado el filón de la defensa. Minerva no puede negar la mayor, pero por este camino sabe que no ayuda a la investigación. Juárez insistió en que solo alguien con mucho poder podía poner freno a la pesquisa, tal y como venía pasando. Solo disponen de la lista de *sugar babies*, mujeres prostituidas por contrato, filtrada por un *hacker* a la internet profunda; el olfato de algunos agentes y, ahora, a Minerva intentando provocar que alguien se mueva en falso, delatándose.

—Sí, Beatriz. Cualquier hipótesis merece atención, pero no consta que Daisy perteneciera a ninguna banda juvenil.

—Minerva Morientes, gracias por compartir esta exclusiva con *La Mañana* de Canal 7. La historia es cruda, ojalá se resuelva pronto. Se busca al *sugar daddy* de esta mujer, Daisy Hernández, tras el hallazgo de su cuerpo apuñalado y quemado en un solar. Ha sido un placer tenerte en plató. Vamos con más asuntos.

Bárbara le ha pedido a Agustín a través del pinganillo que avance hacia otro tema y despida a Minerva. Piensa que ha sido buena idea recuperarla en ese papel, pero tampoco quiere empachar a la audiencia de ella en el primer día de su vuelta. Mientras Agustín, en plató, va introduciendo el siguiente asunto, Bárbara escribe un mensaje por el chat del móvil a Minerva:

> ¡Muy bien! Llámame cuando sepas más, queremos seguir la historia de Daisy. Gracias

38

Esa misma mañana,
26 de mayo de 2022,
despacho de Javier Jiménez Toledano,
paseo de la Castellana, Madrid

La luminosidad matinal del despacho, alumbrado por varios metros cuadrados de cristaleras contra el cielo azul de Madrid a doscientos metros de altura, confiere a la estancia una energía vibrante acorde con el estado emocional de Javier. Hoy Javier bulle de excitación. En pocas horas, a las doce en punto, firma, de forma definitiva, el inicio de obras del primer proyecto de GVA en el Desarrollo Sureste. Se trata del mayor proyecto urbanístico en la historia de la Comunidad de Madrid. Se ha dejado la piel para que la empresa suba ese escalón definitivo.

Han sido meses duros, pero la recompensa merecerá la pena. Como gerente, Javier se embolsará un bonus de cinco millones de euros cuando hayan comenzado las obras de todos los proyectos licitados en las mil doscientas hectáreas de terreno ganado a la ciudad, mediante reconversión de suelo. Javier piensa que convencer a los políticos de turno, de lo que se encarga el presidente de la compañía, su suegro, es la parte más amable de toda la cadena de valor. Por supuesto, requiere mano izquierda, vista y paciencia; pero, al final, don José Luis acaba cerrando los grandes negocios a base de sufragar infinidad de cenas, copas y lo que requieran los interesados. Ya sean alcaldes, concejales, secretarios de Estado o ministros, el capo tiene anotados los whiskies favoritos y hasta la nacionalidad que prefieren de las mujeres que rematan las noches

en que agasaja a sus clientes. Javier piensa que su labor es mucho más ingrata: bregar con los técnicos, perseguir a funcionarios dispuestos a poner trabas a los proyectos hasta hacerlos decaer. Este proyecto casi le cuesta la salud.

Y luego está, por supuesto, el asunto de Daisy. Ese descuido puso en riesgo hasta su puesto de trabajo y, por tanto, el proyecto y el bonus entero. Pero ocurrió, y Elena casi lo deja. Javier sabe que un divorcio hubiera tenido consecuencias graves en su posición en la compañía: José Luis es un profesional, pero también el padre de Elena. Su suegro se lo dejó muy claro: «O lo solucionas tú, o lo soluciono yo». Sentencias así son las que ponen en acción a cualquiera.

Por suerte, piensa, todo ha salido bien.

Respecto a su mujer, Javier conoce a Elena mejor que nadie. Sabe que están en el camino para conseguir pasar página, juntos. Aunque lleve semanas viviendo con una especie de ectoplasma, confía en que ella se recuperará; de hecho, ya la ha visto sonreír mientras él juega con los niños. Ella no ha respondido, pero Javier le mandó hace un par de días una foto hecha con su móvil del nuevo retrato que decora su gran mesa de trabajo: ellos cinco bañados por la luz anaranjada de un atardecer en Menorca, durante sus últimas vacaciones de verano juntos. Su gran baza es ser el padre de familia que sus hijos adoran, y por ello confía en que el perdón acabará llegando.

El día no puede venir mejor, colige, dadas las circunstancias. Javier decide poner el televisor para sintonizar Bloomberg, su cadena económica de referencia, y comprobar si su cartera de inversión también evoluciona de forma tan favorable como sus circunstancias. Igual que en la bolsa, cuando se parte de peor posición, es más fácil mejorar, piensa.

Javier no suele consumir televisión, más allá de información económica, pero tener una pantalla encendida en el despacho le permite estar al tanto de lo que ocurre, aunque sea manteniéndola en silencio y solo leyendo los rótulos sobreimpresionados. Bloomberg está en el número ocho. Hasta el siete, se sucede la ristra de emisoras tradicionales de ámbito nacional. El televisor, de diseño

alemán, le muestra en cartesiano orden en primer lugar el canal número uno: allí conectan con un reportero desde el Congreso para informar sobre la actualidad política, a Javier no le interesa; pasa al dos, documental histórico, para dormirse; tres, anuncios; cuatro, anuncios; cinco, tertulia sobre cotilleo protagonizada por cuatro mujeres mayores que despellejan a no sé qué aristócrata, «uf, qué peligro», piensa; seis, repetición de un partido de fútbol, Javier se fija en quiénes son los rivales y se siente tentado a quedarse a verlo un rato, aunque sea en silencio, sin la voz de los locutores, le interesa el juego. Pero, finalmente, pasa al canal siete.

Y en el canal siete, su corazón se detiene.

Tarda varios segundos en discernir si lo que ve es cierto o lo está soñando.

Se frota los ojos. No puede ser. Vuelve a mirar la pantalla y el mando a distancia que aún sostiene en la mano derecha. Le tiembla. Es televisión en directo, no puede ser una broma.

Aunque no lo entienda, está viendo a Daisy en televisión. Son fotos de Daisy, de su Instagram, algunas tomadas por él mismo, en el programa de información matinal.

Pero hay más.

Lee el rótulo:

SE INVESTIGA A LOS CLIENTES
DE LA JOVEN *ESCORT* ASESINADA

Siente cómo el suelo colapsa bajo sus pies, en realidad son sus rodillas las que pierden fuerza. Apenas acierta a encontrar los botones para subir el volumen y escuchar los comentarios, en todo caso no quiere elevarlo mucho para no llamar la atención de su secretaria. Está procesando demasiada información a la vez y entrando en pánico con cada nuevo dato.

El surrealismo de la escena aumenta cuando por fin escucha la voz de la periodista que está explicando de quién se trata y qué le ha pasado. ¿Puede acaso ser Minerva, la hermana de Betty, quien relata la noticia?

Un cambio de plano en la realización del programa le confirma esa impresión.

En ese momento, Javier Jiménez siente un irreprimible espasmo en la boca del estómago. Cuando el líquido caliente, amargo y furioso le irrita la garganta, ya es demasiado tarde para encontrar un destino mejor para el vómito que el suelo de su despacho.

39

Poco después,
26 de mayo de 2022,
autovía de circunvalación M-40, lado oeste, sentido sur

En el taxi, de vuelta a Pozuelo desde los estudios de televisión, Minerva se siente agotada por la tensión que ha vivido las últimas horas. Como si fuera un yunque que ha sido golpeado innumerables veces en la fragua, nota un dolor agudo en la frente que trata de mitigar con un ligero masaje de la yema de los dedos, que quedan manchados de maquillaje. Ya casi no recordaba el producto tan denso que usan en televisión para acicalar las caras, ni las cefaleas por tensión que atacan tras los directos. Mientras observa el paisaje industrial que rodea el recinto donde se encuentran los estudios de Canal 7, repasa mentalmente la secuencia de las últimas cuarenta y ocho horas. El martes se debatía entre no hacer nada en todo el día o ir a una clase de baile dirigida como gran hito de la jornada, y hoy jueves acaba de salir de un plató de televisión, al que ha llegado con una exclusiva bajo el brazo proveniente de una fuente policial. La velocidad con la que se ha subido a la ola, como si fuera un surfista abandonado en el dique seco que ve llegar un tsunami, no le ha permitido compartirlo con nadie más que con Daniel. Su marido se mostró extrañado ante la premura de los hechos cuando ella le contó lo que estaba a punto de suceder, pero la animó a tirar de ese hilo. Él sabe lo que supone para Minerva volver a entrar en la rueda laboral. Además, cualquier ingreso les vendrá de fábula, ya que solo su salario como locutor deportivo en Radio 5 no da para todo,

aunque por suerte tiene el apoyo de varios *sponsors* que complementan su nómina a cambio de menciones de sus productos durante el directo.

Solo son las 11:00, pero le parece que lleva una eternidad en marcha. En pie a las 7:00, recogida del taxi a las 8:15, llegada al estudio a las 8:50 —el tráfico era intenso—, cita en maquillaje a las 9:00 para estar a las 9:30 prevenida para entrar en plató. Se siente agotada, completamente fuera de forma, hasta para sacar el móvil del bolso. Repara en que todavía no lo ha consultado tras su aparición en directo en el programa matinal. Minerva imagina que tendrá numerosos mensajes de gente que la haya visto, una incursión en televisión nacional después de tanto tiempo es un hecho bastante morboso que sin duda habrá generado comentarios de todo tipo. Aunque ella, claro, sabe que en su bandeja de entrada solo habrá mensajes positivos.

Es como si fuera su cumpleaños, cuando aún le gustaba ese día. Los mensajes son de viejas amigas, mamis del colegio de los niños o una prima suya a la que hace años que no ve. Muchos de ellos van acompañados de fotos a la pantalla del televisor, las remitentes se sienten orgullosas de haber cazado ese momento en directo y comparten la prueba gráfica. Minerva detesta esas fotos en las que es captada mientras habla en televisión, porque siempre queda con extrañas muecas, ojos cerrados o la boca abierta, pero las mira para valorar la luz de plató y su elección de vestuario: cree que ha acertado con la sobriedad del traje.

Sigue repasando la bandeja de entrada de mensajes a través de la pantalla de su teléfono. Hay decenas de ellos, incluido otro de Bárbara, la directora del programa matinal, que le pide más contenido sobre esa historia para mañana. La periodista sabe que para seguir teniendo un papel destacado y pasando facturas por sus intervenciones, debe aportar algo nuevo cada día. Llamará a Juárez más tarde. Si puede acceder al sumario de la investigación, contará con más datos sobre la chica que ofrecer al programa. Del *sugar daddy* sospechoso del crimen, por ahora, parece más difícil tener novedades. Al fin y al cabo, está a merced de un *hacker* cibernético. En cualquier caso, hay que alimentar la historia, pero sin resolverla

todavía, piensa, ya que cuanto más dure, mejor para su relanzamiento. Ha de calcular bien cómo gestiona cada dato, ser capaz de revestirlo de suficiente interés y, a la vez, dosificar.

Está a punto de dejar el móvil de nuevo en el bolso, pues centrarse tanto en la pantalla de luz blanca mientras es conducida por ese taxista poco delicado le está empezando a producir cierto mareo, cuando llega a un mensaje distinto al resto:

Necesito hablar contigo, es urgente.

Es Elena Villa-Arnaiz. El mensaje es demasiado seco, demasiado imperativo, para provenir de una mujer tan educada y que guarda siempre las formas. Alguien que es, además, su amiga. Le extraña el tono, pero la periodista recuerda entonces la llamada de su hermana en la que le advirtió que Elena no estaba en un buen momento, y le transmitió que se encontraba preocupada por su situación. Minerva no le había dado mayor importancia en aquel momento, de hecho pensó que su hermana estaba haciendo un mundo de cualquier inquietud de niña malcriada que Elena hubiera compartido con ella. Hace memoria, Villa-Arnaiz no ha dado señales de vida en las últimas semanas, hasta hoy.

Con la duda de si el taxi es el mejor lugar para efectuar esa llamada que Elena le pide con inusitada urgencia, Minerva mira por la ventana para calcular cuánto falta. Están apenas tomando la M-40, por lo menos quedan quince minutos para llegar hasta su casa. La intriga gana a la prudencia, y se decide a llamar.

Elena responde al instante, como si esperara la llamada.

—Hola, Minerva...

Su voz suena estrangulada, como si forzara un susurro afónico.

—Hey, Elena, ¿cómo estás? Te estoy llamando porque acabo de ver el mensaje. Dime.

—Esa chica...

La voz de Elena se interrumpe. En vez de palabras, la mujer emite ahora solo una especie de jadeos nerviosos, parece la fase previa a un ataque de ansiedad. No es capaz de seguir. A Minerva se le encoge el corazón ante la desnudez de palabras de su amiga.

—Pero, amiga, ¿qué te pasa? ¿Voy para tu casa?

—La chica..., la chica es...

Cuanto más intenta verbalizar, más perceptible es la sensación de ahogo que sufre.

—Respira, Elena, respira. ¿Qué chica?, ¿qué pasa? Voy para allá.

La comunicación se corta en ese punto. Minerva no sabe si es por falta de cobertura o porque Elena ha colgado. En cualquier caso, traslada las indicaciones al taxista para que la deje en casa de su amiga.

40

Mientras tanto,
26 de mayo de 2022,
domicilio de Elena Villa-Arnaiz, Pozuelo de Alarcón

Una tonelada de ansiedad presiona el pecho de Elena desde que ha visto a Jennifer en la pantalla de televisión esta mañana. Sabe que es ella, aunque la han llamado Daisy. Ha hecho las cuentas, hace poco más de dos meses que esa misma mujer llegó iracunda a su casa. Varias semanas sabiendo que la habían estado siguiendo, que, en realidad, ella misma había metido a la amante de su marido en casa y que, en cuanto a queridas, Javier era un depravado: la chica en cuestión podría ser su hija. Procesar todo aquello se le hizo cuesta arriba, así que canceló todos los cáterin que tenía comprometidos, y se aisló. Las clientas enfurecieron al no ser capaces de obtener explicaciones y llamaron a su madre, lo cual empeoró las cosas porque, como era de esperar, Tita estaba al tanto del numerito de Jennifer por el padre de Elena. Puede que no duerman en la misma cama, pero en lo que a su hija respecta, sus progenitores comparten la información sensible.

Sin haber digerido la bola de mierda y hiel que se tragó el día que «el asunto Jennifer» se destapó, hoy el menú es aún más indigesto: ha sido asesinada. No lo podía creer, pero ha estado muy atenta a la intervención de Minerva en televisión y a las fotos que la acompañaban. No era capaz ni de parpadear. Es ella, no hay duda.

En su mente se mezclan pensamientos que van desde la culpa —recuerda haber ordenado a Javier que la hiciera desaparecer— hasta el pavor; ¿puede su marido realmente haberla asesinado?

Elena, frenética, trata de leer las cartas que le han tocado en esta siniestra partida. Los hechos: Javier jamás dejaría su vida, a sus hijos y sus comodidades como gerente de GVA por alargar una aventura. Pero ¿matarla? La pregunta atormenta a Elena. ¿Es posible, siquiera de manera remota, que tomara esa decisión para proteger su confortable vida de esposo de heredera y gerente de la empresa de su suegro?

«No. No. No», se repite una y otra vez, como un enfermizo mantra. Javier puede perder la cabeza por un cuerpo joven, piensa, pero es incapaz de matar. Jamás ha mostrado una actitud violenta, ni con ella, ni en situación alguna. Y aun así, el miedo a que vuelva a casa le corta la respiración como un afilado bisturí entrando en una masa carnosa.

Desde la noche del suceso, Elena se ha preguntado una y otra vez si aún le quiere a su lado, sin conseguir concretar esa respuesta. Javier le pidió perdón con insistencia, flores y joyas. Le contó que solo se trataba de una tontería en la fiesta de un cliente. «Un cliente que contrata a putas», pensó Elena, sin sentir que la explicación, ni las rosas, ni las joyas ayudaran en nada. Estaba tan bloqueada que no quería más datos, solo estar en casa sin hablar con nadie. Con el paso de los días, sin embargo, el hombre fue capaz de arrancarle alguna sonrisa utilizando su mejor baza: Javier es encantador. Es un amigo encantador, un marido encantador y, por supuesto, los niños siempre prefieren jugar con papá porque es encantador. Tres niños que le quieren cerca es algo que, para Elena, presiona en el otro lado de la balanza frente al castigo por una infidelidad. La voz de su madre, hablando de *las amiguitas* de los hombres, ha resonado en su cabeza hasta ganarse su confianza. Puede que sí, ha llegado a pensar que pueda perdonar a un buen padre y buen compañero que resulta ser un mal marido, pues el balance sigue siendo positivo. Pero hoy las cosas han cambiado; ¿puede un hombre encantador ser también un asesino? La mera pregunta estremece.

La energía que le confiere el miedo la ha colocado en su nivel de mayor actividad en semanas. Ha llamado a Minerva, aunque ha sido incapaz de hablar, y ahora camina a grandes zancadas por el pasillo en dirección a las escaleras que conducen a la planta baja. Por el

camino, evita los espejos. Permanecer recluida en casa, comida por el dolor y las dudas, ha dejado su piel apagada como un bosque tras las llamas. Los disgustos no se reflejan igual a los veinte que a los cuarenta y cinco, y ayunar, por puro asco, ha terminado dejando la piel de sus brazos y muslos descolgada y flácida como si tuviera más edad. De algún modo, el castigo que inflige a Javier es privarle de toda belleza. Elena jamás iba a competir en esa categoría, era una cuestión de dignidad humana. Si su marido quiere estar con ella, tendrá que hacerlo incluso en el momento menos hermoso de su cuerpo y rostro. Para ella, una mujer no puede ser valorada principalmente por su atractivo físico, sobre todo por su pareja. Le parece que es del todo mezquino, incluso zafio, pretender lucir a una esposa como se luce un trofeo. De hecho, le repugna que Javier haya buscado esa clase de beneficio en una niña. Es como si ambos hubieran quedado en puntos muy lejanos de un universo que se quebró hace dos meses. Ella cayó en un rincón, tras ser absorbida por varios agujeros negros que la postraron en la butaca barroca de su dormitorio; él quedó a muchos años luz, en un lugar que Elena ni imagina. Y ahora, en medio del abismo, esa *niña* está muerta.

El reloj de la cocina marca las 11:30, hace poco más de una hora que perdonar o no perdonar la infidelidad ha pasado a un absoluto segundo plano. Elena trata ahora de rearmar su espíritu para recibir a Minerva, está ávida de información. Pero siente que no es buena idea implicar a Javier; si él es el *sugar daddy* al que buscan, ya no tendrá que plantearse el perdón: su marido podría ir a la cárcel, y su mundo, desmoronarse.

La mujer se ciñe una bata de seda y se arregla frente al reflejo de la puerta del horno, que muestra lo justo, los cuatro pelos que asoman por fuera de la coleta de estar por casa que la acompaña desde hace más de un mes.

—Wendy, prepara té verde, por favor. Viene Minerva en cinco minutos.

A la ecuatoriana le sorprende la energía que, de pronto, irradia Elena. Es una energía furiosa, enfermiza, pero al menos, piensa la empleada, es mejor verla así que hundida en la miseria. Elena, por su parte, recela de Wendy por haber entablado amistad con Jennifer,

o Daisy, le da igual. La única persona con la que su empleada trabó relación provocó un problema de seguridad tal que le hizo replantearse el papel de la ecuatoriana en casa. Al final, concluyó que no había sido culpa de Wendy, pero le prohibió continuar la relación. Ahora piensa que mejor que su empleada no se entere de lo sucedido, aunque puede que sea algo inevitable, con el rostro de su amiga en televisión bajo el rótulo: *ESCORT* ASESINADA.

—Ahora mismito, señora. ¿Lo sirvo en el salón o en la cocina?

—En la biblioteca. Necesito hablar tranquilamente.

Es la única habitación con puerta de la planta baja de la casa. Salón y cocina están conectados, aunque disponen de diferentes espacios. Como librería deja bastante que desear, ya que el concepto de baldas atestadas de libros se contrapone a la idea estética de Elena, que prefiere cierta elegancia vacía, luminosa. A Wendy le parece una biblioteca muy pobre, no tiene ni idea de que, entre los objetos decorativos, la alfombra, algunas litografías edición limitada en tamaño mediano de Joan Miró, el ajedrez en lustre de plata de Lladró, un jarrón color piedra con formas retorcidas y la lámpara de tonalidad ámbar hecha a mano en Tiffany que ilumina la estancia, hay más de trescientos mil euros de valor.

Elena oye la llegada de Minerva desde el interior de la biblioteca, donde espera calentándose las manos con el té. Dejar de comer ha hecho estragos con su termorregulación y tiene las manos heladas de forma constante. Durante los segundos que transcurren hasta que se abre la puerta de la estancia, sigue dándole vueltas a cómo abordar el tema para averiguar lo ocurrido sin implicar del todo a Javier. Ni siquiera se levanta cuando oye el movimiento del resbalón de la manilla de la puerta. Su vista sigue sobre la taza de té cuando su invitada accede a la habitación.

Minerva se esfuerza para reprimir expresar lo que piensa cuando ve a Elena con ese aspecto de enferma, pálida como el mármol y en bata un día de entre semana. Ha escuchado su voz angustiada a través del teléfono y ahora también recuerda las palabras de su hermana Betty, aunque eso fue hace tiempo, advirtiendo que algo le pasaba a su amiga común.

—Me tienes preocupada desde que hemos hablado...

—Gracias por acercarte. —Aunque no se haya ni levantado a recibir a su amiga, pues se siente anclada a esa silla, atada por lianas de nervios que constriñen su cuerpo, Elena guarda ciertas formas—. Te he visto en la tele, por eso te he llamado.

Elena busca ahora el rostro de Minerva, todavía no es capaz de descifrar si la periodista es consciente de que la mujer de cuyo asesinato ha estado dando cuenta en el programa matinal fue su entrenadora personal. Elena siente confusión; si Minerva lo hubiera sabido, ¿no la habría llamado en primer lugar? ¿Acaso se lo ha ocultado porque sospecha de Javier? En ese caso, ¿por qué habría accedido a acudir sin preguntar nada? Se le agolpan las preguntas mientras Minerva comprende que debe dejar hablar a Elena. Ambas se baten en un duelo de silencio, las dos mujeres se sienten confundidas, pero solo una teme que su marido sea un asesino. Minerva, en efecto, no recuerda a Jennifer.

—Esa chica de la que habéis hablado..., la muerta...

—Daisy, se llama Daisy. Sí.

—Esa chica ha estado en esta casa.

Tras escuchar la aseveración de Elena, Minerva parece haber visto un espectro. El murmullo que escuchó en su interior cuando vio la foto por primera vez junto a Juárez se encarga ahora de dibujar los rasgos y dar forma al fantasma en su memoria: Daisy es la joven que le hizo saltar su célebre *putómetro* en la fiesta de Betty. Por supuesto que le sonaba esa cara.

—Joder. Joder. Joder. Joder...

Elena siente alivio al ver la reacción de Minerva. Aunque no solucione nada, al menos ya no se siente engañada por más gente. Pero este es un momento crítico, ¿debería decirle que, además, era la amante de Javier? Cree que no, así que calcula bien las palabras con que proseguir.

—Me da miedo que quien le haya hecho eso conozca esta casa o haya visto a mis hijos. Estoy muy angustiada, Minerva.

La periodista agradece la confianza y regresa al rol de investigadora que ha reestrenado por la mañana en televisión.

—Te entiendo. Por eso estoy en la tele tratando de localizar a ese hijo de puta, Elena. A esa chica la habían dejado tirada como a un

perro, y mis fuentes me cuentan que existen algún tipo de presiones para no profundizar en este caso.

Minerva imprime cierta tensión en las palabras, ha deslizado una información que no daría en la cadena. Si son ciertas esas resistencias a la investigación por parte de mandos policiales, y ella confía en Juárez, el tema podría ser muy gordo.

La confesión sacude a Elena por dentro, pero ella evita mover ni un pelo de la ceja. ¿Podría Javier ejercer ese tipo de presiones, tener comprada a la policía? Es difícil averiguar eso, pero ahora se centra en tratar de evitar que Minerva siga tirando de ese hilo frente a toda España. Traga saliva, clava la mirada en la de su amiga y se lanza con una petición desagradable.

—Te tengo que pedir, como amiga, que no sigas informando sobre ese tema en televisión. Esta casa se encuentra entre los últimos lugares que Daisy visitó, y no puedo afrontar un interrogatorio ni presencia policial por un asunto tan turbio en mi hogar. Estoy segura de que lo entiendes.

Minerva calla y permanece inmóvil. El silencio ha vuelto a dominar la sala. Justo el día en que se le han abierto de nuevo las puertas de su añorada profesión, su amiga Elena le pide que desperdicie un tema que es un filón. ¿La entiende? Claro que la entiende, como madre, como emprendedora, como esposa. Pero acceder a esa petición sería un suicidio profesional.

—Comprendo que tengas miedo, Elena, pero estoy segura de que, si se tratara de tu hija, no querrías que se archivara la investigación para averiguar quién la ha apuñalado y quemado.

La periodista sabe que el argumento es tan incontestable como falaz. Cuando las desgracias le ocurren a uno es una cosa, cuando a la hija muerta la llora una madre que está en la República Dominicana y a la que ni siquiera conoces, la cuestión es muy distinta.

Elena se ha dado cuenta de que Minerva no soltará la presa, al menos de manera fácil. Toda la energía enfermiza que la ha estado moviendo esta mañana se está tornando en vértigo. Siente angustia, mareo y mucha presión en el pecho, nota calor en la cara y humedad en los ojos.

—Te... lo pido..., te lo pido..., por favor.

Minerva tiene delante a una amiga convulsionando en pánico y, detrás de sí, la puerta hacia su carrera en televisión, relanzada con una historia suculenta. Conoce la respuesta al dilema: su tiempo en esa casa ha finalizado.

—Elena..., sé fuerte. Yo te ayudaré en lo que pueda, pero no con mi silencio. Hay que averiguar quién lo hizo. Lo siento, tengo que irme.

Minerva abandona la biblioteca dejando a Elena en una situación paupérrima. La mujer sigue sentada frente al juego de té, se ha tapado la cara con las manos intentando ocultar las muecas y gemidos que el ataque de ansiedad que está sufriendo le provocan.

Minerva no mira hacia atrás. La profesional fría como el acero y dispuesta a todo por su éxito se había escondido bajo una mamá en chándal durante unos años, pero el pelaje de la loba se ha desvelado, aflorando desde el más profundo de sus anhelos, desde el primer minuto de directo. Es su droga. Se dice, para convencerse, que los hechos son los hechos, y hay una joven masacrada cuyo asesino por algún motivo podría escabullirse. Y también, una historia periodística que solo ella posee. En cuanto salga de la casa, llamará a Juárez para armar su intervención de mañana en televisión.

Pero justo cuando está a punto de alcanzar el recibidor que alberga la puerta de entrada, una voz se cuela en su conciencia y sacude sus cábalas como un furioso látigo.

—Venderías a tu propia madre con tal de ser alguien, ¿no es eso?

Elena le ha escupido la sentencia desde dos metros detrás de su posición. Con lo hundida que parecía, piensa Minerva, tiene que haberse apresurado para alcanzarla así.

—Venga, Elena, no te lo tomes a...

—¡¡Es así!! ¿VERDAD?

El bramido de Elena sorprende a Minerva, que se siente atravesada por la mirada mórbida de angustia y resentimiento de su, hasta hoy, amiga, erguida frente a ella como un grotesco espectro. El rostro de Elena, pálido como un día de niebla, se ve desencajado mientras malicia de las motivaciones de Minerva en esta incursión periodística.

—¿Qué es más importante? Vamos a ver... ¿La seguridad y el futuro de una familia de bien, que solo te ha tratado de la mejor forma, a ti y a los tuyos..., o tener un minuto de gloria en televisión?

Minerva no puede creer lo que está diciendo Elena, que ha iniciado una siniestra danza caminando en zigzag por el *hall* de entrada mientras elabora su alegato.

—Minerva Morientes no podía aceptar que su cara no ocupara las pantallas y, como un parásito infecto, ha decidido explotar la desgracia de quien hasta hace cinco minutos llamaba amiga... ¿Sabes cómo se llama eso? Desesperación, ruina moral... Eres una miserable, Minerva.

—Este es mi trabajo, Elena. ¿Acaso no lo sabes?

Cada vez más fuera de sí, Elena compone una mueca de asombro y ríe de forma inusualmente burda, irónica.

—¡Ja, ja, ja! ¡Por supuesto, Minerva! ¡Tu trabajo! Ese del que te largaron. Ese para el que nadie te ha llamado en años... hasta que no has tenido una buena mierda con la que salpicarnos a todos, ¿no?

—No es culpa mía, Elena, que dejaras a una puta entrar en tu casa o en la fiesta de Betty. Después, pasa lo que pasa.

—¡ES QUE NO TE PERMITO QUE ME HABLES ASÍ! ¿LO ENTIENDES?

Elena es una erupción volcánica de la que Minerva no pretende huir. Más bien, fascinada por un espectáculo que jamás había presenciado, y retadora, ha decidido plantarle cara.

—Y estas cosas igual no pasan en tu mundo perfecto, pero a esa chica la han destrozado, y alguien tiene que pagar por ello...

Minerva se toma una pausa mientras mira desafiante a Elena. El duelo que mantienen se tensa como el de dos leonas.

—... aunque la investigación salpique a vuestra familia de pijos. ¿O acaso crees que tú o Javier estáis por encima del bien y del mal?

De pronto, Elena siente la amenaza de que Minerva sospeche de Javier, así que recupera, como puede, la compostura, para sentenciar, ya sin gritos:

—Vete de aquí con tus ínfulas de periodista de mierda. No eres más que un buitre. Y yo pensé que eras mi amiga.

Rota por un llanto seco en las últimas palabras, Elena lo ha dicho de forma sincera. Se siente traicionada y le cuesta comprender que Minerva prefiera seguir adelante con la historia, a pesar del precio que puede suponer para ella. Pero tiene cuestiones más importantes de las que ocuparse, como preparar el golpe en caso de que los indicios sigan apuntando a Javier como cliente y posible asesino de Daisy.

Minerva nota la honestidad y la herida en el tono de Elena. A pesar de haber sido insultada, no quiere abandonar la casa a gritos ni la relación de forma tan cortante. Pero no va a cejar en su empeño, así que prefiere tratar de tranquilizar a la mujer.

—Y lo soy, Elena. Esto no tiene nada que ver contigo ni con tu familia. Con suerte, tan solo te preguntarán los motivos por los que la chica estuvo aquí. Y era solo tu entrenadora, así que tranquila, ¿de acuerdo?

En silencio, Elena asiste a la marcha de Minerva, impermeable al intento de esta por consolarla. Es consciente de que hay un detalle que la periodista aún desconoce, aunque puede que por poco tiempo: Javier era el cliente de Daisy, el *sugar daddy.*

41

Mientras tanto,
26 de mayo de 2022,
despacho del teniente de alcalde de Urbanismo,
Palacio de Cibeles, Madrid

Es el día más importante de su carrera en el mundo de los negocios de la construcción, pero Javier Jiménez no se siente presente. Se está esforzando sobremanera para que su suegro no se percate de su respiración agitada, del sudor que empapa sus axilas sin ser verano y de su incapacidad para concentrarse. Javier solo es capaz de escuchar los latidos de su corazón golpeando su pecho de forma dolorosa, como una baqueta metálica contra una enclenque tela de tambor que está a punto de colapsar.

Si algún día le preguntan, será imposible que Javier recuerde la sala donde firmó de forma oficial el arranque de los trabajos licitados por su empresa en el Desarrollo Sureste. No podrá evocar las enormes cristaleras que conectan con el patio interior del bello edificio de Correos frente a la diosa Cibeles, en pleno centro de Madrid, ni la luz blanquecina proveniente de las modernas y alargadas lámparas led que, suspendidas por finos hilos, alumbran un espacio decorado con la clara intención de ser funcional y elegante pero no ostentoso. Ese otro tipo de salas con tapices barrocos, muebles de roble y lámparas *chandelier* están en la antigua Casa de la Villa, en el Madrid de los Austrias, y se usan para actos más institucionales.

Todo esto se lo acaba de contar el alcalde de Madrid a la delegación del Grupo Villa-Arnaiz asistente a la firma oficial de inicio

de obras mientras accedían a la sala designada, pero para Javier las frases eran ininteligibles. El sonido de sus latidos empieza a empastarse con un zumbido que, sospecha, proviene de su interior. A Javier le parece que así debe de ser el momento previo a que te estalle la cabeza en mil viscosos pedazos. Junto al alcalde se encuentran el presidente de la compañía, su secretaria, atenta a cada necesidad de don José Luis, y el director de Comunicación de GVA, que prepara ya una nota de prensa para dar cuenta del tremendo éxito en volumen de negocio que la empresa acaba de alcanzar en este novedoso y mastodóntico proyecto. El Desarrollo Sureste supone construir un barrio entero, casi una pequeña ciudad, en donde cientos de miles de personas podrán establecer su hogar. Tal cual lo escribirá.

—Hoy empezamos a construir el futuro de la mejor ciudad de Europa, José Luis. Y esto solo podemos hacerlo juntando fuerzas.

El alcalde ofrece la mano al presidente de GVA, sonriente, complacido.

—Y yo celebro que desde la corporación hayáis sido conscientes de que solo con GVA se puede proyectar a la escala que esta ampliación urbanística merece.

Experto en meterse a los políticos en el bolsillo, es José Luis quien lleva la voz cantante con el alcalde, su jefe de gabinete y el teniente de alcalde de Urbanismo. Los tres se comportan como si rindieran pleitesía al empresario, asintiendo a sus frases, alabando el crecimiento de la empresa o la cantidad de empleos que va a generar este nuevo proyecto. Entre sus palabras, ninguna referencia a las tensiones con los técnicos, ni siquiera al suicidio de uno de ellos tras filtrarse vídeos sexuales con una jovencita. Hoy el protagonista es el éxito, el de los que se van a enriquecer gracias a negocios legales, GVA; y el de quienes se embolsarán comisiones ilegales: los cargos electos y sus más cercanos colaboradores. Gracias a estos contratos, el Grupo Villa-Arnaiz apuntala su liderazgo en el sector. Gracias a una cuenta en Suiza conectada con paraísos fiscales en Centroamérica, el alcalde y el teniente de alcalde también apuntalan su futuro fuera de la política. Pero tampoco de esto se habla hoy.

Y aunque se hablara, Javier seguiría sin enterarse, ocupado como está en evitar echarse a llorar o huir despavorido a esconderse. Solo tiene que estampar su firma, después verá cómo se arranca de allí para resolver el destrozo que se le viene encima. Si sobrevive.

De pronto, la vibración de su móvil le sobresalta de forma exagerada. Javier extrae el teléfono de su bolsillo y observa que se trata de una notificación de mensaje.

—Venga, Javier. —Su suegro le lanza un reproche en tono amigable—: ¿Estamos a setas o estamos a Rolex?

Todos, menos Javier, ríen el chiste del gran jefe. Un poco de distensión que ayuda a resolver, en unos pocos segundos, el objeto del encuentro. Firma con su Montblanc el alcalde, que cede amigable después al encargado de Urbanismo para su rúbrica. Después firman José Luis y Javier con la estilográfica, una Montegrappa Theory of Evolution, edición limitada, de plata cubierta en oro de dieciocho quilates con incrustación de rubíes que les ha preparado la secretaria. *Voilà*. El negocio está hecho, para todos.

El momento de abandonar el edificio se acerca y Javier lo siente como un leve alivio, aunque insuficiente para encontrar confort en la pesadilla que arrastra. Aprovecha para volver a mirar su móvil. Le sorprende que el mensaje de antes fuera de Betty:

> Hola, Javi. ¿Estás bien? Si quieres, podemos hablar. Estaré en consulta hasta las 20:00, pásate por mi clínica.

Recuerda que él le propuso quedar buscando apoyo para enfrentar la crisis después de que Elena descubriera su doble vida con Daisy. Pero ahora no se ve con fuerzas de escribir respuesta alguna.

Todos encaran el camino hacia el exterior del edificio donde Pepe, el chófer privado de José Luis, los recogerá. Javier, presa de los nervios, está tratando de formular alguna excusa para no subir a ese coche e irse por su cuenta, cuando su suegro le toma del brazo con firmeza y se le acerca para decirle de forma que solo ellos oigan:

—No seas pusilánime, Javier. Me toca los cojones verte así. No es como hacemos las cosas en esta familia, así que mirada al frente,

¿oído?

Javier asiente, sin hablar. No quiere ser preguntado ni tener que explicar nada. Aunque a su jefe, el gran jefe de todo y de todos, no parece hacerle falta más, viéndole caminar tan seguro y decidido hacia el coche. Pero Javier piensa que lo que va por delante le va a arrollar, a él y puede que al jefe. Quién sabe si esto también se llevará por delante la reputación de la empresa.

42

Media hora después,
26 de mayo de 2022,
domicilio de Elena Villa-Arnaiz, Pozuelo de Alarcón

Tras la breve y tormentosa visita de Minerva, Elena ha necesitado más de media hora para recomponerse. Le tiembla el cuerpo de miedo y debilidad. Sabe que su estructura vital se desmorona y que es cuestión de poco tiempo, quizá tan solo días, que tenga que afrontar la situación más crítica de su existencia.

Solo imaginar que sea posible que Javier haya acabado con la vida de la muchacha le imprime un pavor alienante. Incluso aunque sea descartado como autor, la investigación dejará al descubierto su relación con Daisy y es posible que hasta se filtre a los medios, una prostituta menor de edad. A Elena, ese escarnio público se le antoja insoportable, no es capaz de visualizar su posición más que fuera de esa casa y alejada de él. Siente la necesidad de correr. Correr hasta llegar a donde no la encuentren, llevarse a sus hijos hasta un mundo en que nada de esto se sepa.

Pero no tiene fuerzas. Aún en pie frente a la puerta de entrada, en un esfuerzo físico que le resulta casi maratoniano, Elena llama a Wendy con un hilo de voz.

—Wendy..., Wendy..., ven, te necesito.

Siente un dolor seco, irradiado por todo el cuerpo, como si el frío que no consigue eliminar hubiera congelado sus articulaciones y se estuvieran rompiendo a cada movimiento, a cada paso. Con lentitud, se gira hacia el sonido de los pasos de Wendy bajando a toda

velocidad las escaleras que conectan la planta baja con la zona de dormitorios.

—Señora, dígame, señora. ¿Está bien? La veo *remalita*, ¿quiere otro té?

—Escúchame —Elena interrumpe el torrente verbal y excitado de Wendy para encauzar lo que tiene en mente: proteger a sus hijos—, quedan dos horas para que los niños salgan del colegio. Tienes que prepararles una maleta con ropa a cada uno, hoy te los llevas a casa de mi madre.

Elena habla despacio, bajito, pero con aplomo. Sacar a los niños de la casa es lo que necesita para abordar la situación esa noche, cuando llegue Javier. Quiere pedirle explicaciones y, si no la convence del todo, ella misma llamará a la policía. Pero la determinación de Elena y la naturaleza de la petición asustan a Wendy.

—Sí, señora, claro. Pero yo no sé manejar un auto, ¿cómo los llevo? Ay, señora, me está dando miedo verla así...

A punto de perder la paciencia, Elena retoma el tono lento y didáctico con el que siempre consigue que Wendy asimile sus indicaciones.

—Wendy, escucha. Voy a llamar a un taxi para que recojas a los niños en el colegio, y de ahí os lleve a casa de Tita en la calle Serrano, en Madrid, ¿lo entiendes? Te apuntaré la dirección exacta. Pero las maletas tienen que estar listas para cuando los recojas. Así que ponte ya.

—Ahorita mismo, ahorita mismo, señora.

Wendy toma el camino de nuevo escaleras arriba, hacia los dormitorios, agobiada por el poco tiempo que tiene para cumplir el encargo de su jefa. No quiere fallar. Siente el peso de la culpa por haberle presentado a Jennifer. De pronto, recuerda con amargura que la chica ni siquiera debía de llamarse así. Ella fue la primera engañada, se dejó llevar por la ilusión de una amistad que llegaba como un bote salvavidas a socorrerla en el mar de soledad que navega desde que dejó su país. Se siente culpable incluso por haberse convencido de que se merecía tener una amiga. No le falta comida ni ropa, y gana dinero suficiente como para hacerle llegar

cada mes a su madre un tanto, pero nadie la ve como una persona con la que hablar, nadie se interesa por sus inquietudes, por sus sueños. Como si trabajar de empleada interna atendiendo los caprichos de una familia rica fuera el único cometido de su vida, se siente una pieza intercambiable en un entramado que le es ajeno.

Jennifer llegó con su frescura y belleza por bandera e interesándose por su persona. Le preguntó cómo estaba, por su familia, por sus deseos, le creó la necesidad de tener esa complicidad. Día tras día, ansiaba encontrarla en el colegio para comentar chismes de su vida en la casa, no tenía a nadie más. Pero ni siquiera eso era real.

Los primeros días tras la irrupción violenta de la muchacha en casa, Wendy aún no conectó las piezas. Todavía convencida de que Jennifer era su aliada, aunque sin entender qué había pasado, Wendy trató de ponerse en contacto con ella en cuanto la vio abandonar la casa, arrastrada del brazo por el señor Javier. Tras varias llamadas infructuosas, decidió hacerle llegar un mensaje de voz, ya que no se veía capaz de expresar lo que quería decir a través de un frío mensaje escrito.

> Jennifer... oye, soy Wendy... Ehmmmm. Han pasado días, pero siento mucha angustia por ti. ¿De verdad estás embarazada? Ojalá me hubieras contado lo que te ocurría antes de... Pero es que aún no entiendo lo que pasó entre tú y la señora Elena. ¿De verdad te ves con el señor Javier? Esto está mal, mi chica, mal, mal. ¿Por qué no me llamas y hablamos nomás? La señora está muy enojada, no sé cómo va a acabar esto. A veces pienso que voy a tener que buscar otro trabajo..., pero es que yo no soy como tú..., no me atrevo a ir a cualquier bar y nomás así pedir trabajo. Además, no sabría hacer de camarera... En realidad, no sé hacer nada. Me gusta esta casa, aunque la señora sea un poco así... y, bueno, la niña. Es que la niña es igual que su madre, ¿eh? Pero esto puedo hacerlo, ¿sí? Limpiar, cocinar un poco para los pequeños, mantener el orden..., me ocupa el día entero, pero sé hacerlo y tengo mi habitación aquí. Además, el pequeño Jacobo es tan dulce..., me alegra los días ese niñito. Y bueno..., tú vas a tener un niñito también, ¿no? ¡O niñita! Ja, ja, ja, pues lo mismo da. Oye, llámame. Dime cómo estás en un mensaje, ¿sí? Estoy preocupada, mi amiga.

Mientras esperaba una respuesta, que nunca llegó, Wendy volvió a escuchar su propia voz, grabada en el mensaje, varias veces. No

lograba comprender el porqué de la desaparición de su amiga, la falta de respuesta ante su sincero ofrecimiento de ayuda y consuelo. Tras más de diez días de aguardo y obligada reflexión, empezó a entender el fraude. Jennifer solo la había utilizado para acercarse a Elena y Javier. Puede que fuera solo una loca o una niña enamorada, pero nunca fue su amiga. Más bien al contrario, había jugado con sus sentimientos y puesto en peligro su sustento. Jennifer solo podía ser una mala persona.

Han pasado alrededor de dos meses desde entonces y, a pesar de todo, mientras trajina apresurada por la habitación de los pequeños buscando mudas para la maleta que debe preparar, Wendy aún alberga un rincón entre tanta culpa para sentirse triste por la repentina desaparición de la persona a quien más se ha acercado. Le da la sensación de que a Jennifer se la ha tragado la tierra y, de algún modo, la extraña.

43

Mientras tanto,
26 de mayo de 2022,
urbanización Monteverde, Pozuelo de Alarcón

En el cóctel de emociones que gobierna a Minerva Morientes, una mezcla explosiva que incluye la excitación por la misión periodística en que se ha embarcado y el pavor que le infunde la repentina exposición a una gran audiencia, acaba de aparecer un componente de perplejidad ante la reacción de Elena. No se la esperaba, en absoluto.

Mientras camina a paso rápido hacia su casa, ha ido directa de los estudios de televisión a casa de Elena en taxi, intenta poner orden a sus pensamientos. ¿Puede suponer un problema la resistencia de Elena a seguir con la historia?, se pregunta, para acto seguido colegir que no, que nada puede impedir ya que la investigación alcance a la familia Villa-Arnaiz, así que no va a ser ella quien los tape. ¿De quién es la culpa de que la muchacha pasara por esa casa? Desde luego, se dice, no es suya. ¿Siente pena por la que hasta ahora era su amiga? No lo hace. Está rebosante de energía, trotando a través de las amplias avenidas bajo un sol que llevaba días sin dejarse ver. Tampoco su ilusión por la vida se había asomado mucho en los últimos tiempos. Sin embargo, durante los veinte minutos de camino entre ambas residencias, Minerva se siente impulsada por un propósito. Es un cohete propulsado por la oportunidad que ha decidido probar y no hay quien la detenga, como ha podido comprobar Elena. Las vistas de la urbanización Monteverde no están a la altura del precio que se paga por vivir allí,

si lo analizas como transeúnte. El paisaje varía en función del muro de cada casa, que cambia cada cien o ciento cincuenta metros. Las parcelas suelen ocupar dos mil metros cuadrados, pero lo que está más de moda es ocultar casas y jardines tras muros cada vez más elevados. Los árboles de la calle, enormes y cuidados castaños de Indias combinados con grandes acacias, suponen todo el entretenimiento posible para el peatón.

Pero Minerva no necesita buscar con qué distraerse. Su cabeza es un caleidoscopio a cuádruple velocidad. No solo tiene en su poder la única fuente policial sobre una potente historia, sino que, además, por una improbable carambola del destino, acaba de descubrir que conoce de primera mano parte de las últimas horas de la asesinada y el entorno en el que se movía. Se plantea si debería desvelar en el programa del día siguiente que ella misma conocía a Daisy o incluso contar que ejercía como entrenadora personal de cierta conocida heredera del imperio de la construcción. Cada nuevo ingrediente suma interés a la historia. Siente que su viaje de vuelta a los platós es a bordo de un Lamborghini Diablo a toda velocidad. Nada va a frenarla.

Sin dejar de caminar, se coloca los auriculares inalámbricos. Ha llegado el momento de llamar a Juárez para informarle del éxito en su primera incursión en televisión con el caso Daisy. Quién sabe si el movimiento ha provocado ya los efectos deseados en la investigación, aunque ella preferiría alargar un poco el proceso.

—Hola, can Cerbero. ¿Qué? ¿Ha saltado la liebre?

—Tal y como imaginábamos, estrella del pop. Pronto va a haber una detención, quizá hoy mismo.

—Hostia puta, ¿a quién?

—No lo sé, no me lo cuentan.

—Vale, vale. Pero mándame un mensaje en cuanto te enteres, ¿ok?

—No sé. Me huele raro, Minerva. Tanta velocidad...

—¡Esto es oro puro!

Desbordada de excitación, una vez que ha colgado pasa el parte de su llamada al agente policial a la directora de *La Mañana* de la 7.

Tengo novedades de mi fuente. ¡Se va a producir una detención por el caso Daisy!

Bárbara le responde un mensaje precedido de varios emoticonos en forma de signos de exclamación rojos, mostrando su gran interés ante la última hora, y un escueto texto:

Mañana, en directo a las 9:00

Minerva comprueba que hay otras cinco llamadas perdidas en su móvil, todas provenientes de números largos, como los de las centralitas que usan las grandes empresas. Le hacen pensar que su relato ha llamado la atención de otros medios, y sentirse buscada le provoca un indescriptible placer. Pero se ha comprometido con Bárbara para seguir en exclusiva en su programa y va a respetar ese pacto.

Pocos minutos después y sin acabar de digerir tanta excitación, llega hasta su propia casa. No se había dado cuenta de cómo le ardían los pies hasta que no ha detenido el paso frente a su puerta. Semejante caminata a paso rápido y sobre tacones tiene un precio, aunque en este momento le da igual, solo quiere seguir avanzando en este día de emociones. Como no lleva llaves, presiona el botón de su videoportero automático sintiendo cierta extrañeza; suele entrar a través del garaje.

La voz de su empleada, con su acento paraguayo, suena enlatada y a duras penas se oye a través del dispositivo. Minerva sabe que la está viendo por la pantalla que hay bajo el telefonillo.

—¿Señoooora, es usted? ¿Le abro?

—Claro que sí, boba. No me vas a dejar aquí fuera, ¿no?

Un zumbido indica que el mecanismo de apertura ha sido accionado. Minerva empuja el portón con el cuerpo, le parece que renquea un poco, avisará a Daniel para que se encargue de engrasarlo. Después atraviesa el jardín delantero de la casa, en cuya puerta espera una inquieta Celeste, que se fija bien en la escena para comprobar que a quien ha abierto es a su señora y no a un impostor. Minerva le entrega la americana, que se había quitado, acalorada por el paseo, y el bolso, de cuyo interior previamente

retira su móvil, los auriculares y su libreta, y los presiona contra el pecho. Tiene trabajo por delante.

—Hazme un café con leche y un sándwich de los míos, por favor. Estoy muerta de hambre.

La periodista atraviesa el vestíbulo hasta el enorme salón. Duda entre subir a su estancia privada o aprovechar la quietud de la mañana para usar el sofá de improvisada oficina. La forma en que la luminosidad del mediodía embellece el salón la convence enseguida para quedarse allí. De pronto, repara en su hermana. Minerva piensa que tiene que ponerla al día, más cuando también conocía a la finada. Busca su número en el menú de favoritos del teléfono móvil, acciona la llamada con el dedo índice y espera. Suenan cuatro tonos hasta que llega la respuesta.

—*Sister*, ¿qué pasa?

—Una pregunta. Tú también entrenabas con la muchacha aquella dominicana, ¿no?

—Jennifer, sí. Pero fueron solo unas clases. No he sabido más de Elena, ya te lo dije.

—Se llamaba Daisy, en realidad. Ha aparecido asesinada.

Un silencio gris nubla la conversación durante unos segundos.

—Pero qué dices...

—Me ha llegado de fuentes policiales, al ver la foto ya me sonó. ¿Te acuerdas de que vino a la fiesta de inauguración de tu clínica?

—Sí, claro.

—Me temo, hermana, que fue uno de los últimos lugares en los que fue vista. No descartes tener que declarar ante la policía...

Elisabeth no esperaba ninguna de estas noticias, la confusión se apodera de la doctora, que empieza a divagar, nerviosa.

—Vaya mierda. Pero ¿y Elena y Javier? También, ¿no? Digo, porque estuvo en su casa también, ¿eh? Además, figurará en el registro de entrada que lleva a cabo la seguridad de la urbanización...

Betty no sale de su asombro, el relato le resulta de película.

—La hostia...

—Escúchame: acabo de estar con Elena. Está hundida, tenía un aspecto demacrado..., yo creo que le pasa algo gordo. Lo de la chica

la ha perturbado muchísimo.

Minerva pasa por alto un detalle de crucial importancia: la angustia de Elena se ha disparado cuando la mujer ha visto a la propia periodista, amiga suya, exponiendo el caso en directo en la televisión nacional. Sabe que su hermana no la ha visto, de otro modo Betty habría sido la primera en llamar.

—Pobrecilla, pero ella ya estaba mal. No le hemos hecho ni caso, yo con la clínica voy de bólido...

Elisabeth siente de verdad no haber prestado más atención a su amiga, cuando desde después de la inauguración de la clínica se dio cuenta de que algo no marchaba bien. De estar implicada a tope con la fiesta, Elena pasó a desaparecer, casi de forma literal. Ni siquiera, se acuerda ahora, le ha reclamado la factura del cáterin. De pronto, Betty recuerda otra cosa y lo suelta sin pensar.

—¡Javier! Tiene que haber un problema serio entre ellos. Me escribió hace una semana diciéndome que necesitaba hablar. Ahora que lo pienso..., quizá está relacionado con el silencio de Elena. El mensaje decía que había pasado algo o que había hecho algo, sonaba preocupado.

Tras pronunciar la última palabra, Elisabeth se percata de que puede haber destapado, sin querer, la relación íntima que la unió a Javier hace años. Su hermana no sabe que tuvieron un lío. Y si lo sospechaba, es demasiado lista como para no atar cabos ahora.

—¿Que Javier te dijo qué? Pero ¿qué pasa? ¿Os estáis viendo...?

La conversación se vuelve incómoda, Elisabeth se apresura a puntualizar.

—No, no, no..., en absoluto, solo tenemos una relación cordial. Ni siquiera contesté, hermana.

—Vale, vale. Que a mí me da igual lo que hagas, Bet. Es más, todo lo que folles con alguien que no sea el imbécil de Cristóbal, me parece estupendo.

La brutalidad de Minerva genera una risa nerviosa en su hermana. Hace tiempo que Cristóbal, su marido, no les gusta a ninguna de las dos, eso es cierto, pero ese no es motivo para desvelar la deslealtad que oculta desde hace años. La periodista hace un último apunte

respecto a ese posible *affaire*, y no tiene que ver con la preocupación por Cristóbal.

—Pero ten cuidado, ¿vale? Elena es una tía con mucha influencia.

Elisabeth siente vértigo ante la tranquilidad con que su hermana da por hecho que ha podido traicionar no solo a su marido, sino a su amiga y colaboradora en el negocio, Elena, aunque sea como proveedora de clientas.

—Que noooo. No, no, no. De verdad, *sister*. Simplemente le quité un lunar a Javier y desde entonces me consulta cosas de dermatología.

Sabe que es inútil mentirle a Minerva. Pero, en todo caso, la periodista está a otro asunto.

—Vale. Escúchame, es una larga historia, pero te aviso de que Elena está muy cabreada conmigo. Necesito que no la llames ni le cojas el teléfono, por ahora.

—No lo entiendo...

—Tengo información sobre el asunto de la chica muerta y la voy a contar en *La Mañana* de Canal 7. Ya te daré más detalles, ¿de acuerdo?

—Pero ¿tú? ¿En la tele? ¿Qué dices?

Elisabeth encadena una sorpresa con otra, la conversación le está quedando grande y Minerva no tiene tiempo para más.

—Ya te contaré. Un beso, *sister*.

Minerva presiona el botón rojo de la pantalla para finalizar la conversación con Betty, pero no suelta el teléfono de las manos, ni las palabras de su hermana de la memoria. De nuevo, un murmullo acude a su mente para susurrarle respuestas, esta vez las va a escuchar. Su intuición está despertando del letargo en que se había sumido como desempleada rica y, por qué no decirlo, algo vaga.

Mientras Minerva está entregada a sus disquisiciones, Celeste se acerca hasta el sofá con una bandeja cargada con el café con leche, desnatada, claro, y el sándwich de pan proteico relleno de salmón y queso mozarela, como le gusta a la señora. Lo deposita frente a la periodista sin reparar en que está absorta, tratando de recomponer una madeja de sucesos que han perdido su orden y parece inexpugnable. Sin embargo, para cuando la paraguaya ya ha estado

diez segundos en pie a la espera de más instrucciones —sin hablar para no interrumpir a su jefa—, una idea ya se ha formado en la cabeza de Minerva y su semblante ha cambiado. La periodista ha conectado los extremos y la conclusión es nefasta. Celeste es testigo de cómo los surcos *nasogenianos* de su empleadora, a pesar de estar adecuadamente rellenos por los productos que le inyecta su hermana para evitar las arrugas, muestran ahora una sombría tensión.

Con el ceño fruncido y los ojos bien abiertos, fijos en un punto lejano, Minerva estalla:

—¡Hostia puta!

44

Mientras tanto,
26 de mayo de 2022,
paseo de Recoletos, Madrid

Tras despedirse del jefe y el resto del grupo de GVA, Javier ha usado un subterfugio para irse por su cuenta. Su coche está aparcado en el subterráneo de la sede de la empresa, en la Torre Emperador, a más de siete kilómetros de distancia del Ayuntamiento. No pretende llegar hasta allí a pie, pero ha emprendido la marcha caminando hacia el norte por paseo de Recoletos, necesita pensar.

Se mueve despacio, desprovisto de su cartera y su gabardina, que se han quedado en las oficinas. La temperatura es de unos dieciséis grados centígrados, invita a disfrutar del sol. Pero Javier circula por el lado oeste, en el que la inclinación del sol de mediodía ya está formando una gran columna de sombra. Necesita sentir ese frescor para aplacar el calor y los sudores que le han invadido desde que ha visto la noticia de Daisy en televisión, por la mañana.

Camina sin mirar a nadie a la cara, como si eso le volviera invisible. Siente que necesita desaparecer. Cree que su rostro y su nombre aún no han sido revelados en televisión, pero le angustia pensar que es mera cuestión de tiempo, él era cliente de Daisy. Se repite a sí mismo que no podía ser el único hombre con que se veía, a pesar de que, en teoría, la agencia aseguraba exclusividad. «El contrato, joder». ¿Cuánto tiempo tardará la empresa en ofrecer el registro de clientes a la policía? ¿Puede la protección de datos ampararle en una investigación criminal? Piensa en llamar a

Sugardaddies y preguntar por la situación, pero pronto descarta la idea, por demasiado arriesgada.

«Esa puta me va a arruinar la vida». Ese pensamiento, que vuelve una y otra vez a su mente como un péndulo, resume toda la compasión que siente por Daisy. «Y la malnacida de Minerva, ¿qué cojones sabe?»; la duda es cáustica y redundante, le arde en cada alvéolo pulmonar al intentar tomar aire. De pronto se da cuenta de que se asfixia mientras camina.

Necesita ayuda. Extrae su teléfono móvil del bolsillo de la americana, sin saber a quién llamar. El último mensaje es el de Elisabeth, y eso le hace valorar la posibilidad de recurrir a ella. Fue la misma idea que tuvo cuando Daisy se presentó en casa y lo puso todo patas arriba, aunque no obtuvo respuesta. Ahora recuerda ese momento y piensa que cambiaría mil veces aquella preocupación por la que le atormenta desde esta mañana. Esos recuerdos forman parte de otra vida; él es hoy otro hombre, uno hundido, como si caminara hacia una soga.

«Estoy perdido, Betty», escribe Javier en su teclado para contestar.

Siente una convulsión en el abdomen y se percata de que está llorando. No tiene ni idea sobre qué hacer, ni con quién hablar. No hay huida posible. Si hubiera juicio, la única salida sería una defensa de seis dígitos de minuta.

Su pronóstico es oscuro; los hechos, contundentes: Daisy está muerta y el s*ugar daddy* es él.

45

Dos horas más tarde,
26 de mayo de 2022,
carretera M-515, Pozuelo de Alarcón

Minerva conduce como si la calzada ardiera en llamas. Su BMW Serie 1, un compacto automático con motor deportivo y trescientos seis caballos, le permite canalizar parte de ese estado de ebullición. No consigue relajarse con tanta información, y tan crítica, como la que está acumulando. El rompecabezas trágico de la muerte de Daisy podría resolverse de una forma inesperada y afectando a gente muy cercana a ella. La periodista siente una mezcla de excitación por el interés que ha generado su historia en televisión y las peticiones para participar en otros medios que está recibiendo, y vértigo por la onda expansiva que seguir con la historia va, de manera inevitable, a provocar. El ataque de ira de Elena tiene cada vez más sentido: la presencia de Daisy en su casa trascendía el papel de una mera entrenadora personal y eso puede suponer un obús sobre su casta. Que lo entienda, incluso que sienta lástima por la que ha sido su amiga, no significa que vaya a pisar el freno. La bomba de relojería está armada.

Su frenético día ha comenzado saliendo hacia la emisora de televisión antes de que los niños se levantaran, así que ha pensado en recogerlos a la salida del colegio para pasar un rato con ellos. Solo será el trayecto de vuelta a casa, hoy no hay tiempo para plastilina, ni deberes, ni limpiar mocos. Ya ha dado órdenes a Celeste para que organice la cena de los mellizos y la de Daniel.

Esa es otra: su marido. Piensa, con rapidez, en si debería ponerle al día de las novedades, ya que anoche solo le contó que volvía al programa matinal en calidad de colaboradora en la sección de sucesos, por la historia de una mujer asesinada. De ahí a que la finada hubiera estado en casa de Elena y Javier poco antes del incidente hay un salto inquietante. También son amigos suyos. Decidida a contactarle por teléfono, aparta ligeramente la vista de la carretera para mirar el reloj del salpicadero, solo faltan diez minutos para las cinco. Minerva piensa que, si inicia la llamada ahora, no tendrá tiempo de contarle los detalles antes de tener que colgar para entrar en el colegio a por los mellizos. Rechaza la idea.

Ya en el entorno del centro escolar, Minerva es consciente de que la excitación en la que está sumergida hace que siga ejecutando cada acción con cierto exceso de fuerza. Conduce demasiado rápido mientras busca sitio para aparcar, frena de forma brusca cuando, en una calle adyacente, encuentra un espacio libre junto a la acera y, allí, estaciona su coche a trompicones. De hecho, casi golpea a un vehículo negro que iba detrás de ella y no esperaba el brusco parón.

La periodista no es capaz de detener el cálculo que se ha iniciado en su mente, convertida en un potente procesador. Repasa, de forma obsesiva, toda la información obtenida durante la mañana, que cada vez le ofrece una fotografía más clara de los hechos. Su hermana le ha contado que Elena dejó de contestar a sus mensajes tras la fiesta de inauguración. Desde entonces no volvieron a entrenar juntas con Daisy. La cercanía, apenas unas semanas, entre el cese de servicios con la posterior muerte de la joven le parece, por lo menos, intrigante. Minerva reflexiona sobre los motivos que podrían haber llevado a la muchacha a usar una identidad falsa mientras ejercía como entrenadora. Y Javier, ¿pidiendo ayuda a su hermana? Minerva desconocía que compartieran ese grado de intimidad. Piensa en cómo la posibilidad de que se estén acostando juntos implica de alguna manera a su propia hermana en esa trama cada vez más intrincada, aunque espera que sea tan solo un cabo suelto. Solo algo muy oscuro, todavía misterioso, puede ejercer de pegamento de todas las piezas. El morbo de tratar de descubrirlo atrae a Minerva como un imán.

Atrapada como va en sus pensamientos, la periodista camina ensimismada por la acera desde el punto en que ha aparcado hasta la puerta principal, cruza el vestíbulo del colegio y gira hacia el pabellón de educación infantil. Aprieta el paso al ser de pronto consciente de que llega justa de tiempo cuando, de repente:

—¡Pero si es la estrella de la tele! Amiga, te lo tenías bien calladito, ¿no?

La madre de un pequeñín, compañero de sus hijos, la asalta de camino al aula sin siquiera detener el paso, ya que ambas se dirigen a la misma sala.

—Ay, hola, Lourdes, ¡qué susto me has dado!

—Susto el que me he llevado yo con lo que has contado en la tele, hija. Qué horror, ¿no? Una niña tan mona... No entiendo por qué se dedican a eso. ¿Cómo era, *sugar*...?

—*Sugar baby.* Hablando claro, una acompañante de hombres adinerados, que suelen ser maduros. Pero sí, un horror y un asco. Y, Lourdes, lo hacen por dinero. Prefieren llevarse mil euros por cenar con un tío una noche que pasarse un mes poniendo copas en un bar donde van a estar igual de rodeadas por babosos.

Minerva no habla, sino que escupe. Lleva dos días reflexionando sobre por qué una joven querría dedicarse a eso, y todas las respuestas que encuentra son porque parece fácil y porque es muy lucrativo. Pero tras la apariencia de juego inmoral, el cuerpo calcinado de la joven habla de otra característica principal: es extremadamente peligroso.

—¿De verdad pagan tanto por eso? Madre mía, ¡a ver si me he equivocado de profesión! —advierte entre risas.

Minerva observa a la otra madre con estupor. Es más joven que ella, treinta y pocos, y va absurdamente arreglada para ir a recoger a un niño.

—Tranquila, eres demasiado mayor para que un *sugar daddy* te quiera contratar.

El corte ha sido monumental, pero es que ella es Minerva Morientes, un escorpión en el desierto. Si le molestas, pica. Y esa mujer ha banalizado algo tan traumático como el hecho de que hombres, casi siempre mayores, compren el tiempo y los cuerpos de

niñas para su disfrute. ¡Y que encima haya un contrato de por medio! La periodista siente auténtico asco al pensar en los clientes. Respecto a las chicas, Minerva detesta la prostitución, pero respeta a las mujeres. No es que las entienda, pero sí comprende que la actividad existe porque hay mercado. Porque son muchos los hombres que consumen, y la expectativa de la transacción económica tras unos minutos de entrega es una puerta abierta para mujeres sin esperanza. Como madre, tratará siempre de explicarle a su hija que vender su cuerpo es una muy mala idea, le advertirá, incluso, de que cuando entre gratis en una discoteca, será porque la quieren exponer allí dentro, como carne accesible. Piensa que también la prevendrá de dejarse invitar a bebida por un hombre al que no conoce, porque ese aspirante a amante puede poner un precio muy bajo a su disponibilidad. Quizá, solo el valor de ese *gin-tonic* al que la invite.

Por suerte, se consuela la periodista, sus niños tan solo tienen cinco años. Salen alegres y corriendo del aula, deseando abrazar a su madre. Tanto que el apretón de los tres cuerpos se alarga más de diez segundos. «Esto sí merece la pena», piensa Minerva. Todavía abrazados, separa la cara de las de los niños para advertirles que tienen prisa.

—Venga, monstruitos, vámonos a casa. Mami tiene hoy mucho trabajo.

—¿Trabajo, mami? Pero si mami no trabaja.

Saúl solo habla según lo que ha visto a lo largo de sus cinco años de vida. La cercanía de sus hijos, el contacto con la piel de sus manos, el olor de su cuello tienen un efecto balsámico en Minerva.

—¡Ahora sí, pequeñajo! Os lo cuento por el camino. ¡Vamos!

Durante unos instantes olvida a Daisy, a Javier y a Elena. Enlazados por las manos, salen del recinto y caminan hacia el BMW, aparcado en una calle lateral de la enorme manzana que ocupa el centro escolar.

Una vez dentro del vehículo, Minerva se asegura de que ambos se han sentado de forma apropiada en sus sillitas elevadoras y les coloca el cinturón de seguridad, uno a uno.

—Mami, ¿ahora irás al trabajo todos los días? A mí me gusta verte en casa...

Esta vez es Sofía quien, lastimera, inquiere a su madre sobre esta nueva y misteriosa ocupación de la que ha empezado a obtener detalles. Minerva, ya desde el asiento del conductor, coloca el espejo complementario del retrovisor central que le permite tener contacto visual con sus hijos antes de arrancar. Le llama la atención que el coche negro que casi haya golpeado al llegar siga en doble fila a pocos metros por detrás del suyo, pero no consigue ver si hay alguien dentro, los vidrios están tintados.

—No, chiquitina. Solo algunos días, y además puedo ir al trabajo mientras estáis en el cole, ¿qué os parece? Así no os dais cuenta de que no estoy.

—Vale, mami.

Los pequeños parecen haber pasado página ya hacia otra preocupación, como pelearse por los juguetes que siempre hay esparcidos por el asiento trasero. Minerva arranca el motor para iniciar la marcha, activa el intermitente izquierdo para salir del aparcamiento en fila que ha ocupado y comienza a girar para incorporarse a su carril.

El coche negro también arranca, abandonando la doble fila y quedando justo detrás de ellos; Minerva no se ha fijado en si entraban niños del colegio en ese vehículo, no es extraño que haya llegado y se vaya a la vez que ella. Todos van a recoger a los alumnos a la misma hora.

El camino hacia casa es corto, apenas diez minutos por una carretera comarcal paralela a la M-40 que conduce hasta la entrada de Monteverde, la urbanización que comparten Elena, Minerva e Irina, un recinto cerrado y vigilado. Hay dos carriles de circulación, uno por cada sentido, separados por una línea discontinua, que permite adelantar en caso de que haya algún camión o un coche en prácticas. Por eso, le sorprende la cercanía del vehículo de detrás del suyo, pegado a su parte trasera, como empujándola, aunque Minerva no va precisamente lenta.

El retrovisor central confirma que se trata del mismo coche negro de vidrios tintados. Es un todoterreno, bastante más alto que el

Serie 1 de Minerva. Se ven muchos en el entorno del colegio, y Minerva piensa que hay mucha madre que cree necesitar un tanque para recoger a sus hijos. Comienza a irritarle el hecho de que circule tan pegado, así que pisa ligeramente el freno, tan solo durante una fracción de segundo, para que las luces rojas que se activan al accionarlo disuadan al conductor o conductora de seguir tan cerca.

No funciona. Minerva acciona entonces el intermitente derecho, para señalar que puede ser adelantada sin problemas. Empieza a agobiarla de verdad llevar ese coche tan cerca a ochenta kilómetros por hora. Pero el efecto es el contrario: el vehículo acelera detrás de Minerva y toca su parachoques trasero, imprimiéndoles un ligero impacto, aunque muy peligroso en marcha.

—¡¡Hijo de puta!!

Los niños se asustan por el golpe y por el grito de su madre.

—¡Mami, nos ha dado! —Saúl se muestra muy impresionado.

—¡Tengo miedo! —Sofía ya está llorando.

Minerva también lo tiene. Siente su boca seca como un desierto, es incapaz de tragar saliva. La mujer observa la línea recta que dibuja la carretera frente a ellos, aún falta por lo menos un kilómetro para la rotonda que da acceso a su urbanización, y los desvíos que salen desde los lados de la carretera solo conducen a terrenos rústicos, no le apetece meterse en ninguno de esos lugares. Su única opción es seguir recto y llegar lo antes posible, no quiere correr más con sus hijos dentro.

Acto seguido, el coche negro parece iniciar una maniobra de adelantamiento, pero no resulta en ningún alivio, porque circula demasiado cerca por su lado izquierdo y Minerva se ve obligada a ceder espacio ocupando parte del arcén a su derecha y frenar. Está a merced del todoterreno y presa del pánico. La maniobra es muy brusca, el todoterreno está cerrando el camino al BMW en el que viajan Minerva y sus hijos. La periodista siente que ha perdido el control, solo puede concentrarse en intentar no colisionar con el otro vehículo y eso la obliga a seguir frenando.

Ocurre todo demasiado rápido. Antes de que pueda reaccionar, Minerva ha tenido que detener el coche por completo, está demasiado cerca del otro, de mayor tamaño, y atrapada entre este y

el extremo del tramo asfaltado, tras el que hay un gran canalón que discurre en paralelo a la vía. Para salir de ahí necesita dar marcha atrás un par de metros. Coloca la palanca del cambio automático en R, gira el torso para comprobar que no llega otro coche por detrás y se dispone a acelerar cuando un estallido de cristales nubla su visión y raciocinio.

Los gritos de los niños son histéricos.

—¡¡Agachaos!! —es todo cuanto alcanza a decir su madre.

El segundo llega por detrás. La visión de Minerva, como la de un pez en medio de un remolino, solo puede distinguir formas oscuras alrededor del coche. Cuando la luna delantera ya está completamente cuarteada, un tercer golpe abre un agujero.

Pierde la cuenta. Son impactos con bates metálicos: secos, certeros, mortales. Hay varias personas masacrando el coche desde fuera, y Minerva no puede hacer nada más que apretar las manos a sus hijos durante la lluvia de mazazos y rezar. El sonido de los gritos de los pequeños le desgarra el alma, sus caritas, agachados todo lo que les permite el cinturón de seguridad, reflejan el mayor miedo que han pasado en sus cortas vidas. La madre quiere salir y matar con las manos a quien esté haciéndoles eso. Pero es consciente de que ella, desarmada, contra varios hombres bate en ristre, no tiene nada que hacer.

Un zumbido sustituye al estruendo de los golpes en los oídos de la mujer, han parado. Encogida y girada hacia la parte de atrás del coche para tratar de proteger a los pequeños, le resulta imposible saber cuánto ha durado el ataque. La mujer escucha cómo las puertas del todoterreno se cierran y el motor arranca. El chirrido de las ruedas derrapando le confirma que se han ido. Trata de incorporarse para ver la matrícula, pero el estado de la luna delantera se lo impide. El ataque ha sido interminable y agónico para Minerva y sus hijos, pero ejecutivo y limpio para los que lo han perpetrado.

En un estado de nervios tendiente hacia la histeria, trata de salir del coche. Pero el mecanismo de apertura de su puerta, la del conductor, está atascado por las abolladuras. Es al intentar accionar la puerta cuando se percata de que tiene sangre en las manos, que

le tiemblan de miedo y furia. ¿Es suya la sangre?, no es capaz de verlo. Se gira de nuevo hacia los pequeños y, al comprobar que Saúl tiene la cara manchada, siente un puño en el estómago. Minerva llora y grita quebrada por la angustia, siente que no es capaz ni de llenar los pulmones para respirar, pero saca fuerza para quitarse el cinturón y desplazarse por el interior del coche, tratando de evitar hacerse más cortes con los cristales, hacia el asiento trasero para abrazar a sus hijos.

Ella no lo verá hasta que coja el teléfono móvil con intención de llamar a la policía y a la grúa, aún necesita recuperar el aliento y la sensibilidad en las manos, entumecidas por la ansiedad, pero en la bandeja de entrada de sus mensajes SMS tiene ya un recado de remitente desconocido:

> Ahora sabrás que callada estás más guapa, pero, sobre todo, más segura. Un amigo.

46

Mientras tanto,
26 de mayo de 2022,
domicilio de Irina Navarro, Pozuelo de Alarcón

Es jueves y el cuerpo lo sabe.

Hace media hora que Irina ha mandado el mensaje al grupo, pero nadie responde.

Elena, Minerva, Elisabeth y ella han estado distanciadas los dos últimos meses, nada fuera de lo común, cada una está a lo suyo. Pero a la exabogada le extraña que en todo este tiempo no se hayan cruzado ni un solo mensaje para convocar una noche de chicas de las que tanto disfrutan. Por un momento, reflexiona sobre la última cita, en que las cosas se torcieron con Elena. No se lo tendrá en cuenta, ¿no?

Al fin y al cabo, nadie soporta un día a día tan duro como el suyo, piensa Irina. Un marido postrado, un desfile diario de enfermeras, un niño que nació ya con un padre-abuelo y pronto será huérfano. Son los capítulos de su vida, en modo seriado. Y el final no va a ser como despertar de un sueño, de eso está segura.

Sobrellevar este jueves le ha costado ya varias benzodiacepinas. No tiene ganas ni de estar con Sergio, su hijo, así que le ha pedido al turno de tarde de cuidadoras de Tony que, además del vegetal, se hagan cargo de recoger al niño y acompañarle en las tareas. Podría haber ido al colegio ella misma, buscado a Minerva y propuesto un plan para esta noche. Pero a las cinco aún había demasiada luz de día y, de solo pensar en el dolor de cabeza que le provoca la

incidencia de los rayos de sol sobre los ojos, se le han quitado las ganas.

Ve su imagen en el espejo del tocador, levemente marcados los rasgos por la tenue iluminación amarilla de las bombillas dispuestas en hileras laterales, como los tocadores en los camerinos de teatro, y se siente atractiva. Escondida desde hace días en una habitación a la que se le ha robado toda la luz, con las persianas en modo opaco, Irina tiene ganas de arreglarse para salir. El labio rojo, las piernas a la vista; tomar copas, reír, follarse a un veinteañero en la sauna del gimnasio; vivir, en resumen.

Decidida a entrar en acción, Irina coge el teléfono para llamar a Minerva, que suele ser la *partner in crime* más infalible. También es la más cínica de sus amigas, la que más la divierte. Vuelve a consultar el reloj y, al ver que pasan doce minutos de las cinco, calcula que ya habrá llegado a casa de recoger a Saúl y Sofía.

Sin embargo, Minerva le cuelga al primer tono. Esa respuesta le resulta extraña, pero no la frena. Irina vuelve a llamar. Esta vez sí, Minerva descuelga la llamada, pero nada es como la abogada había imaginado.

—Irina, necesito... ayuda. Van a por mí..., me han... atacado. Mis hijos..., ¡mis hijos!

Minerva está llorando con un desconsuelo que Irina no le ha oído jamás. La mujer fría, fuerte, imparable, suena en este momento desamparada, rota. Irina se sobresalta.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Has llamado a emergencias? ¡Dime dónde estás!

—Estamos dentro del coche, Saúl tiene sangre, pero no es grave, creo... Se acaban de ir. Yo... no he podido llamar a nadie aún...

La periodista, en shock, vuelve a emitir un llanto en forma de gemidos. Acaba de leer un mensaje que confirma que el suceso no ha sido un error, ella era el objetivo, y el miedo la tiene paralizada.

—Escúchame, Minerva, voy a por ti. Pero dime dónde estás y llamo yo a la policía.

La periodista se esfuerza por refrenar su respiración y retomar la conciencia de su posición geográfica. Tras unos segundos de zozobra, consigue hacer una descripción.

—Estamos en la carretera que lleva a la rotonda de entrada de la urbanización desde el colegio. Muy cerca, quizá a quinientos metros.

—Vale, tranquila. No hagas nada. Voy a por vosotros.

Irina cuelga y, veloz, marca el número de emergencias para informar de la situación de Minerva. No tiene detalles más allá de que ha sido atacada en su coche, y que está en la carretera. Será suficiente para mandar una ambulancia mientras ella se pone el abrigo y los zapatos para acudir, con su coche, a buscar a Minerva y los niños.

«Una abogada nunca viene mal», piensa Irina.

47

Dos horas más tarde,
26 de mayo de 2022,
clínica BeBeauty, Pozuelo de Alarcón

La primavera está haciendo aflorar las hortensias en las zonas más sombrías de los jardines del barrio y también los billetes de las carteras de las clientas de Elisabeth Morientes en su nueva clínica. «Mayo es un mes fantástico para reconectar con nuestra piel y prepararla para el verano». Eso es lo que les dice Betty a sus pacientes y debe de ser convincente, porque tiene todas las horas ocupadas por señoras que quieren arrancar temporada de eventos con una piel y un aspecto renovados, con la ilusión de que pueden lucir más jóvenes que en las bodas, bautizos o comuniones del año anterior. Desde las tres de la tarde, que ha comenzado el turno, ha facturado unos nueve mil euros entre pinchazos de bótox, rellenos de hialurónico y tratamientos con láser.

Los números están cuadrando mucho antes de lo que esperaba. A cualquier empresario que arranque un negocio le impresiona la suma del alquiler de su local, las letras del crédito por las obras o el montante de las nóminas a final de mes. Pero con este ritmo de facturación, en la primera semana del mes tiene pagado todo eso, y el resto son beneficios. Parece un sueño.

La consulta con Alicia, última paciente del día, acaba sobre las 19:45 con una señora feliz de abonar la factura por lo bien que se ha visto al finalizar la sesión. Elisabeth, cansada por la jornada pero satisfecha por cómo ha ido todo, se da cuenta al quitarse la bata y echar de menos el peso del teléfono móvil en el bolsillo de que había

olvidado por completo todo el *Javiergate* que Minerva le ha contado por la mañana. Incluso ha mandado un mensaje a Javier por si podía obtener algo de información. En cualquier caso, si ha contestado, no ha aparecido por la clínica como ella le proponía.

Cuando localiza su dispositivo, en el interior de su nuevo *tote bag* de Prada, un capricho de dos mil trescientos euros que se ha concedido por lo bien que marchan las cosas, la respuesta de Javier a su mensaje, de hace unas horas, la deja helada. «Estoy perdido, Betty»; la dermatóloga necesita más información. Además, observa que hay dos llamadas perdidas de su hermana, una de ellas reciente, así que lo primero que hace es pulsar el nombre de Minerva para contactar con ella.

—Hola.

La respuesta de Minerva suena a derrota cruel y por goleada. Elisabeth piensa que está agotada por el desacostumbrado madrugón y trata de infundirle ánimo.

—Heyyyy, querida. ¡Te noto cansada! Hay que ver lo que es volver al curro, ¿eh? —comenta con sorna.

Betty ríe su propia gracia, ajena al hecho de que su hermana se acaba de enfrentar a la peor experiencia de su vida.

—Escucha. Ha pasado... algo. ¿Sigues en Pozuelo?

Minerva suena misteriosa e inquieta a Elisabeth.

—Sí, claro, acabo de quitarme la bata. Pero no me asustes. ¿Qué pasa? Iba a contarte que Javier me ha contestado a un mensaje.

—Por teléfono, no. Ven a casa de Irina, estoy aquí con los niños. Me vendría bien que me recogieras.

—¿Y Daniel?

Elisabeth se arrepiente en cuanto lo pregunta. Su hermana le está pidiendo ayuda y no pretende zafarse. Minerva colma su curiosidad de forma escueta.

—Está de viaje en Zaragoza. Te necesito a ti.

—Claro, ahora mismo voy.

Elisabeth no pregunta ni por qué está en casa de Irina ni por qué no dispone de su propio coche para volver a casa. Existen muchas respuestas fáciles, como que han llegado hasta allí caminando o que se le ha pinchado una rueda. Sin embargo, le escama que no quiera

contarle el detalle de lo que ha ocurrido por teléfono. «Ella, siempre tan intensa», piensa Elisabeth. Nunca, ni aunque le diera vueltas durante días, podría llegar a concluir que a su hermana la han silenciado a base de golpes.

48

Una hora después,
26 de mayo de 2022,
domicilio de Elena Villa-Arnaiz, Pozuelo de Alarcón

La noche ha caído sobre la casa de Elena como la lámpara que se apaga junto a la cama de un niño miedoso. La falta de sus hijos y de Wendy significa silencio absoluto, sepulcral, como la escena tras una tragedia. Su cuerpo es un núcleo oscuro de tensión, compacto, agarrotado. Lleva todo el día pensando en cómo enfrentarse a Javier.

Como en un alud de acontecimientos, siente que no puede frenar el peso de una realidad que la asfixia. Por lo menos, piensa, ha salvado a sus hijos de ser arrastrados por lo que pueda suceder esta noche. ¿Será Javier detenido? ¿Podría hacer daño a alguien más?

A su madre le ha contado lo justo a través de un mensaje cuando Wendy ya había salido en taxi hacia Madrid. ¿Cómo resumir que su yerno podría estar implicado en un asesinato?:

> Los niños no pueden estar en casa esta noche, mamá. Necesito que te los quedes hoy. Te mando a Wendy para que les haga la cena y no te den trabajo. No avises a papá, yo me encargo.

Elena cuenta con que, en la finca de Serrano, la casa familiar donde se crio, de una planta entera de tamaño, si no los recibe Tita, los recibirá Augusta, la empleada que lleva treinta años trabajando allí. Hay espacio de sobra porque hace años que su padre se queda la mayor parte del tiempo en la casa de campo, un chalé en Mirasierra desde el que afirma que los desplazamientos a la oficina son más placenteros, ya que se ahorra el tráfico en dirección norte

de cada mañana. Su madre toma menos calmantes desde que hacen vidas separadas, así que, en términos farmacológicos, fue una gran decisión. Y sin necesidad de dividir patrimonio, que era la principal preocupación de sus progenitores a la hora de divertir sus caminos.

Ha pensado varias veces a lo largo del día en llamar a su padre y contarle la situación. Ha sentido que era el único a quien acudir, dada su experiencia y su poder. Pero tras valorar todas las implicaciones y, teniendo en cuenta la posición de Javier en la empresa, ha descartado informarle por ahora, consciente de que justo hoy era el día señalado para la firma de inicio de obras del Desarrollo Sureste en el Ayuntamiento de Madrid. Un día en el que era mejor no distraerlos. Sin embargo, de algún modo sí está siguiendo las indicaciones de su padre porque, pese a que jamás pensó que lo haría, tras darle muchas muchas vueltas, ha recuperado la pistola táser que el patriarca le entregó tras el desagradable episodio con Jennifer. O Daisy. Le molesta que el foco de su desgracia tenga dos nombres, como si con uno solo no bastara para dañarla.

Ha estado cerca de una hora dándole vueltas al aparatito que le entregó su padre. Ha tenido que cargarlo, enchufado a la corriente, como si fuera una tableta electrónica. Respecto al modo de uso, no la ha disparado, en vista de que solo dispone del cartucho cargado y cuatro más, pero sí ha comprobado que la luz láser que ayuda a la puntería puede elegirse en color verde, que se ve mejor durante el día, o rojo, idóneo para la noche. Incluso ha buscado un tutorial en YouTube para descifrar la maquinita y ha decidido, como en un discurso de los hermanos Marx, que la llevará, pero no la usará.

Lo cierto es que concentrarse en esa labor la ha ayudado a pasar una tarde que se le hacía eterna, con el temor añadido de que en pocas horas Minerva vuelva a televisión a seguir destripando la intimidad de su familia.

No sabe a qué hora llegará Javier, no quiere llamarle ni preguntarle nada por mensaje. Lo que quiere es ver su rostro, buscar la culpabilidad o la inocencia. Como su esposa desde hace veinte años, cree que será capaz de hallar la verdad.

«No». Se dice que su marido no puede ser un asesino.

«Pero...». La conjunción aparece en su mente después de cada excusa. Su marido era el cliente de la chica que desapareció justo después de *molestar* en su casa. Esa conexión de los hechos pesa demasiado.

Ataviada con su perenne, desde hace unas semanas, bata de seda color maquillaje, Elena espera sentada en el enorme sofá del salón con la mínima iluminación posible. Por las cristaleras se cuelan astillas de luz procedentes del jardín que permiten revelar las siluetas del salón. Ella se siente más segura, más oculta, con todo apagado en casa.

Lo que no espera, en un barrio con acceso controlado y seguridad privada, es que un jueves de final de mayo a las ocho de la tarde y sin previo aviso, llamen a su puerta.

Los acordes de piano que suenan como timbre jamás le han parecido tan tenebrosos como en la oscuridad de esa tarde eterna, ya noche, sin luna.

Confundida, revisa el teléfono móvil, que ejerce de insuficiente contrapeso a la pistola táser depositada en el bolsillo opuesto de la bata, deformada por la carga. Nadie la ha avisado de que iba de visita.

De pronto, una revelación. Está convencida de que se trata de la policía en busca de Javier. Solo ellos llegan sin avisar y son capaces de acceder a una urbanización fortín como esta sin figurar como invitados.

Pero se equivoca.

La pantalla del videoportero muestra a Irina, Elisabeth y Minerva esperando frente a su puerta. ¿Sus amigas? Elena no entiende nada. De pronto piensa que quizá Minerva ha recapacitado y vuelve para comunicarle que no añadirá más leña al fuego desde televisión, quizá le ha dicho al resto que Elena estaba mal y por eso han acudido. Suena bonito, pero ni se lo cree ni le apetece hablar con ellas. No ha llamado a nadie durante las semanas de su luto de pareja, cuando el problema era una amante viva; como para hacerlo ahora, que se enfrenta a algo mucho peor.

Acciona el botón de intercomunicación con el exterior.

—Chicas..., no es buen momento. No sé a qué habéis venido, pero mejor otro día.

—Elena, no, ¡esper...!

Al soltar el botón, deja de oír el exterior, aunque las sigue viendo a través de la pantalla, en un rudo blanco y negro que en realidad tiende a azul. Están muy agitadas, sobre todo Minerva, que se ha quedado hablando como en una película muda. La ve hablando y moviendo los brazos de forma violenta, como si agitara un palo. Pero es la última persona a la que quiere recibir. Al lado de su hermana, Elisabeth se lleva las manos a la frente, parece genuinamente preocupada. Irina vuelve a accionar el botón.

De nuevo, acordes de piano.

Gestionar esto no estaba en los planes de Elena, de un tiempo a esta parte siente que le sirven de poco los cuatrocientos euros mensuales de seguridad privada que paga a la gestora de Monteverde. Vuelve a observar la pantalla. Las ve discutiendo entre ellas, parece que hay dos bandos: uno formado por Irina y Minerva y, en el otro, Elisabeth, que parece confusa. Se decide a acabar con el numerito, pulsa de nuevo el intercomunicador para sentenciar:

—Chicas, he dicho que...

—¡¡Estás en peligro, Elena!! ¡¡Estás en peligro!!

Es Minerva quien habla, está muy alterada. Elena, en alerta, accede a seguir escuchando.

—¿De qué hablas, Minerva?

Minerva aprovecha la ventana de atención para explicarse todo lo rápido y contundente que puede.

—¡Escúchame! He sido brutalmente atacada, Elena. Esta tarde, en el coche, con mis hijos dentro. Era un aviso. Justo el día en que he informado sobre la muerte de Daisy, ¿no lo entiendes? Javier me ha mandado a tres matones para que me calle, ¡y casi nos matan a los niños y a mí! Vengo a avisarte, ¡tienes que salir de aquí!

Elena siente que ese nuevo relato se le atraganta. No puede asumir más hechos catastróficos sucediendo a su alrededor y, además, le parece una fantasía de la periodista. Al fin y al cabo, la ve muy entera a través de la pantalla para haber sido «brutalmente atacada».

—Pero ¿qué dices? Venga, Minerva..., ya está bien de televisión.

—¡Es cierto! —interviene Irina tratando de ejercer de juez—. Yo misma he ido a buscarla, le han destrozado el coche con bates. Elena, han ido a por ella.

Elena mantiene un breve silencio frente a la escena, un tanto ridícula, que componen sus tres amigas gesticulando a través del videoportero. Le resulta muy chocante pensar que esos hechos pueden haber sucedido tal y como los relata Minerva y, además, el resentimiento hacia la periodista que hace unas horas reconocía con frialdad que estaba dispuesta a desnudar a su familia frente a la audiencia dificulta su empatía hacia el suceso. Elena trata de zanjar el asunto para proseguir con su vigilia: esta noche ella tiene suficiente con averiguar si su marido es un asesino.

—Siento lo que te ha ocurrido, Minerva, pero... no tiene por qué haber sido Javier. De todos modos, está a punto de llegar, y yo necesito hablar a solas con él. Por favor, idos de aquí.

—¡Eso mismo digo yo! Venga, ¡vámonos a denunciar a la policía de una vez!

Elisabeth interviene desde un segundo plano, ahora Elena ya entiende cuál era el motivo de disputa. De pronto, ve cómo las tres cabezas se giran hacia la izquierda del monitor.

—¡Es él! ¡Es Javier!

Irina avisa de la llegada del coche de Javier hasta el portón que da acceso al garaje privado, situado justo al lado de la puerta metálica frente a la que están las tres mujeres hablando a través del videoportero con Elena. Ni Irina ni Elisabeth son capaces de impedir que Minerva se lance contra la ventana del conductor del coche y se ponga a golpearlo desde fuera, gritando como una posesa.

—¡Hijo de la gran puta! ¡Casi me matas, cabrón!

Elena asiste incrédula a la escena a través de la pequeña pantalla. Le bastan unos segundos para decidirse a salir a frenar a Minerva, con las manos si es necesario.

Desde el interior del coche, Javier ve a Minerva y la reconoce como el vector de su desgracia. La imagen de la periodista comentando la muerte de Daisy en televisión esta mañana aún le remueve las entrañas. Tras una jornada agónica, era la última

persona a quien esperaba ver a las puertas de su casa, y menos acompañada de Irina y Betty. Aunque la mayor sorpresa es para él la reacción de la periodista al verle, la observa mientras se dirige hacia su coche con el cuerpo adelantado, los ojos inyectados de ira. Ante la inminencia del impacto de Minerva contra el vehículo, Javier detiene el coche del todo y apaga el motor. Se siente como un náufrago, el barco hundido era su vida hasta hace pocas semanas. Elena recorre descalza los diez metros que hay del vestíbulo al portón exterior de la casa. Mientras atraviesa el jardín, sigue escuchando los gritos de Minerva, cada vez más cerca, «¡Sal de ahí, cabrón, acaba lo que has empezado si tienes huevos! ¡Mis hijos! ¡Mis hijos estaban en el coche!»..., acompañados de sonoros golpes que resuenan en la carrocería del BMW de Javier.

Elena acciona el botón que, en parte oculto, permite abrir la puerta desde dentro y empuja con el cuerpo la pesada hoja metálica opaca que compone el acceso a la casa.

Cuando consigue ver lo que ocurre, la escena le resulta increíble.

Javier ha tardado unos segundos en comprender que los gritos de Minerva se dirigían contra él. No hay nadie más dentro del coche que la mujer parece querer destrozar a golpes, pero no entiende el sentido de las palabras de la periodista, o por qué habla de sus hijos. Sus miradas se encuentran a través del cristal de la ventana del conductor, detonando una masiva descarga de odio. Quien le grita, frente a su casa, y amenaza su coche es la misma persona que ha puesto en jaque su vida.

A Javier empieza a hervirle la sangre. Esa mujer que pretende humillarle en plena calle, que le está acusando en falso frente a Elisabeth e Irina, hace unas horas le ha provocado un vómito de puro pánico. «¿A qué viene esto?», se pregunta Javier mientras la observa enfurecida, grotesca en su esfuerzo por dañar la carrocería del coche. No entiende sus motivos, pero ahora sabe que va contra él, con todo. Está decidido a frenarla, aquí y ahora.

Confusa y apresurada, Elena alcanza el exterior de la finca a tiempo para ver cómo, envuelto en la energía de quien se enfrenta a un duelo a vida o muerte, Javier ha abierto la puerta con toda su fuerza, empujando el cuerpo de Minerva hacia fuera. La periodista

pierde el equilibrio durante unos segundos a causa del impulso centrífugo. Para cuando se yergue de nuevo, ya tiene frente a sí a un Javier enfurecido. Un leviatán llevado por la ira de quien siente amenazada su vida.

—¡Tú! ¡Tú eres la que me quiere joder la vida, puta!

La mujer responde tratando de propinar un golpe en la cara de Javier.

—¡Cabrón...!

Pero su verborrea se corta en cuanto él la repele, agarrándola por el cuello con fuerza, mientras ella intenta zafarse, inútilmente, procurando liberarse con los brazos de las manos de Javier, que la apresan.

Elena asiste a la escena paralizada, desde el umbral de su puerta exterior. Irina y Elisabeth intentan, por detrás y con poco éxito, tirar de Javier para que suelte a Minerva. Aunque ella ha empezado, la pelea se ha desequilibrado en el momento en que él ha salido del coche. La forma en que la sangre bombea las venas de su frente, visibles a causa de la tensión y el esfuerzo, le imprime un aspecto temible. Javier está fuera de sí.

—¡Zorra desalmada! ¡Hasta a tu madre venderías! No vas a seg...

Javier calla en seco. Su cuerpo, en bloque, sufre una sacudida y cae al suelo, arrastrando con su peso a Minerva, aunque dejando libre su cuello.

La periodista, su hermana e Irina no dan crédito. Javier está tendido, su cuerpo encorvado y rígido, con la cabeza echada hacia atrás de puro dolor y emitiendo sonidos guturales. También desde el asfalto, Minerva levanta la mirada hacia Elena.

La mujer mantiene el brazo estirado, sujetando con la mano derecha la pistola táser que acaba de accionar con un disparo certero. Los electrodos han impactado en el hombro y la espalda de Javier provocándole una inmovilización neuromuscular, consecuencia de la corriente generada entre ambas sondas.

Javier, atravesado su cuerpo por corrientes que le impiden moverse, lucha inútilmente desde la perplejidad, incapaz de comprender lo que acaba de suceder, y en una posición como de pez fuera del agua, su barbilla elevada del suelo como si una tracción

eléctrica le tirara de la coronilla. Todo pasa en tres o cuatro segundos, una fugaz eternidad hasta que los ojos verdes del hombre, bien abiertos pero sin ver nada, se cierran de pronto, a la vez que su carne vuelve a responder de forma súbita a la fuerza de la gravedad y su cabeza se desploma sobre el suelo, golpeándose la frente.

Todo esto ha sucedido en plena calle. Aunque a las ocho y cuarto de un jueves, caída ya la noche sobre la urbanización privada con acceso restringido, no hay nadie más allí.

—Vamos a meterle en casa.

Irina es la primera en reaccionar y acercarse al hombre, que sigue inconsciente en el suelo, en una posición imposible: bocabajo, vencido sobre sus extremidades encogidas por la descarga. Un amasijo de carne inerte.

Elena está de acuerdo, hay que entrar. Pero la irrealidad de la escena también la ha paralizado a ella. A cámara lenta, vuelve a meter la pistola en el bolsillo de su bata de seda, deformándola de nuevo. Siente en la mano la pieza de plástico que ella misma ha cargado como si fuera un juguete y avisa:

—Es temporal..., es una... descarga eléctrica..., no mortal.

Minerva se levanta, renqueante, del suelo, se ha llevado varias contusiones al caer que son mala combinación con su incipiente artrosis, y siente dolorido el cuello por la presión que ha ejercido Javier.

Elisabeth llora en silencio y su respiración está agitada. Se siente impresionada por lo que ha presenciado y por ver así a Javier.

—Si cogemos cada una de una extremidad, podemos moverle. ¡Venga!

La abogada tiene claro que ahora la prioridad es abandonar la vía pública. Una vez dentro, pueden llamar a emergencias y socorrer a Javier, aunque sabe que, en teoría, el efecto de las pistolas táser dura tan solo unos minutos.

Las cuatro mamis ricas se disponen alrededor de un Javier paralizado por la descarga. Resulta difícil estirarle los miembros para poderle transportar repartiendo el peso. Irina toma una de las piernas y da la señal.

—¿Preparadas? A la de tres, levantamos... uno, dos, ¡tres!

Finalmente, lo consiguen, aunque con esfuerzo extremo. Caminan a pasitos cortos, como pequeños pingüinos, por la dificultad que les supone acarrear ese peso. Los ochenta y cinco kilos de Javier tocan a más de veinte por persona, y la única que está en forma de verdad es Irina, que, ante el shock del resto, lleva la voz cantante.

Depositado sobre el brillante suelo de cerámica del *hall* de su propio domicilio, Javier parece un árbol caído. Con el traje y la cara sucios del suelo de la calle, el encantador Javier ha quedado cubierto por demasiadas sombras, y no despierta compasión en su esposa. Agarrar del cuello a una mujer ha sido un gesto que jamás habría querido ver en él y, cuando ha presenciado la escena, toda la angustia y el miedo que la habían atenazado durante el día han fluido sin control a través de la descarga de su táser. No recuerda haberla sacado del bolsillo, ni la luz roja de la mirilla láser, ni haber accionado el gatillo. Ha sido una reacción automática, magnética, conducida por impulsos que han brotado de sus entrañas, un fenómeno físico incontrolable.

—Y ahora, quiero que os vayáis.

Con la respiración todavía acelerada por el esfuerzo, Elena se enfrenta al resto. Su frialdad asombra a Irina y a Elisabeth, solo Minerva parece entender la aparente insensibilidad de la dueña de la casa. Se siente unida en dolor y miedo a la mujer que hace unas horas le rogaba que no expusiera su vida ante la opinión pública —ella se lo había negado, pensando que pretendía proteger a un potencial asesino, y había abandonado esa misma casa mientras oía la inútil ira de Elena en contra suya—. Ahora, Minerva es consciente de que ha sido Elena quien ha usado un arma contra su marido para evitar que le hiciera daño a ella. La periodista se acerca a su amiga y apoya una mano en su delgado hombro; es su exigua forma de agradecer, en medio de tanta tensión.

—Estás loca si piensas que te vamos a dejar sola para cuando despierte este cabrón.

Elena se aparta en un microgesto, imperceptible para el resto, y sus miradas conectan. Minerva ve en su amiga a un animal herido, la entiende. Durante las últimas doce horas sus vidas han girado en

órbita alrededor del caos, ella misma ha experimentado el episodio de mayor terror de su medio siglo de existencia.

—Tú no eres quién para decirme lo que tengo que hacer.

Minerva comprende la frialdad en la respuesta.

—Pero no tienes por qué hacer esto sola...

De nuevo, cuerpo a cuerpo, ambas se escudriñan tratando de encontrar respuestas que ninguna posee. La velocidad de los acontecimientos las ha atropellado a las dos. Si por la mañana una pensaba en rehacer su matrimonio, y la otra en retomar su carrera, pocas horas han bastado para que sus prioridades sean ahora muy distintas, tan básicas como salvar el pellejo.

—¿Todavía no lo has entendido? No te quiero aquí, buscando carroña para tu programa, ni un minuto más.

Elena completa la frase al límite de su impostada serenidad. No quiere volver a perder los papeles, no sirve de nada. Sin embargo, no puede evitar que varias lágrimas delaten su desasosiego.

—Elena, no se trata de eso...

Minerva es sincera. Hace unas horas, su apuesta era por ella misma, triunfando en televisión. Ahora, piensa que el juego era demasiado arriesgado, quien mandara asustarla por la tarde puede tener una hoja de ruta con más sorpresas macabras.

—Venga..., te acompañamos a comisaría. Te prometo que no voy a contar nada de esto en televisión.

Minerva tiende una mano hacia Elena en amistoso gesto, pero no obtiene ninguna acción por respuesta. No comprende el arrebato de orgullo de Elena en esa situación, pero, rechazada su ayuda, ya solo quiere alejarse de esa casa y la toxicidad que emana. Busca con la mirada a su hermana y a Irina y se gira hacia la puerta que Elena les señala con el rostro. Las otras pronuncian algunas quejas por el camino. Hablan de policía, abogados, generan un murmullo hueco que no altera a Elena, que se agacha junto a su marido.

En cuanto las tres mujeres cruzan el umbral de la puerta externa para ir a buscar el coche de Elisabeth, con el que han ido hasta casa de Elena desde la de Irina, la llegada de otro vehículo las sorprende. Esa tranquila calle pocas veces había registrado tanto vaivén. Un enorme Mercedes se detiene detrás del coche de Javier, en

apariencia abandonado sobre la calzada y con la puerta delantera abierta.

Dentro de la casa, Elena se ha sumido en temblores que le sacuden el esqueleto y dificultan su movilidad. Agachada frente a Javier, le propina unas palmadas en la cara sin obtener respuesta. Ya lleva unos cinco minutos desmayado.

En el exterior, el conductor del vehículo, un hombre añoso vestido con traje marrón, ha salido del coche y abre la puerta trasera para permitir la salida de su ocupante. Los vidrios tintados y la noche cerrada no dan muchas pistas, las tres mujeres en tránsito hacia su propio vehículo se paran a observar.

Ajena a la visita que está a punto de recibir, Elena ha pasado ya de las palmaditas a sacudir a Javier, tomándole de los hombros. Él sigue inerte, el corazón de ella se dispara ante la falta de respuesta, no sabe qué más puede hacer.

Tres figuras masculinas entran caminando, decididas, en la casa de Elena sin que nada ni nadie las detenga.

La dueña de la casa está de rodillas, pálida y jadeante, junto al cuerpo de su marido. Con dificultad, debido a la tiritona, ha sacado su teléfono móvil del bolsillo izquierdo de la bata. No encuentra el latido de Javier, es el momento de buscar asistencia médica.

—Deja el teléfono, hija.

—Papá...

No ha llegado a pulsar el botón para avisar a emergencias cuando la presencia de su padre desencadena en la mujer una sacudida, como si al despertar de un sueño horrible, de pronto, fuera consciente de que la pesadilla está ocurriendo de verdad.

Don José Luis se acerca a su hija, encuentra a una mujer arrasada por la crecida de los acontecimientos. El sexagenario, de un metro setenta de altura, pero con una complexión fuerte, pese a la edad, la ayuda a levantarse del suelo y la atrae hacia sí en un cálido abrazo. Un torrente de llanto desmorona entonces a Elena, que ni siquiera repara, su rostro está hundido en el hombro de su padre, en que Pepe, el chófer y escudero de su progenitor, y otro tipo más joven, al que no conoce, han avanzado desde su posición hasta la de Javier, en el suelo.

Elena se deja llevar por el calor y la fuerza de su padre mientras intenta explicarse entre sollozos:

—He tenido que..., Javier... y Minerva..., yo...

No acierta con las palabras, pero José Luis ya sabe lo que ha sucedido. Desde el incidente con Daisy, el hombre hizo configurar el sistema de vigilancia para poder visualizar el contenido de las cámaras de seguridad de la casa de su hija en su propio móvil. Su familia no puede permitirse que escándalos así trasciendan, y para él solo el control total ofrece garantía. Cada vez que alguien llama al timbre o se abre la puerta acorazada de la entrada, recibe un aviso para consultar qué ocurre en casa de su hija. En cuanto ha visto a Minerva enfrentarse a Javier en plena calle, le ha pedido a Pepe que le llevara a la casa quemando rueda, y no se ha equivocado.

—Shhh..., tranquila. No pasa nada, tesoro. Has hecho lo que tenías que hacer.

El hombre joven empieza a practicar una reanimación cardiopulmonar sobre Javier. La ejecución de la maniobra por parte del chico, de piel y pelo morenos, incipiente calvicie, alto y fuerte, vestido con un pantalón chino y un jersey fino de lana, impresiona a Elena. Eso es lo que se hace a la gente que está en parada.

—Papá, la táser... Javier está..., hay que llevarle al hospital.

—Solo le ha sentado mal, no te preocupes. Marino es médico de riesgos laborales en la empresa. No te preocupes, es de plena confianza, es el sobrino de Pepe.

El chófer del patriarca, el enjuto de los Villa-Arnaiz, asiste a la escena con la tranquilidad de quien lo vive como algo normal. El hombre observa la cara de Javier durante la maniobra que ejecuta su sobrino, esperando su reacción como el turno en la pescadería. Entretanto, se sacude unas pelusas de la pechera de su trajinado conjunto de trabajo: un traje marrón con casi tantos años de servicio como él mismo.

José Luis separa con suavidad a su hija del abrazo, para darle indicaciones.

—Tú te vas a quedar aquí, tranquilita, ¿de acuerdo? Nosotros nos encargamos de todo.

Elena no sabe qué decir, no sabe qué pensar, hasta que una idea comienza a formarse en su mente: «¿He matado a Javier?». Su padre sigue hablando, ve su boca moverse mientras ella lucha contra esa revelación que la atosiga.

—Imaginaba que algo así podía suceder. Hoy en la firma en el Ayuntamiento, Javier estaba completamente ido...

Las ondas sonoras que transportan la voz de su padre se desparraman por el aire antes de que ella pueda descifrarlas. Elena siente cada bocanada más sucia e irrespirable. Está paralizada, incapaz. Por encima del hombro de su padre, ella es más alta que él, ve al hombre joven tratando de reanimar a su marido, que aún no reacciona. Pero ella, helada de frío, tampoco es capaz de moverse. El joven médico se detiene un instante y se dirige a Elena.

—¿Cuánto rato lleva así?

Elena es incapaz de decir si ha sido un minuto o una hora. Ha dejado de ser consciente del discurrir del tiempo. Busca a su padre con la mirada, aterrada por no poder contestar. El hombre mira la esfera de su Breguet Tradition Chronographe, de tres cronógrafos tocados con agujas color azul cobalto y más de cien mil euros, antes de responder.

—Unos... seis minutos, Marino. Eran las ocho y cuarto cuando le ha dado con la táser, y son y veintiuno...

—Nos queda poco tiempo..., a partir de ocho puede ser irrecuperable. Necesito un desfibrilador.

—Hay uno en cada caseta de seguridad de las obras. Aquí en Pozuelo tenemos alguna construcción en marcha, en la Ciudad de la Imagen, por ejemplo.

Pepe, el chófer, siempre sabe dónde encontrar lo que necesite el jefe.

—Venga, deprisa.

Ante la orden de don José Luis, el chófer y su sobrino cargan con Javier, no sin esfuerzo. Se lo llevan hacia la salida de la casa. Elena, entonces, reacciona:

—Pero, papá, ¡es mejor llevarle al hospital! Esto... —coge aire para evitar balbucear—, esto es muy grave.

—Hija, escúchame. Tú no puedes exponerte así. Lo que viene no va a ser fácil, hasta que se cierre la investigación por la muerte de esa chavala vas a tener encima muchísima presión. Elena...

José Luis se toma unos segundos para asegurarse de que capta toda la atención de su única hija. Busca su mirada, y en sus ojos ve el reflejo del terror que la mujer acumula.

—El futuro de tu familia, el de todo el Grupo Villa-Arnaiz, está en tus manos. Si esto se va de madre, es el fin. ¿Lo entiendes?

Elena asiente, superada por el miedo y la autoridad de su padre. No le quedan fuerzas para confrontarle. Quiere confiar en ese joven médico que, ayudado por Pepe, ya carga con el cuerpo de Javier hacia la salida de casa.

—Así que ahora, te tomas un par de pastillas y a dormir. De Javier nos encargamos nosotros.

Es un hombre acostumbrado a dictar las normas. Con su hija, sería capaz de ofrecer un talante un cuarto de punto menos autoritario, pero no hoy. Las circunstancias —su yerno y director gerente, señalado por asesinato y ahora, en parada cardiorrespiratoria— requieren ser ejecutivo.

49

INFORME DE URGENCIAS

Hospital Universitario Ramón y Cajal, Madrid.
Fecha: 27 de mayo de 2022
Hora: 04:25.
Paciente en parada CR, presenta shock hipovolémico por rápida pérdida de sangre. Ha sido recogido del interior de su coche tras el aviso de un vigilante del aparcamiento.

CORTE EN TERCIO SUPERIOR: Se observa una incisión por arma blanca de 12 centímetros en la trayectoria de la vena yugular, de mal pronóstico y que requiere actuación urgente; múltiples heridas sangrantes por punción distribuidas por el tronco. Ante las posibles hemorragias internas, se solicita una ecografía abdominal en cuanto se estabilice el sangrado del cuello.

CONTUSIÓN CRANEAL: Presenta un elevado número de contusiones en rostro y cabeza, seguramente originadas por un arma contundente. Posible traumatismo craneoencefálico en la región parietal que requiere TAC.
OTROS: La zona genital presenta heridas compatibles con quemaduras provocadas por cigarrillos; sendos cortes practicados en las comisuras de los labios, limpios y aparentemente realizados con bisturí; sobre el pecho, laceraciones superficiales de escasa trascendencia clínica, realizadas de tal forma que parecen letras.
Se solicitan con urgencia 4 unidades de sangre tipo 0- y 100 miligramos de norepinefrina como preparación para quirófano urgente.

PRONÓSTICO: MUY GRAVE.

50

Cuatro días después,
31 de mayo de 2022,
Canal 7, Tres Cantos, Madrid

—Son las nueve en punto de la mañana, las ocho en las islas Canarias, estamos en directo en *La Mañana* de Canal 7 contándoles lo que sucede en España. La investigación del crimen de la *sugar baby* ha experimentado un gran avance. Minerva Morientes, que nos acompaña de nuevo, dispone del nombre del principal sospechoso.

—Buenos días, Agustín.

—Has accedido en exclusiva a nuevas informaciones respecto al asesinato de la joven Daisy Hernández, un caso que, por su brutalidad, ha captado la atención de mucha gente en nuestro país desde que lo desvelaste hace tan solo unos días.

La periodista escucha a Agustín y asiente moviendo ligeramente la cabeza mientras mira directa a la cámara, dispuesta a dirigirse a la audiencia en cuanto este le dé paso. Su rostro no muestra emoción alguna, tiene muy trabajada esa pose en televisión.

—Así es.

El guion está pactado con Bárbara, la directora del programa. Agustín, el presentador, y la periodista van a estirar todo lo que puedan el chicle de esa novedad informativa, para generar interés entre el público y que suba el *share* del espacio.

—Minerva, ¿podemos decir que el crimen de Daisy Hernández está cerca de resolverse?

—Sí, Agustín, el caso ha dado un giro, os va a sorprender.

—¿Acaso sabes quién era su cliente, su *sugar daddy*, el principal sospechoso?

Minerva permanece como una esfinge, manteniendo la tensión del momento. Es consciente de que la información debe ser proporcionada en pequeñas dosis. Ella usó mil veces la misma técnica cuando presentaba el espacio matinal y sabe cómo generar interés.

—Puedo deciros que ya hay un detenido como principal sospechoso por el asesinato de Daisy...Y que no es el *sugar daddy.*

—Espera, Minerva. Me lo cuentas después de unos, muy pocos, minutos de publicidad, ¿de acuerdo?

—Por supuesto.

—No se vayan, tenemos esto y mucho más que contarles en *La Mañana* de Canal 7.

En el plató, decorado con muebles eminentemente blancos perfilados con luces led que cambian de color en función del segmento del programa, se oye en ese momento la sintonía característica del espacio televisivo matinal que da paso a los anuncios. Se trata de una melodía enérgica pero no demasiado rápida, envolvente, formada por sonido de piano y trompetas, y una base electrónica que le da modernidad.

—¡Siete minutos, siete! Quien fume, que fume rápido, ¡vamooooooos!

La regidora, vestida de riguroso negro como todos los que trabajan en el plató, señala a gritos a los que ocupan la mesa central del estudio, el presentador, Minerva y tres colaboradores más, el tiempo fuera de directo que tienen por delante. Las pausas son utilizadas para ir al baño, fumar o simplemente comentar las cuestiones del programa sin la impostura y corrección que requieren dirigirse a cientos de miles de espectadores. Todos los integrantes de la mesa se han quedado en su sitio, ávidos de información.

Agustín coloca con las manos su guion hasta que todas las esquinas del papel coinciden y después se gira hacia Minerva.

—Vaya, vaya... Así que, al final, no tenemos a ningún rico empresario putero y asesino, ¿eh?

Los otros tres colaboradores del programa sentados a la mesa, con sus portátiles o sus tabletas electrónicas dispuestas frente a sí, atienden expectantes a la pregunta. En esa mesa, solo Agustín y Minerva conocen la identidad del detenido. En unos pocos minutos, toda la audiencia lo sabrá. Minerva responde al presentador, sin devolverle la mirada.

—Pues no, ya ves. Cliente, había, pero ha podido demostrar que estaba fuera de España en las horas previas a que se encontrara el cuerpo de Daisy.

La penalista Beatriz de Luis, colaboradora habitual del programa, es una fumadora empedernida, pero ha preferido quedarse en plató durante la pausa, envenenada de curiosidad como está por el caso.

—¿Y entonces, Minerva? Venga, adelántanos a quién han detenido, mujer.

Minerva se siente observada por el resto de los tertulianos —la penalista, un criminólogo y otro periodista—, que cada mañana se encargan de desguazar las historias más truculentas sentados alrededor de esa misma mesa. Es consciente de que su información no va a ser tan morbosa como los compañeros desearían, dado el nivel de expectativa que ha generado el caso. Sin embargo, ella está deseando cerrarlo de la forma más discreta posible.

—Es un caso de violencia machista, Beatriz. Un muchacho de su entorno, Sebastián, se llama.

Minerva escucha el silencio que se ha generado tras sus palabras, indicativo de que le ruegan que siga ofreciendo datos.

—Daisy y él mantenían una relación intermitente, pero él estaba obsesionado con ella. Parece que el hecho de que ella ejerciera como chica de compañía pudo ser el detonante del ataque.

La penalista salta con rapidez, consciente de que podría estar ante un caso interesante para su cartera. Al fin y al cabo, reflexiona, si la chica era *escort*, la sospecha sobre sus clientes puede seguir viva, llegados al juicio.

—Pero ¿qué tienen exactamente contra él? No creo que le hayan detenido solo porque hayan follado un par de veces.

—Hay una ristra de mensajes amenazantes hacia la chica en el móvil de él que le ponen las cosas muy negras. En concreto, del día

que, según los forenses, pudo perpetrarse el crimen.

—Eso son meros indicios... No me parece suficiente.

—No es ningún angelito, Beatriz. Es líder de una pandilla que, entre todos, acumulan una decena de antecedentes por agresión con arma blanca.

—¿Una banda latina? —inquiere la abogada.

—Eso es.

Agustín, el presentador, resopla desde su posición al escuchar la respuesta de Minerva, sin dejar de consultar sus redes sociales en el teléfono.

—Pffff..., pues menuda mierda. Toda la gracia que tenía este caso era que el cliente fuera un conocido empresario español como nos vendiste.

La periodista se gira hacia el presentador para dedicarle media sonrisa sarcástica.

—Vaya, siento que el crimen no sea del gusto del señor. Me esforzaré más la próxima vez.

—Ay, Minerva —ríe incómodo—, no me cabe la menor duda.

La abogada penalista no está dispuesta a soltar la presa, demanda más información.

—Pero ¿y el cliente? Se le habrá investigado también, ¿no?

—Por supuesto. Pero no fue el cliente, Bea. Estaba fuera de España cuando sucedieron los hechos.

Minerva ya reproduce ante sus compañeros lo que en unos minutos contará a toda la audiencia. Desconoce cuánto es cierto, cuánto es falso. No le concierne más: este es el relato de su salvación.

51

Mientras tanto,
31 de mayo de 2022,
Hospital Ramón y Cajal, Madrid

—Oye, Carballo, ¿cómo sigue *el del mensajito*? Lo trasladé tras la cirugía hará unos cuatro días, no daba un duro por él.

—Pufff... No sé si se lo va a contar a sus nietos, ¿eh?

Quien responde sin girarse mientras recoge su café cortado del surtidor es el doctor Carballo, intensivista en el Hospital Universitario Ramón y Cajal. No tenía turno el día que entró un paciente en parada cardiorrespiratoria, destrozado por una paliza brutal, torturado y lleno de heridas, entre las que se incluía un mensaje escrito en su pecho, pero se enteró de todo enseguida. El nuevo paciente se convirtió en la comidilla de urgencias y, ahora que está en intensivos, su planta, él es el mejor informado y, por tanto, el más buscado y preguntado por los pasillos o, como en este momento, frente a la máquina de café.

—Se ve que ha estado por aquí la policía y dicen que esto parece obra de una banda latina. —El celador adopta un tono misterioso para presumir de buena información, pues aunque él no es médico, también se entera de cosas.

El doctor escucha las novedades mientras remueve el líquido con el palito de plástico que también ha expedido la máquina. Duda que haya café o leche de verdad en ese brebaje, pero la cafetera del *office* de su planta está rota y, por supuesto, no hay dinero para comprar otra. La última vez se hizo una colecta entre los

trabajadores, pero ahora están demasiado quemados como para volver a equipar al departamento con su propio dinero.

—Pues no sé qué decirte. En los últimos meses, he visto muchas heridas por ataques de Latin Kings o Ñetas y son salvajes, desde luego, pero lo que le han hecho a este tío no lo había visto nunca. Salió de la anastomosis yugular, pero el neumotórax tiene peor arreglo. Le mantenemos en coma y la ecografía abdominal ha mostrado que tiene líquido libre, seguramente sigue sangrando por alguno de los pinchazos que le propinaron. Lo peor es el corazón, ha entrado en parada cuatro veces desde que llegó..., a la próxima igual no vuelve.

—¿Has podido ver lo que le escribieron en el pecho? —El celador no está muy interesado en el parte médico, sino en la literatura sobre la carne del paciente.

—«Sangre x sangre», eso es lo que pone. A mí me parece una venganza, claramente. —El médico levanta las manos mientras hace su conjetura, arriesgando el contenido caliente de su vaso.

—Quizá se acostó con quien no debía. —El celador se toma muy en serio el asunto del cotilleo hospitalario.

—Puede, pero tal y como le han dejado los huevos a base de quemarle con cigarrillos, se le habrán quitado las ganas de por vida. Bueno, eso si sale de la UCI.

52

Mientras tanto,
31 de mayo de 2022,
Canal 7, Tres Cantos, Madrid

Minerva está a punto de desvelar para toda España la identidad del detenido por el asesinato de Daisy. Lo que nadie más sabe es que la información está patrocinada por quien la amedrentó de forma eficaz el primer día que fue a televisión: el día en que, quizá de forma algo inconsciente, puso en la diana al gerente de la empresa constructora más potente de España. Ni siquiera hizo falta nombrarle para que le infligieran un castigo temible.

Un escalofrío le recuerda el miedo que pasó ese día, lo vulnerable e impotente que se sintió, siendo atacada mientras conducía a sus hijos de vuelta a casa. Han pasado días y le cuesta creer que hiciera caso a Irina y accediera a ir a avisar a Elena esa misma tarde, a riesgo de cruzarse con él. Cuando eso pasó, estalló como una olla a presión alimentada por la rabia. Rememora el encuentro de su mirada con la de Javier, sus ojos, inyectados en odio al verla. El álbum de imágenes surrealistas de esa noche se cierra con la del hombre paralizado, tendido en el suelo minutos después, tras la intervención de Elena. Pero esa información jamás saldrá de su boca.

El nombre que figura en la investigación oficial del caso como *sugar daddy* de la joven no es el de Javier Jiménez Toledano. Tampoco es él el detenido por el asesinato de la joven. De hecho, Minerva no tiene ni idea de qué pasó con Javier después de recibir el impacto de la táser con el que Elena evitó que la pelea entre ambos

fuera a más. La comunicación con su amiga ha sido imposible desde ese día, y ya van cinco. La relación entre ambas quedó demasiado tocada como para llamarla, pero tampoco ha respondido a los mensajes. Lo cierto es que a Javier nadie le ha vuelto a ver, y la periodista no sabe qué pensar respecto de los rumores que circulan sobre él.

A las puertas del colegio, las madres comentan con aflicción que Javier, el papá de los hermanos Gonzalo, Jimena y Jacobo Jiménez Villa-Arnaiz, fue asaltado de forma brutal en la madrugada del jueves al viernes. Un robo con violencia, al parecer. Los hijos del matrimonio no han asistido al colegio desde ese día, se dice que la madre está destrozada de pura angustia. Al ser preguntada en calidad de amiga de Elena, Minerva afirmó no tener ni idea del asunto, generando insatisfacción y recelo entre sus interlocutoras. A ella le da igual, no quiere saber nada más de ese hombre, ni le interesa su estado de salud.

Sin embargo, ella conoce los hechos de esa noche. Al menos, hasta las ocho y veinte, aproximadamente, hora en que abandonaron la casa de su amiga con Javier tendido en el suelo y sin ofrecer reacción tras la descarga eléctrica. ¿Qué posibilidades hay, piensa Minerva, de que después del episodio que compartieron en casa de Elena, Javier fuera atracado?

Pocas.

Esa infausta noche, al salir de casa de Elena y Javier, Minerva enfrentó varios dilemas. El primero, si era buena idea denunciar ante la policía el ataque que había sufrido en su coche con sus hijos teniendo en cuenta el tono amenazante del mensaje que recibió acto seguido. Cada vez que piensa en esa escena, se estremece. ¿Podrían haber dado un paso más sus atacantes en caso de existir una próxima vez? La zona de la carretera comarcal donde se produjo el asalto estaba en medio de la nada, y fue todo tan rápido que no dio pie a que hubiera testigos. Esta disyuntiva la enfrentó en silencio, sola, y Minerva acabó decidiendo que no valía la pena denunciar, sino mejor esperar a ver el curso de los acontecimientos. Del mismo modo, no compartió la amenaza con su marido, para evitar que fuera él quien lo trasladara a las autoridades. Buscar el amparo

policial siempre parece la opción más sensata, pensó, excepto cuando el amenazado es uno mismo. Así que la versión de Minerva para explicar las abolladuras del coche había sido que, tras cruzarse con un jabalí, se salió de la vía, dio una vuelta de campana al descender hacia el canal de riego que discurre en paralelo a la carretera y acabó impactando contra un poste de luz. Los niños, que iban mirando sus cartas de personajes de dibujos durante el trayecto en que fueron atacados, no llegaron a percibir cómo se perpetró la agresión, solo recuerdan los golpes y el miedo. Tras recogerlo con la grúa, el seguro del coche declaró que el vehículo era siniestro total, así que no hicieron más preguntas: valor venal, y punto. «Estamos ilesos de milagro», le contó Minerva a su asombrado marido, Daniel, esa noche, por teléfono.

Eso sí era cierto.

El segundo dilema Minerva lo verbalizó ante Elisabeth e Irina, en el coche de Betty de vuelta a casa de Irina para recoger a sus hijos, ya que ellas habían sido testigos de toda la escena. ¿Debía Minerva denunciar al marido de Elena por haberla agredido físicamente? ¿Y a Elena, por posesión de un arma ilegal? ¿Por haberla usado contra él para defenderla? Las propias preguntas y sus respuestas generaban caminos en círculo que conectaban conceptos como moralidad, amistad, justicia o deber.

Las tres mujeres encontraron la respuesta en un pacto de silencio. Pasara lo que pasase con Javier, ellas jamás desvelarían que Elena había usado una pistola táser contra él. Al fin y al cabo, lo había hecho para defender a Minerva. Y si Javier era, como pensaban, un potencial asesino, el suceso podía entenderse como una especie de justicia privada.

Pero faltaba un tercer dilema: ¿iba a dejar de informar en televisión sobre el caso de Daisy para evitar más ataques? ¿O plantaría cara? Después de años apartada del medio, había vuelto a probar la droga del directo y durante unas horas recordó lo que la había mantenido viva toda su carrera: la adrenalina disparada mientras miraba a una cámara sabiendo que cientos de miles de personas estaban pendientes de cada una de sus palabras. Sin embargo, nunca imaginó que el precio de ese estado de éxtasis

laboral sería tan alto como su propia integridad y la de sus niños. Así que esa noche, Minerva canceló su participación del día siguiente en el programa de televisión mediante un mensaje a la directora. Sobre Juárez, pensó que lo más prudente era esperar a que él se pusiera en contacto con ella, pero su mensaje nunca llegó.

Sin embargo, cinco días más tarde, Minerva vuelve a estar maquillada y peinada como una estrella de la televisión, formando parte de la mesa que repasa la actualidad cada mañana en Canal 7. Tras el interrogatorio al que la ha sometido la abogada penalista habitual de esa tertulia, frente al resto de los integrantes, apura los instantes que quedan de pausa publicitaria repasando algunas notas que lleva escritas en su tableta electrónica.

—¡Todos sentados! ¡Volvemos en cinco, cuatro, tres...!

Valentina, la regidora, irrumpe de nuevo a gritos en plató para poner orden y asegurarse de que todo está en su sitio a la vuelta de la pausa para los anuncios. Suena la sintonía, y Agustín Romero aparece, plano medio, en la pantalla de cientos de miles de españoles.

—Seguimos en *La Mañana* contándoles lo que sucede en España. La investigación del crimen de la *sugar baby* ha experimentado un gran avance. Minerva Morientes, que nos acompaña de nuevo, dispone del nombre del principal sospechoso.

La periodista fija las pupilas en el centro de la cámara, la pantalla es suya.

—Sí, Agustín. Se trata de Sebastián Herrero, un joven de veinte años vecino de Daisy, con el que mantenía una relación.

—¿Hablamos, por tanto, de un crimen machista?

—Presuntamente, sí. Hablamos de un hombre violento, poseedor de armas y obsesionado con la víctima.

—Sin embargo, Minerva, este caso ha destapado la existencia de un mercado de jóvenes acompañantes para hombres maduros: las *sugar babies*, y esa actividad no parece estar exenta de riesgo.

—En absoluto. De hecho, el último cliente de la joven ha sido hasta ahora también el principal sospechoso.

—¿Ya se le ha descartado?

—Sí. El acceso, por orden judicial, a la base de datos de la agencia de *sugar dating* desveló que se trata de un empresario ruso que tiene varios hoteles en España y suele pasar algunas temporadas aquí durante las cuales ejerce de *sugar daddy*. Él era el cliente de Daisy.

—¿Se le ha interrogado?

—Así es, Agustín. Los agentes de la Brigada de Homicidios y Crímenes Violentos que llevan el caso han podido interrogarle por videollamada y han descartado que sea él.

—¿Por qué?

—El empresario volvió a Moscú varios días antes de la fecha que los forenses determinaron como probable de la muerte de Daisy. Incluso había rescindido el contrato con la agencia porque pretendía pasar la primavera y verano en la capital rusa, donde tenía otros negocios que atender. Y una mujer e hijos, claro.

—Pues gracias, Minerva Morientes —ahora es Agustín Romero quien mira fijamente a cámara, ya que se dispone a dar paso a un vídeo—; seguiremos pendientes de cómo se resuelve este asunto a través del cual España entera ha descubierto que hay decenas de miles de jovencitas en nuestro país ofreciéndose para acompañar a hombres maduros, adinerados, a cambio de una remuneración fija o de regalos. Se llama *sugar dating* y hay un contrato de por medio; ¿es una nueva forma de prostitución? Hemos enviado a nuestro reportero a averiguar más sobre estas prácticas: ¿quiénes son las *sugar babies*? ¿Y los *sugar daddies*? ¿Vive usted con uno de ellos? ¿Debería prohibirse este tipo de trabajos? Vean el reportaje y juzguen ustedes mismos.

Agustín se calla y espera a que se reproduzca el vídeo para moverse. De nuevo, lo primero que hace es cuadrar las puntas de los folios apoyados sobre la mesa en los que tiene impreso su guion. La pieza dura unos dos minutos durante los cuales ellos no están en pantalla. El presentador se dirige a Minerva bajando el tono.

—Has estado de puta madre, Minerva. Desde luego, como vendehúmos no tienes rival. ¿No habrá por ahí otro *sugar daddy* que sí sea español? Alguno que haya salido en la portada de *Hola* o que haya llevado cartera de ministro...

Minerva sonríe ante el planteamiento y añade maliciosa:

—Qué mejor que la historia de un poderoso hasta arriba de mierda por no saber controlar lo que tapa su bragueta... ¿O no?

Los casos más jugosos para la audiencia son los que tienen que ver con las desgracias de los privilegiados, eso lo sabe Agustín, el presentador del espacio, que también pugna por cada punto de audiencia. Que una inmigrante prostituida aparezca muerta suscita escaso interés, a no ser que exista un enlace con algún personaje de esa élite intocable. Con el crimen de la *sugar baby*, como ya se ha bautizado, han estado a punto de cruzar el umbral entre lo marginal y lo exclusivo, de alcanzar ese estatus de caso bomba.

Solo Minerva sabe que la bomba, en realidad, sí existe.

Pero también sabe que haber seguido contando la información que señalaba a Javier la habría conducido a un suicidio, en un sentido literal. Las desgracias y delitos de la *jet set* se conocen en escasísimas ocasiones, por eso son tan morbosas. Pero no es que no ocurran, es que el poder puede protegerse; Javier no es solo un hombre con debilidad por jóvenes bellezas, sino el marido de la heredera de una gran fortuna y el gerente de una empresa que gestiona miles de millones en negocio. Un hombre protegido por una maniobra corrupta en que han participado policía, juzgados y la mismísima Minerva Morientes.

La periodista abandona los estudios de Canal 7 consciente de que la información que ha ofrecido es mercancía defectuosa. Pero lo ha hecho por su propia seguridad y la de sus hijos. Yendo a televisión no ha desobedecido a quien la asaltó en el coche, sino todo lo contrario: se ha convertido en su emisaria. Dos días después de ese último jueves de mayo, el día en que todo estalló por los aires, Minerva recibió otro mensaje de remitente oculto.

> Muy bien. Has estado callada, muy guapa. Ahora quiero que vuelvas a hablar. El dosier adjunto contiene la información que tienes que seguir dando en televisión. Un amigo.

El SMS contenía un fichero adjunto con supuesta información policial sobre el crimen de Daisy. No ponía de qué comisaría o de

qué agentes provenía, pero ofrecía detalles sobre las líneas de investigación. Los mismos que Minerva ha desvelado hoy. En realidad, piensa la periodista, ha encontrado un equilibrio que puede ser beneficioso. Ella sigue en televisión, con la oportunidad de volver a consolidarse como la periodista que fue años atrás, y tiene contenta a una fuente extremadamente poderosa.

Al consultar su móvil tras su segunda aparición en televisión, vuelve a ver que ha tenido una gran repercusión. Ha recibido decenas de mensajes, está segura de que entre ellos hay ofertas para volver a tener un espacio fijo. Sabe que es buena, que gusta en cámara, que tiene credibilidad. Es Minerva Morientes, la periodista, y ha vuelto para quedarse.

¿Realmente le importa quién mató a Daisy?

53

Cuatro días después,
4 de junio de 2022,
Hospital Ramón y Cajal, Madrid

La entrada principal del Hospital Ramón y Cajal está abarrotada de periodistas, sobre todo de televisiones y medios gráficos *online*. Entre los que quieren captar imágenes existe el formato binomio, operador de cámara más reportero, o equipos unipersonales dotados de un móvil armado en una especie de brazo metálico que permite elevarlo para encontrar un buen ángulo. Los redactores de prensa escrita, más discretos, se van colando en el edificio principal para conseguir información. Cualquier detalle que alimente esta historia es un bombazo.

Una filtración a medios reveló, hace pocos días, que cierta personalidad del mundo de los negocios se encontraba ingresado en estado muy grave tras ser hallado al borde de la muerte en el interior de su coche, en un aparcamiento público exterior del distrito de Villaverde Alto. La crueldad de las heridas y el estado crítico del paciente han desencadenado todo tipo de especulaciones: «¿Un crimen pasional en la *jet set* madrileña?», «¿Un ajuste de cuentas entre empresas cotizadas al estilo de las maras colombianas?». Los titulares son de lo más variopinto, es una de esas primicias que acaparan casi toda la atención y alteran las redacciones de noticias, al menos, durante unos días.

La última revelación jugosa que han podido obtener los infiltrados en el hospital es que una de las heridas contenía un inquietante mensaje: «Sangre x sangre». En estos momentos, al menos tres

avezados investigadores de diferentes medios de comunicación están absolutamente volcados en conseguir una imagen de esa herida. La cotización de un documento así, con las televisiones hablando del tema todo el día, la prensa llena de rumores y el interés del público subiendo a picos, puede llegar a los tres mil euros. Sin embargo, se comenta que el paciente podría haber muerto en las últimas horas. Si está ya camino del Anatómico Forense, sería más complicado conseguir la imagen de la herida-mensaje.

—Oíd, tíos, tenemos que organizarnos —habla uno de los reporteros más veteranos, preocupado por sacar algún rédito de esa guardia que dura ya cuatro horas—. Con este follón, si viene algún familiar se nos va a escapar y no vamos a pillar nada. ¿Dejamos un pasillo para que pase la gente?

La mayoría acceden a la petición y, de forma lenta pero diligente, se van distribuyendo por la acera formando un pasillo que reduce el caos a la entrada del centro hospitalario. Ahora sí, su distribución permite entrar y salir a pacientes, acompañantes, visitantes y personal del centro, que empiezan a estar hartos de la situación, pero, sobre todo, los reporteros son capaces de visualizar mejor los flujos de gente que entra o sale.

Entre los corrillos de periodistas se dice que la esposa está a punto de llegar, sería la primera vez que captan su imagen desde que se desveló la identidad del herido. Puede que para cuando llegue ya sea viuda, con lo que el valor de la secuencia de vídeo es muy alto. Varios medios de televisión van a conectar en directo con el hospital cuando eso suceda.

Un taxi se detiene frente al edificio, los murmullos cesan durante unos segundos. El primero que es capaz de distinguir a la mujer que ocupa el asiento trasero grita:

—¡Ahí viene!

Raudos, los periodistas se colocan en posición para captar el momento. Los botones que accionan el obturador comienzan a ser pulsados de esa forma insistente y enfermiza que solo se oye ante un hecho muy buscado. Clic, clic, clic..., la escena de una mujer

caminando desde un coche hasta una puerta apenas dura diez segundos, pero es recogida por más de un millar de capturas.

Una sexta parte de minuto durante la cual Elena Villa-Arnaiz siente el peso del mundo sobre su pecho. La visión de la nube de fotógrafos y prensa desde el asiento trasero del taxi que la ha llevado la ha paralizado durante un instante. Después de pagar la carrera con un billete de cincuenta, sin esperar al cambio, se ha lanzado afuera del coche para caminar hacia la puerta del hospital, entendiendo que no le quedaba otra que atravesar ese campo de batalla. La luz del sol de mediodía la ciega a pesar de las gafas oscurísimas que ha elegido, tiene la sensación de que ninguno de sus sentidos funciona ya como es debido. Ni es capaz de distinguir bien las caras que la acechan desde los laterales de la entrada; ni siente el aire fresco sobre la piel de la cara, entumecida; ni puede comprender lo que le dicen, aunque oye que le hablan a gritos.

—Señora Villa-Arnaiz, ¿cómo está su marido?

—¿Tienen ya un sospechoso?

—¿Es cierto que fue atacado por bandas latinas?

Elena no se atreve ni a coger aire, piensa que corre el riesgo de que le arranquen un pulmón de cuajo si abre la boca. Se siente como un cachorro tratando de atravesar una tormenta, acechada por mil buitres dispuestos a arrancarle la carne para satisfacer su hambre de respuestas.

—¿Marchaba bien su matrimonio, señora Villa-Arnaiz?

Una muchacha joven y arreglada es quien le ha lanzado semejante pregunta desde detrás de un micrófono envuelto en un cubilete de colores mientras la mira fijamente. Elena no es capaz de concebir que personas que ni siquiera conoce la apuñalen con cuestiones así, con tanta frialdad. Ha visto la cara de la reportera, ansiosa por una respuesta, durante una fracción de segundo. Sin embargo, se le graba en la memoria. Esos ojos de la periodista, profusamente maquillados como si estuviera en una fiesta de noche, inquiriendo sobre aspectos de su intimidad, a las puertas del hospital donde su marido se debate entre la vida y la muerte, se le clavan en el alma. Elena no es capaz de comprender nada.

Su abogada le ha dicho que lo mejor es que no responda, que acabarán dejándola tranquila. Pero ella piensa que ya nunca podrá descansar después de lo que ha ocurrido. Su vida se ha ido al traste: primero su matrimonio, su reputación, su negocio, y ahora su marido... Un infierno que además ha puesto su intimidad a la venta, de gran oferta. Todo el mundo la consume sin su permiso. «No te pares, Elena», trata de ayudarse.

Mientras el centro de todas las miradas consigue entrar de forma rápida y diligente en el Hospital Ramón y Cajal, dejando atrás una marabunta de excitados reporteros que revisan ya el material que han captado, desde todos los platós de televisión que están en directo ahora mismo se especula alrededor de una pregunta: ¿quién y por qué ha asesinado al marido de la heredera de GVA?

A Elena le tiembla hasta el último pelo del cuerpo, así que cuando por fin está dentro, se sienta en una de las sillas de las salas de espera antes de continuar su camino hacia la habitación 324, de la tercera planta, donde yace su marido. Lo lleva anotado en el móvil porque los tranquilizantes hacen mella en su memoria. Ha cogido un taxi en cuanto la han llamado para avisarla de que Javier había fallecido, una noticia que esperaba hacía días.

El de hoy es solo otro día más de entre los más difíciles de toda su existencia. Tiene heridas que supuran ácido y no cree que jamás vaya a reponerse por completo de lo que ha experimentado durante las últimas semanas. Sin embargo, lo peor de todo ocurrió tres días después del incidente con la táser.

Nada, en toda su vida, ha sido más difícil que mentir a sus hijos respecto a lo que le ha pasado a su padre: «Unas personas malas han atacado a papá para robarle. Le han hecho mucho daño. Está en el hospital, nos toca rezar por él». Esas fueron las palabras que usó, tras pensarlas durante toda la noche del viernes previo.

Pero ese relato no fue fruto de su invención. Elena lleva tiempo teniendo la sensación de que ya no ejerce el control sobre nada de lo que sucede a su alrededor y está resignada a dejarse arrastrar por quienes, en el momento más crítico, tomaron las riendas de la situación. Así fue como entendió que su camino estaba marcado.

El chófer de su padre, Pepe, volvió a su casa muy pronto la mañana posterior a la noche en que Elena usó la pistola táser contra Javier. Esta vez no lo hizo para llevar a don José Luis, sino a un tal Rojo, según lo presentó Pepe cuando la propia Elena les abrió la puerta.

—Buenos días, Elena. Rojo es colaborador de tu padre, de plena confianza. No hay tiempo que perder, os dejo solos.

Pepe no estaba para pedir permisos sino para indicar los pasos a seguir. Así que, presentado el nuevo actor, saludó de nuevo inclinando la cabeza y se marchó a esperar en el coche, dejando a Rojo y Elena solos, frente a frente, a ambos lados del umbral de la puerta del domicilio.

Lo de Rojo podría ser un mote por lo colorada que tenía la cara, el mismo color que tendría un alcohólico a los cincuenta y tantos que parecía tener el tipo. Sin embargo, Elena comprobó enseguida que era su apellido.

—Comisario Gregorio Rojo, para servirle.

La rechoncha mano tendida que ofreció el visitante desconcertó a Elena. Sin duda, que la primera irrupción de la policía en la escena fuera la de ese veterano con aspecto de necesitar una prejubilación pronto, además, llevado por el chófer de su padre, era algo inquietante. Pero la mujer entendió que no estaba en posición de cuestionar demasiado y el hombre no quería desperdiciar ni un minuto.

—¿Le molesta si hablamos dentro? Es importante.

—Por supuesto, pase.

Una vez que el enorme sujeto hubo cruzado el umbral, Elena cerró la puerta y le indicó el camino hacia el salón. El policía respiraba de forma muy audible, era un hombre gordo que se esforzaba a cada paso. Elena recuerda haber observado cómo el abrigo de paño de lana color cámel se le deformaba a la altura de la prominente barriga. Y recuerda reprocharse a sí misma el fijarse en banalidades así tras lo sucedido en su casa tan solo unas horas antes. Rojo no se quitó ni el abrigo ni la boina durante los escasos veinte minutos que pasó en su domicilio, pero sí se desabrochó los botones para sentarse en el sofá. A Elena le pareció que tenía un aspecto

mórbido: la piel de sus mejillas colorada y mordida por antiguas heridas, quizá acné, tono violáceo cerca de la nariz, cara hinchada y ojos hundidos, casi perdidos entre tanta carne. Solo se fio de él porque iba con Pepe y porque estaba desesperada por saber.

—¿Cómo está Javier?

—Está... muy mal, Elena —parecía medir las palabras—. Siento decírtelo yo, pero... el pronóstico no es bueno.

Elena notó entonces un puñal en su pecho. Tras una noche empujando las horas a base de tranquilizantes, la sensación de irrealidad volvía a apoderarse de un salón que acumulaba demasiadas escenas imposibles en muy poco tiempo. Otra vez el desasosiego, las lágrimas irrefrenables.

—Entonces, ¡le he matado! ¡Dios mío!

Elena se tapó la cara con las manos, en la creencia de que ya no podía soportar nada más. Su voluntad era dejar de existir.

—Nooo..., Elena, no es así. —Rojo usó toda la delicadeza que su voz ronca de fumador le permitía—. La táser no es mortal. Al menos, no lo es en un 99,9 % de los casos. Parece que ha habido mala suerte, ya está. A Javier, el impacto le provocó una parada cardíaca por arritmia ventricular severa. El chico ese, el médico que acudió anoche, consiguió resucitarle con el desfibrilador de una caseta de obra, pero parece ser que su corazón no respondía de forma normal, quedó tocado de forma irreversible.

Elena atendía a la explicación intentando retener los conceptos. Demasiado complejo para una mente bloqueada por el pánico.

—Elena, lo que te estoy diciendo es que no es culpa tuya: Javier tenía una afección cardíaca que nadie conocía. En realidad, podría haber sufrido una muerte súbita en cualquier momento. Su corazón era una bomba.

Lo que pretendía ser un consuelo provocó mayor desesperación en la mujer, que empezó a sollozar en violentas sacudidas. Rojo no era precisamente el psicólogo experto que requería el momento, pero se esforzó en tranquilizarla.

—Escucha. Todo va a salir bien, estás protegida por completo. Esa táser no existe, tú nunca la has disparado y no hay registros en las

cámaras de seguridad: ni en las de tu casa ni en las de la urbanización. ¿Me explico?

Desde la espesa niebla que ocupaba su confusa mente, Elena empezó por fin a comprender el papel de ese policía, y por qué no había llegado por los cauces habituales. Le siguió escuchando.

—Pero ahora es importante que entiendas que, para protegerte, hemos tenido que cambiar un poco la apariencia de los hechos. El relato oficial es que a Javier lo han atracado de forma muy violenta para robarle.

—Pero... ¿a Javier? ¿Cuándo?

Rojo no estaba seguro de que la mujer estuviera entendiendo *realmente* lo que le planteaba, pero decidió que lo mismo daba mientras se quedara con la historia.

—Anoche, hacia las once, bandas latinas. Su coche, con él dentro, herido de muerte, ha sido encontrado de madrugada en el distrito de Villaverde Alto, zona de influencia de estos grupos criminales, que, además, están teniendo un gran auge en Madrid. Atestado, ambulancia, agentes de la brigada que investiga las bandas latinas, todos han estado allí. Me sigues, ¿verdad, Elena?

—Espera, ¿en qué hospital está?

—En el Ramón y Cajal, ha llegado hace un par de horas. Te llamarán ellos. No te asustes..., las bandas latinas son bastante... salvajes.

Elena tragó saliva, tratando de retener esa información pese a las ganas de vomitar que empezaba a sentir.

—Esto es muy importante. Lo de aquí, anoche, no ha sucedido. Te olvidas de todo. Cuando te pregunten, cuentas lo del atraco, lloras por el estado en el que le han dejado y maldices a los hijos de puta de los Latin Kings, los Ñetas o a quienes prefieras. Despojos de la sociedad que no saben más que robar y matar. Pero tú, limpia. ¿Estamos?

Otro gesto afirmativo con la cabeza confirmó al policía que la mujer captaba el mensaje.

—Y ahora, me das esa táser y me enseñas dónde están las cámaras de seguridad de la casa y habremos zanjado el asunto.

Elena todavía tenía una inquietud.

—¿Y la chica? ¿Daisy?

Rojo se sorprendió de la pregunta y adoptó un gesto más antipático que el que había mantenido.

—Te olvidas, ¡coño! Lloras a tu marido, callas y continúas con tu vida. ¿Me sigues?

Tras la conversación, el tal Rojo se metió la táser en su maletín, estuvo manipulando durante unos minutos el sistema de cámaras de seguridad de la casa, del que extrajo una tarjeta de memoria SD, y se marchó por donde había llegado, con su abrigo y su boina de lana. Pepe lo esperó en la calle y le abrió la puerta para facilitarle el acceso al coche, aunque lo que ese hombre necesitaba era más bien una grúa para poder entrar sin tanto esfuerzo.

Elena no salió a despedirlos. De pie en el vestíbulo, tras haber ido a buscar la pistola eléctrica y acompañar a Rojo al control de las cámaras, oculto en una zona del garaje, se sentía incapaz de moverse más. Tenía por delante todo un día para interiorizar lo que acababa de escuchar. Javier, al borde de la muerte; el relato oficial, un atraco violento por parte de una banda latina.

Entender que no tendría que declarar por su disparo con la táser le provocó cierto alivio, aunque saber que fue esa descarga la que condenó la vida de Javier supuso una losa que hundiría a Elena para siempre. Ni siquiera pensar en la aventura de su marido con Daisy, o incluso que hubiera podido matarla aliviaban la carga.

Cuando los niños conocieron la noticia, el sábado posterior a los hechos, llevaban desde el jueves en casa de la abuela, estaban felices por no haber ido al colegio el viernes. Ni Gonzalo, ni Jacobo ni Jimena preguntaron nada respecto a la ausencia de obligaciones escolares, más bien aprovecharon los mimos de la Tita para conseguir caprichos que anhelaban desde hacía semanas. Su abuela los llevó a comer a restaurantes de lujo, tomaron helado en la mejor *gelaterie* del barrio de Salamanca, fueron de compras y cada uno se embolsó lo que quiso. Wendy fue detrás de los cuatro por todas partes, les llevó las bolsas y sonó los mocos del pequeño Jacobo cada vez que fue necesario. Veinticuatro horas de condescendencia previas al infierno.

Porque los niños amaban a su padre. Para ellos era el papi encantador siempre dispuesto a jugar, a hacer bromas. Lo que han perdido es muy valioso: la idea de un padre sin tachas, desaparecido de la noche a la mañana. Sin embargo, con el tiempo, Elena ha llegado a convencerse de que, llegados a este punto, el relato del atraco era mucho más beneficioso para los niños que el del marido infiel, sospechoso de asesinato, muerto por un disparo de pistola eléctrica de la madre para evitar que el padre siguiera agrediendo a otra mujer. Tomó la decisión y se prometió a sí misma que ese peso solo lo cargaría ella.

Cuando se recupera del mareo provocado por la falta de fuerza, ha subido las tres plantas a pie, y por la cantidad de benzodiacepinas circulando por su riego sanguíneo, Elena atraviesa por fin el umbral de la puerta de la habitación, apenas ajustada, y se acerca a la cama de hospital donde está Javier. Es consciente de que las enfermeras vigilan la escena desde cierta distancia y que le están permitiendo este último acercamiento a solas a modo de despedida antes de llevarse el cuerpo. Elena observa la quietud mortal en el rostro de Javier y reconoce las facciones de su hombre. Su mandíbula marcada, la línea del pelo que dibuja su frente, la elegante boca que al sonreír mostraba la más cautivadora de las sonrisas. Le pasa un dedo por la cara, recordando cómo ha amado cada centímetro de su piel. Lo hace con cuidado, evitando tocar las heridas que aún quedan del brutal ataque que le fue infligido para tapar la auténtica causa de su muerte. Elena lo sabe. Sus lágrimas, corriendo ya por sus mejillas, son más de culpa que de pena.

Y aun así, en el fondo, agradece la mentira. Lleva semanas convenciéndose de que jamás hubiera conseguido volver a verle como el compañero con el que se casó hace más de veinte años. El equipo que formaban se rompió por la traición, y si ya se preguntaba cómo convivir con un infiel, casi un pederasta, plantearse hacerlo con alguien capaz de herir, quizá matar, estaba muy lejos de sus intenciones. Su fin llegó cuando le vio agredir a Minerva, Elena recuerda la violencia con la que la había tomado por el cuello. Y también está Daisy, que era su amante. Aunque ha visto las imágenes del detenido por su asesinato, un tal Sebastián, vecino de

la joven, también latino, no puede evitar albergar resentimiento hacia Javier por esa muerte. En el informativo donde mostraron la detención del acusado, también apuntaron a los celos como posible móvil del crimen, debido a la actividad como *escort* de Daisy. Así que, aunque Javier fuera inocente del asesinato, su mujer le juzga culpable de haber arrastrado a una niña hacia el fango de la prostitución.

La luz grisácea que atraviesa los fríos estores que cubren las ventanas de la habitación donde Javier ha dejado de existir es un baño de tristeza que hiela el alma de Elena. La mujer es consciente de que está viviendo los últimos segundos de intimidad con quien fue su compañero y padre de sus hijos. Sobre el vientre del cuerpo inerte, apagado e inútil, Elena deposita su alianza nupcial, antes de abandonar la habitación.

54

El lunes siguiente,
6 de junio de 2022,
despacho de José Luis Villa-Arnaiz,
paseo de la Castellana, Madrid

Si el acuerdo con el Ayuntamiento no llega a estar firmado para el día de hoy, don José Luis cree que podría haber descarrilado.

Esa sensación de haber sorteado el infortunio, por tan poquito, inquieta levemente al presidente de GVA. Las últimas semanas han sido exigentes, tanto por la cercanía del acuerdo como por los líos en los que Javier fue metiendo a la empresa.

De pie, frente al mueble bar de su enorme despacho, elige la última incorporación a su colección de *bourbon* para estrenar la mañana. Hay días que son de whisky, y hay días que son de *bourbon*, piensa. Se trata de un Eagle Rare, con veinticinco años de maduración, de la marca Buffalo Trace.

Sobre su mesa, el diario económico *Expansión* exhibe una insospechada portada con la foto de su difunto yerno. El titular, morboso:

EL FUTURO DEL IMPERIO GVA, ¿EN EL AIRE?

El subtítulo, más aclaratorio:

Dudas en la empresa tras la muerte de Javier Jiménez Toledano, el director gerente y yerno de Villa-Arnaiz, atacado con violencia por miembros de bandas latinas.

Solo el sonido del líquido ámbar llenando el fondo del vaso puede apaciguar el alma de un líder que, como él, se enfrenta a tantos desafíos. Los planes no siempre salen como una mente brillante imagina, piensa Villa-Arnaiz.

El mejor ejemplo es lo de la chiquilla. A Rojo solo le pidió un pinchazo, un susto. Algo que evitara que la chica se volviera a acercar a Elena o a Javier. Pero a sus hombres se les fue de las manos. ¿En qué cojones pensarían? El gran jefe ha meditado más de lo que hubiera querido al respecto. ¿Acaso intentaron propasarse con ella y, ante su resistencia, el supuesto susto se les complicó más de lo previsto y acabó en muerte? No descarta nada. La clase de personas que acaban ejecutando los encargos de Rojo son de la peor calaña, y la chica, al fin y al cabo, era una prostituta. Por suerte, el comisario Rojo mantiene su influencia en la Dirección General de la Policía. En el juego de favores debidos entre los altos mandos, el gordo tiene la facultad de tener siempre saldo positivo en su haber. Solo requirió una llamada a Usera para detener la investigación tras el hallazgo del cuerpo de la chica; situar a Sebastián como principal sospechoso era cuestión de pocos días, a la vista de los mensajes de móvil con amenazas que localizaron en el dispositivo de ella. Lo que no esperaban era a Minerva en televisión tocando los huevos antes de que se detuviera a Sebastián. Otro encargo, pero ese salió bien.

Después pasó lo de Elena y Javier, y entonces, harto de sobresaltos, don José Luis prefirió gestionarlo personalmente. Intentaron salvarle, sabe Dios que fue así. En la caseta de seguridad de la obra de Pozuelo, Marino fue capaz de recuperar el latido mediante el desfibrilador. Pero el corazón de Javier había entrado en un bucle arrítmico, volvía a pararse, su yerno no recobraba el sentido. El capo diseñó entonces un plan, una escena de crimen que debía ser lo más violenta posible, tenía que oler a venganza sangrienta, algo que nunca pudiera relacionarse con la acción de una educada esposa de la alta sociedad como Elena. Las sucesivas noticias sobre la brutalidad de las bandas juveniles de origen latino que copaban los informativos las últimas semanas sirvieron de inspiración para Pepe y su sobrino, que se encargaron, allí mismo,

en la caseta de seguridad, de dejar a Javier como si un grupo de secuaces de Dominican Don't Play o Trinitarios le hubieran hecho pagar por la muerte de Daisy. Al fin y al cabo, Minerva Morientes acababa de apuntar hacia él en televisión nacional, tenía sentido que, si el entorno de la muchacha le conocía, fueran a por él ese mismo día.

El golpe de suerte fue localizar la señal de un iPad Pro de Javier en la habitación del piso de Usera de Rafael, hermano de Daisy y, atención, que este fuera aspirante a Ñeta. Doble móvil: venganza y robo. José Luis, orgulloso del broche con que cerraron el caso a cambio de las habituales dádivas a las personas adecuadas en policía y juzgados, piensa que el muchacho, de dieciséis años, puede que ni siquiera pise la cárcel. Además, estar en un piso tutelado cumpliendo condena le vendrá mucho mejor que seguir de pendenciero con las bandas.

Otro trago de *bourbon*, y siente que se reconcilia con la vida. Mientras su faringe coge calor, Villa-Arnaiz piensa en lo miserable que debe de resultar estar en el otro lado de la historia. Ser Daisy, Sebastián, Rafael o incluso Javier. Un Villa-Arnaiz protege su negocio y su familia hasta el final, y eso pasa por salvar a la sangre de ser arrastrada por los escándalos.

El espirituoso le sorprende, está realmente bueno. Fue el regalo de Navidad de un inversor norteamericano, recuerda que en la nota ponía que solo se habían emitido doscientas botellas. Lo que no ponía es que cada una tenía un precio de diez mil dólares.

Toca pensar en el futuro. Sin Javier la gerencia está vacante y ese barco necesita un capitán. Lleva días dándole vueltas y cree que tiene la respuesta. El cargo requiere a alguien que no se distraiga, que sea capaz de actuar con determinación y sin compasión cuando las circunstancias lo exijan.

José Luis ya tiene un nombre en mente, el más lógico y natural. Esta vez sí, se lo ha ganado. Ha llegado el momento de su hija y heredera, Elena Villa-Arnaiz.

Agradecimientos

Resulta curioso que, dedicándome a contar todos los días en televisión lo que ocurre a nuestro alrededor, si no hubiera sido por mi agente, Pablo Álvarez, nunca me habría lanzado a dar forma a esas historias que se quedan detrás de la noticia y que tanto me fascinan. Me escuchó cuando expuse las tramas reales que me tenían obsesionada, y tuvo claro desde el principio que sería capaz de convertirlo en novela. Yo no, y aun así decidí ir a por el albornoz y el bañador, consciente de que ya había tomado la decisión de saltar hacia esa piscina, con o sin agua.

Gracias a mi madre, Consuelo Martínez, por hacer del vértigo algo con lo que convivir. Ella es de Bilbao, huérfana de padre, ingeniera cuando en las escuelas de Industriales prácticamente no había ni lavabos para mujeres. El miedo no es una opción.

El proceso me ha tomado mucho tiempo. Antes de escribir una palabra, tuve la necesidad de elaborar un mapa de personajes y un esbozo de la trama. Tenía claro que, si iba a ser novelista, lo sería de las de «mapa» y no de las de «brújula». Todo ese tiempo, y también el de llenar de palabras el mapa trazado, es robado al calendario y a mi familia. Cuando empecé a escribir *Gente bien*, mis hijas tenían cinco y ocho años. Era el verano de 2022 y nos fuimos al Olimpo, en Isla (Cantabria), donde mi marido se las llevaba todas las mañanas a explorar la ría para darme tiempo a escribir unas cuantas páginas. Inolvidables esas vacaciones, y las comidas contándole cómo estaba empezando a arrancar todo. A partir de ahí, su apoyo para generar espacios de calma durante el tiempo libre de trabajo en la tele ha sido fundamental. Gracias, Óscar, por ser el mejor compañero posible. Eres fundamental en mi vida, en mi profesión y en mi familia.

Esta novela se ha escrito también a base de madrugones y litros de café que sabían a gloria mientras escribía bañada por la luz del amanecer. Mis auroras favoritas, las de Rabanera del Pinar (Burgos), donde la casa de pueblo de mi abuelo paterno ha sido el lugar más productivo del mundo. Gracias a mi padre (Pedro) y a mi tía (Inma), propietarios de ese refugio climático y de calma, por encargaros de mantenerlo a punto para todas las veces que me he escapado hacia él.

En toda familia hace falta un médico al que preguntarle de todo, ¿verdad? Eso he hecho yo con mi hermana, la doctora Miranda Sanz, ginecóloga con gran experiencia en UCI y en anestesiología. «¿De qué muere exactamente alguien que lo hace por pérdida masiva de sangre?»; «¿Qué tipo de medicamento se podría usar para tratar de estabilizarle?». Gracias, *sister*, por estar siempre disponible para las preguntas de tu hermana. Eso sí, cuando llegó el momento de detener el corazón de Javier, ahí estuvo la doctora Inmaculada Roldán, experta en trombosis cardiovascular y cardiopatía isquémica para responder mis llamadas. Gracias por estar disponible, querida Inma, tanto cuando te llamábamos de *laSexta Noche* para hablar de cómo el COVID-19 afectaba al corazón, como cuando lo hacía yo poniéndote en tesituras poco probables pero posibles.

Susana Antequera no es solo una reputada abogada especialista en derecho de familia, sino una profesional sensible y comprometida con su lucha por los intereses del menor. Su visión del fenómeno del *sugar dating* me ayudó a configurar mejor mi enfoque. Gracias por tu tiempo, querida.

Gracias a Carlos Augusto Casas, compañero de redacción durante varios años, por compartir conmigo tantas horas hablando de literatura e inocularme el virus de la posibilidad. Cuando te imaginas que puedes hacerlo, esa idea te persigue.

Y gracias a mi editora, Zoa Caravaca, por vibrar con mi historia y ayudarme a enriquecerla. Tu contagioso entusiasmo ha hecho de trabajar contigo una experiencia preciosa que espero repetir.

Y gracias a ti, lector o lectora que has llegado hasta estas últimas palabras. Yo también disfruto leyendo los agradecimientos de las novelas que me han interesado, conociendo esas pequeñas

metatramas de los autores que nos acercan a la intimidad de su trabajo. Creo que no hay grandes sorpresas aquí. La sala de máquinas de las historias se compone siempre de sacrificios familiares y del amor de la gente que confía en nosotros.

Gente bien
Verónica Sanz

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Fotografía de la cubierta: © Tijana Moraca / Trevillion Images
Diseño de la colección: Planeta Arte & Diseño

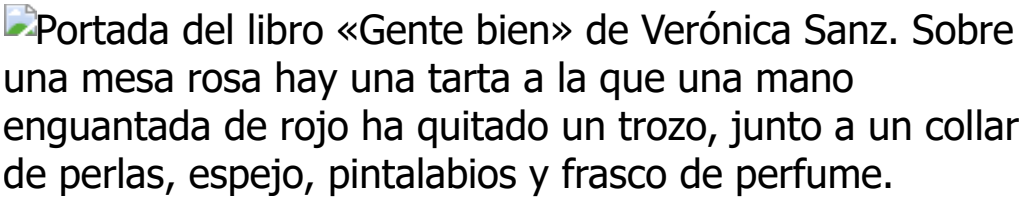
© Verónica Sanz, 2026. Autora representada por EDITABUNDO, S.L., Agencia Literaria.

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2026

ISBN: 978-84-08-31639-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta


Portada del libro «Gente bien» de Verónica Sanz. Sobre una mesa rosa hay una tarta a la que una mano enguantada de rojo ha quitado un trozo, junto a un collar de perlas, espejo, pintalabios y frasco de perfume.